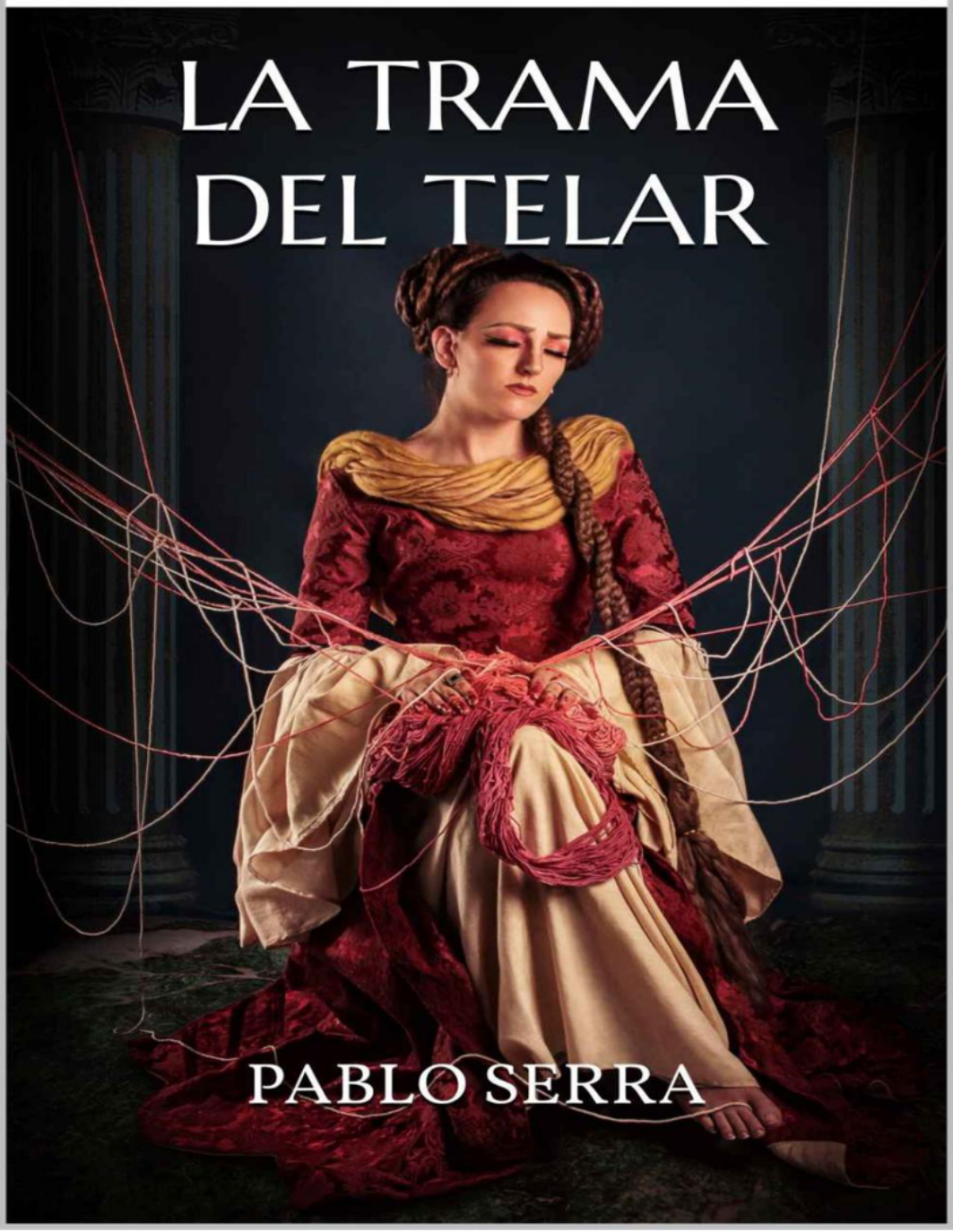
LA TRAMA DEL TELAR



PABLO SERRA

Tras el rapto de la reina Inna, los hombres y mujeres del reino Escarlata reorganizan su ejército para recuperarla, sin conocer la naturaleza del enemigo que la retiene prisionera en la Fortaleza del Olvido. En el vecino reino Índigo, el mayor orfebre, sinodal del niño monarca, advierte el gran peligro que corre el muchacho: un enemigo teje una telaraña de intrigas que pone en duda la legitimidad de la monarquía y acecha entre rumores de rebelión. Lejos de los reinos libres, la península Azabache subsiste bajo el yugo del régimen. Allí, una esclava hilandera se ve obligada a mantenerse callada para seguir con vida, pero cuando la injusticia manda a gritos, el silencio ya no es un lugar seguro.
La Trama del Telar abre la puerta a otra tierra, a un mundo nacido de la luz de su creador donde luego de desterrar a la sombra, todo tiene su forma, su color y su canto. El saber y la memoria colectiva se plasman en telares, y las mujeres encargadas de su confección se erigen en árbitro y referencia de la historia. Pero, ¿qué sucederá cuando la sombra reclame su parte?

Pablo Serra (1987), santafesino de cuna, es el autor de esta obra. Médico traumatólogo por vocación, se define como escritor por pasión. Participó en las Jornadas Iberoamericanas de Poesía de Asorbaex (2020) y en Puente de Palabras del Mercosur XVIII (2021). Publicó en la revista Otro Mundo es Posible (2021) de la ONG española homónima. Este novel escritor se abre paso en el mundo literario para dar un salto y presentar su primera novela, en la que comparte con los lectores un relato fantástico con tintes de distopía, pleno de simbolismo y poderosos e intensos personajes.

La Trama del Telar es la primera entrega de la saga El Canto de la Hilandera. Nos introduce en Zurem Ur Mellur, el continente de los reinos libres. En una tierra nacida de la luz de su creador, la sombra acecha entre lo creado y se vale del olvido como su arma más poderosa. Nos invita a recorrer este mundo, donde la memoria de los pueblos descansa en tapices y descubrir qué se esconde entrelazado en las hebras para develar la trama del telar.

@la.trama.del.telar

Pablo Serra

La trama del telar

Editorial Dunken
Buenos Aires
2022

Serra, Pablo
La trama del telar.
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2022.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-85-2239-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Fantásticas. I. Título.
CDD A863

Contenido y corrección a cargo del autor.
Ayacucho 357 (C1025AAG) – Capital Federal
Tel/fax: 4954–7700 / 4954–7300
E–mail: *info@dunken.com.ar*
Página web: *www.dunken.com.ar*

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
© 2022 Pablo Serra
e–mail: pablo.serra09@gmail.com
ISBN 978-987-85-2239-5

A mi madre, una carta de amor
de cientas de páginas.
A todas las mujeres empujadas
al silencio o al olvido.

Índice

Prefacio
1. El soldado y su hija
2. El ocaso del Solsticio de Invierno
3. Las hilanderas
4. El carpintero
5. La mesa de tríada
6. El portador del cetro
7. El mayor orfebre
8. El Hierofante
9. El marinero
10. Humo negro y hebras grises
11. Golpes en la madrugada
12. La reina, la esfinge y el espejo
13. La vieja parda
14. La corte marcial
15. La trotamundos
16. Transitoria anarquía
17. El magister más viejo de Adem
18. La Fortaleza del Olvido
19. Las llamas
20. La cuenca del pirata
21. Ingenio y astucia
22. La astilla
23. Las manos
24. Ranne Grüm, Alas Amarillas
25. La esmeralda
26. Llamador
27. La pálida luna
28. El edicto
29. Engranajes y telarañas
30. Huye y olvida
31. El templo de Ganna Adem
32. El instrumento
33. El rectorado
34. El campamento
35. Al segundo día
36. Consigna a consideración
37. La danza de la cacería
38. El puerto de la sirena Mora

39. Otros ojos
40. Hojas secas
41. Cuatro árboles
42. Casualidades
43. El guía
44. Los guardianes dorados del monarca
45. Dónde iba, no lo sabía
46. Bruma
47. Retirada
48. El tapiz raído
49. Repliega y resguarda
50. Consejo de Guerra
51. El señuelo
52. El capitán de su barco
53. Todas las tejedoras
54. Thrin-Nar Ur Kali
55. Nigromancia
56. El fuego de Adem
57. El taller del orfebre
58. Contrafuego
59. El mensajero
60. Bestias
61. La fuerza de un gólem
62. Agravio
63. Retorno
64. La sombra entre el pueblo
65. La congregación
66. Desde la ventana
67. El pago
68. El solsticio de invierno
69. El esclavo orfebre
70. El valle del Sabio
71. Cuerdas viejas
72. Zaaja
73. Cardenales
74. El mar de Sonne
75. Renuncia
76. Rosa de los vientos
77. La voz del mar
78. La bandera escarlata
Acerca de los reinos
    Zura Adem, el reino Escarlata
    Zura Azrag, el reino Índigo
    Grüm Sollum, la Isla de los Citrinos

Kelij Arsollum, la Península Negra
Agradecimientos

Prefacio

En una tierra donde las historias se relatan a través de telares, la palabra escrita es un bien sobrevaluado, pues los hitos vueltos hilos son testigos más fidedignos. La sabiduría y el oficio necesarios para su confección descansan en las manos de mujeres que, hechas memoria viva, pasan a ser referencia y árbitro.

Te advierto a ti, que lees esto, que bajo este otro sol y este otro cielo existen también hambre y sufrimiento, héroes y guerreros, reinas y reyes. La luz de lo divino dio sustancia a todo lo creado en la tierra de los Zigra Mellur, y todo lo creado tiene su color, su forma y su canto.

Recorre con cuidado este entramado, pues bestias incontenibles y males muy antiguos pueden encontrarte sin reparo. Recórrelo, aun así, porque las enseñanzas más brillantes nos llegan siempre detrás de la hora más oscura.

Zurem ur Mellur
Mar de Bravo
Kujbar Pruvva
Tierras Yermas
Mar de Gonne
Península Negra
Zura Bada
Zura Adem
Zura Azrag
Mar de Zuma
Desierto Rojo
Mar de Trugo
Archipiélago Naranja
Gran Sollun
Mar de Ghngrú
Tierras Claras
N
O
E
S

1
El soldado y su hija

–No, señor, no es hora de dormir –la hija del soldado había tenido un largo día, pero se negaba al descanso con el estoicismo de una recia estirpe de guerreros.

–Sí, señorita, es hora de dormir –contestó con firmeza el soldado, depositando a la niña en la cama.

–No, no y no… por lo menos cuéntame un cuento –la resignación se apoderó de su gesto, y hacía que sus arrebatadores ojos de un color entre almendra y miel brillasen con una tierna súplica.

El soldado estaba perdido, sabía de antemano que aquella batalla no sería suya. Se acomodó con cautela al lado de su hija. La niña resultaba particularmente diminuta en comparación con él.

–¿Y qué tipo de cuento quieres oír? –le preguntó Lobro Arrayán. La fantasía nunca fue su fuerte, y ya entrado en años, desconocía las preferencias de las niñas de hoy día.

–Eres un soldado, ¡cuéntame de tus peleas! –la pequeña Irenisi tenía una idea bastante clara.

–"Era" un soldado, hay cosas de las que es mejor protegerte aún –se recordó antes de caer en la trampa de compartir sus hazañas o en la altanería de llamarse Capitán delante de su hija.

–Pero papá, el mundo sigue estando ahí afuera… aún hay guerras, ¿no?. respondió la niña.

–¿Qué quieres decir pequeña bribona? –Lobro veía esa picardía en aquellos ojos. Verano a verano Irenesi dejaba de ser una frágil creatura, y el mundo del que trataba de protegerla vendría un buen día a golpear la puerta de su modesta casa en Pueblo Menor.

–Quiero decir que ya no soy una niña pequeña y nunca me cuentas nada de cuando eras soldado –allí iba de nuevo, jugando su carta, los ojos más dulces imploraban una respuesta.

Tal vez podría suavizar su historia, disfrazarla quizás de un cuento de hadas y ñibruks, aunque prefería dejar a los ñibruks de lado, solían ser revoltosos.

–Muy bien, parece que no tengo opción… –deslizó recapitulando una larga historia, tan lejana ahora que parecía haber sucedido

muchas vidas atrás. Respiró profundo y comenzó.

–En los tiempos en que había más tejedoras que escribas, pero más esclavos que juglares, vivió una reina –dijo.

–¿Esclavos? –preguntó la niña, no conocía esa palabra.

–Así es, sirenita, gente forzada a hacer cosas que no quiere –explicó muy brevemente. La niña no sabía nada de ellos–. Todos la conocían y respetaban más allá de los confines de su basto reino. No solo por su belleza cautivadora, sino, además, por su corazón bondadoso y su brillante intelecto. Sus edictos eran acatados en todos los rincones, sus sentencias eran justas. Nadie cuestionaba su autoridad, pues gobernaba desde un profundo amor a su pueblo –concluyó el padre.

–¡Entonces era una reina buena! –dijo la niña– Y, ¿cómo se llamaba? –quiso saber.

–Zura Adem Inna, Inna del reino Escarlata –contestó él en tono ceremonioso–. Era la mejor, del linaje de las mujeres más fuertes que han vivido, gobernaba con pulso firme, dispuesto a volverse una mano generosa. Cada mañana, la gente se apiñaba para saludarla en la plaza del palacio, rendida ante la visión de su espléndido vestido escarlata –explicó.

–¿Escarlata? –preguntó nuevamente.

–Rojo pasión –aclaró sonriendo–. Eran momentos de conmoción y alboroto, puesto que se acercaba la celebración del Día de la Reina. La celebración tenía lugar la noche del Solsticio de Invierno. Marcaba el inicio de la segunda mitad del año y el fin de las cosechas. Para la festividad, llegaban a Pueblo Mayor representantes de las familias de todo el reino, los Roble, los Sauco… incluso embajadores y visitantes de reinos vecinos. Las plazas se llenaban de color. Se respiraba en cada rincón un aire de próspera paz –recordó.

–¿El Día de la Reina? ¿En el Pueblo Mayor? ¿Iremos alguna vez? –volvió a interrumpir.

–Tal vez, si te duermes temprano todas las noches –dijo burlón–. En el Día de la Reina, durante el solsticio de invierno, los habitantes recordaban cómo una entre sus ancestros liberó una batalla codo a codo junto a su pueblo y derrotó al antiguo rey Azabache. Celebramos año a año el coraje de nuestras reinas. Como sabes, en nuestro reino la corona pasa de una mujer a otra –le dijo el soldado con satisfacción.

–¿Hay otra manera mejor? –se preguntó la pequeña.

–No lo sé Irenisi, sé que así se hacen las cosas aquí en Zura Adem –contestó su padre, dando el asunto por entendido–. Aquel año los habitantes habían confeccionado un espectacular regalo para su reina. Las Altas Tejedoras armaron una fantástica capa de un género

exquisito, nunca se vio una seda más fina. Y en deslumbrante tono escarlata, bordados y figuras que contaban la historia de nuestro reino.

–¿Me regalas a mí también una capa escra… eslar… escrar…? ¡Roja pasión! –pidió Irenisi.

–Pues para eso tendrás que dormirte temprano todas las noches hasta que estés bien grande –respondió el padre.

Aquí necesitaba apelar a su inventiva. Cómo hablar de las muertes, del horror que sobrevino al heraldo Negro.

–Nuestra reina, ese mismo día, recibió una inquietante visita de otro reino. Un hombre ataviado con una túnica azabache que se presentó como el heraldo Negro. Ante el silencio y las miradas atónitas de los presentes, le hizo una propuesta a la reina. Le dijo que su amo, uno de los descendientes del antiguo rey Azabache, reclamaba su mano en matrimonio, y que ese ofrecimiento no podía ser rechazado –continuó.

–¿La quería obligar a casarse con uno de los malos? –la pequeña no podía creer eso.

–¡Así es! La reina, que amaba a su pueblo, no quería que un rey extranjero de un país antiguamente rival impusiera su cruel forma de liderar, así que jamás iba a aceptar aquella propuesta. Pero el heraldo, lejos de escarmentar, le advirtió que, si no se casaba con el rey Negro, todo su reino sería castigado. Y sin más, la túnica que lo envolvía cayó al suelo, el hombre desapareció. Una ráfaga sopló de la nada, mientras la túnica se deshacía como un castillo de arena negra en el aire –explicó.

–¡Era un mago! –Irenisi se sobresaltó.

–¿Lo era? ¡Pues sí! Y de los malos. Un hechicero particularmente poderoso. Y solo fue el principio…

–¿Hubo más? –la exaltación de la niña iba en aumento.

–¿Qué haremos aquí? ¿Dormiremos temprano o contaremos historias? –el Capitán estaba deseoso de continuar, incluso sabiendo que no eran horas.

–Deberíamos dormir, esta historia es aburrida –la niña cerró sus ojos con gesto teatral. Pero mantenía uno de ellos entreabierto.

–¡Ni hablar! Me voy a mi cama… –respondió él haciendo ademán de levantarse.

–¡No! No te vayas. ¿Qué le paso a la reina? –preguntó la pequeña.

–Bien, durante todo aquel año sucedieron cosas bastante malas… –se detuvo, recordó y prosiguió– La reina estaba muy angustiada, había puesto a disposición de la gente los recursos del reino como

nadie antes lo había hecho. Pero nada parecía suficiente. Todo aquello era obra del rey Azabache. Evidentemente, no le importaba el sufrimiento de nadie más, con tal de someter a la reina –respiró hondo.

–Otro año había transcurrido, y un nuevo Día de la Reina se celebraba, con cosechas magras, animales flacos, niños enfermos y ancianos sin familia… el pueblo sufría. Aun así, amaban a su reina… Allí estaba el pueblo congregado cuando ella se acercó envuelta en la capa Escarlata, su regalo del festejo anterior. La milicia estaba preparada para pelear, pero no había un enemigo visible al que atacar. La vasta plaza del palacio fue el escenario aquel día. Qué triste fue ese año en la memoria del pueblo –continuó.

–¿Qué pasó luego, papá? –preguntó ella.

–El viento volvía a alzarse. Una bestia negra descendió desde el cielo batiendo sus alas. La milicia corrió en formación. "Protejan a la reina", gritaban. Pero no sabían que no iban a poder protegerla de aquello… –hizo una pausa. Pensó en el huracán salido de la nada, en la figura de las descomunales alas que eclipsaban el cielo.

–Pero ¿qué pasó? ¿Qué era eso papá Lobro? –la niña notó el silencio de su padre.

–Algo terrible, mi sirenita. Esa bestia era una esfinge –explicó el hombre con voz queda.

La pequeña medía las palabras de su padre, no recordaba haber oído de esfinges en su corta vida, pero nada que turbara de esa manera la mirada de un soldado podía ser algo bueno.

–La Esfinge de Kurum Ur Kalí… la Fortaleza del Olvido. Una bestia oscura de un lugar aún más oscuro. Se dice que el primer rey Negro la levantó hace mucho tiempo. Otros dicen que es todavía más antigua. Un mal perverso conformado en un torreón y muros. Un mal muy viejo, más negro que la muerte y esencialmente más cruel es el olvido.

La niña se encogió en la cama acurrucada junto a su padre. No llegaba a comprender lo que él decía; sin embargo, entendía que si un día despertase y no recordara quién era o quiénes la querían, se sentiría muy triste.

–¿Qué buscaba esa esfinge? ¿La ahuyentaron los soldados? –preguntó Irenisi con miedo.

–Oh, mi sirenita, ¡cómo lo intentaron! La Esfinge de Kurum Ur Kali era tremendamente fuerte… una bestia tan alta como tres hombres. Con el potente batir de sus alas barría a varios soldados, o desgarraba el metal de sus armaduras con sus temibles garras. Su frío rostro no se inmutaba al mancharse de sangre –se calló. No podía

hablar de aquello ante su niña.

–Pero ¿y la reina? ¡Ella no tenía armadura! –la pequeña comenzaba a imaginar cuán atemorizada podía estar aquella mujer.

–No, no tenía armadura, pero le sobraba valor –respondió Lobro.

Su memoria era ahora un vertiginoso torbellino que no podía frenar. El recuerdo era todo lo que percibía. Dejaba de ser el Capitán de los Mellur Grull, el poderoso ejército del Continente, para regresar al cuerpo de aquel novicio del ejército Rojo a punto de perder el control. En su mente, el soldado volvía a ser un jovencito que apenas podía sostener su espada entre las manos temblorosas. Volvía a ver cómo la esfinge mutilaba y mataba a sus compañeros. Volvía a estar en la plaza principal del Pueblo Mayor. Los gritos de pánico de la multitud atronaban sus oídos. Decenas de soldados perecieron en un instante. El olor de la sangre de sus compañeros llenaba su nariz. Y aunque las cosas deberían haber sido exactamente al revés, Inna, la reina Escarlata se interponía entre él y una bestia como jamás había visto antes. Comprobaba que recordar aquello todavía le dolía.

–"¡Detente, bestia!", le ordenó la reina –Lobro se devanaba los sesos reformulando la historia para su hija.

El dolor le dejaba la garganta áspera y seca. ¿Acaso también ardía la garganta de la reina Escarlata al gritarle a la esfinge? El capitán Arrayán recordaba cada palabra con una precisión alarmante: "¿Eres tú la que a los rojos gobierna? ¿Cómo me sienta el rojo sangre, reina?", la bestia hablaba con sorna. Aquella voz era extrañamente atractiva, como el sonido de un clave. Cierta musicalidad se desprendía de las crueles palabras. "¿Eres tú la Escarlata que todos aman? ¿Qué tal lleva tu pueblo la peste y la plaga?" Le parecía curioso cómo los recuerdos pueden gatillarse juntos y cubrir todo como una gran ola. Su tramposa memoria hacía caber cada uno de esos hechos en un abrir y cerrar de ojos.

Irenisi lo miraba en silencio. Su padre se veía extraño. Una lágrima rodaba por su mejilla:

–¿Qué pasó luego, papá?

–Puedo resumir las cosas que ocurrieron en ese ocaso y contarte que esa bestia hizo desaparecer a centenares de soldados, solo para castigar a una mujer que trató de ser valiente. Tras la batalla, la Esfinge de Kurum Ur Kali remontó vuelo con Inna entre sus garras, y nunca más nadie vio a la reina Escarlata –le respondió el Capitán Arrayán con su mente ya de regreso en el Pueblo Menor.

–Pero aún festejan el Día de la Reina en el Pueblo Mayor –observó la niña mientras restregaba sus ojos, el sueño comenzaba a vencerla.

–Porque nadie jamás se olvidará de ella –el soldado besó a su hija

en la coronilla. Se quedó en silencio acariciando sus cabellos hasta que la niña se durmió.

El centro de Zara Adem
N
Pueblo Mayor
Adem Thrin
Thrin Nár ur Kalí
Salida del Río
LA GRACIA NO TIENE

2
El ocaso del Solsticio de Invierno

Una feroz bestia salida de la más descarnada de sus pesadillas se plantaba delante de ella para provocarla e incitarla a pelear. La reina Escarlata apretaba el cetro en su mano. Imaginaba que toda la desdicha que había caído sobre el reino aquel año no era casual. Sabía que el heraldo del reino Azabache no era un buen augurio, pero la esfinge que ante ella se alzaba era la confirmación del peor de sus temores.

–¡Fuera de mi tierra, Esfinge! Vuelve al agujero del que te escapaste y dile a tu rey que solo muerta entregaré mi corona –su Hierofante se lo había advertido, ella no quiso verlo.

Ya no tenía sentido lamentarse por desoír al sumo sacerdote, el enemigo temido estaba vociferando en la Plaza Principal de Pueblo Mayor. El cuerno de batalla sonaba de fondo, la reina podía escuchar que la multitud huía y rogaba que sus soldados pudieran contener aquel peligro el tiempo suficiente para que todos huyan. Para que nadie viera lo que seguiría. Aferrada a su cetro, trataba de recordar el verso antiguo. Ese cetro dorado, obra de algún orfebre del reino Índigo, pasaba de una reina a la siguiente desde hacía generaciones.

–Cumpliría ya mismo, reina, con su comando. Pero viva y en su lecho la desea mi amo –la vulnerable mujer le resultaba irritante–. Sepa que Kurum Ur Kali, el sitio del que provengo, es una gigante torre y no un mero agujero.

La reina escarbaba entre sus recuerdos, tratando de encontrarse con una rima en especial. La molesta voz de la esfinge la distraía como un zumbido en la oreja. Sabía que, si la pronunciaba correctamente, el cetro la protegería. El viejo loco de su tutor, Jalil Grisplata, se la había enseñado hacía ya mucho tiempo. El mito no podía ser falso; su cetro tenía propiedades. “En tiempo de guerra susúrrale al cetro el verso de Zura Dum y cuida el secreto”. Había menos gente en la plaza, menos heridos potenciales, ya fuera por las garras de la esfinge o por lo que hiciera su arma. El traqueteo de las armaduras se oía a pocos metros, el tañido del metal o el rumor de la batalla evocaron el verso.

El soldado le devolvía una mirada de asombro rayana en el sobresalto. Un halo de luz blanca envolvió al cetro, mientras la reina lo afirmaba entre sus manos con más fuerza aún. Inna no lo terminaba

de creer. El viejo desquiciado de su tutor tenía razón.

–¡Qué bonito truco, mujer insolente! Si no entiendes con qué juegas, mejor detente –la amenaza sutil de la esfinge se veía reforzada por la malicia de sus ojos.

Los soldados se habían congregado en torno a la bestia, espada y escudo en mano. Su general corría entre ellos hacia la reina. Lobro veía incrédulo cómo ella se plantaba ante la esfinge, empuñando un arma propia de la Era de los Mitos.

–¡Falanges! –la voz de mando del general erizó la piel de Lobro. El pelotón se desplegó en torno al monstruo. Eran alrededor de veinte hombres hacia cada flanco, veinte por detrás y el general, la reina y el joven Lobro, directamente delante de la bestia.

–¡Adem Grull! –el feroz grito del líder llamaba a alistarse. Comenzaron a golpear sus escudos con las empuñaduras de las espadas, haciendo vibrar todo. La tensión podía palparse. La reina sabía que el derramamiento de sangre era inevitable. Solo rogaba que muriese la menor cantidad de hombres posible.

–¿Acaso no sabes, mujer insensata, que a hierro muere quien a hierro mata? –la esfinge sacudía su cola, la excitación se apoderaba de ella.

Rugió salvajemente. La noche empezaba a caer sobre todos. Sabía que se iría de allí con mucha sangre bajo las alas.

–¡Mueran por nuestra Reina! –el grito del general reverberó en el ocaso.

Inna, la reina Escarlata, con su cetro empoderado se lanzó al ataque, codo a codo con sus soldados, como lo hiciera la reina Escarlata de la Era de los Mitos. Una creatura que ni en sueños imaginaba se hacía carne delante de ella. Rugía y vociferaba. Los mitos no irradiaban ese temor que calaba los huesos.

Las falanges de los flancos se cerraron sobre la bestia. Los desafortunados soldados más cerca de sus garras perecieron al instante; sus torsos, violentamente lacerados. Volcada sobre ellos, la esfinge bajó la guardia. Inna le asestó un golpe con el cetro. Un eco sordo y un destello la obnubilaron. Un inhumano grito de dolor aturdió a todos. Sea cual fuere la fuente de poder del cetro, era suficiente para dañar a la esfinge.

La bestia se replegó encogiendo el cuerpo y envolviéndose en sus alas. Estaba acorralada. Sesenta hombres trataban de penetrar sus alas a espadazos. El acero de las espadas rebotaba impensadamente contra las plumas. La voz de la esfinge se colaba entre el ruido del metal. El ensalmo que cantaba la ayudaba a recuperar fuerza. Nadie conocía las palabras de su canto, pero todos oían el cambio en su cadencia. Las

enigmáticas palabras infundían un irracional miedo.

–¡Cubran a la reina! –gritó el general. Lobro y algunos más formaron en torno a Inna, anteponiendo sus escudos a modo de muro. De un segundo a otro, la esfinge abrió sus alas. Súbitamente un aro de fuego emergió entre ellas en todas direcciones y abrasó todo a su paso.

Sus soldados la protegían como los del mito. Pero los mitos no sangran, los mitos no gritan de dolor. Se abrió paso entre los escudos. La visión de hombres ardiendo, el hedor de la carne chamuscada. Nadie hablaba de eso en los mitos. Su general yacía en el suelo, envuelto en llamas y humo espeso. La negra piel de la esfinge mudó a un tono cobrizo refulgente. Sus ojos se habían vuelto aterradores, ajenos a este mundo.

Inna se lanzó al ataque. “Recuerda que el cetro es en sí mismo un arma, canaliza la luz divina de Zura Dum”, la voz de su tutor resonaba en su memoria, le resultaba asombroso cómo en situaciones como ésa la mente viaja. “Canaliza su melodía… solo respira y sigue su danza…”. Recordó la lección de su tutor y sintió que danzaba nuevamente, aunque su compañero ya no era Jalil el orfebre, sino un verdadero enemigo. No estaba sobre el césped verde de su jardín, sino sobre la sangre reseca de sus soldados. La reina arremetió contra la esfinge blandiendo el cetro. El monstruo la rechazaba y contraatacaba, a la vez que Inna bloqueaba los zarpazos. Asestaba un nuevo golpe, obligando a bajar la guardia al implacable asesino.

Lobro se adelantó a los otros soldados, pisoteando los cadáveres. Tomó otra espada de alguna mano muerta y se ubicó a un lado de la reina. La esfinge contraatacó. El cetro de la reina parecía cubrirlos con una barrera imposible de ver. Aquí y allá, Lobro conectaba algún golpe de espada. Sangre negra manaba de las heridas.

–¡La bestia sangra! –gritó un soldado ganando confianza.

–¡A ella! –ordenó otro.

Más hombres venían desde el castillo. Los muros del palacio estaban ahora coronados de arqueros. Un ejército sin general hacía cuanto podía por defender a su reina. El remanente en torno a Inna se sumó al ataque. Aquella danza macabra estaba alcanzando su punto culminante.

Parada ahora sobre sus patas traseras, la esfinge se mostró más amenazante que nunca. El canto inquietante que brotó de su boca vaticinaba otro ataque.

–¡Protejan a la reina! –gritó Lobro. Todos los hombres en pie se lanzaron contra la esfinge. Sumados a ellos, también los que venían del palacio. La bestia retrocedió apenas unos metros. Las flechas silbaban en el aire, muy pocas la alcanzaban.

La esfinge seguía cantando en un trance frenético. Se elevó unos metros del suelo batiendo sus alas, suspendida en el aire las plegaba lentamente. Lobro retrocedió junto a su reina, arrojó las espadas y tomó un escudo. Inna observaba toda aquella escena impávida. De pronto lo notó. ¿Cuántos hombres había en aquella plaza? ¿Quinientos? Más quizás… ¿Y apostados en los Muros? ¿Otros cien? Elevó su vista hacia la esfinge, a la vez que la bestia bajaba la mirada. Cesó el canto.

–¡Retirada! –gritó desesperada. Inna solo atinó a levantar su cetro. La esfinge abrió de súbito sus alas.

La más violenta explosión que Pueblo Mayor recuerde sacudía hasta los cimientos de la plaza del Palacio. Fue breve, muy breve. Pero detrás del estruendo una nube de polvo, humo y azufre era todo lo que quedaba de aquel sitio. Los muros frontales ya no estaban. La reina Escarlata no asimilaba lo sucedido. El cetro en su mano ya no irradiaba ninguna luz. A su lado derecho, un soldado se sostenía exánime sobre su escudo, no quedaba nadie más. Oyó el ruido sordo delante de ella, no necesitaba ver. La esfinge aguardaba del otro lado de la cortina de humo; un repentino viento barría una parte. Su risa le atravesaba el pecho; el golpe de gracia. Sus alas se movían arremolinando el aire, disipando el humo. No quedaba más que tierra desnuda, polvo suspendido, confusión y llamas a lo lejos. Los Adem Grull habían muerto, la plaza había desaparecido, la penumbra no le permitía ver mucho más, seguía aturdida.

–Tal vez, reina, hay dignidad en dar batalla. Pero cuando canta el olvido, la vida se calla –la esfinge se acercó a la Reina, caminando sobre sus patas traseras.

Volvía a ser negra azabache. Su indolente expresión enmascaraba el profundo disfrute que le generaba el sufrimiento ajeno. La tomó en sus brazos. Para sorpresa de la bestia, preservaba aún puesta la capa de brocado color escarlata. La mujer desfallecía.

La bestia remontaba vuelo con su presa a cuestas, sin apenas reparar en el soldado vivo a medias apoyado sobre su escudo. Ni siquiera imaginaba el valor de la reliquia que ocultaba bajo su cuerpo.

Mar de Luma
EL PEÑON
Norte del Peñón
La Peninsula Negra
Mar de Sonne
SE DEBEN AL REGIMEN
LA GRACIA SE PAGA
Cuenca del Pirata

3
Las hilanderas

Era una mañana gris, como tantas otras mañanas grises en Norte del Peñón, la ciudad más populosa de la Península Negra. Hebra despertó con sed. No había podido beber agua en todo el día previo, ni el día anterior a ese. Nodriza necesitaba el agua más que ella. Su cuerpo se negaba a abandonar el lecho. Moverse comenzaba a ser un desafío, aquel día debería beber. Apoyó un pie y luego el otro sobre el suelo de tierra apisonada y se levantó del precario catre. A escasos metros se encontraba su compañera de cuarto, febril, temblorosa, a duras penas viva.

La enclenque mujer acostada se encargó de custodiarla, supervisar su trabajo y procurarle aquellas modestas comodidades reservadas para el gremio de las esclavas hilanderas. Como también de castigarla, humillarla y exponerla en caso de no cumplir con sus deberes o quebrantar las reglas. Así fueron las cosas durante la mayor parte de su vida. Pero al caer enferma la anciana, le otorgaron el infrecuente privilegio de ser su cuidadora. La vio ahí tendida, analizando las manos deformes, ásperas y pequeñas, ajadas por el tiempo y la labor incesante. Veía su torso huesudo subiendo y bajando con la estertórea respiración, siguiendo además el acompasado movimiento del palpitar de los vasos en su garganta. Allí se observaba su añeja cicatriz, rasgo que ambas compartían. Rasgo común a todas las hilanderas. Hebra, a pesar de sí misma, era radicalmente diferente. Y solo lo era por intervención de la mujer que agonizaba miserablemente desde la cama. La anciana enjuta abrió los ojos hundidos en las cuencas, oscuros y vidriosos por la fiebre. La miró y estiró de a poco su mano. El ademán era claro: “Siéntate”.

No sin recelo, Hebra obedeció. Estaban solas. Nadie iría hasta los aposentos hasta dentro de unas horas, cuanto menos. Ambas lo sabían. Ya no se encontraban en el recinto de su gremio, plagado de vigías y a la vista del supremo rector, sino en las estancias del rectorado. Secretamente la muchacha deseaba tomar la almohada debajo del cráneo con cabello ralo de la anciana y ahogarla con ella, pero no podría hacerlo. No después de lo que Nodriza le dejó. Ninguna de las hilanderas podía hablar, puesto que los códigos de hebras en sus tapices registraban información celosamente guardada de la más

diversa índole. La vieja levantó su mano sacudió la esquelética muñeca, exhibiendo a la joven una mugrosa y enredada pulsera de nudos. Era evidente que quería que la tome. Hebra la quitó deshaciendo cuidadosamente el nudo. Al liberar su mano, la vieja hizo otro ademán, mucho más desconcertante: “Canta”.

Tenía tal vez cumplidos ocho ciclos cuando conoció a la Nodriza. Los últimos dos, los pasó en la Academia, donde por azar le designaron su futuro oficio, y le enseñaron el idioma de señas de las hilanderas ¿Qué podía justificar que a una pequeña niña le hicieran aquello? La información que manejaba esa casta de esclavas en sus tapices era de altísimo valor. Afectaba tanto al prolijamente orquestado régimen de esclavos, que se les exigía impermeable mutismo, además de celibato. Un simple voto de silencio no sería jamás renuncia suficiente o garantía valedera, al menos no para los vigías, no para el supremo rector.

Era transportada en una especie de camastro, el mareo era insoportable, se sentía fuera de su propio cuerpo, todo era difuso. El recinto era frío y con un peculiar y penetrante aroma. ¿Qué podía justificar aquello? Entró a un cuarto, y desde allí tumbada lo veía muy claro. Una mujer con el rostro enmascarado sostenía una pequeña hoja de metal de empuñadura delicada. Solo sus ojos quedaban a la vista. Otra niña como ella en una camilla alta. Nodriza la sostenía bajo luces incandescentes. Los gritos. La sangre, toda esa sangre. El miedo inundándolo todo, como un río desbordado en cada rincón de su mente. La mujer siniestra trabajaba sobre la herida que le había abierto a la otra niña en la garganta. Oyó el último grito de esa pequeña y el horroroso graznido que le siguió. Sintió terror al adivinar que ella era la siguiente. ¿Qué podía recordar con menos dolor? Su cuerpo no respondía; brotaron las lágrimas. La mujer siniestra la sostenía a ella, ignorando la súplica. Nodriza empuñaba la hoja en esa oportunidad. Desfallecía, horrorizada.

Lo que podía recordar con menos dolor era aquello. Nodriza le cubría la boca. La mano mugrienta apenas le deba espacio para respirar por la nariz. El olor a sal de sus lágrimas se mezclaba con un extraño olor similar al óxido. Era el olor de su propia sangre. El dolor urente en la garganta, la sed, tanta sed. Aquello que les hacían a las niñas hilanderas las callaba para siempre. Pero si Nodriza le hubiera soltado la boca, Hebra habría podido gritar. Tenía miedo, mucho miedo, desde aquel día en adelante nunca dejó de tenerlo. Respiró, con los ojos clavados en los de su captora. La finalidad era muy clara. Le imploraba que se calle. Su mano libre ejecutaba señas: “Mantente callada para seguir viva”.

Nodriza quería que nadie la oyese hablar. Quería que nadie

supiera que esa pequeña niña conservaba su voz. Pero más que ninguna otra cosa, quería que entre las hilanderas hubiese una testigo de las aberraciones que sucedían en la Península Negra que no fuese muda. La niña sería su cómplice. En la trama del telar, esa niña lo cambiaría todo, ella sería la hebra que haría la diferencia. Nadie tenía que saberlo. Les iba la vida en ello.

Hebra tomó la mano revieja de Nodriza. ¿Podía estar enojada con esa mujer? Por supuesto que sí. Pero aquella mujer hecha de dolor y silencio le trataba de entregar una chispa de esperanza por mínima que fuera, le dio un propósito más grande que ellas mismas. Tomó a la vieja por los hombros y la recostó sobre su regazo. Alguna vez la escena fue al revés. Así incorporada, la anciana parecía respirar mejor. Hebra acariciaba el ralo cabello. La garganta le raspaba. Tomó aire y separo los labios.

–Mantente callada para seguir viva –la voz áspera de Hebra era tremendamente cálida.

Una seguidilla de señas dejaba entender: “no me hagas rogar”.

La joven caía en cuenta de que aquello era lo más piadoso que podía hacer por una vieja moribunda. No tenía por qué apresurar su inevitable muerte.

Ojalá y me extrañen esta primavera
tus manos nudosas como la madera.
Ojalá tus dedos al tocar las cuerdas
recuerden mi cabello, tan largo cual era.
Ojalá y yo sea, mis ojos de almendra
anhelo en tus sueños, la calma a tus penas.
Ojalá laudista de melodía sin letras
no olvides los versos de esta hilandera.

Ojalá y los besos que hay en mi almohada
lleguen a tu espalda en el viento, sin alas.
Ojalá y las rimas que mis hilos narran
escapen tras tus pasos al llegar el alba.
Ojalá hubiera flores, risas y baladas,
flautas, panderetas y mis pies bailaran.
Ojalá laudista, piel de dulce naranja,
la hoguera que espero tu recuerdo valga.

Aquella canción tan triste, la favorita de Nodriza, había sido tejida

por su única amiga el día previo a su ejecución. Justo después de ser torturada y rapada a cuchillo. Se la había confiado a la niña hacía un buen tiempo en un trozo de hilo sucio y anudado. La disposición de nudos en secuencia era un código que no aprendió en la Academia; las hilanderas tenían su propia forma de compartir secretos. La voz de Hebra les otorgaba a esos versos su melodía. Y aunque la primera vez que la oyó, Nodriza casi muere del disgusto, llegó a amar la canción de la hilandera y el gesto de osadía que representaba en sí misma.

La respiración volvía a ser estertórea. La vieja le tomó la mano en la que llevaba la pulsera y cerró sus escuálidos dedos con fuerza. Era muy evidente que ese pequeño rosario de nudos valía mucho. Hebra estaba desconcertada. No imaginó que despedirse de esa vieja que fue amarga como la hiel más de una vez podía resultarle tan duro. Esa persona llena de resentimientos fue lo más cercano que tuvo a una madre, e inevitablemente moriría. La respiración era más y más trabajosa. La cabeza péndula, reposaba en su regazo. Un último estertor, y eso fue todo.

Allí había quedado. En breve vendrían a recoger su cuerpo para quemarlo. Pensó en la pulsera que sostenía en la mano. Una mujer que habían hecho callar le dejaba un último mensaje. Un golpe en la puerta interrumpió sus cavilaciones. Se levantó del lecho para recibir a quien fuera. Era el vigía de turno, uno de los detestables hombres del rectorado, apostado allí como otro mecanismo de control.

–Tu ración y el agua –dijo la voz del vigía. El hombre levantó la vista e interpretó la situación–, parece que comerás el doble, bien hecho, hilandera.

Hebra dedicó al vigía una mirada llena de odio. Esa detestable persona sistemáticamente abocada a doblegarla pormenorizaba la muerte de Nodriza. Como si solo valiera su plato de comida, como si una mujer hecha de dolor y de silencio hubiera nacido únicamente para ser olvidada.

4
El carpintero

Sentado en una silla, esperando a ser oído, Lerón del Sándalo miraba el suelo. El carpintero lo sabía. Aquello que vio en el pantano al sur del bosque estaba conectado con la desaparición de la reina, aunque no podía establecer el vínculo de forma directa. Desconfiaba profundamente de los soldados del Reino, no eran más que ventajeros bien dispuestos a ser sobornados si se daba la oportunidad. Pero la trágica circunstancia del solsticio, en la que centenares perecieron, le resultaba lamentable.

La sala de espera de un reducido espacio contaba con una ventana de cristales incoloros. Era la antesala a otro salón en el que habitualmente se realizaban reuniones y debates. El escaso mobiliario se reducía a tres sillas y una mesa bajo el alféizar de la ventana, separadas por el espacio del corredor. Se levantó, impaciente.

Pensaba en retirarse cuando vio salir a dos guardias que llevaban a otro más, envuelto en ropa andrajosa y manchada de sangre. Tras la explosión del día previo, los asuntos de la milicia se atendían allí, en la alcaldía del Pueblo Mayor, el viejo edificio que oficiaba, entre otras cosas, de calabozo. No costaba mucho imaginar cuál sería el destino del desgraciado hombre. La puerta permaneció abierta detrás de ellos.

Lo llamaron por su nombre. Entró ordenando sus ideas. Delante de él se hallaba un oficial de la milicia y otros dos hombres dispuestos en una mesa de Tríada, una audiencia formal a la usanza de Zura Adem. Un poco más allá, sentada ante un bastidor, una de las Altas Tejedoras con su característica estola bermellón se disponía a armar un telar. La tibia luz del sol entraba por los altos ventanales, llenando la amplia sala.

–Se le ha otorgado una audiencia a Lerón del Sándalo, carpintero de oficio, para hacer declaratoria –dijo la tejedora–, compareciendo ante Baradur Pinoverde, comandante en funciones y los magistrados Daro del Vado y Samael Nogal –la solemne presentación denotaba lo serio del asunto.

Prestaría declaratoria ante autoridades mayores, no simples soldados. Era evidente la necesidad de la toma en conocimiento de todo lo visto u oído por los habitantes de Pueblo Mayor. Toda información útil respecto del paradero de la reina era valiosa.

–Lerón, el carpintero, el protegido de Regis Sauco, tu reputación te precede. Uno de los más afanosos trabajadores de Zura Adem. También particularmente obstinado a la hora de hacerte de maderas. Si tienes a bien, ¿qué deseas declarar ante nosotros? –preguntó Samael Nogal.

Lerón respiró profundo, miró hacia el elevado techo con vigas de madera. Sabía que iba a meterse en un apuro por hablar de aquello, pero tenía que explicar en qué contexto se acercó al pantano vedado de Thrin-Nar Ur Kali.

–Mis señores, quiero hablarles de lo ocurrido en el día previo a la explosión de la plaza del palacio –comenzó el carpintero–, en las afueras del bosque del Pueblo Mayor… al sur de Adem Thrin. Dos ayudantes y yo nos adentramos en el bosque en busca de madera. Al sur del río, crece cedro azul de muy buena calidad, pero muy difícil de talar. Necesitas la ayuda de al menos cinco hombres o tal vez tres, bien entrenados. De lo contrario, no nos encontraríamos con un árbol demasiado desafiante, aunque la madera sea bastante dura de hachar –dijo perdiendo un poco el hilo.

–¿Y cómo, me pregunto, carpintero, nos afectan en algo tus tareas de tala? –lo interrumpió Daro del Vado.

–No fue la tala lo más arduo ese día, señor –contestó con tono sombrío–. Comenzaba a caer el sol, estábamos al sur, demasiado al sur… –se detuvo.

–Y… –Daro del Vado gesticuló con su mano, apresurándolo.

–Sentimos que el suelo debajo de nuestros pies se movía. Fue extraño, siendo tres hombres fuertes tuvimos miedo. Delante de nosotros estaban las tierras del pantano de Thrin-Nar Ur Kali –dijo el carpintero.

–Sí que estabas al sur, carpintero, ¿qué tan caro puede ser el cedro azul para arriesgarte a entrar en tierra vedada? –el coronel lo miraba fijo.

No era el cedro azul lo que atrajo hasta ese lugar al carpintero, sino la curiosidad, la necesidad de conocer el origen de aquel temblor en un lugar por todo lo demás conocido. El deseo oscuro de enfrentarse a un peligro. Con la firme sospecha de que lo que yacía detrás de la bruma en el pantano era riesgoso, pensó que, al estar allí, desentrañaría un secreto muy antiguo, develaría una verdad oculta. Algo lo llamaba a resistir contra el sentido común, algo lo tentaba a corromperse. Sentía que no era conveniente mostrar sentimientos de esa naturaleza, al menos no delante de dos magistrados, un coronel y una tejedora.

–El cedro azul puede ser muy caro, coronel… caro en verdad. A

veces los leñadores se rompen algún hueso al talar esos árboles, hay riesgos que valen su precio. El suelo temblaba y ninguna bestia del bosque lo haría rehilar de esa forma. Mis compañeros trataron de convencerme de no seguir. Pero si les hubiera hecho caso y hubiese habido alguien más allá que necesitara ayuda… Tenía que entrar al pantano, debía hacerlo mientras aún había luz. Ellos huyeron. El temblor era más y más fuerte. El pantano era espeso, apenas veía el sol entre las ramas. Cuando llegué hasta un brazo del río, se veía un claro al otro lado y más allá lo vi –guardó silencio.

–Lerón del Sándalo, hasta aquí nos relatas cómo tu tozudez te llevó a quebrantar las reglas de perímetro. Explica qué has visto en Thrin-Nar Ur Kali que justifique esta audiencia y solo así, tal vez, no serás arrestado –sentenció Daro del Vado con su severa mirada clavada en los ojos de Lerón.

El carpintero se llevaba muy mal con las amenazas. Respiró profundo, se mordió la lengua para no devolver un improperio a ese remilgado.

–Vi la Torre Negra… –empezó vacilando.

Los integrantes de la mesa lo escuchaban con tensión.

–La veía a lo lejos… vi cómo desde los márgenes del río las piedras rodaban y más allá se rejuntaban, y así apiñadas, se adentraban en el pantano. Seguí caminando, crucé el río con el agua hasta la cintura para ver más allá. La tierra temblaba más fuerte del otro lado. Un poco más adelante, veía cómo se movían las plantas y los árboles. Las piedras los arrastraban y los arrancaban de cuajo. Se iban apelotonando más piedras. Todas iban en dirección al torreón –hizo una pausa.

La imagen se volvía a formar en su cabeza y revivía la fascinación y el horror.

–El pantano se estaba deshaciendo. Parecía que se lo estaba llevando… la torre… como si tratara de devorarlo. Como si necesitara comérselo. Y de golpe todo se detuvo. Casi no había luz, pero se veía bien claro. Al pie del torreón, ahí bien pegados, se habían formado peñones enormes. La bruma giraba y se retorcía formando un remolino. Había tanto viento que sentía cómo me empujaba. Cuando levanté un poco la vista, entendí lo que estaba pasando, los peñones se levantaban de a poco. Primero se despegaron del suelo, y después seguían al viento y la bruma, flotando en torno a la torre… –Lerón se quedó en silencio. Nadie más habló.

La tejedora movía sus dedos a una velocidad impresionante, mientras conformaba el relato de Lerón en su telar. Todo cuanto había dicho quedaba asentado allí en un patrón de entramado que variaba

en tipo de nudos o lazadas y color de los hilos. La tejedora dejó sus manos quietas, expectante. Las preguntas se agolpaban en las cabezas de los oyentes.

Samael Nogal intercambió una mirada con Daro del Vado, la misma idea se les formaba en la mente.

–¿Qué fue lo que sentiste en ese momento, Lerón del Sándalo? –preguntó Samael.

–Miedo, señor. Mucho miedo. Se levantó una peste a muerte y una neblina se arrastraba por el suelo. Tenía muy claro que en ese lugar no había otra persona más que yo… pero sé que no estaba ahí solo. No podía dejar de ver eso. La torre se hacía más grande, más negra. Estaba viva. Eso fue lo que sentí –respondió.

–¿Qué hiciste luego? –inquirió el coronel.

–Miré alrededor tratando de dar un sentido a algo de lo ocurría en torno a mí. Me quedé como clavado al piso, era aterrador, pero no podía dejar de verlo. Me di media vuelta. El brazo del río a mi espalda estaba bien embravecido. El agua se levantaba también y parecía que se iba hacia la torre. Me di cuenta de que, si no huía, el agua del río me iba a arrastrar… empecé a correr.

–Evidentemente tuviste éxito –observó Daro del Vado–, ¿qué más viste, carpintero? –el magistrado necesitaba más detalles.

–No mucho más –trataba de recordar, vagamente alguna imagen venía a su memoria.

Tenía esa sensación de una vida gestándose, una vida que no era vida. Algo que le permitía quedarse allí mientras se rearmaba. Algo que lo observaba mientras él devolvía la mirada, absorto. Pero no recordaba mucho más. La vertiginosa huida a oscuras. Sus pies, atravesando el lodazal; luchando para avanzar entre el lecho rocoso del río; volviendo entre las plantas bajas del pantano, corriendo entre las raíces en el bosque. Sus pies, los veía correr frenéticos, como algo ajeno a su cuerpo.

–Algo me observaba –agregó Lerón–, no sabría decir qué era, pero, así como yo presenciaba todo eso, lo que se estaba formando allí también me observaba –finalizó.

Daro del Vado arqueó una ceja. Miró a quienes conformaban la mesa. El coronel y el magistrado Nogal devolvieron la mirada y asintieron en silencio.

–Concluida esta audiencia, dejaremos asentado lo expuesto por Lerón del Sándalo, en su relato del evento del pantano Thrin-Nar Ur Kali. Por cuanto corresponde al incumplimiento de la regla de perímetro, se fijará una multa en un valor a acordar, y se le notificará oportunamente en domicilio –la sentencia dictada por del Vado fue

benévola–. Se levanta esta sesión. ¡Larga vida a la reina!

–¡Larga vida a la reina! –respondió Lerón.

–Puedes retirarte, carpintero –agregó Nogal en tono amable.

El carpintero se levantó y salió bajo la atenta mirada del trío.

5
La mesa de tríada

Nada más cerrarse la puerta, la tejedora se alejó de su bastidor. Llena de inquietudes, necesitaba ordenar sus pensamientos.

–El relato es verosímil. No hay ondulaciones en las hebras que denoten alguna mentira –informó a los auditores–, lo mismo que el relato del soldado, el portador del cetro –observó.

–Ese soldado es un dolor de cabeza –Daro del Vado seguía reticente a asimilar el relato que había oído más temprano del soldado.

–Caballeros, ¿creen que ambos eventos estén conectados? –la pregunta de Samael Nogal ya se había formulado en la mente de los presentes, y cada uno tenía su propia respuesta.

–Creo, si me permiten exponer una conjetura, que ambos hechos están relacionados –respondió la mujer.

–Explíquese, por favor, tejedora –la animó Samael. Daro blanqueaba sus ojos.

Tomando el tejido del testimonio del soldado entre sus manos, la tejedora señaló un punto.

–Aquí, el soldado hace mención en su relato a la procedencia de la esfinge, cuando explica que la bestia respondió a la reina, en tono de mofa, que provenía de Kurum Ur Kali –expuso la tejedora.

–¿A qué se refiere, tejedora…? –Samael quiso conocer el nombre de la tejedora.

–Ava, Ava Roble. Las Altas Tejedoras somos la memoria viva de Adem. Pido perdón por emitir esta clase de conjeturas. Kurum Ur Kali es la denominación antiguamente designada a la Fortaleza del Olvido ubicada, según el telar de la Tríada, en el pantano al sur de Adem Thrin, a saber, Thrin-Nar Ur Kali. Conocida en la actualidad como la Torre Negra.

Los tres hombres la seguían atentos.

–¿Cómo pudo un soldado novicio darnos el nombre exacto de la torre en tiempos de la Guerra de la Emancipación, siendo que cayó en desuso hace generaciones? –concluyó Ava.

–Tejedora, su conjetura parece acertada, tendenciosa tal vez, pero

coherente… ¿Sin embargo, es ilógico pensar que un soldado novicio conozca ese nombre por otras causas? –preguntó Daro del Vado.

–Los novicios en general tienen muy pocas luces, Daro, y, sinceramente, el muchacho no parece una excepción –respondió el coronel.

–No obstante, casi ningún soldado conoce el Bestiario de Tebeth, diré más, una esfinge no es algo que se vea habitualmente, y el muchacho fue bastante preciso con la descripción –agregó.

–¿Kurum Ur Kali? ¿Guerra de la Emancipación? ¿Esfinges? Caballeros, estamos hablando de la Era de los Mitos. La reina fue raptada, no podemos permitirnos entrar en delirios… –zanjó Daro del Vado.

–Daro, te respeto enormemente, te considero una persona sensata y habitualmente no te llevaría la contra… –comenzó Samael Nogal.

–¿Pero? –se adelantó del Vado con ansia de conocer la objeción.

–Pero te faltó enumerar que el soldado vio a Zura Adem Inna empuñar un cetro mágico –comentó con una sonrisa apagada–. Están, sin lugar a duda, sucediendo cosas extraordinarias en nuestro territorio. Incendios en los cotos de caza, enfermedades inexplicables, cosechas pudriéndose en los campos que el mismísimo Hierofante de Ganna Adem se dispuso a investigar. Desde la visita del heraldo del rey Negro, una calamidad tras otra asoló a nuestro pueblo –contestó Nogal, ensombrecido por sus tribulaciones.

–No me hables del chiflado del Hierofante, bien nos hubiera venido que moviera sus guantes rojos para pelear contra la esfinge –Pinoverde soltó una opinión solo para arrepentirse.

–Abogaré por él y te diré que estaba ayudando a los pobladores del reino en la otra punta de Adem –dijo Nogal.

–Es tentador pensar que todo esto pueda estar conectado –retomó del Vado–, pero imaginemos, y solo imaginemos qué podría significar que todo lo que enumeramos aquí comparta procedencia –repasó las miradas de los presentes.

Samael Nogal se tomaba el mentón.

–¿Estamos dispuestos a comunicar al pueblo de Adem, tras haber perdido a nuestra reina, que Zureij Kelij Odur o su tataranieto regresa a tratar de someternos? –estaba exasperado, le temblaba ligeramente la mano izquierda.

–Me temo que es exactamente lo que tenemos que hacer, viejo amigo –respondió el veterano.

–Magistrados, coronel, si me permiten otra observación…

–¿Hay más? –respondió molestamente sorprendido del Vado.

El gesto descortés no pasó inadvertido. Nogal lo reprendió con la mirada.

–Continúa, Ava –la invitaba; ella liberó el discreto ceño fruncido.

–Hubo un personaje repetidamente mencionado por los presentes en el día del solsticio. Todos describieron consistentemente y de forma inequívoca cómo un hombre sencillamente desapareció tras solicitar la mano de nuestra reina. Alguien que se dio a conocer como el heraldo del rey Azabache –Ava aventuró su conjetura.

–¿Y qué hay con ese heraldo? –preguntó Baradur Pinoverde.

–Por cuanto conocemos, la Península Negra, Kelij Arsollum, en la lengua antigua, se halla organizada bajo un orden social conocido como el régimen. No poseen un gobernante con título nobiliario, sino un supremo rector.

–Gracias por ilustrarnos en la ya conocida situación de la desolada Península Negra y del monstruo que allí rige –acotó del Vado, ya sin paciencia.

–Se trata del más grande exterminador de nuestros tiempos. Contrabandista a gran escala y un esclavista perverso con una considerable capacidad de armas. No es que precise un título nobiliario para serlo, pero si ese desquiciado se autoproclama rey Azabache, será un gran dolor de cabeza. El trono Negro es una temible fuente de poder. Poder y locura no son buenos aliados –reflexionó Nogal.

–¿Y el cetro? –preguntó el coronel tratando de reanudar la conversación.

–¿El que quedó en poder del novicio? –preguntó del Vado con cierto sarcasmo.

–¿Alguien pensó qué haremos con el muchacho? –Baradur Pinoverde estaba más que preocupado por el destino de ese novicio.

–Está establecido en el tapiz del Sol que el mando de Zura Adem pasará de una reina a su sucesora al entregar la reina saliente el cetro a la reina entrante. La ceremonia de traspaso del mando deberá celebrarse en el ocaso del solsticio en la Plaza del Palacio, a menos que la reina saliente se encuentre incapacitada. En esa excepcional condición, el traspaso del mando debe realizarse en los aposentos de la reina –la tejedora recitó a la perfección.

Daro del Vado resopló pensando que, claramente, nadie enseñaba a las tejedoras a guardar silencio.

–Sugiere entonces, tejedora Ava, que debemos buscar una sucesora… o tal vez que nuestra reina debería ser un soldado novicio… –respondió tajante el magister del Vado. Era evidente que la

tejedora le resultaba irritante.

–¡Zureij Adem Lobro! Allí lo tienes. Nadie se atrevería a tanto, Daro, tenlo por seguro –comentó el coronel–, pero es el portador del cetro, no podemos negar lo que eso significa. El Día de la Reina se celebra durante el solsticio y, luego de la explosión, lo único que quedó en la Plaza del Palacio fueron este muchacho medio muerto y el cetro de la reina. Ni siquiera cadáveres para ser llorados por sus viudas –contestó el coronel.

–Transmito lo que nos fue legado en el telar. Esa es mi función. No recuerdo referencias a sucesiones en batalla, y pienso que eso fue lo que sucedió en la plaza del palacio ayer por la tarde. El cetro quedó en posesión de un portador –Ava trataba de recordar, pero nada le venía en mente–. Quien porte el cetro, resguarda el título.

–Es un varón, y el tapiz del Sol lo dice bien claro, el cetro deberá pasar a *la reina entrante* –enfatizó Daro–, y si aún no lo fuera, no podemos dar por acabado el mandato de Zura Adem Inna, no así. Y, además, ¿quién es este soldadito? ¿Tenemos que creerle? Si me dejara llevar por sus delirios, podría ser el mismísimo rey Azabache tratando de hacerse de nuestro trono. Los llamo a la prudencia –Daro del Vado los llevaba a su punto.

–No podemos desconfiar de esta manera, no podríamos fiarnos de nuestra propia sombra –Samael trataba de apaciguar a su colega.

–Pues, viejo amigo, si se trata del retorno del Corazón Negro, es precisamente lo que debemos hacer –Daro del Vado deseaba que todo aquello fueran delirios, pues conociendo los mitos de antaño, el más despiadado enemigo de su reino estaba al acecho.

–Estaríamos obedeciendo a tu llamado de prudencia si nos preparáramos para una ofensiva –contestó el coronel Pinoverde.

–¿Contra qué enemigo? Una sola esfinge mató a cientos de hombres. No podemos iniciar una guerra sin cuartel contra sombras en un pantano –Daro del Vado no estaba dispuesto a perder más soldados.

–Necesitamos protegernos, definitivamente –Samael formuló un plan–. Los alquimistas del reino Índigo son la única fuerza conocida contra este tipo de contingencia. Debemos dar alerta también a nuestros vecinos en el reino Verde y en el reino Púrpura, incluso deberíamos mandar emisarios a los nómades Pardos –agregó el magister.

–Solo sembraremos el pánico entre ellos… –Daro se mostró reacio al planteo. Más allá de que Samael Nogal señalaba el protocolo adecuado, él mismo se negaba a asumir los hechos.

–Pero también los pondremos sobre aviso. Si podemos evitarle a

otro reino el sufrimiento por el que pasa Adem, ¿qué diría de nosotros permanecer sin tomar acción alguna? –Samael habló con la franqueza de un verdadero amigo.

–Estás en lo cierto Samael Nogal… –reflexionó del Vado–, debo admitir que envié un mensajero a uno de mi confianza en el reino Índigo, sin estas conjeturas tan ominosas –dijo, además, en cierto tono de disculpa.

–Diligencias deben tomar sus caminos hacia los reinos Libres, incluso a los Citrinos… tejedora Ava, notifique a quienes corresponda. Ya que es tan propensa a citar sus telares, averigüe en detalle casos de traspaso del mando en batalla, y las obligaciones y derechos de un portador del cetro. Caballeros, hay mucho por hacer y el tiempo corre en nuestra contra. El magisterio de Adem sesionará con respecto a lo hasta aquí expuesto. Esta audición se da por cerrada –en el tono solemne de Samael Nogal brillaba una nota de esperanza.

–¡Larga vida a la reina! –el eco resonó en la sala. El tiempo, efectivamente, corría en su contra.

6
El portador del cetro

Hacía ya dos días que estaba en ese cuarto. A pesar de todo, ya lo encontraba acogedor. Los techos de madera bajos siempre le resultaban un entorno amable. Él mismo se había criado en una casa de techo bajo con vigas de pino. La ventana veía hacia un árbol solo de copa frondosa en un patio que, por todo lo demás, difícilmente se vislumbraba desde la cama. Le llegaba fuerte y claro el sonido de un gentío del otro lado. Para contemplar mejor el patio, era necesario pararse, lo cual le resultaba considerablemente doloroso. Era cuestión de aguzar el oído, y de a poco, armaba el cuadro. Se hallaba en la alcaldía, tenían que ser soldados. El dolor generalizado era su mayor impedimento, su cuerpo dolía casi tanto como sus recuerdos. En ese momento, su mente era un amasijo informe del que prefería mantenerse alejado. Se imaginaba que estaba allí con el único fin de recuperarse, prefería hacer caso omiso de los guardias apostados fuera del cuarto. Los mismos que lo habían escoltado tras dar declaratoria ante una mesa de Tríada.

Su ropa andrajosa estaba prolijamente doblada en una silla. Le llamaba la atención la cantidad de sangre seca en la tela. Todavía se asombraba del color que había quedado el agua de la tina de baño en la que se había limpiado la noche anterior. No identificaba de dónde podría haber salido toda esa sangre, salvo por el vendaje del brazo y la quemadura del pecho, no contaba mayores heridas, así lo pudo constatar ante un espejo. Su piel parecía más pálida, pero evidentemente la franca mayoría era sangre ajena.

Hacía solo dos días que Lobro Arrayán sobrevivía al trágico ocaso del Día del Solsticio. Allí mismo en la alcaldía, la audiencia del día previo lo arrastró por todo cuanto recordaba. Era imposible escindirse de los recuerdos. Había estado parado junto a Zura Adem Inna, tan solo seis meses después de iniciado como soldado del ejército rojo. En un Día de la Reina con sabor amargo, la suprema autoridad se había acercado a su pueblo con la capa Escarlata, obra de las Altas Tejedoras. Apesadumbrada como nunca, tras un año en el que había puesto a disposición de todo su pueblo los recursos del Palacio como nadie antes.

Se preguntaba si alguna vez hubo un regente con ese nivel de

humildad en las tierras de Zurem Ur Mellur. No era justo que una fuerza ajena a todo lo conocido reclamara como suya a esa mujer. De todos los hombres en la plaza del Palacio, él era el único sobreviviente. Su mente estaba hecha girones, las preguntas se agolpaban de a centenas, el murmullo de sus ideas podía oírse. El ruido en su interior bloqueaba todo intento de pensamiento ordenado. Las preguntas en la audiencia eran sal entrando de a puñados en sus heridas. Más allá de toda la confusión y el sufrimiento, la tejedora allí presente tuvo más tino a la hora de llevarlo por sus recuerdos, y así lo ayudó a dar sentido al relato. Lobro comenzaba a caer en cuenta de que era el último hombre que vio a la reina de Adem, y lo único que quería en ese momento era salir de allí corriendo y no volver nunca más.

Así que comenzó por lo más fácil, mirarse las manos. La piel de las palmas callosas por el entrenamiento con espada, ásperas sobre el arco, pero suaves en los dedos y el hueco de la palma. Miraba sus manos y reanudaba el pensamiento de que ese era él, un hombre acostumbrado a pelear y pelear duro. Se miraba y la realidad más relevante, la más obvia de todas, era que seguía vivo. Luego de un período de tiempo, para él incalculable, fue encontrado por otros soldados. Miraba sus manos y se sorprendía de lo limpias que estaban. Dos días atrás, luchaba a dos espadas contra un oponente más allá de sus pesadillas. Luchaba por su reina con alma y vida. Y al final del día, por más duro que haya batallado, no fue suficiente. No bastó, ni para sus compañeros, ni para su reino. No importaba que tan limpias tuviera las manos, no se iba a sentir digno, probablemente nunca.

Ya no quería toda esa angustia. Quería huir de ese lugar, llegar al río de Adem Thrin y mojarse los pies. Perderse a nado, y que nadie recordara que ese hombre que quería ser pez era el único sobreviviente del ocaso del solsticio. Había otra cosa que quería, se daba cuenta. Quería tomar la mano de la tejedora, y hablar con ella por horas y que ella, que sabía tanto, le explicara lo que sucedía. Por qué sus dichos eran tan importantes ahora, si él era apenas un soldado que bien podría estar muerto como cualquier otro que estuvo allí ese día. Cómo podía ser que él, que era un bruto del Pueblo Menor, estuviera ahí, viviendo la vida de un invitado noble. Se veía en ese acogedor cuarto de techo de madera, sintiéndose merecedor de la más oscura mazmorra de la bendita alcaldía.

Le costaba bajar la mirada. Le costaba asumir que lo que lo retenía allí era un hecho tan fortuito. Al final de cuentas, un inesperado golpe de suerte lo sorprendía y lo despegaba del resto. Apenas podía ojear el cetro dorado que resplandecía en un sillón a algunos pasos de él. La luz del sol rozaba la reliquia, y generaba un extraño efecto en su superficie. Era el objeto más exquisito que había

visto, pero estaba muy lejos de la letal arma que recordaba en las manos de su desaparecida reina. Ya no estaba seguro de ser un Adem Grull, por más que el ejército Rojo siguiera en pie y con un nuevo comandante en jefe. En la audiencia fue llamado "portador del cetro", pero no era consciente de lo que eso significaba. Su destino aún no había sido sellado. Sabía, por boca de su comandante, que un concilio sería celebrado en el magisterio. Pinoverde le había pedido encarecidamente que no hablara de más.

A pesar del dolor, de lo limitado que se sentía, quería abandonar la cama. Decidió pararse, con una cuchilla incandescente clavada en cada muslo y una gran pesadez entre las escápulas. Entre todas las cosas que comenzaba a extrañar, añoraba hacer sus necesidades sin molestias. El bacinete que estaba a unos metros de la cama quedaba a una altura justa. Y aunque ni siquiera se sentía lo suficientemente hombre como para incorporarse a orinar con dignidad, de a poco podría conseguirlo. Cada paso fuera de la cama era una conquista. En la mañana de la audiencia, apenas podía dar unos pasos. Lentamente ganaba confianza, en su cuerpo al menos.

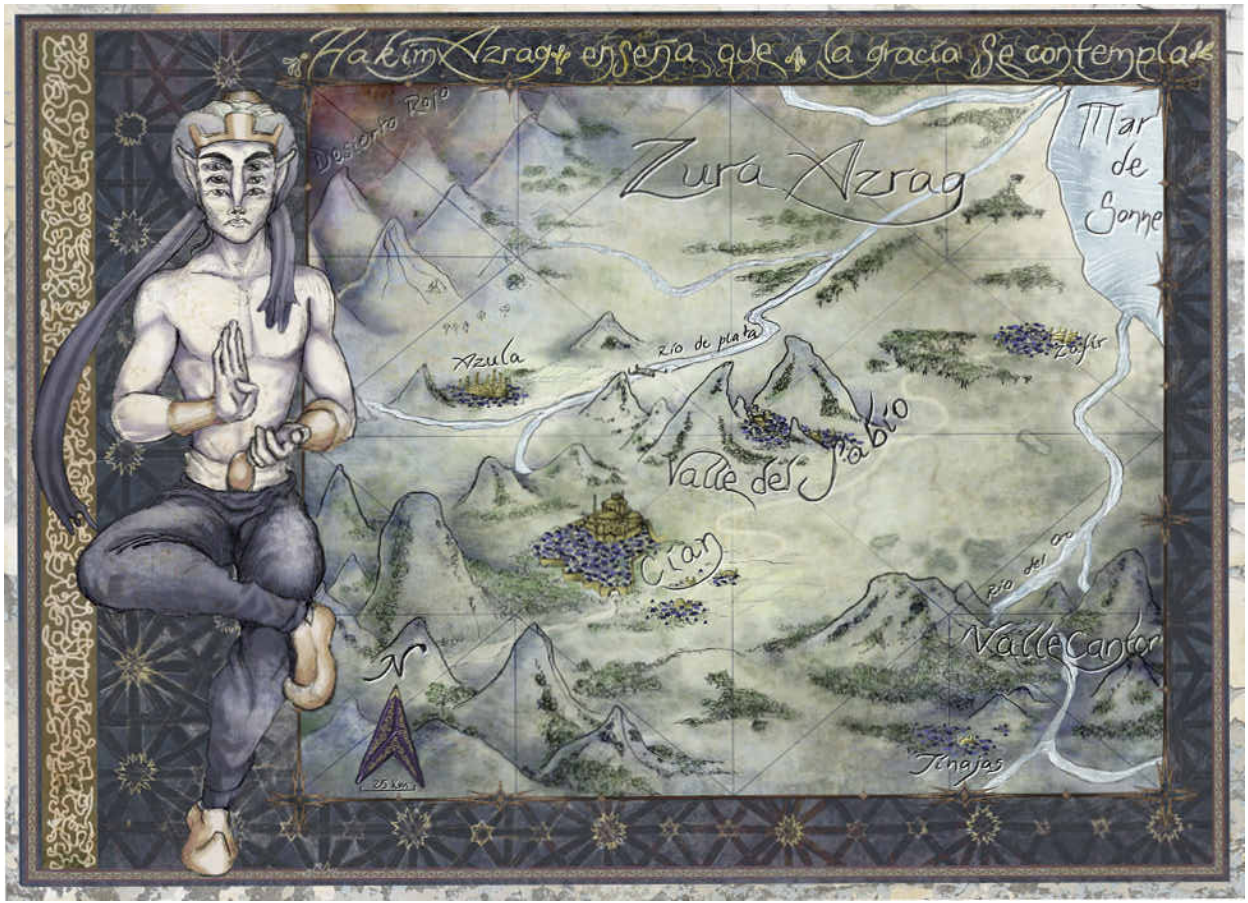
Se acercó pesadamente hacia el sillón en el que descansaba el cetro. Ya podía ver con toda claridad hacia el patio. El árbol solo era un abedul. Los novicios del ejército formaban fila. Las ropas de entrenamiento eran muy sencillas, la mayoría entrenaba con el torso desnudo. Qué lejos había quedado esa etapa de su formación. Los veía dividirse en pares, a las claras harían algún tipo de entrenamiento de combate. Estaba seguro de que ninguno en ese pequeño pelotón era verdaderamente consciente de lo que un combate representaba. Baradur Pinoverde los supervisaba, les gritaba órdenes en Lagha-Mellur, la antigua lengua común a los seis reinos. El comandante en funciones dirigía la vista hacia su ventana. Lobro no creía que lo vieran desde allí, por lo que siguió observándolos. El comandante levantó la mano en un saludo; sin entender mucho, el muchacho devolvió el gesto.

Miraba otra vez el cetro en el sillón desvencijado, se preguntaba por qué aún seguía en posesión de un bien tan poderosamente significativo para todo Adem. Trató de hacer memoria. Recordaba que la reina dijo algo en un momento dado de la batalla, no recordaba qué, pero la escuchó recitar un verso. Casi una melodía, casi un canto. No era en su lengua, de eso estaba seguro. No había forma de que recordara palabras que no conocía, pero oyendo los gritos de Pinoverde, cayó en cuenta… era la lengua antigua. Siguió mirando ese cetro que representaba tanto. ¿Sabía alguien a ciencia cierta qué tan viejo era ese artilugio, si era efectivamente un arma de la Era de los Mitos? A su parecer, había muy pocas dudas al respecto. Llamas blancas ardían a su alrededor, y lo recordaba con toda claridad. Un

halo de luz tan intenso como él mismo o cualquiera que él conociera haya visto jamás. La esfinge parecía advertir en el cetro algo intimidante. Eso le había deslizado a Zura Adem Inna, al tratar de disuadirla o de convencerla de no usarlo… "si no entiendes con qué juegas, mejor detente". La bestia sabía que Zura Adem Inna manipulaba un arma de la Era de los Mitos, capaz de herirla y de proteger a su reino de sus devastadoras habilidades.

Se torturaba con la imagen de los ojos de ese monstruo llegado de la negrura con clara intención de llevarse a la reina de Adem y aniquilar al ejército que trataba de protegerla. Sangre y fuego. Muerte hacia donde mirase. Conocía a casi todas las bajas de esa tarde. Padres, hermanos, hijos. Hombres que no volverían a sus hogares. Tomó el cetro dorado entre sus manos y lo sujetó con fuerza. Se sentó en el sillón, dejando caer su cuerpo pesadamente. Cómo podía ser cierto todo aquello. Aferrado al cetro, le pidió por favor que lo ayudara a descifrar qué había sucedido. Por qué no se sentía afortunado de estar en ese cuarto de la vieja alcaldía. En su mente nada cuajaba. Todo era un torbellino de ideas desconectadas. Lo único que sacaba en limpio era que seguía allí, vivo de milagro, vivo para contar la historia, vivo gracias a la reina Escarlata. Lo asaltó el recuerdo de la mano de la mujer en alto, seguido de la luz cegadora que amortiguó el impacto de la explosión. Sobrevino la opresión en su pecho, el aturdimiento atroz que lo dejaba anulado, incluso en la memoria. Esa secuencia de hechos desenlazaba con él apenas vivo sobre su escudo, cubriendo con su cuerpo el cetro dorado, y el recuerdo se gatillaba otra vez.

Su destino estaba ahora ligado al objeto que sostenía con sus dos manos. Para bien o para mal, era ahora el portador del cetro.


Hakim Azrag enseña que la gracia se contempla
Desierto Rojo
Zura Azrag
Mar de Sonne
Azula
Río de plata
Zafir
Valle del Sabio
Cian
Río del oro
Valle Cantor
Tinajas
N
25 km

7
El mayor orfebre

Jalil Grisplata miraba a los presentes desde un rincón. Para su fortuna las reuniones frívolas eran ya un hábito y conocía de sobra el protocolo del salón Azul. El orfebre oía el soso discurso de Ethrus Zafir, el edecán del monarca. El hombre lo asqueaba con cada palabra de una perorata petulante y tendenciosa.

–… en el ocaso del día en que el cielo fue mayormente Índigo, como si de un presagio se hubiera tratado, nuestros vecinos de Zura Adem sufrieron la desaparición de su reina y sospecho que tal circunstancia puede aventajarnos a la hora de establecer relaciones de comercio. Nuestro monarca nos honrará con su presencia durante el banquete… –oía las altisonantes palabras.

La liviandad con la que mencionaba el violento rapto de Zura Adem Inna le parecía desafortunada, por decir menos, o lisa y llanamente cínica para ser fiel a sus valores. El edecán del niño monarca, tras la muerte de sus dos progenitores, era mucho más que un mero asesor. Era quien acompañaba y guiaba al único heredero del trono, su influencia y su poder eran innegables.

Mientras el discurso proseguía, Jalil paseaba su vista por los adornos de una mujer cercana a él, particularmente bella. Tenía que admitir que los alquimistas sabían elegir muy bien a sus esposas. Se sorprendía de ver a la Cofradía de los Alquimistas reunida a pleno, difícilmente tal cosa ocurría fuera de algún evento categórico, el banquete del Solsticio de Verano, por poner un ejemplo. La piel cobriza de esa dama ofrecía un marco adecuado para la joyería, la organza del tono de un zafiro complementaba perfectamente el tono de los muros cubiertos de azulejos. Rodeado de esa belleza aristocrática, su antigua pupila asaltaba su conciencia.

Nada podía prepararlo para desayunarse esa noticia, justo esa mañana en medio de la reunión de los sinodales, el nefasto Edecán recibía a un mensajero del reino Escarlata. El fatigado hombre relataba sin preámbulos que el día del solsticio, en medio de una encarnizada pelea, una bestia de origen desconocido abducía a la Zura Adem Inna, a la vez que diezmaba a su ejército. Hasta ese día se preguntaba qué tan rápido podía llegar una noticia desde Adem al Palacio Índigo, para ser franco, hubiera preferido que no llegara

nunca.

Repasaba las puertas del recinto, opuestas al acceso al salón. Encontrarlas tan bruñidas no era lo usual, la atención al pulido solía descuidarse. El elaborado relieve ornamentaba las puertas que conectaban con el sector de circulación interna del palacio. Los ojos se le iban ahora hacia la esbelta joven de más allá, se fijaba en sus curvas veladas por un vestido color aguamarina. La obesa figura de su esposo generaba un contraste grotesco, si mal no recordaba, se trataba de Majid Oroluna.

Se distrajo con los muros y columnas, los pilares de carga se remataban en capiteles tallados con diseños. Las figurillas parecían danzar alumbradas por la oscilante luz de sobrios candelabros amparados bajo la seguidilla de bóvedas circulares que constituían el techo del salón. Imaginaba cómo del lado externo del complejo ventanal de arcos, los arbotantes y contrafuertes estarían también iluminados. Fantaseaba con que, a vuelo de pájaro, se podría ver aquel juego de luces y sombras. Se lo figuraba como el esqueleto de una bestia titánica iluminada por la luz espectral del ánima que se resistía a abandonarlo. Se preguntó cuán viejo sería aquel salón. Cuántos discursos célebres se habían dictado allí, por cuántas victorias en desigualdad se había brindado, cuántas mentiras se habrían despilfarrado y lavado con vino. Allí seguía el salón Azul, en pie y enajenado de todo, en especial de la miseria por la que pasaba el pueblo.

Levemente aturdido, caía en cuenta de que tal vez llevara bebido más de lo debido, a pesar de que no recordara haber bebido más de tres copas. Rara vez se permitía semejante torpeza como el mareo, pero esa noche se sentía muy triste. Si bien en un evento como aquel, andarse bebido era una desinteligencia, revelar su angustia lo sería aun en mayor grado. La aristocracia de Zura Azrag era quizá la más intrincada red de telarañas que pudiera imaginar, y la araña que tejía y destejía entre toda esa madeja con más habilidad, se llevaría sin dudas la recompensa más jugosa. Lamentarse por la reina Escarlata en voz alta o tambalearse entre tan ponzoñosa concurrencia sería el equivalente a patear a alguna de esas arañas.

–… la especulación y el engaño nos ponen de cara a un inconformismo sin precedentes, puedo garantizar que nuestras minas de oro se encuentran en condiciones de ser explotadas por siglos… – las lejanas palabras de Ethrus, el edecán, le llegaban como un eco, una reverberación distante.

La intrigante mujer del vestido verde satinado, ¿de verdad lo estaba siguiendo con la mirada? Si buscaba un pretendiente estaba bastante errada. Conocía de sobra a las damas que ofrecían su

compañía en los eventos de la aristocracia. Prefería, sin pensarlo dos veces, a las vivaces vendedoras del Gran Bazar de Cian, o las cosechadoras de uvas del Valle Cantor. Esas mujeres tan terrenales lo acercaban más a la ingenuidad perdida de su vida pasada, cuando era apenas un muchacho que soñaba con descubrir los secretos de las llamas y los crisoles. Sí, efectivamente, la mujer lo estaba mirando.

El orfebre tenía muy pocas alternativas en aquel momento, y aunque se consideraba un hombre con recursos, su locuacidad podría jugarle una mala pasada en ese estado de embriaguez. La esmeralda de seda avanzaba hacia él, con un vaivén de caderas más peligroso que el mentiroso de Ethrus Zafir. Se acercaba lo suficiente para que su perfume lo invadiera. Azahares, almizcle, frutas frescas. Se la imaginaba como uno de esos vinos dulces, de besos suaves que le hacen perder a uno la cabeza sin darse cuenta. Un escote más allá de sus sueños bailaba con cada paso que daba en su dirección. El corazón se le aceleraba. La melena negra recogida en lo alto de su cabeza, los ojos enmarcados por cejas anguladas. Pasó a su derecha, tan cerca que casi sintió su roce mientras le clavaba una mirada de ojos café.

–No soy un alquimista –logró articular, sin que se note lo atontado que estaba, o al menos eso esperaba. La mujer puso sus ojos en blanco y se alejó de él, llevando tras de sí su perfume y sus promesas no dichas.

Le mintió, pues además de ser alquimista era el mayor orfebre de Zura Azrag. Hacía tiempo que su corazón no palpitaba así por un perfume. Pero ninguna fuerza divina podría prevenirlo del riesgo que representaría una mujer tan hermosa, por lo tanto, no quiso correrlo. Se acercó hacia el centro del salón. El banquete del solsticio se celebraría una vez acabado el tedioso discurso del consejero del monarca.

–… y es con esperanza que avizoro un horizonte de prosperidad para todo Zura Azrag. ¡Larga vida al monarca! –finalizó con solemnidad.

–¡Larga vida al monarca Índigo! –respondió Jalil, junto a todos los presentes.

Los relieves en la puerta del recinto comenzaban a girar en diversas direcciones, mientras una delicada melodía endulzaba a los presentes. Aquellas figuritas no eran sino piezas de un mecanismo de apertura y cierre que además musicalizaba la entrada o salida de quienes la atravesaran. La sincronía del movimiento era tan perfecta que no se escuchaba una nota fuera de su lugar. Las hojas de las puertas se abrían lentamente. Del otro lado, el sonido de los engranajes se mezclaba con el de pasos. Ya era hora del banquete, y se mantenía expectante. Ingresaban al salón con pasos finamente

coordinados, una serie de mecanismos que cargaban en sus lomos exquisitos platillos hábilmente dispuestos. Constituidos por un conjunto de sistemas de artefactos y piezas cohesivas, creadas en el más fino oro del reino, se los podía pensar también como organismos.

Los autómatas del palacio Índigo, su más excelsa obra, aquella que lo consagró como Sinodal y le granjeó el título militar de mayor orfebre. Jalil contemplaba orgulloso cómo sus creaciones, sus peculiares cangrejos, avanzaban en formación y tomaban su lugar en el salón. Detrás del banquete ingresaban los guardianes del monarca, cuatro figuras antropomórficas que marchaban sobre sus poderosos brazos, exhibiendo sus amplias espaldas y piernas cortas. Las intrincadas piezas simulaban la musculatura de aquellos prodigiosos animales. El lento movimiento de las puertas casi llegaba a su final, el crescendo de la melodía así lo anunciaba.

Montado a lo que parecía un intimidante toro dorado hacía aparición el monarca Índigo, con las delicadas manos posadas sobre la silla de montar. La pálida piel olivácea parecía traslúcida. Su rostro se hallaba velado por un género transparente, pendiente del sofisticado turbante en su cabeza. La chaqueta de terciopelo azul bordada impresionaba ser algo más grande de lo que debía. Por más que su atuendo le ensanchaba los hombros, era evidentemente delgado. A la vista de todos, el monarca Índigo era poco más que un niño.

–¡Que el banquete del solsticio comience! –la aflautada voz del monarca revelaba su corta edad.

–¡Larga vida al monarca Índigo! –el saludo reverencial de los concurrentes llevaba impresa la admiración al poderío que aquel jovencito representaba, el de su linaje.

“Y será larga seguramente”, pensó. Los cangrejos ajustaron su posición, oficiando de mesas para los invitados. El aplauso generalizado de los presentes en reconocimiento al fascinante encanto de la entrada del monarca y los autómatas fue cortado por su gentil ademán. El monarca con la vista fija le guiñaba un ojo. “Muy bien viejo, puedes darte por bien pago”, se dijo ensayando una reverencia.

Las frivolidades se sucedieron sin mayores sobresaltos. El mareo persistía más de lo esperado.

–No solo eres alquimista, resultaste ser el mayor orfebre, y un pésimo mentiroso –la esmeralda de seda lo sorprendió desde muy cerca, demasiado cerca.

–La próxima vez que quieras desairar a una dama, bastará con que le digas que estás casado –nuevamente el perfume, las palabras con lasciva cadencia, la boca de beso.

Jalil posó su mano sobre la de la mujer.

–Estoy, pues, casado con mi profesión –el orfebre se retiró.

Se sentía desorientado, más inexperto en la materia del romance que su monarca. No era que se sintiese intimidado por una cortesana. La realidad era que, sintiendo aún el persistente mareo a pesar de que no había bebido más de tres copas de vino y viéndose súbitamente abordado por aquella agraciada criatura, las piezas no encajaban del todo en su lugar.

Se alejó del salón por los pasillos que lo conducían a su alcoba. Permitiéndose tambalear lejos de la vista de los invitados, su mente se ocupaba de los engranajes de la velada: el edecán haciendo raconto, ante todos los invitados, de la solvencia de las minas del reino, en medio de los rumores de escasez de metales y piedras preciosas; la Cofradía de los Alquimistas en su totalidad, reunida para un banquete fuera del esquema de las galas formales. Nadie dice que no aprovecharían un banquete, pero la presencia a pleno de la cofradía no era lo usual. Zura Adem Inna, su antigua pupila, raptada por una creatura. El cierre del banquete con sus autómatas parecía ser lo único en su lugar, en medio de las especulaciones por falta de oro. Todo era confuso. Se encontraba finalmente ante la puerta de sus aposentos. Metió la mano en su bolsillo, buscando la llave. Metódico como era, acostumbraba a dejar siempre la llave del lado derecho. Otro engranaje no estaba en su sitio. Metió la mano en el bolsillo izquierdo, y allí la encontró.

8
El Hierofante

Las manos de guantes rojos tanteaban la tierra con minuciosa selectividad. Allí donde toda una cosecha hedía y rezumaba su podredumbre, la figura del Hierofante se erguía, indiferente a los centenares de moscas que revoloteaban a su alrededor. Sacaba de su bolsillo un vial con forma de lágrima, allí guardaría una muestra del suelo para luego estudiarla a fondo.

Tras todo un año documentando eventos inusuales a lo largo y ancho del reino Escarlata, un mensajero del magister Nogal le dio una noticia nefasta. Se habían llevado a Zura Adem Inna, descendiente del linaje de Zura Adem Alanna. Él había partido del palacio quince días antes del solsticio, en busca de evidencias que ratificaran sus sospechas. Había dejado desprotegida a la reina, para tratar de convencerla de lo que él creía obvio, pero nadie más aceptaba.

Era el supremo sacerdote de Ganna Adem, poseía una inusitada cantidad de habilidades que ponía a disposición de la comunidad a la que servía, y podía olfatear que una fuerza sobrenatural se arrastraba entre los campos de su tierra. Era la misión de la Congregación de la Mano Roja brindar ayuda a todos aquellos en necesidad, y corrían tiempos de necesidad.

Retornó a lomos de su yegua hacia Sauce del Río, la modesta aldea en la que se hospedaba. Había ganado el hábito de torturarse pensando que si hubiese estado presente el día del solsticio las cosas hubieran sido diferentes. Desde el momento en que recibió el mensaje sabía muy bien que tenía que volver al Pueblo Mayor lo antes posible, pero no podía dejar de pasar por ese sembradío del que hablaban los habitantes de la zona para completar su investigación a la vera del río Adem Thrin. Sin dudas, las aguas del río estarían contaminadas y tendría muestras suficientes para analizar. Puso al tanto a su reina poco después del solsticio de verano, algo inusual sucedía en todo el territorio.

De vuelta en la modesta posada del poblado, a tiro de piedra del altar erigido por la Congregación de la Mano Roja, repasaba su mapa. Trataba de dar cierta lógica a la distribución de los fenómenos de Zura Adem, comenzando por los campos echados a pérdida, todos ellos a la vera del río Adem Thrin. A diferencia de los incendios, que desde

principios del año redujeron a cenizas trigales y cotos de caza de forma más aleatoria, los casos de mortandades de ganados parecían difundirse desde las áreas más cercanas al desierto Rojo. El denominador común era que todo comenzó luego del amedrentamiento de un emisario enviado por el rey Azabache; aunque como se vio luego, la frecuencia de las fatalidades aumentó al iniciar el nuevo año, con el solsticio de verano. Le resultaba probable que aquellas calamidades tuviesen relación con el brote de la extraña enfermedad que se diseminaba entre los niños del reino desde mediados del invierno anterior.

Los que caían con los síntomas más severos difícilmente llegaban a recuperarse. Lo más frecuente era que se presentaran con fiebre, tos con un esputo de sangre rojo granate, delirantes alucinaciones y pérdida de fuerza. Perjudicaba seriamente a niños y aniquilaba a los ancianos. Por más que se aislase a los enfermos en sus aldeas, la enfermedad parecía viajar en el aire. Al igual que las muertes de animales, los primeros casos se reportaron desde poblados cercanos al desierto Rojo, por lo que se permitía englobar a este extraño brote dentro de los males anunciados por el heraldo.

Un hombre que desaparecía en el viento dejando su amenaza flotando, era lo más parecido a un Brujo disidente de antaño. Siendo un experto elementalista, verdadero conocedor de las llamas, y poseedor de diversas maestrías estaba familiarizado con muchos tipos de hechicería. Puesto en conocimiento del comportamiento de los incendios, deducía que su errática difusión podría deberse a que fuesen llamas perennes fuera de control. Asimismo, las extrañas mortandades; lo curioso era la forma en la que los animales se presentaban, algunos parecían haber sido selectivamente mutilados, otros impresionaban haber sufrido algún tipo de deshidratación aguda y extrema. Si tuviese que asociar los patrones de las mutilaciones a algún tipo de ritual, su vasto conocimiento de artes ocultas los acercaba de forma poco concluyente a rudimentos de la nigromancia. Verdaderamente, las hipótesis que manejaba le resultaban inverosímiles por no decir ridículas, pero ponerse en conocimiento de la desaparición de Zura Adem Inna a lomos de una esfinge, una de las bestias más frecuentemente asociadas a la magia oscura, lo llevaba a replantearse los posibles escenarios y explicaciones a la seguidilla de rarezas que comenzaban a volverse habituales en un reino caracterizado por ser pacífico y armonioso.

Solo esperaba que estudiando a fondo todas aquellas muestras y evidencias obtenidas, pudiera acercarse a una explicación coherente; cuando no, a una solución aplicable y definitiva. Pero nada de lo que hallaba en su camino le permitía cultivar mayores esperanzas, y se planteaba por el contrario teorías de lo más oscurantistas. El

Hierofante de Adem, el representante de Mano Roja, tenía mucho por hacer.

La cola de la Sirena
Grim Sollum
Alcambar
La gracia nos eleva
N
50 km

9
El marinero

Era un hombre esbelto, y según varios decían, más ágil en el agua que sobre la tierra. Su piel se había adaptado a pasar muchas horas al sol, por lo que el blanco tostado de su tez estaba salpicado con una cantidad innumerable de pecas y lunares sobre sus hombros, su espalda brazos y muslos. También su rostro tenía una cantidad inconstante de manchas, algunas aparecían o desaparecían a lo largo de las temporadas de pesca.

Amaba el mar, y agradecía a los Zigra que su nombre contuviera esa palabra. Cernú Bajamar se había hecho marinero a los golpes como todos los nacidos en la Cola de la Sirena, ese golfo lleno de leyendas al norte de Grüm Sollum, la isla de los Citrinos. La pesca era su principal actividad. Él era parte importante de una tripulación, pequeña, pero bien conformada de navegantes experimentados.

Por esas semanas, su labor se limitaba a acondicionar el navío amarrado en el puerto de Sirena Mora que había pertenecido por años a su familia, hasta que su pendenciero abuelo lo apostó en una noche de la que se arrepentiría por el resto de sus días. Lo cierto era que, por más que la nave no fuera suya, estaba bastante cerca de poder comprarla a su dueño actual, quien por esos días era su capitán Pala Coral. El sol encandilaba siendo apenas media mañana, avizoraba una de esas jornadas de calor intenso, incluso en pleno invierno.

Avanzaba con la mano haciendo de visera para sus ojos de un color difícil de precisar. Variaban de ámbar a almendra o miel, según la luz del sol, de la luna, de las llamas. La forma rasgada de sus ojos daba la impresión de una perpetua mirada pensativa. Y por esos momentos tenía mucho en qué pensar. Si tenía suerte, para el final de aquella temporada de pesca, podría apoderarse legítimamente del navío. Luego, conformaría su tripulación y finalmente, saldría al mar a sus anchas. Los muelles eran su hogar, desde niño tuvo en claro que seguiría los pasos de su abuelo, para disgusto de sus padres.

Ese viejo que llevaba el salitre en la piel, con la firme idea de que su libertad no podía costar la libertad de nadie más. A veces imaginaba que le dio hijos a su abuela solo por insistencia. La vieja Künne tenía esa firmeza de decisión que la llevó a sacar a flote a su familia entera. El viejo Bajamar dio todo cuanto pudo a sus hijos,

menos su presencia.

–Aléjate de los trotamundos, muchacho… –era la frase de cabecera de su madre.

Y allí estaba él caminando sobre las tablas resecas y descoloridas por el sol, pensando en que el refugio de los pescadores era poca cosa, y aun así era más de lo que necesitaba. Se instalaba en la bohardilla del refugio, justo debajo del techo de la casona con un único muro de piedras y argamasa, el resto de toda la estructura era de madera. Aquél era por derecho su hogar, el sitio al que volvía luego de cada expedición. Siempre podría regresar a casa de sus padres o a comer en la cocina de la vieja Künne, pero en esa bohardilla, al lado del constante suspiro de las olas, se sentía en casa.

Se fijaba en una de sus escasas posesiones: su red de pesca. Junto a su arpón, aquella red era una sus herramientas más valiosas. Heredó una red mucho más pequeña, pero con mucha habilidad se procuró cuadruplicar su tamaño. Estaba harto de enmendar una red ajena, ansiaba la llegada del momento de tirar su red al mar desde su propia nave.

10
Humo negro y hebras grises

El humo negro salía de la pira, todos los cuerpos de esa semana ardían allí juntos. El fuego crecía en una enorme columna que se proyectaba hacia el cielo. Hebra veía ensimismada cómo todo cuanto quedaba de Nodriza se mezclaba con los restos de otros que también habían nacido para ser olvidados.

Esa mañana estaba a las afueras de Norte del Peñón. El crematorio se hallaba necesariamente alejado de la ciudad, en la costa opuesta al Puerto de los Pescadores. El fétido olor de las piras era arrastrado hacia el mar de Luma, otro de los motivos por el que se lo conocía como el mar de los Muertos. Su tarea allí consistía en contabilizar la cantidad de decesos y sus causas, además de deducir la reducción del consumo de insumos y alimentos que representaba las muertes. Los datos serían analizados luego en cada sector de procedencia. Las esclavas hilanderas llevaban las estadísticas del régimen en la Península Negra.

–Pasa por aquí hilandera, poco de lo que hay se puede comer, pero tienes agua en el jarro –la hosca voz del funebrero que la invitaba a pasar desentonaba con su gesto de amabilidad.

La hilandera pensaba en lo desagradable de los quehaceres de ese hombre. Se imaginaba que invitarla a pasar a ese pequeño habitáculo, mugriento en cada detalle, sería una gentileza de parte de aquel esclavo. Una gentileza habitualmente rechazada, considerando que quien allí moraba trabajaba con cadáveres en diversos estados de descomposición o muertos por variadas causas, algunas incluso transmisibles. Bastaba ver sus renegridas manos para tener en cuenta cuán bebible era el agua del jarro. Un condenado en vida descuidado y lejos de todo.

Hebra aceptó el gesto, haciendo una reverencia con la cabeza. Cargaba con su telar y su tejido ya armado. La esclava había ingresado al habitáculo para acomodar la carga en su hombro. El recuento de fallecidos de Norte del Peñón en esa semana era en total de ciento setenta y seis, la mayoría Carboneros, seguidos de cerca por los Estibadores. Confeccionaba con esmero en su telar cada uno de los eventos que presenciaba. La tonalidad de las hebras grises tanto como el código de nudos en el tejido le permitía el uso de caracteres que

formaban palabras, suficientes para describirlo todo al mínimo detalle. La tos granate era la causa de muerte más frecuente a esa altura del ciclo. Podía describir sus síntomas a la perfección, toda información cuantificable y comparable era de utilidad. Las palabras eran sus herramientas, tanto como sus hilos de distintos tonos y su bastidor. No podía permitirse decirlas en voz alta y quizás por eso las valoraba aún más. Se distrajo pensando en la anciana convertida en cenizas en la pira. Muchas veces pensaba de más.

Habitualmente, la mayoría de los muertos solían ser mujeres, que, como ella, no eran consideradas aptas para tareas de fuerza, por lo que se las acotaba a labores livianas, de bajo rédito. Al no generar mayor ganancia, los balances solo justificaban viviendas pequeñas, atiborradas de literas, con escasas letrinas, comida y agua apenas suficientes. Confinadas a sus gremios, las esclavas vivían toda su vida limitada a sus tareas, sus oficios eran su identidad. La ilusión de una pertenencia las hermanaba de alguna forma. La excepción se daba para quienes pudiesen dar a luz hijos. Hasta cuatro veces en sus vidas, las mujeres fértiles podían criar nuevos esclavos. Las embarazadas eran llevadas a las Casas de Cría y se hospedaban allí hasta los seis meses de nacidos los esclavos, quienes luego quedaban a cuidado de las Amas de Leche. Este método y el secuestro de hombres libres de las tierras lejanas eran las dos maneras en las que se abastecía de mano de obra al régimen.

Uno de los privilegios de las esclavas hilanderas era el poder circular entre los diversos gremios. Siendo su tarea una de las de mayor complejidad, su remuneración permitía alojamientos con acceso a aseos, tres comidas diarias y agua. Por recelo a aquellas comodidades, la hermandad que unía a las otras esclavas no abrazaba a las hilanderas. Hebra no se permitía una lectura tan superficial de aquella realidad. Las hilanderas sin voz, eran mutiladas de niñas, sutilmente asediadas por los vigías del rectorado, expuestas a todas las atrocidades que ocurrían en la Península Negra, sometidas a observar vejaciones, hambre y enfermedades para ser hebras tejidas en telares grises. Balancear sus miserias y así retacear sus comidas o encadenar en sus gremios a más miserables. Esas eran sus tareas, administrar sufrimientos.

Se levantó una vez para acomodar su telar en un morral. A diferencia de la mayoría, las esclavas hilanderas vivían en una de las dependencias del rectorado, el edificio más antiguo de Norte del Peñón, que marcaba el límite sur de la ciudadela, a metros del mar. Podían ver con claridad los restos del Peñón Negro, sitio del trono del rey Azabache de antaño que daba su nombre a la ciudadela fortaleza. Cerca de las caballerizas y los esclavos que las atendían, muy directamente bajo la vista del supremo rector. Convivían con la

prohibición del ingreso al Recinto y las dependencias internas, la imposición de castidad y otras vedas ridículas.

–¿Vendrá alguna vez a ayudarme otro funebrero? –el esclavo preguntó– A veces hay mucho que hacer y hace varios ciclos murió mi viejo compañero.

Hebra movió sus manos en tres señas comprensibles “se verá luego”.

Echó a andar, mirando por última vez al sitio donde ardían los cuerpos. Un vigía la aguardaba al ingreso del crematorio. Que pudiera deambular no significaba que pudiera hacerlo sola. Su acompañante la custodiaba, portando una espada ancha bastante menos filosa que su propia lengua.

–Cualquiera pensaría que vas a extrañar a esa vieja arpía –comentó el vigía al verla. Comenzaron a caminar hacia su siguiente destino.

–¿Te secaste las lágrimas con las mangas del funebrero? –Hebra hacía caso omiso.

En un punto ya lejano de su vida se había propuesto firmemente ignorar todo cuanto saliera de la boca de los vigías. Era dolorosamente consciente del problema que le podía acarrear caer en el juego de sus hostigadores.

Su jornada estaba lejos de acabar, debía visitar el gremio de las Costureras y el de los Pescadores antes del mediodía, además de los Carboneros y los Estibadores durante la tarde. El solsticio de invierno se veía engañosamente lejano, con él llegaba el final del Ciclo Solar de Producción y el comienzo de un ciclo nuevo. El balance global de la producción estaba lejos de estar encaminado. Otras hilanderas hacían los balances de las Siervas, los Constructores, y los otros gremios de la península. Ciertamente agradecía no ver de cerca a los Amos de Redes. Con la muerte de Nodriza el clima en el rectorado iba a enrarecerse.

Se preguntaba quién ocuparía su lugar aunando los telares de las seis hilanderas. Quién de ellas reportaría los balances al supremo rector, cuál entre sus compañeras sería la encargada de asistir a la calladora o la responsable de explicar el oficio y administrar sanciones. Pensaba que seguramente sería Puntada. Era la de mayor edad tras Nodriza, aunque siendo su salud algo frágil, una opción lógica sería alguna más joven. Tal vez, Contrapunto; Doble Nudo era bastante distraída, si tuviera que cederle los honores a cualquiera de sus compañeras, lo haría con gusto. Pensaba si en los otros gremios los esclavos también se nombraban. Imaginar esas tonterías la distraía de la horrorosa realidad, salpicaba sus días con esas ideas. Pronto otras

niñas se sumarían a ellas, y la que se probase más apta no sería eliminada. Esa era su realidad, era una sobreviviente de un proceso de selección perverso premeditado por el régimen y por su nodriza.

–Hemos llegado hilandera –su vigía apostillaba lo obvio–, no te distraigas charlando con nadie –completó.

Hebra había oído que lo llamaban Ojo Morado. Le costaba muy poco imaginar cuántas veces lo habrían ajusticiado para granjearse el mote, moría de ganas de hacerle homenaje. Pero de nuevo recordaba a su compañera, Tres Dedos, y acumulaba más odio en las entrañas. ¿Cuál podía ser su destino allí? Más y más pensaba en las palabras que Nodriza le dejó anudadas.

La noche abraza, arrulla y oculta,
zorzales cantan, hojas secas y bruma.
Deja despacio la puerta entreabierta
vigías bebidos no guardan alerta

Por cuanto tu don, secreto sagrado
repliega y resguarda, mantenlo cuidado
que tener una voz para una hilandera
será más agravio que andar de ramera.

Pero cuando la suerte esté de tu lado
y por el mar de Sonne derive tu barco,
recuerda que velan por ti una a una
cada magra estrella y la pálida luna.

Son pocas las claves que puedan guiarte,
Rosa de los vientos, que tu voz nunca calle.

Hermosas rimas para una mujer que podía ser tan odiosa. Hebra trataba de descifrar qué significaba aquello. La intención era muy clara. La incitaba a una huida, pero estaba muy lejos de ser un instructivo. Más allá de lo improbable que fuera abandonar el rectorado, no tenía idea de cómo conseguir una nave para surcar el mar de Sonne.

Daba por acabado el derrotero del acertijo. No existía forma alguna de huir de la Península Negra. Solo los esclavos pescadores y los Amos de Redes tenían permisos para el uso de embarcaciones. La

mañana se le escurría entre los dedos. Faltaba menos para llegar al solsticio y tenía por delante sesenta días para una cantidad desconcertante de tareas.

Calculaba ahora que las costureras precisarían cinco veintenas de esclavas a raíz de los decesos de esa temporada. El hacinamiento en que vivían hacía que la tos granate se desparramara entre ellas como los hongos en los viejos muros. Enfermaban por docenas; ciclo a ciclo las sobrevivientes quedaban más resentidas y enjutas. Al menos no debían convivir con el salitre de las curtidoras. Esas condenadas quedaban desfiguradas o trastocadas por los vapores de las destilaciones que utilizaban para curar los cueros.

Cada rincón que conocía de Norte del Peñón escondía una persona sufriendo, y la delirante mente de Nodriza implantó en su cabeza la infundada idea de que podía llegar a hacer la diferencia por esas mujeres y hombres. Que si alguien en el reino Índigo conociera el grado de vilezas que ocurrían a manos del régimen, si alguna reina de Adem conociera el dolor en el que vivían, sus naves zarparían a rescatarlos. “Quién no movilizaría sus armas para liberar a los esclavos de la Península Negra”, se preguntaba. Pero la realidad le mostraba que los reyes y reinas fuera de ese lugar olvidado por todos no moverían jamás un dedo por ella. Sospechaba que el mundo más allá del mar de Sonne demandaba que así fuesen las cosas, que una fábrica de esclavos debía funcionar eficientemente para ellos también. La pregunta era entonces para qué escapar de allí, para qué cosechar alguna ilusión, para qué Nodriza le dejaba su voz si estaba condenada a tejer hebras grises en silencio, como todo cuanto hacía.

11
Golpes en la madrugada

El orfebre estaba en medio de un desierto. La tierra tenía la tonalidad del hierro oxidado, un vivaz naranja rojizo. Un sitio tan seco y cálido no era propio de su reino. No, no podía ser el reino Índigo. En esa infinita planicie color ladrillo, a unos cuantos metros de donde estaba veía un pequeño charco negro borboteando sobre el suelo resquebrajado. Se preguntó dónde estaba. Tenía la sensación de que ese páramo de tierra roja se extendía mucho más allá de su vista. La reminiscencia de una canción le venía a los oídos… El Desierto Rojo de Zura Adem. El polvo en el aire le dejaba seca la boca, pero no podía olerlo ni saborearlo. ¿Estaba soñando? Todo en esa composición se le antojaba un paisaje onírico, no estaba seguro de que fuera un lugar real, pero la sed era algo real.

El fangoso charco negro y brillante seguía moviéndose. Las burbujas se formaban en la superficie, insufladas por un aliento fantasmagórico. El nivel del líquido subía y bajaba, como siguiendo el ritmo de su propio corazón. Buscaba dar un significado, intelegir de qué se trataba toda esa truculenta visión. Las grietas en el suelo seguían su propia trama, escritas al sol para que el tiempo no las borre, como si fuesen una advertencia. Estaba tan metido en el corazón del desierto Rojo que, si moría allí, se convertiría en polvo antes de que alguien lo encontrara. El fango palpitante lo llamaba a acercarse. Le pedía que lo viera, que notara cómo crecía. Le pedía por favor que temiera de él, necesitaba alimentarse de su miedo. Una voz en un susurro le pedía que se dejara abrazar por un palpitante corazón negro. Jalil se acercaba de a poco al margen que ganaba lentamente algunos centímetros tras cada latido. Clavó una rodilla en el suelo y luego la otra. Se postraba con una oscura necesidad de desesperación, sentía lujuria por ese miedo y dolor. Su corazón también estaba hambriento. Apoyó ambas manos, se reclinó de a poco acercando el rostro hacia el fango. Las burbujas estallaban salpicándolo. Hundió lentamente su cara en el charco, y su cabeza entera fue devorada.

Caía en una negrura más allá de todo cuanto conocía. Ni el núcleo del ópalo debajo de la montaña más grande de Zura Azrag podía llegar a ser tan oscuro. Caía más allá de toda lógica. Su cuerpo seguía pacíficamente quieto, pero se sentía ir cada vez más abajo. De nuevo

el susurro, el otro corazón quería abrazar al suyo. Luego lo vio todo a la vez, imágenes superpuestas unas sobre otras, como en una cadena. Hilvanadas por un elemento que no conocía, pero que también daba sustancia y materia a ese otro corazón que palpitaba de miedo y dolor, de muerte y no de vida, y que allí estaba. Vio todo con providencial claridad. Vio un trueno que caía del cielo en el momento en que un mazo dorado aplastaba un cráneo. Vio una dama roja llorando en el desierto rodeada de millares de hombres y mujeres muertos. Vio el desierto hace muchísimo tiempo atrás. Vio un trono negro tragado por el mar y los titanes Sonne y Luma sepultando sus restos. Otra vez el charco negro a la luz de relámpagos. Un hombre emergía de él. Salía de la brea, que se hacía túnica envolviendo su cuerpo marmóreo tallado a fuerza de cincel y odio. Vio cómo se desgranaba en el furioso viento, arrastrándolo como arena negra.

Caía nuevamente, lo negro daba paso a un cielo de nubes grises. El suelo lejano se acercaba a toda velocidad, distinguía cada vez con más claridad un pantano desolado y una torre en su centro. Islas descomunales flotaban a su alrededor, como un corolario de la muerte del pantano que ocupaba. Caía vertiginosamente hacia la torre. Destrozaba el techo e ingresaba, y golpeaba de nuevo el suelo con tremenda violencia. El peso de su cuerpo derrumbaba todo cuanto se le interponía. Otro golpe, otro piso. Escaleras subiendo y bajando, humedad, frío. Otro golpe. Soledad, angustia, olvido. Ya no recordaba quién era, solo caía. Otro golpe, otro piso. Una esfinge reía y una mujer gritaba, envuelta en una capa escarlata. Otro golpe, otro piso. Una esmeralda de seda flotando en la nada acompañando el tramo final de su caída. Otro golpe.

Le dolía intensamente la nuca. Se despertó en su recamara con el mundo dando vueltas a mayor velocidad de lo necesario. Los incesantes golpes sobre la puerta no podían ser ignorados de ninguna manera, pero no conseguía recalibrar sus movimientos. Todavía se sentía caer.

–¡Abra inmediatamente la puerta! –desconocía la voz al otro lado.

No atinaba a ver qué hora era. Comenzaba a pensar que no había bebido solo vino la noche anterior. La sed era intolerable. Salió a los tumbos de la cama, sentía que el suelo de la recámara cedía bajo sus pies a cada paso que conseguía dar. El regusto metálico en la lengua, la náusea. Con el torso desnudo, abrió la puerta. La visión nada grata de tres hombres uniformados lo dejó pasmado. No comprendía nada.

–Jalil el orfebre, su presencia es requerida de forma inmediata ante el jefe de armas –el inconfundible uniforme dorado de quien estaba delante de él lo sobresaltó, era uno de sus diseños.

Desconocía qué podían hacer allí los Azrag Gallur, la guardia de

elite.

–Está borracho como una cuba –otro de los soldados observaba con gesto reprobatorio. Ingresaban conduciendo al viejo hacia atrás.

–¿Qué diablos sucede aquí? –alcanzó a articular.

Nada que hubiera hecho la noche anterior podría ser tan grave como para que, en medio de la madrugada, lo saquen de la cama para ver al jefe de armas.

–¡Revisen todo, den vuelta cada condenada tuerca! –otros dos soldados más entraban a la recamara, mientas los que escoltaban al primero tomaban al orfebre por los brazos.

La alcoba había devenido en un anexo de su taller en el centro de la ciudad, tanto por practicidad como por su caótica forma de ser. Prefería estar cerca de sus proyectos. Ahora veía cómo, sin ninguna explicación, guardias de elite profanaban su espacio más personal, sin comprender qué buscaban.

–¿Qué quieren aquí? –la pregunta fue más para sí mismo que para los guardias.

Sus ojos seguían el movimiento de los hombres en su taller y volvían al guardia más cercano a él. Estaban revolviéndolo todo.

–Entréganos tu cincel de firma, orfebre, no tenemos toda la noche –el guardia tomaba una postura intimidatoria.

–¿Qué está sucediendo aquí? ¿Cómo es que cometen este atropello? –la situación se hacía alarmante.

–Jalil Grisplata, sinodal del monarca y mayor orfebre, se le acusa de alta traición contra el monarca Índigo, y, por tanto, contra Zura Azrag. Coopere y será puesto en consideración del jefe de armas, desatienda y será ejecutado –las palabras del guardia no daban lugar a dudas, ni pie a replicas.

Era conducido por pasillos majestuosos en penumbras y semipenumbras. Rodeado por cinco guardias de elite, casi desnudo, burlado por alguien que se las ingenió para quebrantarlo. Caminando derrotado en un juego del que no se sabía parte, hacía rodar su cincel de firma entre las manos. Los engranajes giraban, y él conocía todos los engranajes en ese castillo. Pero entre los engranajes de viejos mecanismos, bien sabido es que se ocultan las arañas. Y si de predadores se trata, los aristócratas del Zura Azrag se hallan bien predispuestos a tejer enmarañadas redes de intrigas y mentiras.

Jalil sopesaba sus opciones. Caía nuevamente, sin caer, su cuerpo seguía allí plantado. Los engranajes estaban rodando en círculos que él no había programado. Una telaraña comenzaba a falsearlos. La náusea se desvanecía en lo que el regusto metálico se hacía más fuerte. A la

sensación de la lengua adormecida se sumaba cierta picazón en la nariz. De alguna forma lo habían intoxicado, de ahí venía el mareo; de ahí, los delirantes sueños; tenía que ser eso. Pero el miedo, no. El miedo que le latía en las sienes era distinto. El miedo implantado empezaba a ganarle el juicio. Le habían quitado la paz a fuerza de golpes en la madrugada.

12
La reina, la esfinge y el espejo

Zura Adem Inna abría los ojos. No sabía dónde estaba. El piso frío era de algún tipo de piedra que desconocía, de un color verde muy intenso, como el del musgo que crece en los árboles de un pantano. Betas blancas corrían en la piedra, además de algunas notas de un verde negruzco salpicado aquí y allá. Todo un tapiz de un heterogéneo aspecto orgánico, helado como no recordaba y perfectamente liso al tacto. Miraba hacia arriba sin llegar a divisar un cielo raso, no veía estrellas o luna, pero su corazón sentía que era de noche. A su alrededor, las paredes, si las había, parecían haber sido tragadas por la oscuridad. Un mortecino resplandor iluminaba la estancia. Inna no concebía de dónde provenía la luz. Unos cuantos metros más adelante, un marco de piedra labrado que parecía sostener un espejo, reflejaba la intensa negrura del lugar.

–¡Bienvenida a la Torre Negra, mi valiente reina Escarlata! –la voz inconfundible bajaba desde lo alto–. Lo que Kurum Ur Kali recibe, de ninguna manera escapa –la esfinge descendía a sus espaldas.

Se dio vuelta con un salto. Se envolvió en su capa de brocado color escarlata en un acto reflejo. No tenía cómo ponerse a resguardo de un asesino implacable, más que con aquel regalo de su pueblo.

–¿Por qué me trajiste aquí? ¿Por qué mataste a todos esos hombres? –Inna necesitaba develar cuáles eran los designios de su captor.

–Porque una mujer necia se negó al pedido de un rey. Historia larga corta, es todo cuanto debes saber –la mordaz respuesta la tomó desprevenida.

La reina pensaba que la breve respuesta de la esfinge resumía cuanto había sucedido desde que el heraldo del rey Negro, como se autoproclamó el desconocido, irrumpió en el palacio demandando su mano en matrimonio. Esa abominación tenía el descaro de responsabilizarla por cuanto estaba sucediendo. Repensaba su pregunta, ante ella había una bestia cargada de malicia, muy hábil en verdad. No terminaba de conformarse con la idea de que la bestia sirviese a un noble de Zurem Ur Mellur, por más poderoso que este fuera.

–No hay un rey Negro en el continente desde la muerte de Zureij Kelij Odur. ¿Quién te ordenó que me traigas aquí? –preguntó la mujer, llena de recelo.

–Su fama de generosa todavía no presencio, hágame, si le place, el regalo del silencio –la bestia no tenía paciencia para las preguntas de la reina.

Recordar la figura del rey Negro la remontaba a la Era de los Mitos, a un muy lejano relato plasmado en algún tapiz que vio en su infancia. La obra mostraba cómo un linaje antiguo de herederos del mismísimo Qalb Kelij, el Corazón Negro, subyugó a los otros Zigra Mellur. Cierto o no, aquella estirpe manejaba un grado de magia negra muy depurado, lo que perpetuó su dominio sobre los reinos del continente. La Guerra de la Emancipación tuvo inicio una vez que desde las Tierras Claras llegara una revelación, un conocimiento transmitido secretamente volcado en las forjas de los alquimistas en el reino Índigo, un metal sagrado. El metal amalgamado con magia les permitió crear armas que dieron a los oprimidos la posibilidad de dar batalla. Las armas de la Era de los Mitos podían canalizar la Luz de Xonnu Dum, la única fuerza conocida capaz de anular la magia negra.

Y por supuesto, todo aquello no hubiera tenido ni la más mínima trascendencia más allá del valor anecdótico o la innegable contribución pictórica del antiguo tapiz al patrimonio cultural de Zura Adem si no fuera porque ella misma había empuñado un arma de la Era de los Mitos. Y solo para quedar más allá de lo racionalmente cuestionable, había logrado canalizar la Luz de Xonnu Dum. Así pues, se encontraba ante un predicamento que la excedía desde todo punto de vista. Ante ella se plantaba con un sereno rostro humano y un colosal cuerpo leonino una esfinge. Cuanto recordaba del Bestiario de Tebeth ubicaba a las esfinges como las creaturas más peligrosas. Su capacidad de retórica iba mucho más allá del pensamiento humano, y para peor, tenían por diversión plantear intrincados acertijos. El cetro ya no estaba en su poder, pero siendo una mujer pragmática, tenaz y valerosa, ese no sería el día en que se abandonase al pánico.

–¿Quién, entonces, Esfinge, es el que mi mano reclama? –la reina aventuraba un intento de obtener información– ¿Y por qué considera que esto es trato digno hacia una dama? –inquirió.

Su captora la miraba arqueando una ceja.

–Disculpará alteza esta mirada escéptica, pero intento fútil es la rima sin métrica –el monstruo la eludía sutilmente.

–Pues reformulo entonces, para mayor agrado mi pregunta. Dime, si te place, Esfinge, ¿quién es ese que mi mano busca? –Inna vio en los ojos de la esfinge que había dado en el clavo.

–Sepa que hay preguntas que intrigas abren como puertas. ¿Está preparada, reina, para enfrentar su respuesta? –la bestia continuaba esquiva.

–Para guerra, peste y plaga he nacido preparada –Inna trató de seguir la lógica de las rimas– Pero que mi madre me libre de una boda arreglada –insistió.

La cola de la bestia se agitaba ligeramente. No pensaba develar la identidad de su amo. No por lealtad, sino por lo entretenido que le resultaba ver a esa obstinada creatura tratando de encontrar respuestas que de nada la ayudarían. Sabía que la mujer caería ante su amo inevitablemente, y, con suerte, moriría en sus manos. Pero tal vez, si la reina no era de utilidad, le hacía ilusión divertirse con ella en el inexpugnable laberinto que era en realidad Kurum Ur Kali.

–Confórmese con saber que aquí no es casual su presencia. Mis designios no revelaré, a pesar de su insistencia –la respuesta no invitaba a debates– y si desea invocar de los Zigra ayuda alguna, mírese en el espejo, algún Zigra tal vez acuda –la bestia esbozó una venenosa media sonrisa.

Hasta ese momento la reina Escarlata apenas había reparado en el marco erigido unos metros por delante de ellos. La toscamente labrada estructura de piedra enmarcaba un espejo reflejando la negrura. Justo cuando comenzaba a peguntarse en qué momento la esfinge le plantearía algún acertijo, Inna le sonsacó a la bestia cierta información, o al menos eso creía. El enigmático espejo era la clave.

–¿Sugieres, así como así, que escudriñe en el espejo a la nada? –Inna abrió el juego– Si un Zigra ocultas ahí, eres más hábil de lo que esperaba.

–Si parada ante un espejo es la nada lo que contemplas, recelo de tu valor, pues es tu reflejo, reina –los ojos inhumanos de la esfinge se volvieron de repente inquisitivos.

–Un espejo no siempre muestra lo que más nos gusta ver, lo que nos mira de nuevo muchas veces es de temer –Inna respondió aún más intrigada.

–No estás tan errada, Escarlata. Ven y posa tus ojos en el espejo, nadie te dirá insensata si te asustas con su reflejo –de nuevo la malicia destellaba en los ojos de su captor.

Inna se acercó hacia el espejo con paso decidido. El tenue resplandor y el suelo oscuro estaban calcados al otro lado. El reflejo no le devolvía su rostro, su cuerpo o su mirada; no podía verse en él. La esfinge reflejada la observaba desafiándola, a un palmo de distancia de su rostro. Un eco sordo le llegaba desde lejos. Sus ojos se clavaron en el espejo. Escudriñaba en la negrura, esperando encontrar

la fuente del sonido, lo que le resultaba ridículo. Otro eco sordo. Inna giró la cabeza. El ruido parecía provenir de allí mismo, de la oscuridad del recinto, y sus oídos no la engañaban. La esfinge agitaba su cola moviéndola de un lado a otro. Otro eco más. Nuevamente miró hacia el espejo, otro eco más, y otro. Su mirada regresaba a buscar en lo oscuro… nadie a la vista, nadie más que la esfinge. Volvía una vez más al espejo.

Una silueta azabache aparecía lejana en el reflejo. Parecía un hombre ataviado con una túnica. Otro eco sordo, aún más cerca, a sus espaldas. La imagen que le ofrecía el espejo no concordaba con la del recinto. La reina comenzaba a desesperarse. Fuera lo que fuese, lo que sucedía allí se trataba de magia muy oscura. Otro eco sordo y un crujido. Volteó otra vez para ver cómo, allí donde debería estar la silueta, en el suelo perfectamente pulido, aparecían huellas que se ampliaban en círculos agrietados. Cada estruendo sordo era un paso en su dirección, dado por una fuerza desmedida e invisible. Miró al espejo, reconocía aquella silueta. Era quien se dio a conocer como heraldo del rey. Estaba más cerca, veía con perfecta claridad cómo se acercaba ese hombre. La túnica abierta dejaba ver un cuerpo escultural de blanca piel marmórea, perfectamente torneado. Aterrador, sí, pero muy hermoso. Su mirada no era como la recordaba; la cara inexpresiva la miraba fijo con ojos de brea. La mirada se entornaba; el gesto casi lascivo era tremendamente inquietante.

Los pasos se hacían rápidos. Giraba otra vez de espaldas al espejo. El suelo se agrietaba hacia ella velozmente. Dio un paso hacia atrás y quedó apoyada contra el cristal helado al tacto. El frío se convertía en manos que la tomaban. Aquello que la arrastró se la llevó con tanta velocidad que sentía como si sus vísceras hubiesen quedado delante de ella, suspendidas en el vacío. Se perdía de nuevo en la negrura.

Grabado extraído del Bestiario de Tebeth.

13
La vieja parda

La mañana se desperezaba cuando se encontró caminando en un pequeño mercado del centro del pueblo, no podía dejar pasar de ese día la búsqueda de una nueva aguja que le ayude a tejer redes. Bien podría haberse tallado una él mismo en un trozo de madera. Pero esta vez quería una de hueso o piedra que le dure algo más que las anteriores.

La plaza del mercado estaba particularmente llena esa mañana, como suele suceder luego del Solsticio de Invierno. La segunda mitad del año soltaba amarras, y si bien era esperable cierto ajetreo, le llamaba la atención que hubiera mucha más de gente. Notaba algo poco habitual. Había entre los puestos personas de rasgos poco comunes con ropas de colores marrón, ocre y siena. Sus ademanes eran gráciles y gentiles. Tenían que ser ellos. Había oído por ahí que un barco había llegado desde el continente cargado de nómades Pardos. Apostado en el centro de la plaza se hallaba un juglar. Llevaba un laúd y había unas cuantas personas congregadas en torno a él, pero por lo pronto no tocaba su instrumento.

Un carro salido de la nada y el grito del estibador que lo llevaba los sacaron de su embelesamiento.

–¡Cuidado, Pocas Luces! –le gritó el desconsiderado estibador.

Desde el suelo oyó una queja y un golpe seco. Una anciana se había caído del otro lado del carro. No la reconocía; iba con una capa con capucha de color marrón intenso. Dedujo que era uno de los nómades allí de paso. Se acercó a ayudarla para reincorporarse. La vieja tomó la mano que le ofrecían.

–Gracias, marinero –la anciana le clavó la mirada de ojos claros como pocas veces había visto, tenían un brillo particular.

–Sea precavida, anciana, aquí los estibadores apenas miran hacia adelante –Cernú levantó del suelo un morral que parecía ser de la mujer–. ¿Cómo supo que soy marinero? –preguntó intrigado.

–¿No lo son todos aquí en la Cola de la Sirena? –la vieja sonreía con picardía.

–Bueno, a decir verdad, también está mi padre. Él es jardinero y hay tal vez un sanador… ese va y viene de una aldea a otra, pero

normalmente se embriaga por aquí –Cernú le respondía interpretando que la cálida anciana necesitaba algo de charla ligera.

–Encantador marinero, tendré que cuidarme de ese sanador entonces –la anciana se sacudía el polvo.

Había algo en los ojos de la vieja, quizá el tono gris gastado, quizá la inteligencia detrás de la mirada, quizá la elegancia que adquirió de pronto tras levantarse. Algo que decía que aquella mujer había estado en el suelo muchas veces antes, pero que cada vez que había caído se había levantado. Cernú se conmovió con ese simple gesto, volver a estar de pie tras una caída.

–Cuídese mucho, señora. Buenos días –el marinero se despidió.

–Cuídate tú también, marinero, que los titanes en los mares están más bravos que de costumbre. Estos tiempos por venir serán de sombra para toda Zurem Ur Mellur. Toma esto –la vieja le extendió algo en la mano.

El joven no terminaba de captar el significado de la ominosa advertencia. Su mano se levantaba casi sola, siguiendo el gesto de la vieja delante de él. La mujer depositaba un objeto en la palma de su mano.

–Tranquilo, marinero y pescador, la ayuda suele llegar para los que ayudan sin esperar nada a cambio –la vieja se dio la vuelta y echó a andar.

Cernú bajó la vista a lo que le había dejado en su mano. Una aguja para tejer redes de hueso, finamente tallada. No conocía los símbolos en el cuerpo de la aguja. Levantó nuevamente la vista. La anciana se alejaba caminando entre el gentío que llenaba el mercado.

Totalmente sorprendido por ese acto de inesperada y acertada solidaridad, el marinero se disponía a caminar de vuelta al muelle para ocuparse de sus redes. Pero la gente en torno al juglar comenzaba a animarse, por lo que dedujo que pronto habría música. Pensó que, si su búsqueda se había abreviado tanto, tenía entonces tiempo para disfrutar de aquello. Un juglar en la Cola de la Sirena no era cosa de todos los días.

–¡Venid Citrinos, de mar y cristal! Un juglar pardo os ha venido a cantar –el juglar hacía sonar su laúd, la armónica melodía de las cuerdas llenaba el aire del lugar. La plaza se animó de súbito.

Era trino de pájaros de madrugada, era brisa fugaz entre hojas, era sonido de bosque, toda una aventura para sus oídos de hombre del mar. La voz rasposa del músico seguía la melodía sin letras. Era remolino y polvo bailando en él, áspera, pero armónica a la vez. No recordaba haber oído esa canción, pero sí que podía darle la bienvenida de vuelta a casa. Ese hombre no hacía vibrar las cuerdas

con los dedos, lo hacía con el corazón. Y su voz dejaba notar que en cada nómade Pardo, habitaba el Corazón Naranja de Qalb Krina, palpitando de anhelos. La melodía y su embrujo cesaron. Los presentes aplaudían y vitoreaban.

El juglar no estaba solo, había otros instrumentistas con él. Uno llevaba una especie de tambor; el otro, un instrumento que constaba de un marco de madera con varias piezas metálicas. Cuchicheaban entre ellos, el improvisado espectáculo no hacía más que comenzar. Repentinamente, vio a la vieja acercarse a ellos. Parecían conocerla, aunque ni remotamente, la anciana de modales refinados aparentaba ser una artista callejera.

–Vamos, Carmina, no te hagas rogar. Has alegrado todo nuestro viaje, ¿por qué no cantar en Grüm Sollum? –el juglar la incitaba a cantar delante de todos los presentes.

–Porque los habitantes de Grüm Sollum pueden tener mejor oído que tú, desvergonzado –la vieja Carmina, trataba de salir del brete.

–¡Pecas de falsa modestia! Vamos anímate, ¡mueres de ganas! –la risa socarrona del juglar se contagiaba a quienes estaban más cerca.

–Esta es muy antigua, tal vez la conozcas –la vieja accedió.

–¿Estamos hablando de melodías? –el juglar desarmó a todos de risa.

–Contigo no hablaría de ninguna otra cosa, charlatán –Carmina se sonrojó, como pocas veces antes en su vida.

Se volteó hacia los músicos y les indicaba a la vez que les tarareaba. Ellos atinaban, tomaron al vuelo de qué iba aquella canción.

El sonido del instrumento metálico sonaba a gotas de agua que caen sobre en una cueva, como destellos de luz aquí y allá. Las cuerdas se adaptaban a ese sonido; la percusión suave las sostenía en el aire.

Cuando el tiempo no era tiempo, sino capullo durmiendo,
como flor que despertaba, se abrió el Ojo Blanco al viento

La voz de la anciana no parecía tener edad, su canto generó de inmediato clima de leyenda en el corazón de ese mercado.

Sin posarse su mirada, más que en la fría nada,
Xonnu Dum solo anhelaba, conocer un mundo nuevo,
y su voluntad creó todo cuanto imaginaba.
Se hizo luz de sol y luna, marejadas y montañas
sin notar que había hecho sombra que también soñaba.

La melodía cambiaba su ritmo, se hacía ligera como agua de río. El vibrato de la voz de Carmina llegaba hasta donde se hallaba Cernú Bajamar.

Por llevar corazón negro, Qalb Kelij fue llamado,
que se hirió de soledad al sentirse poco amado.
Decidió el Ojo Blanco para que le acompañaran
Otros tanto como él su mundo necesitaba.
Fue así como del cristal y la luz de su mirada,
almas de color danzantes, Zigra Mellur, él creaba
para que a la amarga sombra su esencia le enseñaran.
Ganna Adem, Hakim Azrag, Qalb Krina y Junna Bada
Ranne Grüm y Siva Prunna todo el paisaje pintaban.

Otro cambio en la melodía, esta vez más intenso. El laúd ahora parecía aullido de lobo o sombra proyectada.

Qalb Kelij con envidia de los seis recién llegados,
decidió que sería fuerte si los viera enemistados.
Sepultaba bajo el mar con su corazón Naranja
al ingenuo Qalb Krina y culpó a Junna Bada.
Rama Verde pidió ayuda, sabiéndose inocente,
al Índigo, Hakim Azrag, dueño de aguda mente.
Mano Roja, Ganna Adem, pedía el peor castigo.
Voz Púrpura, Siva Prunna, clamaba justicia a gritos.
La verdad vio Ranne Grüm con sus alas amarillas,
sobrevolando a la sombra cuando el crimen cometía.

Un manto de misticismo cubría al mercado entero, la voz de la anciana era terciopelo que todo envolvía.

Tras contar todo lo visto como mares caía el llanto.
Xonnu Dum se partía en dos del dolor y el desencanto.
Y para enmendar el daño que causó su hijo primero,
al Naranja Qalb Krina reanimó con color nuevo
más cauto por el recelo se hizo Pardo Peregrino,
más humilde y menos necio, aprendiendo del camino.
Y al del Negro Corazón por el crimen cometido
encerró en Kurum Ur Kali, Fortaleza del Olvido.

La melodía volvía a bajar de intensidad. Los centelleantes ojos de la vieja miraban a todos con picardía.

Y si creen que de la sombra eso es todo lo sabido,
dejaré para otro canto tantos males cometidos.

Terminaba su canción dibujando arabescos en el aire con su voz plateada, dejando que sus floreos y las coloraturas robasen el aliento de quienes la oían. La melodía cesaba. La multitud aplaudía. El marinero no recordaba haber oído a nadie cantar con tanta virtuosidad.

Cernú Bajamar volvía a los muelles caminando más ligero, mientras tarareaba la balada que acababa de oír. Se llevaba algo más que una aguja para redes en esa mañana de sol en la plaza.

14
La corte marcial

El gesto adusto en el rostro del jefe de armas Jos Betayerro dejaba muy poco a la imaginación. La severidad de la mirada que lo escrutaba lo avasallaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Para ser un hombre con muchos recursos, se sentía en franca desventaja. Jalil el orfebre estaba sentado en un taburete sin respaldo, flanqueado por dos de los Azrag Gallur, desnudo a medias y en una dependencia del palacio que conocía de sobra.

Las paredes cubiertas por paneles de esterillas daban una calidez inusitada al lugar. Era tal vez uno de los ambientes menos opulentos del palacio y, a su vez, uno de los más valiosos para la institución de la monarquía. La sala del Sínodo lo recibía en una madrugada devenida jornada de inquisición. A unos cuantos pasos de distancia y desentonando violentamente con el resto del mobiliario, se hallaba un armazón dorado a medio desmontar. Podía reconocerlo con facilidad a pesar de estar parcialmente desguazado, era el toro del monarca, el autómata que hacía las veces de palanquín de transporte para el regente. Le ardían los ojos. El regusto metálico seguía instalado en su boca. La cabeza seguía doliendo desde la parte de atrás. Le urgía una explicación.

–¿Qué carajo está pasando? –preguntó con la voz queda y rasposa.

–Jalil, esto es muy desagradable –Jos Betayerro le respondía con voz monocorde–, por favor, no nos faltemos el respeto –el jefe de armas lo miraba con ceño.

–No hay necesidad de tales términos, Jalil. No aquí, delante de tus colegas sinodales –la ponzoñosa voz de Ethrus Zafir, llegaba desde sus espaldas. El edecán ingresaba a esa estancia y se ubicaba al lado del jefe de armas.

–Creo que tampoco hay mayor necesidad de mandar a cinco guardias de elite a sacarme de mi recámara en plena madrugada para acusarme de alta traición contra nuestro reino –el orfebre seguía sin dilucidar lo que estaba sucediendo.

–Entenderás entonces cuán grave es la naturaleza de tu ofensa en lo inusual de la circunstancia, orfebre –el consejero respondía con una acusación nada solapada.

–Mide tus palabras, Ethrus, no he cometido ofensa alguna que justifique este nivel de destrato –le clavó su vista cargada de ira.

Buscaba la mirada del jefe de armas. Las duras líneas de expresión en su rostro denotaban que rara vez sonreía, pero el orfebre no recordaba haber visto a ese hombre tan serio como en ese momento. "El que se enoja pierde" se dijo, cayendo en cuenta de que las cosas estaban más allá de su control.

–Comprendo que aquí ante nosotros se encuentra una de tus creaciones –afirmaba Jos Betayerro.

Jalil asentía con la cabeza, enmudecido.

–Expongo, entonces, que Jalil Grisplata, orfebre de profesión asume la autoría del autómata aquí intervenido. Expongo, además, que es el mismo autómata que horas atrás, en el interior del recinto del monarca, comportó una falla motriz resultante en injuria del monarca, que comprometió su integridad física –repentinamente la dialéctica empleada en ese cuarto, lejos de cualquier tribunal, era la de un juicio marcial.

–¿Qué es esto? ¿Qué está ocurriendo aquí? –para Jalil, las piezas se acomodaban en su sitio.

–Dada la severidad de lo expuesto, y en consideración de la responsabilidad del acusado sobre el objeto injuriante, se determina la necesidad imperiosa de conformación de una Corte Marcial dispuesta así por el jefe de armas, el Edecán del monarca y cinco testigos que serán a su vez jurado y, eventualmente, ejecutores; conforme con lo asentado en el Códice Áureo.

–¿Una Corte Marcial en plena madrugada? –el orfebre estaba desconcertado– ¿Quién va a comparecer como mi defensor? –preguntó.

–Te será otorgada la facultad de descargo, en vista del fervoroso deseo del monarca, no hay tiempo para buscarte un defensor –Ethrus zanjaba los términos del juicio

–Entonces, aquí el Códice Áureo será respaldo para ustedes, no para mí –la consternación era creciente, y aunque trataba de disimularlo, su voz se quebrantaba por la amargura.

Jos Betayerro miró al acusado con recelo.

–Puede efectuar su descargo o podemos proceder a ejecución –el jefe de armas no daba pie a debate alguno.

–Defiendo a ultranza mi obra… cada pieza es diseñada meticulosamente para desencadenar toda una serie de acciones que nacen desde el cilindro maestro de cada autómata y son prolijamente transmitidas a través de ejes, engranajes y piezas más compuestas que

culminan en la ejecución de movimientos complejos. Los Cilindros Maestros pueden ser más simples, de una pieza, o estar conformados por varios cuerpos para permitir diversos niveles de interacción, en función a los estímulos del medio o los comandos que se les ordenen, pero no existe ninguna acción que no haya sido previamente planificada dentro las respuestas factibles de mis autómatas. Por cuánto conozco mi método de trabajo, puedo asegurar que mis mecanismos son perfectos –el orfebre hablaba con firmeza.

El jefe de armas hizo un ademan a los guardias de elite más cercanos al autómata. Uno de ellos se aproximó cuidadosamente a la mole dorada y accionó un interruptor notoriamente agregado en el tórax del mecanismo. Se alejó rápidamente al ver cómo se activaba y el toro comenzaba a moverse de forma convulsa, corcoveando fuera de control. Antes de que llegara a desplazarse en alguna dirección el interruptor agregado liberó un freno.

Jalil estaba estupefacto. No había posibilidad alguna de que su autómata hiciese eso. Él no había programado esa serie de movimientos; era simplemente imposible.

–¿Aseguras entonces, orfebre, que tus autómatas no poseen fallas o que diste a tu toro la potestad de corcovear de antemano? –el consejero trataba de desglosar el descargo de Jalil y usarlo en su contra.

–Aseguro aquí y ahora que no programé ese rango de movimientos en el transporte del monarca y que una falla en los engranajes no podría conllevar a esta clase de movimiento, sino a la detención absoluta del autómata. Es una medida de seguridad que he implementado, así como la protección del cilindro maestro mediante acceso restringido –la respuesta no se hizo esperar.

–Muy bien, Jalil, bien pensado. Aquí llegamos al punto crucial. Existe un mecanismo de protección mediante tu cincel de firma, en tus informes lo has desarrollado. Soy el edecán del monarca, yo superviso tu trabajo. No existe otra manera de acceder al cilindro maestro de tus autómatas que no sea a través de esta única llave bajo tu poder, muy a mi pesar –Ethrus confrontaba al orfebre–. Lo que nos ha impedido desarmar la caja de tu autómata y corroborar el cilindro maestro nosotros mismos.

–En este punto, necesitamos que abras la caja del núcleo y nos entregues el cilindro para su evaluación. Eres el mayor orfebre, un alto rango militar, y solo por ello estamos en esta instancia de Corte Marcial. La voluntad del monarca es que permanezcas vivo hasta esta instancia, no nos decepciones –sentenció Betayerro.

El cincel de firma no era otra cosa que una pequeña herramienta con un símbolo en el filo que permitía la firma de una pieza de metal

blando mediante un golpe en seco. Siendo un objeto único, validaba la autenticidad de sus creaciones. Su principal función era en realidad la de proteger los mecanismos internos de sus obras, haciendo las veces de llave para un discreto cerrojo. Jalil Grisplata se acercó a su creación parcialmente desarmada. Levantó la vista hacia sus inquisidores.

–Jamás atentaría contra nuestro monarca, por más mal aconsejado que se encuentre –dijo con su vista fija en Ethrus.

El orfebre se disponía a abrir la caja. La llave calzó en el cerrojo con un chasquido musical. Al darle la vuelta, una pequeña compuerta se abrió. Manteniendo la llave puesta, usó su mano libre para retirar el cilindro maestro. Hizo girar cuidadosamente pequeñas trabas a su alrededor y se dispuso a removerlo. Sin previo aviso, el lecho de la caja comenzó a liberar chispas, obligándolo a retirar la mano. Retrocedió al ver cómo el compartimento ardía en llamas. Se alejó cuanto pudo, mirando al jefe de armas y al consejero del monarca.

–¿Qué has hecho, orfebre? –Ethrus escupía cada palabra.

–Si lo hubiese hecho yo, habría funcionado correctamente –el orfebre extendía la mano hacia el jefe de armas, le ofrecía el cilindro maestro–, y hubiese hecho arder todo –dijo con la mirada fija en el objeto milagrosamente recuperado.

–Si verdaderamente conocieras el informe de estado de este autómata, recordarías entonces que se trataba de un cilindro maestro multipartito, es decir, de cuatro cuerpos integrados con una superficie intercambiable –explicó Jalil.

–Mentiría si afirmara tal cosa, orfebre. Aprobé tus planos e informe hace meses, sin mencionar que, tranquilamente, podrías alterar los componentes. Un plano no es garantía de nada –Ethrus Zafir no se dejaba convencer por fuegos de artificio.

–Este cilindro maestro solo posee tres cuerpos… –el jefe de armas se permitía dudar de las acusaciones; Jalil notó la vacilación en la mirada.

–Así es, lo recuerdo a la perfección. Así como también recuerdo, luego de transcribir el Códice Áureo hace más de treinta años, que, de existir discrepancias entre los miembros de una Corte Marcial, es un derecho del acusado y su defensa comparecer directamente ante el monarca. Sé que no voy a hacerte cambiar de parecer, Ethrus. No dejarías pasar una oportunidad como esta para alejarme de la Corte y del monarca, ni hablar si, incluso, pudieras eliminarme. Pero a ti, Jos, que eres una persona de principios, apelo a ti, es muy evidente que mi autómata ha sido adulterado. Por respeto a nuestras tradiciones, por respeto a nuestro códice, por respeto a nuestro monarca, permíteme

apelar –el orfebre exponía con el corazón en la mano.

–Lamento que me percibas de esta manera, Jalil, apunto al bienestar de nuestro reino, y de nuestro monarca. Tu impericia se ha convertido en un peligro para Zura Azrag –el edecán no daría el brazo a torcer.

–Y yo por otro lado, lamento que lleguemos a este punto. Donde a pesar de la ausencia de pruebas firmes en mi contra, estés empecinado en hacerme responsable de un incidente que, por todo cuanto a mí respecta, te excusa para ejercer un abuso de poder. No puedo proceder más que esto en mi descargo –el orfebre se llamó al silencio.

Allí parado ante esos dos hombres sabía que había hecho todo cuanto podía para defenderse. Sabía también que, si llegaba el momento, aún podría oponer resistencia, y rogaba que ese no fuera el caso. Jamás se perdonaría manchar su nombre por un crimen que no cometió, pero si tuviera que hacerlo, desarmaría a uno de esos guardias y le cortaría la garganta a Ethrus Zafir sin dudarlo.

–Miembros del jurado, aquellos a favor de condenar a Jalil Grisplata, el mayor orfebre…. el jefe de armas miraba a los guardias. Uno de ellos, el que estaba en el flanco izquierdo del acusado, levantó una mano.

–…aquellos a favor de que comparezca ante el monarca Índigo… –uno a uno, los cuatro guardias restantes alzaron su mano.

–El acusado comparecerá ante el monarca Índigo en horas del mediodía y permanecerá, mientras tanto, retenido en el calabozo del palacio. ¡Larga vida al monarca Índigo! –la sentencia final de Jos Betayerro dejó conforme al orfebre.

–¡Larga vida al monarca Índigo! –todos replicaron. Todos, menos Ethrus.

El orfebre era ahora transportado hacia las mazmorras del palacio. En la larga caminata que tenía por delante cavilaba los hechos. Había ganado una partida, pero aún estaba lejos de dilucidar quién había adulterado su autómata, y con qué intención habrían abierto el juego.

Su destino estaba en vilo aún. Convencer de su inocencia al monarca no sería fácil, sabiendo que la brillante mente del joven tal vez se hallaba bajo el influjo de su edecán. Ese podía ser su engranaje corrompido, el imbécil de Ethrus. Seguía bajo el efecto del sedante: el regusto metálico lo abandonaba por completo, la molestia detrás de la cabeza era casi imperceptible, solo lo acosaba un zumbido en el oído que iba y venía.

Se preguntaba quién podía querer muerto al joven de doce años. La lista de pretendientes al trono no era muy extensa. Las familias Oroluna, Grisplata, Zafir y Rupia sostenían una tensa tregua desde

hacía buen tiempo. Así y todo, pensar en una amenaza externa no era descabellado, pero a sus ojos los insurrectos arengados por los mineros inconformistas no tenían elementos para infiltrarse a ese nivel, salvo que alguien los ayudara desde el palacio. Los escoltas lo conducían hacia la puerta del calabozo.

El recuerdo de su ensoñación lo asaltaba de repente. Una fuerza oscura retenía a su querida Inna y en su fuero interno no podía dejar de percibir que la misma sombra amenazaba desde algún rincón. Su intuición a veces le jugaba una mala pasada, esperaba que este no fuera el caso.

El aire reseco y caliente de la mazmorra le llenaba los pulmones. Esa ala tan alejada del palacio poseía muchos calabozos, había varios con las puertas de madera entreabiertas. El piso de paja se veía inmundo y olía todavía peor. El guarda cárcel los esperaba.

Tenía demasiado sueño para prestar atención al intercambio de chistes absurdos. Lo empujaron al interior del hediondo calabozo con un minúsculo ventanuco en lo alto del muro. La puerta se cerraba a sus espaldas con llave, las risas ahogadas llegaban del otro lado. Se disponía a encontrar el lugar menos asqueroso y más apto para descansar un poco.

Algo le llamó la atención en el suelo, se acercó a revisar mejor. Se arrodilló para examinar un bulto de tela. Era un paquete de seda color verde esmeralda. Algo sólido se encontraba envuelto en él. Desenvolvió sin paciencia un objeto de peso y formato conocidos. Su cilindro maestro multipartito de cuatro cuerpos le relucía entre las manos, con total incredulidad activó un segmento haciéndolo girar. Las chipas brotaban de él descontroladamente. Era su mecanismo, pero nuevamente alguien lo había burlado, salvo que esta vez la trampa funcionaba, y el sitio en el que se hallaba no podría ser peor. El suelo de paja del pequeño calabozo comenzaba a arder con una facilidad pasmosa; tenía que pensar rápido.

15
La trotamundos

Lerón del Sándalo daba vueltas a la cerveza en su mano. Era ya la tercera jarra que bebía esa tarde. La cantidad de trabajo había mermado considerablemente en Pueblo Mayor. Al punto que comenzaba a plantearse reunir todas sus posesiones y marcharse a Bosque Viejo, la capital de Zura Bada, y echar por tierra su relación con la familia Sauco, los mecenas que financiaron su formación. Muy a su pesar le debía a la casa de los Sauco, fueron quienes lo acogieron siendo menos que un paria expulsado de un reino ajeno, un niño maldito sin derecho a techo o comida.

La realidad lo ponía contra la espada y la pared. Los gastos de su taller comenzaban a ser demasiado para la modesta suma que ingresaba mes a mes. Sus mecenas podrían ayudarlo a subsistir, pero no tenía intenciones de vivir como un mendigo con techo prestado, ya no, ya era un hombre. No recordaba un año tan malo como aquel. Para peor debía pagar una multa por transgredir los límites e ingresar en terreno vedado.

Los sucesos del pantano lo atormentaban cada noche. No podía dejar de sentir que había ocultado información en su audiencia. Pero tampoco podía admitir que se había dejado tentar en el pantano. Una voz encantaba su corazón, el suyo y no el de sus compañeros. Lo compelía a ingresar al pantano a presenciar cómo toda la vida que albergaba se degradaba y convergía en un torreón que se hacía más negro, más alto y poderoso. Ganaba la vida que robaba de otros.

Un poder tan devastador lo tentaba, deseaba algo de ese poder para sí mismo. Esa pequeña alícuota de oscuridad era una semilla en su corazón, y podía identificar muy claramente en qué momento fue plantada allí. No quería admitir que albergaba un deseo de esa naturaleza, no iba a asumir que él lo había engendrado. Quizás era verdad que estaba maldito, que era un monstruo nacido bajo luna de sangre y que causó la muerte de la parturienta. Lo cierto era que necesitaba limpiarse de ese sentimiento, no le parecía una muy buena idea, pero comenzaba a pensar que en el pantano podría purgarse de esa semilla negra.

Estaba tan metido en su cabeza que no notó en qué momento una mujer se sentó a su lado en la taberna.

–¿Eres Lerón del Sándalo? –preguntó ella.

–Lo que queda de él, al menos –respondió el carpintero– ¿Quién pregunta? –devolvió.

–Una clienta en potencia –deslizó. Su voz seducía sin proponérselo, a la vez que intrigaba.

Lerón levantó cautelosamente la vista. La mujer sentada a su lado era monumental. Su cabello castaño rojizo caía en mechones en torno a su rostro de piel blanca salpicada con pecas. Los ojos pardos lo miraban con una mezcla de curiosidad e impaciencia. Posiblemente fuera un poco más alta que él.

–¿Y de qué depende que te conviertas en mi clienta? –le preguntó mirándola sobre el hombro derecho.

–¿La pregunta incluye invitación a una cerveza o me tendrás aquí sedienta? –la impaciencia dejaba la mirada de la mujer y daba lugar a su curiosidad astuta.

El carpintero levantó la mano para llamar al tabernero. El gesto de urgencia en su rostro no le pasó desapercibido a nadie en esa cantina. La muchacha observaba cómo el cantinero escanciaba la bebida en un jarro de menor tamaño que el que hubiese querido.

–¿Cumple el cometido? –preguntó Lerón.

–Está bien, para comenzar –la imponente mujer le respondía a media sonrisa.

–Preciso del servicio de un carpintero con oficio, considerando que en todo el Pueblo Mayor no hay un lutier. A eso le sumo que el famoso taller de Lerón del Sándalo permanece inexplicablemente cerrado por estos días –el pedido de la mujer insinuaba un reproche.

–Muy bien, ¿y de qué se trata? –quiso saber el carpintero. Recordaba que su taller llevaba ya tres días cerrado.

–Tengo los fragmentos de un instrumento musical. No es que no sepa cómo ejecutarlo, pero sin repararlo será imposible –ella respondía con soltura.

–¿Has traído contigo el instrumento? –preguntó él.

–Por supuesto que no, como te he dicho, es un instrumento clásico. No lo traería a una taberna… hay mejores escenarios para un instrumento de esas características –explicó ella brevemente.

–El taller de un carpintero, por ejemplo –sugirió Lerón.

–¡Qué repentino! ¿No estamos yendo demasiado rápido? –preguntó ella divertida.

–Demasiado rápido por ser que todavía no conozco tu nombre –respondió él.

–Runna, Runna Alabastro –contestó la mujer.

–Citrina de mar y cristal –continuó Lerón, recordando el viejo refrán referido a los habitantes de la isla de Grüm Sollum, el apellido delataba su origen.

–Así es, al menos en principio. Me considero ahora una trotamundos –dijo ella con gesto de suficiencia.

–No veo que lleves ropas de parda –observó el carpintero.

–Pues, porque no lo soy. Digamos que soy adepta a otras ideologías, pero también tengo un alma nómade –una chispa de inteligencia refulgía en sus ojos.

Lerón estaba intrigado, sabía tan poco de esa mujer como de los principios de la astronomía, pero quería conocerla. Iba a hacer todo lo posible para impresionarla, quería hacer ese trabajo por poco o mucho que supiera del oficio de un lutier.

–¿Y cómo podré conocer el instrumento y esas ideologías tuyas? –trató de averiguar.

Runna lo miraba con cierto escepticismo, no imaginaba que ese hombre de modales toscos y de pocos rodeos fuese auténticamente capaz de reparar el tesoro que le costó tanto encontrar, y mucho menos aún de dimensionar el alcance del poder de aquella reliquia. Pero algo en él la llamaba a la confianza. Sus ojos café con pestañas largas bajo esas cejas pobladas parecían francos. Sus manos fuertes y callosas, notoriamente acostumbradas al trabajo. Sus hombros anchos, su sonrisa ingenua, la redondez de su cabeza rasurada o su mandíbula cuadrada. No podría achacarle el encanto a nada en particular, pero el tosco carpintero le resultaba encantador.

–Supongo que podrías, tal vez, contarme donde queda ese taller tuyo. Y si no te da miedo clavarte alguna astilla en los dedos, quizás para mañana te dé trabajo –Runna apuraba el trago.

–Muy bien entonces, verás que mi taller es fácil de encontrar… cuando está abierto, claro –el carpintero estaba perdido.

16
Transitoria anarquía

El gris monótono de la bruma envolvía la calle de los pescadores. Era temprano aún, pero se podía oír a los hombres trabajando en el muelle. Norte del Peñón respiraba aliento de mar, y eso era de las pocas cosas que Hebra encontraba bellas en un lugar que por todo lo demás empujaba al desaliento. El gremio de los Pescadores estaba en problemas. Uno de los hombres más avezados había caído gravemente enfermo, mientras otros tantos iniciaban con fiebre y sangrados al toser. La tos granate continuaba ganando víctimas, aun a esa altura del ciclo. Las tormentas en altamar eran menos frecuentes en esa época del ciclo, por lo que las embarcaciones debían partir cuanto antes fuese posible.

De sus conversaciones con los representantes del gremio en la jornada anterior, pudo sacar en limpio que solo una de las tres naves pesqueras estaría en condiciones de zarpar. Lo viera por donde lo viera, estaba ante un desastre inminente. La falta de alimentos ya era un problema real e innegable en Norte del Peñón. La solución al problema era sumamente clara según lo veía ella. Su compañera Tres Dedos, recelosa, le advertía que estaba cometiendo una locura, que esa clase de decisiones se hallaban muy por encima de su potestad. No conocía a quienes hubiesen hecho cosas similares a su propuesta, quizás porque no existieran registros, quizás porque nunca se había hecho previamente. Pero mientras caminaba hacia los pescadores, la idea le parecía más y más lógica.

–Estás más callada que de costumbre, hilandera –Ojo Morado la miraba con recelo–. No es para nada habitual este itinerario tuyo, mujer. Espero que tus superiores estén al tanto de cuanto haremos.

El vigía no parecía nada contento con el trabajo encomendado ese día. La idea de acatar una orden de dudosa procedencia lo incomodaba sobremanera.

Probablemente, aquel no sería el mejor momento para explicarle al vigía que desde la muerte de Nodriza, el gremio de las Hilanderas gozaba de una transitoria anarquía. La información manejada por las esclavas abarcaba todas las actividades del régimen, y siendo que ellas debían administrar el flujo de esclavos, insumos y alimentos, le pareció menester acceder a la información que manejaba otra de sus

compañeras a fin de evitar una hambruna.

Lo cierto era que esa mañana Hebra estaba decidida a no esperar, por lo que saludó desde lejos al pescador que la aguardaba cerca de muelle, lo llamaban Timonel. No era común que alguien se alegre de verla, por lo que la sonrisa del esclavo le resultó desconcertante. La sola idea de plantear su plan le generaba un entusiasmo difícil de explicar. En sus señas habituales, saludó y le solicitó ingresar al astillero unos metros más allá.

El plan era sencillo, lo difícil fue transmitirlo en señas, pero con la ayuda de un mapa y sus hilos no le fue difícil hacerse entender. Les explicaba al pescador y sus tripulantes que, ante la necesidad de navegantes, deberían aproximarse a la Cuenca del Pirata, sitio del gremio de los Amos de Redes, para solicitar hombres dispuestos a la pesca. La idea les resultaba poco ortodoxa, pero viniendo de una de las hilanderas, no dejaba de parecerles lógico que esa fuera una forma alternativa de redistribuir a los hombres que a fin de cuentas trabajaban para el mismo régimen. A algunos de los pescadores no les caía en gracia que otros marineros, acostumbrados a los saqueos y secuestros, hiciesen base con ellos o compartieran naves durante semanas en alta mar. Sin mayores condiciones hacia la hilandera, partieron esa misma mañana. Algunos se resistían a que una mujer abordase la nave. El plan era volver ese mismo día con al menos un listado, cuando no con los hombres dispuestos a suplantar a los pescadores enfermos.

Aquella era la primera vez que Hebra subía a una nave. La sensación del suelo meciéndose a sus pies era algo totalmente nuevo. Era una embarcación sencilla, pero bastante sofisticada. La cubierta era lo suficientemente amplia como para que dieciocho hombres trabajasen con comodidad, enrollando redes, alistando velas o soltando las amarras. Timonel era el más viejo de la tripulación, y claramente, el hombre a cargo.

A juzgar por la expresión del vigía, era también su primera vez. Ver el miedo en sus ojos le resultó cómico.

–Ríete mientras puedas, hilandera –Ojo Morado replicaba mientras balanceaba torpemente sus manos en un intento por mantener el equilibrio.

El sol ascendía sobre la línea del horizonte. La luna creciente se veía con claridad en el firmamento. En la medida en que se alejaban de la tierra, el olor a sal se hacía más intenso. Sobre la cubierta, Hebra miraba a Timonel, quien se hallaba sobre el puente único del modesto navío. Para evitar tambalearse, apoyó su morral sobre el suelo. El vaivén de las olas comenzaba a marearla; miraba hacia el cielo para eludir esa sensación. Su compañera Contranudo solo disponía de

información parcial de los Amos de Redes, por lo que vagamente conocía su ubicación y a grandes rasgos sus ocupaciones, pero le intrigaba descubrir con qué clase de esclavos se encontraría al llegar.

–Quizás sea bueno recordarles a ti y al vigía que no podremos garantizar su seguridad una vez que hayamos amarrado en el puerto de la Cuenca del Pirata –Timonel les hablaba desde el puente con una firmeza reforzada por su lenguaje corporal, parecía otro hombre, distinto del que se encontraron en el muelle.

–De eso me encargo yo, pescador, asegúrate de que lleguemos de una maldita vez al puerto y de traernos de vuelta –respondió el vigía con una palidez creciente.

La hilandera caminaba hacia Timonel; su paso ya no era vacilante. Le daba curiosidad cómo podía mantener el rumbo de la nave. La idea de estar flotando sobre el agua en una embarcación de madera le resultaba una hazaña, una imposible obra de algún ser de más allá de su conocimiento. Miraba fijo cómo las manos de ese hombre sostenían con firmeza el timón.

–¡Desplieguen las velas! –ordenó a los tripulantes.

–"¿Cómo lo haces?" –las señas eran claras y fáciles de interpretar, pero no se podía permitir preguntas mayormente complejas.

–Mira a mi derecha –el pescador le pidió que reparara en el tallado sobre el panel de mando.

En un disco de madera perfectamente recortado, una serie de dibujos romboidales superpuestos conformaban una especie de estrella de treinta y dos puntas o tal vez una flor de treinta y dos pétalos. En la parte superior, un ojo tallado sobre uno de los pétalos lo volvía especialmente llamativo.

–Eso es una rosa de los vientos, el Ojo Blanco del vértice marca el rumbo, ese es el norte. Ahora mira hacia arriba –le indicaba hacia el cielo. Un minúsculo punto de luz brillaba aún en el firmamento. Pocas veces reparaba en el hecho de que algunas estrellas pueden divisarse a la luz del día.

–El Ojo Blanco marca el norte. Las puntas de la rosa nos muestran en qué dirección sopla el viento, y así fijamos el rumbo. Es solo mantener el curso hacia el norte con la línea de la costa a nuestra derecha –Timonel explicaba dibujando en el aire con su mano.

Hebra repasaba el panel tallado acariciándolo. Sentía con los dedos las líneas del diseño y recordaba las palabras anudadas en la pulsera de su Nodriza.

–El resto depende de que los titanes del mar no quieran apoderarse nuestro barco –la voz de Timonel traslucía el respeto por los titanes.

El tiempo transcurría con pereza hasta que el sol se posó casi sobre sus cabezas. La vista fija al norte. Timonel les aseguraba que estaban próximos a llegar a la Cuenca del Pirata. Ante ellos se hacía cada vez más grande la silueta de un monte recortada contra el horizonte. La roca escarpada coronada de vegetación era surcada aquí y allá por alguna cascada. En la medida en que se aproximaban, parecían emerger del agua enormes jaulas.

–Hace mucho tiempo atrás, los enemigos del reino Azabache o los prisioneros de guerra eran condenados a esperar allí, encerrados en las jaulas, a que la marea subiera y los ahogara –Timonel relataba, a ojos vistas perturbado.

–En ese tiempo, los vigías eran el ejército más poderoso de todo Zurem Ur Mellur, los Kelij Razhul –Ojo Morado recordaba leyendas de los vigías.

–No puedo imaginar cómo era ese tiempo, los hombres podían elegir a quien servir… –el pescador pensaba en voz alta, demasiado alta tal vez.

–Cuidado con lo que dices, pescador, si no te gusta a quien sirves, puede que te liberen de tu propósito. Recuerda que las muestras de deslealtad tienen un precio bastante alto –el vigía tenía muy en claro su propósito en ese barco. Era un representante del rectorado.

La Cuenca del Pirata se conformaba como un puerto natural, siendo el sitio de desembocadura de la ría del Pirata. Otrora un puerto comercial del antiguo reino Azabache devino en una base de un movimiento esclavista conformado por insurrectos y desertores del antiguo ejército del Corazón Negro. Los esclavistas finalmente fueron lo suficientemente sensatos para aunar fuerzas con el régimen. El puerto se divisaba con claridad. Una gran estructura de muelles flotantes de madera conformaba una bahía que se unía a la desembocadura de la ría. Por detrás asomaban astilleros y galpones de madera con techos sofisticados confeccionados con hojas secas de la exuberante vegetación de la isla; el resto de los techos se perdían entre el selvático paisaje. Para Hebra, las actividades del gremio de los Amos de Redes eran un interrogante. Sabía que realizaban secuestros y saqueos a otros reinos. Desconocía cuál era el volumen real de ingresos que representaban para el régimen y consideraba que engrosar las listas de bocas que alimentar no necesariamente suponía un beneficio para los habitantes de la Península Negra. Las seis hilanderas del gremio no poseían información que validara su actividad.

El puerto se hacía lo suficientemente cercano como para fijar amarras. El sol del mediodía azotaba las tablas del muelle desvaídas por el tiempo y la sal. No había nadie a la vista, solo unas cuantas

embarcaciones vacías.

–Muy bien, hilandera –el vigía perdía la paciencia–, nos condujiste a todos a una trampa –su mirada recelosa se clavaba en los astilleros.

17
El magister más viejo de Adem

En una mañana fría, adecuada a los estándares del invierno, Ava Roble acomodaba su estola color bermellón mientras se dirigía a la Magistratura de Adem. Surcar la plaza principal a tan solo cuatro días del ocaso del solsticio echaba por tierra ese entusiasmo que le inflaba el pecho. Las ruinas del muro principal y la fachada del palacio habían sido recogidas en esos días y la piedra desnuda y el suelo de tierra daban testimonio de lo ocurrido cuando la Esfinge de Kurum Ur Kali diezmaba a los Adem Grull. La potente explosión había quedado prolijamente circunscripta al ala oeste de la plaza, pero la onda expansiva movió los cimientos de los edificios cercanos e hizo estallar cristales en casi todo el casco histórico del Pueblo Mayor, excepto en el Templo de la Mano Roja en el ala norte. El edificio de la Magistratura en el ala sur presentaba secuelas del fatídico evento.

La tejedora había hecho aquello que le encomendara Samael Nogal: la búsqueda entre los tapices, telares, bordados y banderolas de todo testimonio sobre un pase de mando en batalla o cualquier antecedente referente a portadores del cetro. Para su fortuna, dos de sus colegas la ayudaban con la abrumadora tarea. Ciertamente, la cantidad de evidencia había resultado escasa. Su teoría de que un hombre pudiese ocupar el trono de Adem no tenía respaldo en los registros. Pero no dudaba de que cuanto se debatiera aquel día en la Magistratura traería consecuencias para todo el reino.

Entrando al edificio, notó lo que a simple vista había pasado por alto: la puerta de acceso principal, una añosa estructura de madera de algarrobo con forma rectangular, se hallaba en falsa escuadra. Las hojas se encontraban desmontadas y presentadas hacia los lados, de manera tal que parecían abiertas de par en par. No quería pensar en cómo el impacto podría haber afectado las estructuras de carga del edificio más viejo del Pueblo Mayor detrás del palacio mismo y sus múltiples ampliaciones y modificaciones. Le resultaba llamativa la cantidad de gente que comenzaba a congregarse en la Magistratura. Ella y otras dos tejedoras estaban citadas para ese día.

Samael Nogal la saludaba animosamente desde el otro lado del hall principal; Daro del Vado apenas levantaba la mirada para reparar en ella. La Cámara de la Magistratura era un gran salón circular con

gradas escalonadas en tres niveles, un atrio central y un amplio podio, similar a un anfiteatro. El techo era elevado y el estilo de ventanales altos tan propio de Adem era la norma. Las vigas del alto techo de madera parecían describir una espiral ascendente surcada por múltiples nervaduras. Desde el exterior, el domo que se conformaba como techo, elemento característico de la estructura, era visible desde varios puntos del pueblo. Agradecía a los carpinteros de antaño por haber confeccionado una estructura que se mostró sólida ante el más impensado de los ataques.

Mientras Ava tomaba su lugar en el podio que compartiría con sus otras dos colegas y la magistratura en pleno, el salón comenzaba a poblarse. Los principales mercaderes, las familias nobles, el Hierofante del templo de Ganna Adem, los altos mandos del ejército rojo, todo ciudadano con participación en el hervidero que era el Pueblo Mayor se hallaban presentes. La zozobra reinante en el corazón de los pobladores los llevaba a buscar directiva en sus magísteres, sabios y confiables consejeros de la reina. La ausencia de Zura Adem Inna empujaba a los habitantes del reino a la búsqueda de una nueva figura que legítimamente los liderara y representara sus intereses ante los otros reinos del continente. En ese contexto de incertidumbres la información que Ava podría aportarles resultaría crucial.

El murmullo se acrecentaba, así como las expectativas de todos los presentes.

–Iniciamos en este momento de penosas circunstancias, la primera asamblea extraordinaria de la magistratura de Adem –Ava Roble levantaba su voz. En respuesta, el silencio fue inmediato y casi absoluto.

–Es en este loable edificio, que por gracia de Ganna Adem sigue aún en pie, que nuestros magísteres se reúnen en pleno con todos ustedes, todos nosotros, los hijos de Adem, para definir la constitución de un comité ante esta emergencia que atenta contra nuestra integridad como pueblo. Cedo la palabra a Samael Nogal –la tejedora volvió a tomar asiento ante su telar.

El anciano en el atrio central inclinaba la cabeza con la vista hacia la tejedora. Su mirada franca y su cabello plateado, sumados al aplomo en su gesto, daban credibilidad y transparencia al hombre que, por indiscutible decisión de sus colegas, lideraba a los magistrados de Adem. Siendo el magister más viejo, había afrontado más embates, guerras y sucesiones que cualquiera de los presentes.

–Mercaderes, oficiales, Hierofante, ciudadanos: con mucho pesar enfrentamos la pérdida de Zura Adem Inna, la última de su linaje –el magister hablaba con franqueza–. Poco de lo ocurrido escapa al público conocimiento. Hace poco más de un año atrás, un inusual

suceso inició una seguidilla de desgracias que asolaron a nuestros hogares en todo el territorio durante los meses pasados, y culminó con el rapto de nuestra amada reina –continuó.

–De lo recopilado en el relato de muchos de ustedes, hemos podido rearmar las últimas horas de nuestra reina junto a nosotros. Pero más importante aún, hemos podido identificar el origen del acoso que enfrentamos. En esta asamblea, lejos de atormentarlos con nuestra circunstancia, necesitamos discutir con ustedes qué alternativas tenemos para enfrentarnos a esta nueva realidad, necesitamos oírlos. Convoco al estrado a su excelencia, el Hierofante de Ganna Adem – Samael Nogal cedía la palabra al referente y guía espiritual del reino.

El sumo sacerdote, responsable del templo de Ganna Adem en el Pueblo Mayor y máximo representante de la congregación de la Mano Roja, se acercó al atrio y tomó su lugar junto al magister Nogal.

–La gracia nos une –el Hierofante saludaba a los presentes con una de sus manos sobre el corazón y la otra en alto, ambas enfundadas en sendos guantes carmesí. Todos posaron su mano sobre el corazón e inclinaron gentilmente sus cabezas en respuesta.

–Como muchos saben, nuestra reina fue raptada. Sobre la base de vuestros testimonios y el del único sobreviviente del ataque, sabemos ahora que una esfinge proveniente de Kurum Ur Kali raptó a nuestra reina. Habiendo investigado a fondo elementos recolectados a lo largo y ancho de nuestro reino, me he visto envuelto en rituales descriptos en la Era de los Mitos. Un brote de tos granate, el flagelo de la Península Negra, nos arrebata a nuestros niños y ancianos. Incendios desbocados consumen cotos de caza y cosechas. No tenemos más alternativas que asumir que un remanente del antiguo reino Azabache pretende subyugarnos –un murmullo creciente de los presentes interrumpió al sumo sacerdote.

–Sé que esto puede generar miedo en sus almas, pero debo advertirles hermanos, el miedo solo alimenta al enemigo. No figurativamente, sino en el más literal de los sentidos, la energía que genera el miedo nutre al Corazón Negro de Qalb Kelij, la fuente misma de poder de sus descendientes. Debemos fortalecernos nosotros también, como descendientes de la Mano Roja. Son los actos de amor los que nutren el corazón de nuestra Madre, y así su mano nos protegerá –el sumo sacerdote miró a Samael Nogal a su lado.

–La gracia nos une y nuestra Madre nos dará amparo. Pero no podremos desterrar al enemigo solo mediante su mano roja –el magister esperó que el pontífice confirmara su sospecha.

–Lamentablemente, así es. La única fuerza capaz de anular las tinieblas del Corazón Negro es la luz del Ojo Blanco, el padre de todo, Xonnu Dum. En tiempos de la Guerra de la Emancipación, el poder de

la luz blanca se volcó en las forjas del reino Índigo. Pero el conocimiento que nos heredó las armas fue olvidado –explicó el sumo sacerdote.

–Olvidado tal vez, pero las armas persisten –replicó el magister–. El cetro dorado de Adem, la más antigua ofrenda de paz de nuestros vecinos del reino Índigo, ha pasado de una soberana a la siguiente por más de veinte generaciones. El telar de la tríada nos muestra cómo aplastó a Zureij Kelij Odur empuñado por Zura Adem Alanna, la primera reina Escarlata –hizo una breve pausa para contemplar a los presentes–. Desde ese entonces, se ha considerado al cetro el símbolo de la fuerza, el coraje y honor de la corona del reino Escarlata. Basados en el testimonio del último Adem Grull que quedó en pie, podemos asegurar que el arma aún puede ser usada –Samael evaluaba el impacto de sus palabras en el auditorio.

Algunos parecían consternados, otros emocionados y optimistas, otros opinaban encolerizados. El vivaz murmullo era la más fehaciente muestra de la conmoción tras conocer la noticia. Un antiguo enemigo regresaba, pero una reliquia revelaba su valía.

–Y es en este punto, ciudadanos de Adem, en el que debemos reparar con más detenimiento. Nuestra reina desapareció, dejando tras de sí su cetro al cuidado de un portador –el magister sentía un nudo en su garganta.

–Es aquí donde ya no puedo avanzar solo, donde ninguno de los magistrados podemos dar un solo paso más por sobre vosotros o por sobre nuestra corona. Es en este punto donde nos obligamos a mirar hacia nuestros tapices en busca de respuestas. Solicito la presencia en el atrio del Adem Grull Lobro Arrayán, el portador del cetro. Cedo también la palabra a Ava Roble –la sesión dio un giro.

La tejedora hilvanaba sus pensamientos. El joven entraba al salón con el cetro sobre un paño de terciopelo rojo, no lo empuñaba de forma directa. Ver al portador del cetro caminando hacia el atrio la distrajo; el lento andar del soldado le dio tiempo para bosquejar su discurso. Miraba el ondulado y espeso cabello negro caer sobre el rostro de ese hombre que llevaba en la mirada la soledad de un ermitaño. Qué poco le importaban los murmullos a su alrededor, con qué entereza caminaba después de lo que le había ocurrido. Era imposible adivinar cuántas vidas había vivido ese soldado antes de estar allí. La mirada de ojos avellanados color café, las cejas angulosas, las pestañas curvas, la nariz elegante y perfilada. La barba renegrida estaba ahora prolija y la andrajosa ropa quedaba oculta por su brillante armadura. Ava sabía exactamente qué decir.

–En tapices y telares consultados, se explica cómo a través del pasaje del cetro, una reina saliente cede su lugar a una nueva reina en

una ceremonia que debe celebrarse en el ocaso del día del solsticio –mientras la tejedora hablaba, sus colegas desplegaban con ayuda de los magísteres un voluminoso tapiz.

Era el tapiz del Sol, en el que escena tras escena se describía cómo Alanna cedía su cetro a su primera hija, Jana. Los magísteres transportaban el tapiz en torno al atrio, de manera que todos los presentes pudieran observar las imágenes retratadas.

–Constituyen una excepción aquellos pasajes que se realizan en el lecho de muerte, en los que el cetro se concede a la sucesora en los aposentos… o durante una batalla, en donde nuestras reinas han cedido el cetro a un portador o el portador se ha visto en la penosa tarea de rescatar el cetro tras el fallecimiento de nuestra soberana –las supremas tejedoras desplegaban con oficio el arte hecho en telar por sus antecesoras.

En esta oportunidad, dos tapices de menor volumen y extensión eran exhibidos. Uno de ellos retrataba cómo la decimotercera reina Zura Adem Sora, herida de muerte con un puñal en el pecho, cedía el mítico cetro a una de sus guerreras. El segundo tapiz mostraba cómo, fallecida en batalla la decimoséptima reina, Zura Adem Henna, perdía el cetro ante hordas enemigas provenientes del reino Verde y un reducido grupo de valientes liderado por quien fuera luego el rey consorte, Zureij Adem Cedro, lo recuperaba de sus captores.

–Sea por una u otra causa quedan los portadores obligados a dar continuidad al linaje real, traspasando el cetro a una reina entrante, sea concediéndolo a la heredera al trono o desposando a la candidata –Ava explicó a los presentes–. En ambos tapices se observa cómo los portadores del cetro han tomado transitoriamente ciertas obligaciones propias de nuestras soberanas –la conclusión daba pie a debate.

–¿Quiere decir entonces, tejedora, que el portador tiene injerencia en la toma de decisiones y formulación de edictos? –preguntó el magister Daro del Vado.

–Durante el periodo que lleve el nombramiento de la reina entrante, así es –respondió la mujer.

–¿Y cuánto puede llegar a durar ese período en este caso? –inquirió el magister del Vado.

–No existe un caso de interrupción del linaje directo de herederas al trono. Tampoco existen entre los tapices registrados ejemplos de reyes por derecho, ni de portadores devenidos en reyes. La designación de la reina entrante es indudablemente un misterio… Por lo pronto, el portador del cetro es el guardián de su autoridad, pero no se ve en condiciones de asumir como regente, no de forma permanente –el silencio en el auditorio fue absoluto.

–¿Qué clase de herejía es esta? –uno de los mercaderes, Regis Sauco, rompió el silencio con una pregunta que muchos se formulaban– ¿Sugieren acaso que un hombre debe liderarnos, ocupar el trono transitoriamente?

–¡Un hombre no puede liderarnos, no ha ocurrido antes! –clamó otro. Un blasón con un cedro en él adornaba su casaca.

–Señor Trueba Cedro… hijos de Adem, no hay necesidad de apresurarnos en buscar quien ocupe nuestro trono –Daro del Vado impuso su voz para aminorar los murmullos sobresaltados.

–¡Ciudadanos de Adem! –la voz de Lobro Arrayán resonó por encima de las demás– Honorables magistrados, su excelencia el Hierofante, respetables tejedoras… humildemente pido la palabra –el soldado miraba al magister Nogal. La reprobatoria mirada de la mayoría de los presentes no lo intimidó.

–Habla, muchacho –Samael lo animó.

–He participado de la batalla junto a nuestra reina y el resto del Ejército Rojo. La he visto combatir. He visto el miedo en sus ojos, pero también el valor de sus actos… señores mercaderes, nobles feudos, incansables trabajadores, todos los aquí presentes hemos sido testigos de la devoción de nuestra soberana –la voz del soldado se quebraba, hacía tiempo que no hablaba en voz alta.

–Todos hemos sabido de su generosidad, yo lo he visto de primera mano. De alguna manera, su majestad salvó mi vida y me dejó este cetro. Agradezco a nuestras tejedoras que desplieguen ante nosotros la memoria de nuestro pueblo, pero tengo que hacer una aclaración. A diferencia de lo visto, nuestra reina no falleció en batalla… Ciudadanos de Adem, me niego a dar por acabado el mandato de Zura Adem Inna. Ante ustedes soy lo que ven, un soldado. Solo sé de dar pelea. Propongo que vayamos a Kurum Ur Kali, y reclamemos de la Fortaleza del Olvido lo que es nuestro. ¡Peleemos para traer de vuelta a la reina Escarlata! –el portador hablaba como el guerrero que era. La mayoría aplaudía las palabras del impetuoso muchacho, con prominentes excepciones.

–¡Eso es insensatez! –Daro del Vado puso el grito en el cielo.

–¡De ninguna manera! El muchacho está en lo cierto. Mi familia es noble, podríamos reclamar sucesión, pero el rapto de nuestra reina es una ofensa inaceptable –un noble con el emblema de los Roble habló apoyado por otros.

–Lo es, indudablemente, Haro Roble, pero más muertes de nuestros soldados sería una obscenidad –del Vado fulminó al hombre con la mirada.

–¿Insensatez? ¿Obscenidad? ¡Los Adem Grull somos formados

para entregar nuestras vidas por el honor de la corona! –Lobro tomó la palabra– El sacrificio de mis compañeros fue un acto de amor al reino. La Mano Roja nos protegerá por ello, más ahora que sabemos qué fuerzas están en juego –levantó la vista hacia el Hierofante.

–Eso es una simplificación peligrosa, soldado, la Mano Roja nos protegerá si nuestra causa es justa… a nuestra madre no le place el derramamiento de sangre –el sumo sacerdote apeló por la paz, pero la paz ya no estaba al alcance de sus manos enguantadas.

–El derramamiento de sangre ya ha comenzado, estimados. Y estamos en franca desventaja, unos seiscientos hombres abajo, diría yo –Baradur Pinoverde rompió su silencio– Hijo, nos estás metiendo en un gran lío, pero estás en lo cierto. Esta fuerza que nos ha atacado, sea o no el rey Azabache, pretende someternos… no se conformará con lo que nos ha quitado, seguirá tratando de arrebatarnos más y más. Le propongo al portador del cetro que formule su primer edicto, dirija a nuestras tropas hacia Kurum Ur Kali –el líder en funciones de los Adem Grull era atronadoramente festejado.

La atmósfera de guerra comenzaba a ganarse el salón de la Magistratura, y el peligro dejaba de ser una posibilidad lejana. Los hijos de Adem irían a enfrentarse a la sombra en el pantano. Daro del Vado miraba a Samael Nogal desde el palco. Sus ojos lo acusaban por cederle la palabra a un mozalbete impulsivo. El magister más viejo se culpaba por dejar que esa idea se plantara en los habitantes de su pueblo. La suerte de Adem comenzaba a tornarse del rojo más ominoso.

18
La Fortaleza del Olvido

El hombre de la piel de mármol y los ojos de brea la poseía. Era suya, irrefutablemente. Notaba con desagrado cuán placentero le resultaba el roce de su piel tan tersa, sus músculos turgentes, las envestidas de su cuerpo en un movimiento acompasado. El fuego, todo ese fuego.

Despertaba sola, envuelta en su capa escarlata. No estaba segura de dónde estaba. Respiraba un aire fresco, pero con el aroma de árboles añejos. Yacía en un lecho suave, aunque no se podría llamar a eso una cama. Se incorporaba lentamente percatándose de que se encontraba vestida. ¿Aquello había sido un sueño? Tenía cierta sensibilidad al roce de las ropas sobre su sexo. No se sentía como ella misma. No identificaba en sus recuerdos haber consentido un encuentro con la intrigante figura de su ensoñación, tampoco recordaba efectivamente haber intimado con él, pero su cuerpo le decía lo contrario. Para ser franca consigo misma, no recordaba mucho.

En aquella estancia sin ventanas todo era misterio, todo era intriga, desde el fulgor espectral que la iluminaba hasta el inexplicable diseño del suelo. Parecía un río congelado del que uno pudiera ver con perfecta claridad el fondo de leños, nenúfares y camalotes. El irregular techo era una suerte de bóveda de crucería compleja que nacía desde el marco de una enorme puerta. Inna caminaba sobre ese suelo con temor a mojar sus pies, para su sorpresa no fue así. Tomaba su capa y se envolvía en ella, se disponía a dejar ese sitio. Sus recuerdos eran confusos, sabía que su capa era muy valiosa, aunque no venía a su mente cómo la obtuvo.

A través de la puerta, llegaba a otro gran salón de muros elevados. La bóveda sobre su cabeza guardaba semejanza con la anterior. Esta vez la puerta delante de ella se hallaba cerrada por dos hojas. Cada nervadura nacía de capiteles que remataban en columnas estilizadas. El deslumbrante sitio donde se encontraba le resultaba desconcertantemente ajeno. Distraída como estaba, se sobresaltó al oír que se abrían las puertas a sus espaldas.

El imponente hombre de la túnica negra caminaba hacia ella. Su andar decidido era el de un corcel. Con un movimiento en remolino,

la túnica que lo envolvía se desgranaba en el aire y se convertía en un atuendo más mundano de casaca y calzas.

–Reina mía, soy Zureij Kelij Odur, último descendiente del linaje del Corazón Negro, a su disposición –le dijo con una elegante reverencia.

No terminaba de reconocer el rostro de quien se presentaba ante ella con diplomática deferencia. Creía haberlo visto antes, en un sueño con un espejo, una pesadilla. Inna articulaba sus pensamientos torpemente, no tenía claro el curso de los hechos. Se hallaba en la plaza del palacio. El clima se había enrarecido, el cielo estaba bloqueado, ya no podía ver el sol. Una tormenta llegaba de la nada y ahora todo su reino desaparecía, se lo habían llevado. Sus guardias la habían abandonado, el Hierofante no había levantado un dedo para evitar nada.

–Ante su merced, Zura Adem Inna, soberana legítima del reino Escarlata –este no era su palacio, era el palacio al reverso del espejo.

¡Eso era! Un espejo le mostraba el camino hacia un nuevo lugar. Se sentía como una invitada a último momento, de esos a los que nadie espera, pero alguien invita. No completamente a gusto, pero lo suficientemente cómoda para recibir atenciones del caballero tan predispuesto a ayudarla.

–Bienvenida, majestad, a la Fortaleza del Olvido. Si me permite, puedo enseñarle el lugar… El nombre asusta, pero bien resulta que alivianarse de ciertos recuerdos puede ser liberador –en una reverencia sostenida, el hombre de aspecto juvenil extendió la mano.

La mirada del muchacho se modificaba lentamente. Los iris que parecían ópalos reducían su tamaño, adoptando una forma más humana que circundaban pequeñas pupilas, ahora se veían veteados como carbón de leño. Los ojos renegridos la miraban con súplica; la mano sostenida en el aire esperaba a ser tomada. Y así lo hizo la reina Escarlata. Zura Adem Inna caminaba de la mano del rey Azabache, extasiada por la belleza de ese hombre desconocido, agradecida de ya no sentirse devastadoramente sola. Oía todo cuanto le contaba con devota atención, maravillada por su morada llena de formas caprichosas, admiraba molduras, relieves y estatuas nacidas de la imaginación de vaya a saber qué loco.

19
Las llamas

Golpear la puerta con fuerza no tendría mayor propósito, por lo que desistió. Las llamas devoraban con avidez el suelo de paja. Algo en el destello verdoso que se desprendía de las lenguas de fuego le decía que aquel no era un incendio ordinario. Claramente, el contenido encapsulado en su cilindro maestro convertido en trampa era lo suficientemente volátil y duradero como para generar aquella violenta combustión. Jalil Grisplata separaba desesperadamente la paja que no ardía de las llamas, pero las chispas alcanzaron la paja más lejana que lo acorralaron en el centro del calabozo.

Los principios de la alquimia podían ayudarlo, no sería sencillo, sobre todo considerando que el elementalismo no era su fuerte. Pero valía la pena el intento. Necesitaba enfocarse en la fuerza del fuego, en el calor que brotaba desde las astillas, de cómo las fibras que componían la paja eran combinadas con el aire y liberaban el calor y la luz. Necesitaba enfocarse en la puerta de madera que había delante de él, en su estructura más básica. El cómo, en esencia la paja y la madera, eran similares; era la clave para pensar en que la energía del fuego podía consumirlas… Necesitaba enfocarse en el pasaje de esa energía de un objeto al otro. Por supuesto que la puerta ardería de todos modos, pero para ese entonces él estaría asfixiado. Debía enfocarse, su mente podía actuar como el catalizador de aquella reacción. Y así lo hizo.

Una repentina explosión deshizo la puerta de madera en decenas de astillas que ardían en llamas. El estruendo sacudió el suelo. Corrió a través del hueco de la puerta del calabozo. Como no podía ser de otra manera, los guardias corrían hacia él. No solo tenía que ponerse a salvo, necesariamente debía evitar que el fuego se propagase, y poner a resguardo a quienes allí estuvieran.

–¡Traigan agua! ¡Alarma de incendio! –el orfebre gritó a los guardias.

Los tres hombres no terminaban de captar qué estaba sucediendo.

–¡No se queden mirándome! –los guardias perplejos se miraron entre sí.

–¡Muévanse! –los arengó el orfebre.

Uno de ellos corrió hacia los calabozos cerrados. Los otros dos regresaban, posiblemente a por agua o ayuda.

Jalil contemplaba las llamas. Las del fulgor verde avanzaban hacia él, reptando entre el suelo de paja, y dejaban detrás de sí una estela de llamas color naranja. Mirando el espacio reducido del calabozo, le pareció lógico que el aire allí dentro debería ser un volumen fácil de manejar. Catalizar una combustión era una cosa, sin embargo, anularla era algo completamente distinto. Pero básicamente se trataba de aislar uno de los elementos involucrados, de manera tal que la reacción se frenara. Así lo visualizaba mientras exhalaba. El volumen de aire de aquel cuarto pequeño pugnaba por arder en llamas; él, en cambio, se concentró en disipar el aire en torno a la combustión. El vacío generado en medio asfixiaba las lánguidas lenguas de fuego naranja. Pero no a las llamas verdes.

Era un alquimista antes que un orfebre, conocía las bases de elementalismo, y aun así, no encontraba explicación sencilla sobre ese suceso. Llamas verdes con alma de plata. Podía recordar algún lejano texto. Llamas perennes capaces de consumir bosques enteros una vez salidas de control.

El lejano grito de los guardias dio la alarma de fuego en los calabozos. Nadie acudía aún en auxilio. El guardia detrás de él abrió un calabozo a la vez para dejar salir a los pocos retenidos. Comenzaba a marearse, con su atención sostenida en controlar las llamas se le nublaba la vista, estaba exhausto por la falta de sueño. Las llamas verdes no retrocedían un ápice, pero tampoco avanzaban. Las lenguas de fuego se arremolinaban furiosamente, querían arder más allá de la barrera que les imponía Jalil. Los hombres que salían del pabellón del calabozo huían despavoridos. Uno de los guardias tomó al orfebre por uno de sus brazos.

–No queda nadie atrás, corre o quédate a morir, alquimista –el hombre instó a huir. Retiró su vista y su intención de las llamas y comenzó a correr junto a los demás.

La ayuda demoró instantes más en acudir. Mientras tanto, las llamas perennes avanzaron sobre el pabellón completo. Llegó a avisar a los guardafuegos que aquel no era un incendio ordinario. La situación comenzaba a salirse de control hasta que algunos alquimistas más, rezagados del festín de la noche previa, irrumpieron en escena ante el pánico generalizado. Reducir el volumen de llamas fue más sencillo con la asistencia de esos maestros elementalistas. Sofocaron el fuego con agua de un aljibe cercano, con tierra removida debajo de los pies o, incluso, aislando el aire que lo alimentaba. Eran solo seis alquimistas, pero su intervención fue vital.

El incendio dejó graves daños en todo el pabellón. La endeble

estructura de madera se sostenía aún en pie parcialmente carbonizada. En el centro de los calabozos en ruinas persistía un foco de llamas verdes. Contenerlas fue trabajoso incluso para el grupo de alquimistas. De entre los escombros, Jalil recuperó su cilindro maestro. Consagrarlo nuevamente a contener las llamas no resultó difícil. Una vez fuera de sus forjas, él podía imponer su voluntad sobre esa aleación, como con todas sus creaciones.

Atrapar la llama y encantar el cilindro resultó menos engorroso que explicar a sus colegas qué hacía allí, a las buenas de Hakim Azrag. Recordaba muy bien a Osma Alcaz y a Jaffa Rupia, apenas identificaba los rostros de los otros cuatro.

–Es difícil de creer, viejo amigo, pero en tiempos como estos, nada me extraña –comentó Osma.

Su reputación estaba ya bastante dañada como para permitirse más escándalos, y el impacto positivo del festín del solsticio quedaría fácilmente desdibujado por tamaño incidente. Custodiado por los guardias de elite, nuevamente era escoltado hacia el palacio.

Dormía sentado en un taburete, flanqueado por sus acorazados acompañantes, mugriento de sudor y hollín, apestando a humo. Las horas hasta el mediodía de ese día fueron las más turbulentas de sus últimos años.

–Despierta, dulzura –un frío impacto de agua en su rostro lo arrancó de su ensoñación–. Ponte guapo para ver al monarca –el Azrag Gallur lo despabiló.

20
La cuenca del pirata

Hebra estaba de rodillas. El pedregullo del suelo se incrustaba en su piel mientras permanecía de cara a un muro sobre el que se proyectaban las sombras de los pescadores colgados detrás de ella. Frecuentemente tomaba decisiones que de forma mucho menos directa resultaban en el sufrimiento de esclavos de la Península Negra, pero esta vez, por su plan, los pescadores pendían muertos en un centro de reclusión destinado a los forasteros secuestrados. No sabía nada del vigía desde que habían sido separados hacía ya varias horas.

Se encontraba en un amplio sitio con suelo de piedra. La luz de las antorchas vibraba detrás de ella, imprimiendo a las sombras un movimiento errático. Los muros de piedra, argamasa y musgo cumplían la finalidad de impedir la vista y separar las estancias en aquel lugar. No se imaginaba qué tan amplio podría llegar a ser, pero, a las claras, estaba diseñado para albergar a grandes cantidades de prisioneros, así lo dejaban sospechar los grilletes amontonados en montículos. Le llegaba el murmullo proveniente de algún lugar contiguo, como quejidos amortiguados, como llantos silenciosos, así como un tufo que iba y venía según sintiera más o menos brisa. Oía que se aproximaban a ella.

A poco de desembarcar en la isla, un grupo de Amos de Redes los asaltó. Los esperaban escondidos en los astilleros aledaños a los muelles. El intento de huida fue completamente en vano, estaban rotundamente sobrepasados en número. Desenvainando su espada, Ojo Morado ofreció resistencia en el muelle mientras los tripulantes trataban de poner a la hilandera a salvo en el barco. Una flecha atravesó el tórax de Timonel, cuando corría llevándola a rastras de la mano. El hombre seguía tratando de escapar mientras era lazado y halado hacia atrás con una potencia tremenda. Una cuerda salida de la nada se envolvía en el cuerpo de la mujer al mismo tiempo que las rocas atadas en sus extremos ceñían bridas en torno a ella. Los hostiles la tomaban, llevándola a rastras de sus cabellos. Divisaba a lo lejos que los pescadores en el bote eran abordados por otros isleños, ninguno de ellos estaba a salvo.

–¡Esta vez la liaste a lo grande, inútil! –le gritó el vigía con el rostro ensangrentado. Lo redujeron en el muelle y lo desarmaron.

No estaba segura de qué habrían hecho con el cuerpo de Timonel, pero sí vio cómo desestimando toda explicación colgaban a los esclavos pescadores del techo con sogas anudadas firmemente al cuello. Precariamente parados sobre tarimas, los isleños ejecutaban a los pescadores pateándolas una a una. Luego del espantoso espectáculo, era retenida en ese lugar clavada de rodillas en el suelo, con la noción del tiempo distorsionada. Llevaba así fácil un día y su noche.

Allí donde se hallaba, los horrores apenas comenzaban para ella. Fue tomada nuevamente, esta vez, directamente de una de sus piernas. Las bridas en torno a sus muslos no le permitían separar las rodillas, pateaba al aire gruñendo, sin atreverse a gritar. Los hombres que la llevaban se reían desagradablemente de ella. La trasladaron por pasadizos con una pendiente pronunciada. No recordaba haber sido tratada con tal violencia desde su adolescencia; los castigos corporales eran habitualmente la resultante de sus errores en el telar.

Sentía un hombro y parte de su espalda en carne viva cuando cesaron de arrastrarla. Estaba ahora en una estancia más amplia aún, parecía bastante alta. Las antorchas apenas alumbraban el lugar. El hedor era más intenso, al punto de generar náuseas. Era imposible de precisar, no recordaba esa fetidez, ni siquiera de los cadáveres del funebrero. La tomaron de los hombros; el derecho ardía como brasas. Ante ella, al fondo del largo corredor, veía dos siluetas apenas distinguibles al fulgor de las llamas. Su vigía Ojo Morado se hallaba de pie al lado de una mujer de avanzada edad, ataviada con una túnica oscura ceñida por una cuerda gris a la altura de las caderas, cintura y busto. Eran las ropas de hilandera, similares a las que utilizaba Nodriza al presentarse ante el supremo rector.

Cuando la pusieron de pie para deshacer sus ligaduras, su vista se desvió hacia los muros laterales. Apenas podía distinguirlos a la luz débil y oscilante, pero los movimientos los delataban. No resultaba fácil identificar dónde comenzaban unos o terminaban otros. Atados con grilletes y cuerdas a distintas alturas en los muros, veía filas de esclavos, sujetados por sus extremidades, en posiciones intolerables. Algunos abiertos de piernas, algunos colgando desde las muñecas, con ambas manos tras sus espaldas. Un tapiz de sufrientes sometidos, dispuestos en los muros en tres filas, unas sobre otras, encima de fosas en las que caían sus heces y orina. Desvió su vista hacia adelante, conteniendo el aliento. El hedor de los cuerpos sucios se impregnaba en su cráneo, detrás de sus fosas nasales. Repasaba los cuerpos heridos, supurando, mierdosos. El considerable tramo que los separaba daba espacio a no menos de dos decenas por fila, totalizando arriba de ciento veinte desgraciados entre ambos muros.

–Aquí estás, hilandera. Nos vas a aclarar por qué estamos aquí, ¿cierto? –el vigía la apremió a explicarse.

En ese momento Hebra se sentía rota, a un mínimo error de ser absolutamente aplastada por la situación, no podía permitirse el lujo de quebrarse delante de ese hombre aborrecible. Trataba de desviar su mirada hacia la mujer que acompañaba a Ojo Morado. La cicatriz en su garganta dejaba atrás toda duda; era como ella misma, una esclava hilandera, posiblemente más vieja que Nodriza, pero no por mucho. Le llamaban la atención las espesas y canosas rastas dispuestas hacia un lado.

–"Soy Lazada, hago los telares de los Amos de Redes, soy la autoridad del Rector en esta isla" –se presentó gesticulando–. "¿Qué hacen aquí?".

–"Estamos buscando ayuda" –explicó Hebra mediante señas.

–"¿Por qué piensas que podemos ayudar?" –la mujer preguntó.

–"Porque honramos al supremo rector, porque el régimen necesita apoyarse en todos sus miembros para existir" –respondió Hebra.

La mujer ponía los ojos en blanco, inspiraba profundo. No asimilaba cómo aquella muchacha, ignorando toda división de tareas, atropellaba su autoridad.

–"Respondo de forma directa al supremo rector" –la firmeza de las señas acompañaba lo tajante de su gesto–. "¿Cómo una esclava hilandera de la península viene aquí a pedirme ayuda?".

–"Nuestros pescadores no podrán alimentarnos, necesitamos ayuda para evitar el hambre" –respondió Hebra, la súplica era visible en sus ojos.

–"No corresponde, los Amos de Redes no pescan" –el ceño fruncido de Lazada denotaba su exasperación–. "¿Quién autorizó tu pedido? ¿La Nodriza? ¿Lo sabe el rector?".

Las preguntas hundían a la joven hilandera en la desesperación, la decisión fue enteramente suya. Nadie en su sano juicio hubiera interpelado al supremo rector con la finalidad de pedir ayuda. Evitar muertes nunca fue una prioridad en la agenda del régimen. Tres Dedos le decía que se estaba extralimitando, pero ella desestimó toda advertencia. Ojo Morado contempló toda la escena.

–"La Nodriza murió, no hay quien nos autorice. Fue una idea mía, el Rector no lo sabe" –las señas se sucedieron: la súplica abandonaba su rostro, una lágrima silente caía por la mejilla de la muchacha, el gesto adusto esperaba represalias.

–¡Mentirosa! –el vigía golpeó a Hebra con un revés de su mano.

Acostumbrada al dolor, Hebra endureció el gesto y devolvió la

mirada a Ojo Morado, lo quemaba con los ojos. Con una velocidad que no se correspondía con su edad, Lazada se interpuso, y detuvo con firmeza al vigía con una de sus manos en el amplio pecho. El hombre frenó en seco, de alguna forma se sentía avasallado por esa mujer de aspecto engañosamente frágil.

–"En mi isla, yo condeno, yo castigo" –las firmes señas no daban pie a debate alguno. La anciana mujer era la autoridad incuestionable de ese sitio. Tomó a Hebra de un brazo y se alejó con ella de Ojo Morado. Miró a sus hombres y les indicó con gestos que lo tomaran y lo sacaran de allí.

–*Sígueme esclava hilandera, tienes mucho que explicar* –una voz sonó en los oídos de Hebra, una voz de mujer como nunca había oído antes, pero de la boca de Lazada no había salido sonido alguno.

Hebra jamás había sentido ese nivel de miedo, era subrepticiamente tomada debajo de su piel por la voluntad de otra persona. Siguió a la mujer, sin posibilidad de frenar su cuerpo. Caminó tanto porque era arrastrada desde el brazo, como por el movimiento propio de sus pies; no era su albedrío lo que la llevaba a moverse.

No conocía de la existencia de ninguna hilandera fuera de la Península Negra, sin embargo, la mujer que la inducía a caminar detrás de ella era una hilandera, además de la líder de esos Amos de Redes. Caminaban más allá de la hedionda cámara de reclusión, pero el olor no aminoraba. Otro pasadizo más en bajada, otra estancia más amplia las invitaba a ser atravesada sobre un puente de madera y cadenas. Así suspendida y distanciada de los muros, podía apreciar, a la luz de leños ardiendo en jaulones colgantes, el más aberrante de los espectáculos. A una escala todavía mayor, el tapiz de esclavos encadenados se extendía por las paredes de ese demencial calabozo. Los seguía con la vista mientras se trasladaba sobre ese puente como por brujería, sin posibilidad de desviar la mirada de los desafortunados prisioneros. Algunos se sacudían violentamente; otros apenas respiraban. Unos vociferaban toda clase de insultos; otros clamaban piedad, pedían a gritos su muerte. Más abajo, en el fondo, otros iban y venían sueltos, comiendo lo que podían entre heces, orina y barro. Desconocía cómo los colgaban allí, cuánto tiempo llevaban en ese lugar o cuál era la finalidad de toda esa sádica tortura.

Siguieron avanzando entre pasadizos, esta vez subían. Llevaba el olor impregnado en la nariz, pero podía distraer su mente de eso. Un giro cerrado, otro más. Sus pies avanzaban siguiendo la orden de la mujer que la tomaba por el brazo. Allí, donde la mano la aferraba, sentía un irregular cosquilleo, la sensación de hormigas caminando sobre su piel mezclada con el firme apretón. Su corazón palpitaba

desbocado. Un dolor opresivo se hacía presente en el centro del pecho. El pánico comenzó a apoderarse de su juicio. Todo intento de rehusarse a avanzar era anulado; su cuerpo sencillamente no la obedecía. Traspasaban un peldaño tras otro en una escalera de caracol. Sentía la brisa, pero el hedor perduraba justo detrás de las fosas nasales.

Ingresaron a un pequeño recinto iluminado por un candil. Los bastidores a la vista dejaban en claro que aquella era la recámara de Lazada.

–Dime, cómo y hace cuánto tiempo murió la Nodriza –la mujer imprimía esas palabras directo en la mente de Hebra. La soltó.

Las hormigas en el brazo se esfumaban. Se tambaleaba caminando hacia atrás, como pisando madejas de hilos a pesar de que el piso fuera de adobe. Ganaba progresivamente el sentido de percepción de sus extremidades. Su corazón comenzó a aminorar la marcha, el dolor del pecho migró del esternón hacia la boca del estómago. Se sentía ultrajada, sucia. La habilidad de esa mujer para quebrantar a otras personas era aterradora.

–"Quizás diez días" –dijo en señas–, "su corazón estaba débil, no podía respirar". continuó.

Se preguntaba si de alguna manera esa mujer podía haber averiguado que conservaba su voz. No daba indicios de haberlo hecho, de momento. Lazada no retiraba sus ojos de ella.

–"Luego comenzó la fiebre" –continuó enumerando–, "dolores en todo el cuerpo… duró semanas".

La vieja se acercó nuevamente, le tomó la mano.

–¿Acaso alguien pudo recuperar su pulsera de nudos? –preguntó usando aquel inusual don.

Discretamente Hebra zafaba de su mano, Lazada necesitaba permanecer en contacto para comunicar sus palabras.

–"No hizo falta, ella me la dio a mí antes de morir" –respondió.

–"Dámela" –la seña era una orden directa. Lazada la atravesó con sus ojos negrísimos.

Hebra titubeó, no hacerlo implicaba una renuencia innecesaria, pues de todos modos podía ser doblegada para entregar la pulsera. Consideró más inteligente removerla de su muñeca y extenderla en su mano.

Súbitamente, Lazada la tomó por la muñeca. La sensación invadió su cuerpo nuevamente, las hormigas debajo de la piel. La vieja retiró la pulsera. Repasó los nudos entre los dedos de su mano libre desde un cabo al otro.

Un murmullo a medias, como un eco lejano, recitaba los versos de la pulsera.

–*…por cuanto tu don, secreto sagrado; repliega y resguarda, mantenlo cuidado…* –el miedo atenazó nuevamente a la muchacha. Se decía que no había forma de que la mujer intuyera su secreto.

La mirada de Lazada se ausentaba, cavilaba sin verla. Los ojos negros que iban y venían se volvieron a clavar en los suyos.

Justo en la garganta, detrás de su cicatriz, las hormigas comenzaban a concentrarse. Un anormal ardor acompañaba su respiración. Lo había intuido, la estaba examinando. Hebra trató con todas sus fuerzas de mantenerse callada, podía hacerlo; el silencio era su refugio. Su cuello se congestionaba, los vasos palpitaban. Sentía una columna irrefrenable de aire pugnando por abrirse paso entre sus cuerdas vocales. Lazada entornó la mirada, torció el gesto arrinconándola.

Una tos violenta sacudió convulsivamente a la joven. No podía liberarse de la mano que la sostenía. No podía dominar los músculos de su garganta, le brotaban lágrimas por la irritación, por la rabia, por la impotencia.

–Que tener una voz para una hilandera… –sollozaba, la habían roto– será más agravio que andar de ramera –Hebra recitó el verso contra su voluntad.

Lazada la miró, una risa gutural se escapó de su boca.

–*No solo tienes voz, también quieres que las cosas cambien* –la soltó lentamente.

No había forma de adivinar qué pasaba por la cabeza de la vieja. Por el rabillo del ojo, observaba una silueta voluminosa entrando por el hueco de la puerta.

–Mentirosa de mierda… así que puedes hablar –espada ancha en mano, Ojo Morado se aproximaba a las dos mujeres. Había oído todo.

21
Ingenio y astucia

No estaba seguro de en qué lugar del palacio se encontraba, pero sospechaba que estaba en la cámara contigua al sitio en el que se llevó a cabo el juicio marcial, la cámara del Sínodo. Permanecía semidesnudo, sucio y desaliñado. Muy rudamente, el guardia le arrojó un bulto de ropa en la cara, el orfebre lo atajó con tal velocidad que dejó perplejos a sus custodios. En el pequeño aseo que había a su disposición, se cambió de ropa. Vestía ahora prendas simples de lino. Aún conservaba el cilindro compuesto, pensaba que podría utilizarlo como evidencia de alguna manera. Se examinaba ante un pequeño espejo mientras atusaba su enmarañado cabello castaño entrecano. Se refregaba el rostro para quitarse de la cabeza las ensoñaciones de telarañas en el corazón de sus autómatas. Las entradas algo marcadas acentuaban lo rectangular de su mentón. Presentaba una sombra de barba que endurecía las líneas en torno a su boca. Lamentaba no poseer los ojos verdes de su padre, pero su mirada límpida avasallaba con otro tipo de encanto.

El mayor orfebre avanzaba por los pasillos pensando en los eventos desenvueltos ante él. Sus custodios bien podrían ser de cera; se sentía lejos de esa situación y de sí mismo. No se veía capaz de leer qué sucedía, pero nada bueno podía vaticinarse de lo ocurrido hasta ese momento. El vestido verde del calabozo envolviendo el cilindro lo descolocó, pero no podía decir que no se lo viera venir. Evidentemente, alguien lo había intoxicado, alguien con la intención de hurtar la llave de su aposento y con un altísimo grado de habilidad, sustraer su cincel de firma, adulterar su autómata y luego devolver todo a su sitio. No conocía cuál podría legar a ser el móvil de todo aquello. Para qué lastimar al niño monarca, para qué convertir su cilindro en una trampa mortal de llamas perennes. Pensaba en lo extraño de sus sueños. Lo inconexos que le resultaban y aun así, lo fundamentales que le parecían. Una amenaza se gestaba en Zura Adem, lo suficientemente poderosa como para invocar a una esfinge.

Llegó nuevamente al imponente Salón Azul. Un séquito de obreros sacaba lustre al candelabro principal, lo habían bajado al nivel del suelo gracias a su ingenioso sistema de manivelas. Contemplaba al pasar el afanoso empeño con el acondicionaban el artilugio, mientras

las impresionantes puertas del recinto del monarca se abrían ante él con su melodía encantadora. Aquella ala del palacio poseía la más lujosa ornamentación de todo el edificio. Las inscripciones en las paredes rezando al ingenio de Hakim Azrag eran el motivo más repetido de los grabados. Los capiteles de las columnas eran similares a los del Salón Azul, rematados en delicadas figuras que retrataban escenas de la vida del Zigra Índigo. Velos traslúcidos ondeaban con la suave brisa, amortiguaban la intensa luz del sol de mediodía. El fino mobiliario de oro no era otra cosa sino sus cangrejos en reposo, en sus posiciones funcionales, fueran mesas, sillones o mamparas. La amplia estancia guiaba hacia un portal ancho con paneles de complejas esterillas a modo de puertas.

Ethrus Zafir, ataviado en sus atuendos de organza, salió por detrás de los paneles a recibir al orfebre.

–¿Cómo puedes conjurar tanto caos en tan poco tiempo? Espero hayas podido dormir –saludó con desdén el consejero.

–Buenos días a ti también, serpiente –respondió el orfebre levantando una ceja.

–El monarca te espera, atento a la condición de interpelante. Deberás hablar delante del jefe de armas. Como ves, he decidido mantenerme al margen para garantizarte neutralidad –Ethrus se hizo a un lado y le indicó el camino.

–Edecán… no perdonarás nunca que ella me amase más que a ti, ¿verdad? –el orfebre sabía dónde golpear.

–Púdrete… –dijo retirándose con la más desdeñosa mirada que podía lanzar.

Tenían demasiado que decir, tanto, que hablar jamás sería una solución. Jalil se internaba en el recinto del monarca con el recuerdo de su madre grabado a fuego en las sienes.

Detrás de las esterillas, se hallaba el recinto privado del monarca. Una señorial estancia que se proyectaba más allá de la planta a expensas de balcones y techos voladizos, ofreciendo una visión panorámica del lejano valle del Sabio. La luz natural filtrada por velos dotaba al sitio de una atmósfera de ensueño. Volutas de humo de incienso se suspendían en pluma entre flores silvestres. Jos Betayerro ingresó desde uno de los balcones, con un gesto discreto de su mano, saludó guardando cierta distancia.

–Majestad, a vuestra consideración queda el destino de Jalil Grisplata, mayor orfebre del reino Índigo, acusado de alta traición… quien comparecerá ante su merced tras invocar el derecho así otorgado en el códice Áureo –el jefe de armas presentó al acusado.

Sobre un trono conformado por un respaldo de hojas de palmas,

laureles y parras labrado en varios metales, Zureij Azrag Edriel, el niño monarca, esperaba sentado. Sostenía en alto su miembro superior derecho inmovilizado por una férula. Su espléndido atuendo color marfil con detalles en celeste y dorado armonizaban con todo a su alrededor. Su rostro se hallaba como de costumbre velado por un turbante. El orfebre caminó hacia él con la mirada sobre el suelo, sentía un ápice de vergüenza por sus modestas ropas prestadas ante el opulento atuendo del regente, se daba cuenta de que no era vergüenza, sino vanidad. A ambos lados del trono del reino Índigo, descansaban los guardianes. Cuatro bestias que bien podrían pasar por gorilas, eran sus autómatas, pero no dejaban de resultarle intimidantes. El monarca se puso en pie y descendió los peldaños que los separaban.

–Levanta la vista, orfebre, que de nada me sirve hablar contigo cara a cara si solo verás al piso –la voz aflautada de muchacho acompañaba su complexión delgada.

Con su mano izquierda removió el velo que cubría su rostro. La piel olivácea tan tersa, sus enormes ojos color café, la nariz puntiaguda. La pícara mirada ardía de inteligencia.

–Majestad, humildemente, vengo a pedir disculpas por los inconvenientes ocasionados por el autómata que he creado en su honor. Puedo garantizar que el mecanismo ha sido adulterado, de lo que he presentado pruebas ante una corte Marcial en horas de la madrugada –el orfebre levantó la vista.

–¿Puedes sin sombra de duda comprobar tus palabras? –el tono acuciante en la voz del monarca demandaba pruebas. Miró a ambos hombres esperando respuestas sólidas.

–Pudo hacerlo, majestad –dijo el jefe de armas–, en instancias de juicio marcial, dejándonos en desacuerdo a este servidor y a su edecán –explicó.

–¿Y a raíz de qué fue el desacuerdo, puedo saber? –la curiosidad del niño mantenía en vilo al orfebre.

–Diferencias de criterio, asumo, evidencia física del adulterio fue expuesta –Betayerro habló en tono monocorde.

–Es sabido cuán poco simpatizas a mi Edecán… –el muchacho caviló– Jalil Grisplata, adulterado o no, tu autómata rompió mi brazo. Todavía siento dolor –el monarca Edriel endureció el gesto con el reclamo.

–Pero tu dolor va a pasar mi joven monarca –replicó el orfebre con cierto tono paternalista.

–Como te atreves a hablarme así –la condescendencia no resultaba bien recibida– Sé que el dolor va a pasar, pero no lo quiero –el niño

monarca estaba discretamente furioso– ¿Con qué cara ofreces una disculpa si yo no tengo alternativas a sentir dolor, a no mover mi mano? Puedo perdonar tu vida orfebre, pero ¿me sirve acaso que sigas entre mis cortesanos? –la pregunta del muchacho era tan transparente como sus intenciones.

–¿Sirve de algo que ofrezca mis servicios para aliviar tu dolor? Puedo ayudarte, no es necesario que sigas sufriendo, no es necesario que tu mano siga quieta –el ofrecimiento del orfebre reforzaba su disculpa.

–Sé que podrías ayudarme, hasta aquí lo has hecho. Me has servido bien, tus autómatas me resultan fascinantes, por eso me molestó tanto que uno de ellos me hiriese –su enojo comenzó a aplacarse.

–No has visto todo cuanto mis obras pueden hacer, de hecho, hay un truco o dos que puedo enseñarle, alteza –el orfebre miró a Jos Betayerro, quien permanecía mudo en el lugar.

–¿Señor Betayerro, conserva aún mi cincel de firma? –preguntó por un improbable.

Jos Betayerro rebuscó en su bolsillo, ciertamente lo conservaba. Se acercó para entregárselo. El orfebre caminó hacia uno de los guardianes del monarca, herramienta en mano.

–Estoy aquí, majestad, para poner mi lealtad fuera de toda duda. Es usted un monarca joven, y está en sus manos levantar nuestro reino más allá de mi imaginación –abrió las placas pectorales del gorila dorado con sus manos, la mole entró en un estado de hibernación. Su cuerpo mecánico se hallaba en una posición de descanso.

–Pero mi mano hábil ahora no puede moverse –dijo el muchacho–. A veces siento que todas estas lealtades ofrecidas, todos estos consejos que recibo de Ethrus, toda esa ambición en un futuro… no sé si hay tanto poder en mis manos para esto –la mano sana apuntaba vagamente a la estancia.

El veterano seguía trabajando en su bestia mecánica. Tomó la mano derecha del gorila y con su cincel, apartó las piezas del antebrazo, estaba separándola cuidadosamente del resto del miembro.

–Recuerda que no se trata de lo que tus manos puedan hacer, se trata de las consecuencias de lo que tus manos hacen, y cómo las afrontas –con el antebrazo del autómata se acercó al monarca índigo.

–Si me permite, mi joven monarca, extiéndame su mano derecha… –el muchacho lo miró dubitativo, pero accedió.

Con mucho cuidado, el orfebre retiró las vendas de la férula. Poco a poco se revelaba el miembro herido del joven, la muñeca derecha presentaba una evidente deformidad, se asemejaba al dorso de un

tenedor. La lesión era peor de lo que sospechaba, pero los huesos de un jovencito de doce años podrían recuperarse con cierta facilidad después de la maniobra adecuada.

Con gesto de concentración tomó la mano mecánica e hizo algunos ajustes, se veía como una serie de láminas concéntricas, vástagos y rótulas. Con la mano del joven nuevamente entre las suyas, aplicó el mecanismo al brazo. Unos ajustes más, un sordo crac, un pequeño grito de dolor.

Desde el brazo hasta los dedos, una férula dorada con múltiples articulaciones sostenía el miembro lesionado de Zureij Azrag Edriel. El asombro en los ojos del muchacho lo era todo; Jalil sabía que había hecho un buen trabajo.

–¿Dolor, joven monarca? –preguntó el veterano sabiendo la respuesta.

–No es necesario recordarme cuán joven soy a cada instante, mayor orfebre, desalineado y viejo –la irreverencia le hizo reír, el niño también reía.

Podía mover sus dedos libremente, y la gratitud era palpable en su semblante. Jalil tenía que expresar su preocupación, no podía desviarse de un tema crucial.

–Monarca, debo confiarle mis sospechas. Una fuerza que se mueve entre las sombras trata de perjudicarnos. Hasta aquí es muy claro… aún desconozco cuál es su propósito, pero temo por su integridad. La reina Escarlata ha sido raptada. Una esfinge la secuestró tras masacrar a su guardia de elite. Temo que este torpe intento de atentado pueda estar vinculado con lo sucedido en Zura Adem –el orfebre habló sin tapujos.

–Veo fallas en tu razonamiento, Grisplata, ¿cómo estar seguros de que las cosas estén conectadas? Pero pienso que alguien trata de atacarnos. Pienso en las llamas en nuestros calabozos, un ataque tan poco solapado, tan evidente… todo es bastante burdo. Alguien sencillamente nos está tratando de hacer saber que puede infiltrarse entre nosotros, que puede burlarnos. Eso es lo que pienso –el niño seguía el planteo.

–Yo pienso que solo lo hace porque ha ganado fuerza como para no preocuparse por ser descubierto, pero una vez que eso suceda, veremos la verdadera cara de nuestro atacante. E, indudablemente, el verdadero alcance de su fuerza. Temo, monarca, por su bienestar –cavilaba el veterano.

–Yo temo, en cambio, por los que se mueven entre las sombras en mi palacio. No me temblará la mano para mandar a decapitar a quienes atenten contra las doctrinas de Hakim Azrag –repentinamente,

el joven tomó un aspecto amenazante.

–No dudo, monarca, de su astucia ni de su ingenio, pero en caso de que no basten para defenderse de un enemigo… –en un reverente gesto, extendió hacia el monarca su cilindro maestro, devenido a contenedor de las llamas perennes.

–Hago entrega de esta pieza, un arma poderosa. Contiene llamas verdes con alma de plata, su funcionamiento es muy sencillo, majestad. Podrá usarlas si fuese necesario, pero recuerde que las llamas sueltas pueden ser difíciles de controlar, y las cenizas suelen ser crueles a la hora de recordar nuestros errores –el monarca niño tomó el cilindro.

–Esperemos, entonces, que mi ingenio y astucia basten –Edriel sopesó el cilindro en sus manos.

El ímpetu de momentos atrás se esfumaba ante la perspectiva real del daño posible. Contemplaba el regalo con gesto de preocupación mientras reflexionaba en lo expuesto por el orfebre. El reino Índigo no escapaba de las llamas sin pensar en las cenizas.

22
La astilla

El pueblo entero parecía haber perdido la cabeza, Lerón del Sándalo necesitaba tomar distancia del mundo. Había asomado la nariz a la calle solo para proveerse de una saludable cantidad de bollos. Nada más salir de la panadería, oleadas de gente viniendo de la plaza central anunciaban que irían a dar batalla al Pantano de Thrin-Nar Ur Kali, allí en el sitio de su pesadilla recurrente. En el pecho, entre las costillas del lado izquierdo, le dio una punzada. Pegada a su corazón, la semilla negra se agrietaba un poco y largaba un brote.

Cuanto sucedía puertas afuera de su taller lo tenía algo alterado, pero se las apañaba para distraerse esperando que la mujer de la taberna se presentara ese día y llevara su instrumento. La mañana se le escurrió entre los dedos y el mediodía lo dejaba con una languidez en el estómago sin mucha relación con el hambre. Necesitaba que Runna le diese un trabajo que le mantuviera las manos ocupadas o al menos una charla interesante que alejara su mente de los delirios colectivos que lo rodeaban.

Se zampaba el cuarto bollo del día cuando por la puerta de su taller ingresó su invitada, cargando un paquete envuelto en una rústica arpillera.

–Me extraña encontrarte aquí y no afilando tu espada –Runna Alabastro lo saludó a su manera.

–No uso espada –respondió sin dar detalles.

–Es respetable… Te traje trabajo –anunció poniendo en alto el paquete.

Con un gesto, Lerón la invitó a apoyarlo sobre la mesa de trabajo. La mujer desenvolvió la arpillera y el paño más delicado del interior. El carpintero se quedó a un lado, observando las manos de la mujer, manos de piel suave, níveas, y aun así, grandes. Casi sin reparar en el viejo pergamino que separó del instrumento.

–Es muy antiguo, ten mucho cuidado –advirtió ella.

–¿Viene con instrucciones? –preguntó él.

La mujer levantó los hombros.

–A duras penas se entiende –se justificó mientras lo enrollaba.

El instrumento no difería de un laúd, salvo por la forma curva de la caja y por tener espacio para seis cuerdas. La madera olía a añejada. Los delicados trastes, el fino detalle de las clavijas y el puente eran de metal brilloso con pequeñas manchas de óxido aquí y allá. La caja amplia con boca redonda. A grandes rasgos, el frente parecía en buen estado. El mástil daba la impresión de estar algo curvado. Las cuerdas estaban desmontadas.

–Se trata de un instrumento clásico. Las clavijas y herrajes están en buen estado. Es la caja lo que me preocupa. La madera está agrietada, tal vez demasiado. El mástil tampoco parece en buen estado –la joven planteó su tarea al carpintero.

–¿Puedo? –preguntó él, haciendo ademán de tomar el instrumento.

–Puedes –Runna imitó su gesto, invitándolo.

El carpintero tomó el instrumento. Lo sopesó, lo dio vueltas observando el dorso de la caja. Allí había algunas grietas sobre la madera, nada grave a su criterio. Manipulaba el mástil cuando retiró la mano de forma intempestiva. Se había clavado una astilla en la mano izquierda. Observándolo con detenimiento, la curvatura no parecía ser gran cosa, evidentemente el alma del instrumento no estaría afectada.

–Algo puede hacerse –sentenció–. ¿Dónde están las cuerdas? –Lerón ardía de curiosidad, esa mujer tenía la habilidad de dejarlo en ascuas.

–A salvo, las llevo conmigo siempre –Runna Alabastro rebuscaba en el morral que le colgaba del hombro.

Depositó las seis cuerdas enrolladas sobre la mesa. A simple vista tres eran lisas; las otras tres, rugosas, de un metal dorado tan pulido que daba la impresión de ser líquido.

–Haces bien, parecen muy caras. ¿De dónde dijiste que sacaste esto? –sus cejas dejaban bien claro lo sorprendente que le resultaba todo aquello.

–No te lo dije –la mirada intrigante prometía un relato interesante–. ¿Puedes arreglarla o no? –preguntó sin rodeos.

–Puedo, llevará dos o tres días. Pero no podrás encordarla por unas semanas –advirtió el carpintero.

–¿Y cómo sabré que tu trabajo está bien hecho? –Runna tenía un punto.

–Tendrás que quedarte por aquí un tiempo, trotamundos –él hallaba la situación en verdad divertida.

–Vas rápido en serio, carpintero –ella volvió a tomarle ventaja.

Una electricidad innegable cargaba el espacio entre ellos dos; un magnetismo para nada virtual los atraía.

–¡Lerón, Lerón del Sándalo! –los gritos desde la puerta de su taller rompieron la atmósfera. El beso quedó en ciernes.

El carpintero puso los ojos en blanco. Runna Alabastro estalló en una carcajada, se cubría la boca con cierta vergüenza.

–Jara Crespón, qué oportuna, ¿puedo ayudarte? –respondió el carpintero, apretando un puño discretamente.

–Son los Sauco. Están solicitando a sus protegidos que presenten armas para obedecer al edicto, es una locura… –la mujer que hablaba atropelladamente era otra artista bajo el mecenazgo de la familia más influyente del reino, era una pintora.

–¿Para pelear contra qué?, ¿una parva de musgo?, ¡¿una esfinge?! Manda mis saludos a Regis Sauco y dile que tal vez vaya –estaba furioso.

–No soy tu correveidile, hazlo tú mismo, o mejor… espera aquí a los Adem Grull –la pintora partió insultándolo en voz baja.

Lerón del Sándalo se dio la vuelta y pegó un puñetazo a una de sus mesas de trabajo.

–No suena a una propuesta… –observó Runna.

–No lo es, tengo con los Sauco una deuda… una deuda de lealtad. No puedo decirles que no –el carpintero se lo recordaba en voz alta y se lo advertía a la mujer.

–A la única persona a la que debes lealtad es a ti mismo –dijo ella.

–No es tan simple –el carpintero caminó hacia un rincón de su taller, removía unas herramientas y tomaba un pesado mazo.

–No tienes que explicarme nada… –ella sonrió con gesto amargo– Ahora veo, no usas espada. Sobre gustos… –se lo tomaba con humor, pero la circunstancia le resultaba chocante.

El hombre caminó hacia la puerta, apoyando su mazo sobre el hombro. Era un mazo de guerra.

–Dame dos días, Runna Alabastro, y voy a dejar tu instrumento como nuevo –le propuso.

–Tendrás exactamente dos días, y serás bien pagado –la mujer aceptó.

Ambos salieron del taller, con ideas no del todo distintas. Una mujer libre tenía el plan de dar tiempo al carpintero… le iba mucho en ello. Un carpintero cedía su tiempo pensando en saldar una vieja deuda, podría ganar libertad con ello. Las apuestas eran altas para ambos. A ninguno de los dos le gustaba andar por ahí con una astilla clavada.

23
Las manos

Las dos mujeres delante de él compartían complicidad. No había otra forma de llamarlas más que traidoras. La vieja sabía de Hebra, lo sospechaba desde antes, por algo la tomó de la mano. Sin dudas, Lazada trataba de proteger a la hilandera porque veía tierra debajo de la alfombra, y cuanto es peor, estaba lejos de castigarla por la insurrección perpetrada contra el supremo rector y el régimen en sí mismo.

Hervía de ira. Su espada en la mano pedía a gritos hundirse en la carne de esas dos conspiradoras.

–"Suelta la espada" –le indicó la anciana.

Ojo Morado se preguntaba por qué esa mujer pensaba que él le obedecería. ¿Acaso no se daba cuenta de que estaba muy por debajo de él?

–Aprende tu lugar, esclava –le respondió–. Soy un vigía, soy los ojos del rector, ¿tú qué eres? –la señaló con su espada.

Caminó hacia Hebra decidido, se había burlado de él y lo había expuesto a un riesgo elevadísimo, iba a decapitarla allí mismo si fuera necesario.

–Habla ahora, sucia, ¿a qué nos trajiste a esta isla llena de mierda?

Hebra no hablaba, no podía hacerlo. Su gesto temeroso la delataba; estaba llena de terror. Se acercaba más a ella.

–Vamos, habla –se le pegó al oído, la presionaba con cada sílaba.

La mujer cerró los ojos y trató de dominarse. No se permitiría volver a quebrantarse. El silencio era su refugio. Era dueña de sus silencios, porque sabía que sería víctima de sus palabras y no cedería a ser una víctima.

–Vamos, inútil… ¡Habla! –Ojo Morado la tomó del cabello y la atrajo hacia él. La mujer trataba de rehuir. La forzó a extender el cuello para apoyarle el filo de la hoja ancha. El aliento jadeante de la mujer le rozaba la mejilla. Veía los labios resecos muy cerca de su rostro. Las pupilas dilatadas vibraban por el miedo. Sintió en su pantalón la palpitante erección que se abría paso.

Con todo su desprecio junto, Hebra le escupió en la cara. La reacción fue inmediata, la sacudió haciéndola caer al suelo y se limpió el escupitajo del rostro. Lazada se lanzó sobre el hombre, pero él la evadió y le asestó un brutal puñetazo en la cabeza. La anciana cayó al piso como una muñeca de trapo.

Les estaba dando la lección que les hacía falta, les estaba recordando su lugar. El suelo que pisaban era mugriento, así y todo, demasiado para esas desgraciadas. Hebra lo seguía aterrada con ojos de cordero, miraba alrededor, parecía estar buscando algo.

–¿A qué nos trajiste? –insistió el vigía– ¿Querías salvar a la península del hambre?

Avanzó sobre ella, acorralándola. La tomó del vestido y la dejó caer de espaldas al suelo. Se sentó arriba de ella a horcajadas. Desgarrándole la ropa, desnudaba sus pechos.

–Quería salvar a todos del hambre… la muy buenita –seguía sobre ella, sujetando su rostro–. ¿Qué carajo importa si se mueren cien? ¿¡Si se mueren mil!? ¡Si buscamos más y ya! –le clavó la mirada bien de cerca–. Si no valen nada… si no vales nada –tenía un olor que lo excitaba, la mujer hedía a miedo.

La tenía donde quería, le bastaba una mano para someterla y la otra para explorarla, para tocar toda esa carne que era para él. Su pene erecto seguía latiendo en sus pantalones, bien dispuesto a la tarea de enseñarle a esa esclava quién manda.

–Pídeme por favor que te deje ir… porque desflorada, vas a valer menos todavía –el vigía intentó bajarse el pantalón.

Algo lo sujetaba, parecía una mano agarrándolo de una de sus piernas. Parecían también hormigas, como un impulso fuerte y muy intenso que lo envaraba y lo obligaba a soltar a Hebra. Una voluntad ajena rodaba por debajo de su piel y lo forzaba a moverse en contra de su voluntad. Giraba con muchísimo esfuerzo. La vieja inmunda lo estaba tomando de su pierna. Devolvió la mirada al frente sin querer hacerlo. Quiso gritarle que lo suelte, pero las hormigas llegaban a su garganta, oprimiéndola.

–Aprende tu lugar, vigía. Soy la verdadera fuerza de los Azabache, soy lugarteniente de la Cuenca del Pirata, soy lo que queda de alma en un régimen podrido, y esa que está ahí abajo va a terminar dándole órdenes a tu rector. ¿Tú qué eres? –la voz se grababa en su cerebro, retumbaba dentro de las paredes de su cabeza como un eco que lo volvía loco.

Hebra lo miraba fijo, se zafó de su toma. El vigía veía a la mujer alejarse de él sin poder hacer nada para frenarla. Las hormigas tiraban de su lengua, abrían la boca y la dejaban asomar. Luego contraían su mandíbula lentamente, pero con fuerza, cerrando los dientes

mordiendo su lengua en medio. La presión aumentaba y sus dientes se hundían rompiendo el músculo, lacerándolo poco a poco hasta entrar en contacto entre sí. La sangre tibia le llenó la boca. No podía tragar ni escupir. Las hormigas le sellaron los labios. Sus fauces se colmaron de sangre, los ojos le ardían. Inhalaba profundamente y sentía el fluido entrar por la vía aérea. Por reflejo tosía, despidiendo sangre por la nariz. Su propia sangre lo asfixiaba lentamente.

La esclava hilandera retrocedió en el piso, arrastrándose hacia la pared a sus espaldas. Semidesnuda, vulnerada. No podía lamentarse por el hombre que Lazada mataba delante de ella. Lo veía con ojos inyectados, luchando por respirar. Finalmente, dio la cara contra el suelo, sacudiendo en espasmos su tórax. Abrió al fin la boca, dejando salir una cantidad considerable de sangre.

Lazada soltó al hombre ya muerto. Se dio vuelta sobre el suelo, mirando al techo. Las manos le hervían y estaba exhausta.

24
Ranne Grüm, Alas Amarillas

El marinero nadaba con su arpón en mano. No contaba con más que sus manos y su arma para buscar presas bajo la superficie del mar. Sus pulmones llenos de aire, habituados al ejercicio de la inmersión, podían resistir al menos seis minutos sin respirar debajo del agua. Las horas con más sol eran las de mejor visibilidad. Untaba su piel con aceite de kalluco tanto para protegerse de las quemaduras por la luz solar, como también para nadar más rápido.

La búsqueda de pulpos y otros frutos del mar más delicados era una compleja tarea de caza que, ciertamente, le exigía estar preparado física y mentalmente. Necesitaba mantenerse concentrado al máximo tanto para identificar a sus presas como para reconocer el lecho del mar. Debía, además, estar atento a cuanto su propio cuerpo le dijera, distraerse de esas señales podía ponerlo en peligro de muerte. La pesca con redes era un juego de niños al lado de la pesca con arpón. La satisfacción tras la captura de una buena presa era muy superior.

Exploraba el coral y las rocas perforadas del fondo, atento a cualquier irregularidad, cualquier cambio de color repentino. Por discretas que fueran, las señales que dejaba un pulpo eran evidentes al ojo de un cazador. Repentinamente, un leve movimiento en una roca captó su vista. Un pequeño tentáculo se rizaba en torno a una irregularidad del lecho. Se aprontó para atacar, tratando de identificar el cuerpo de su presa. La silueta voluminosa con sus ocho tentáculos se dibujaba completa en el suelo rocoso. El animal, que se sabía visto, cambió de color en un intento por camuflarse.

Un centelleante movimiento del arpón dio inicio. El animal fue herido, pero no perforado. Una nube de tinta se disolvía en el agua bloqueando la vista del marinero. La estela delataba la dirección de la presa. Desplazándose a toda velocidad, el animal trató de escaparse. Cernú no podía permitirse una larga persecución y ciertamente, el pulpo podría escurrirse por cualquier rendija tan pequeña como una moneda. Nadaba al ras del suelo, escudriñando entre rocas y corales. Su piel untada en aceite le evitaba raspones. Su pecho comenzaba a arder. Divisó nuevamente al animal. Acorralado en una pequeña depresión de un coral, no tenía escapatoria.

Emergió del mar, con una bocanada triunfal. La presa en su arpón

pesaba alrededor de cuatro kilos. Nadó hacia su bote con una mano libre, dando prolijas patadas. Salir del agua con las manos vacías siempre era mejor que no salir, pero esa vez llevaba una excelente presa.

De vuelta en el Muelle de la Sirena Mora, pensaba en cómo aprovechar su pesca. Si por él fuera se comería al pulpo sin más que un poco de aceite de kalluco, pero para su fortuna, no faltaba en su pueblo de pesqueros quien preparase un manjar y le cediera una porción. Llevaba colgando del arpón su ostensible presa, sabía que era su entrada a la cocina de la vieja Künne sin mayores condiciones.

–Ya conoces mis mañas, volveré en una hora –se despidió de la cocinera saboreando su modesta victoria. Sabía que en poco tiempo debía lanzarse al mar y, tal vez, pasarían meses hasta que pudiera volver a darse esos pequeños gustos.

En la plaza central, algunos de los puesteros levantaban sus toldos; otros se las ingeniaban para rejuntar las lonas y andamiajes para armar gazebos más espaciosos. La sombra fresca llamaba a los curiosos. Cernú se sorprendía de ver a los Pardos tan integrados al pulso de Cola de la Sirena. Los nómades armaban sus propios puestos u ofrecían sus mercancías en intercambios. La mayoría de ellos hablaba con soltura el dialecto de Grüm Sollum.

Entre los puestos, encontró a la anciana Carmina quien observaba atentamente unos cristales en exhibición.

–Si aquel día hubiera sabido que levantaba del suelo a una gran cantante, habría ensayado mayores reverencias –Cernú sobresaltó a la mujer con su saludo. El recuerdo de La balada de los Zigras llenaba el espacio entre ellos dos, el pescador estaba fascinado por esa leyenda tan lejana y aun así tan familiar.

–Gracias por el cumplido, marinero pescador –Carmina respondió con su ancha sonrisa–. ¿Cómo te han tratado los titanes del mar?

–Bastante bien, espero sigan así en estas semanas. Poco dispuesto a almorzar solo… –el joven pensó en las próximas pescas en alta mar–. Carmina, tú que tanto conoces, ¿has probado el pulpo con salteado del isleño? –la pregunta encerraba una invitación.

–Hmm… ese se me escapa, ¿conoces acaso el vino blanco del valle del Sabio? –la contraoferta de la anciana era igualmente tentadora.

Con la sinceridad que solo se puede tener ante los desconocidos, Cernú charlaba ligeramente con esa mujer de ojos transparentes y risa cantarina. La charla versaba sobre los problemas a la hora de lanzarse al mar o lo difícil de vislumbrar las semanas venideras, el miedo a fracasar una vez que fuera el capitán de su propio bote. Los miedos más simples y los más complejos afloraban; el marinero se sentía

seguro de abrirse. Se hacían lugar en una modesta mesa, esperando a que la vieja Künne le sirviese un plato a cada uno.

–Sin, cebollas, sin alcaucil, sin nada… solo el tentáculo bien sazonado. Menos mal que tu acompañante sí sabe comer un plato completo –la vieja Künne se fue bastante satisfecha.

–Esas cosas verdes son para los conejos y lo sabes Künne –el joven se defendió.

–¿Te asustan también las verduras? –preguntó Carmina, apuntando divertida al muchacho con un corazón de alcaucil en el tenedor.

–No me asustan, solo me parecen incomibles –respondió mirando a su acompañante comer, con gesto de repulsión.

–Observa este cristal, marinero –la mujer le enseñó un prisma que había obtenido esa misma tarde– ¿Qué puedes decirme de él?

Cernú tomó el cristal, la luz lo atravesaba dejando sobre la mesa una estela de colores.

–Es un cuarzo de esta isla, cristal de roca solemos llamarlo –el marinero escudriñaba el prisma, sin ninguna falla en su interior, ninguna grieta, ninguna turbidez; corte y pulido, perfectos.

–Se dice que la luz del Ojo Blanco pasó por un cristal así para dar nacimiento a sus Zigra Mellur –dijo la mujer, señalando el espectro de colores.

Hasta ese momento el muchacho no había reparado en ese detalle. Todavía no le cuajaba la idea que la mujer quería transmitirle, pero la escuchaba atentamente.

–Si Xonnu Dum, el creador, hubiera escuchado a sus miedos antes de dar vida a sus hijos… muy probablemente, este mundo nunca hubiera sido creado –la anciana parecía una conocedora del tema.

–Entiendo. El miedo suele ser mal consejero… como el mito Ranne Grüm: la fe libera, la gracia nos eleva –el muchacho respondió haciendo memoria.

–Ah, ¿sí? ¿Qué dice ese mito? –la mujer preguntó suspicaz, mientras saboreaba el vino.

–Recuerdo que mi abuelo contaba de Alas Amarillas, un Zigra hecho del viento que llevaba la alegría… El Ojo Blanco, Xonnu Dum, encontró errando a Ranne Grüm. Alguien lo había engañado y dicho que ya no podía volver a posarse sobre la tierra –Cernú se zampó un trozo de pan.

–¿Qué más recuerdas? –la mujer lo alentaba a seguir relatando.

–Según ese mito, el creador vio un águila abandonada a morir en el alto muro de un acantilado y la convirtió en hombre. Sin identificar

qué pasaba, el águila hombre se desesperó y comenzó a gritar pidiendo ayuda. Entendió que aún quería vivir. Así lo encontró Ranne Grüm, clamando por ayuda para bajar, puesto que, sin alas, semejante salto sería su muerte. El Zigra también tenía miedo, no había vuelto a tocar tierra tras ser engañado… El asunto fue que Ranne Grüm le pidió al hombre que saltara sobre su lomo, le garantizó que lo llevaría a un lugar seguro. Y así fue. El hombre desoyó al miedo, dio un salto de fe y en alas del Zigra remontó vuelo. Ambos tocaron tierra… El hombre, maravillado por la isla de cristal que tenía ante sí; Alas Amarillas, maravillado por haber dejado atrás su miedo… Ayudar a otro tuvo más importancia –tomó un sorbo de vino blanco.

–Volvió a elevarse con más ánimos, se cruzó en lo alto con el Ojo Blanco, quien había urdido todo ese plan para que el Zigra se reencontrara con su confianza… –repitió otro sorbo más– Es muy bueno, ¡eh! –Cernú se sorprendió bebiendo un buen vino blanco.

–"La gracia nos eleva" dijo Ranne Grüm a su creador, y aprendió que la fe vence al miedo; "la gracia somos" le respondió Xonnu Dum, recordándole que estaba hecho de luz –Carmina lo sorprendió todavía más, completando su relato.

El marinero se quedó mirándola, la pregunta que flotaba en el aire debía ser formulada.

–¿Cuánto tiempo hace que tu alma anda por este mundo? –le preguntó.

–¡Vaya elegancia para tratarla a una de vieja! –la mujer reía a carcajadas– ¡Eh, no hace tanto! Por mucho tiempo, he sido como una abeja, que revolotea por aquí y allá, con pequeñas alitas, espiándolo todo. Y, ¿sabes algo? Ya no me bastó ver. La no acción es un lugar incómodo cuando ves que las cosas no andan bien. Me llevó un tiempo desatarme de ciertas obligaciones y dejar de desatender ese llamado… a ser libre, a ver qué se podía hacer más allá de verlo todo, a actuar –respondió para él y para sí misma.

Vio en los ojos de la mujer tan claro como en el cristal de roca: tenía un alma vieja en verdad, brava, iridiscente, viva.

–¿Quién eres Carmina? –preguntó Cernú.

–Buena pregunta… ¿Quién eres tú? –replicó ella.

–A veces hablas como mi abuelo –Cernú sonreía sin quererlo.

–¡Será que fue inteligente! –se rio.

Y en verdad lo fue. Era brillante y, en contraparte, totalmente libertino. Cernú tenía sentimientos encontrados cada vez que recordaba a ese viejo que le enseñó cuanto sabía del mar.

–Era un trotamundos, un Grüm Tahldar…

–¿Ah, sí? ¿Y de qué te hablaba ese viejo?

Bocado a bocado vaciaron sus platos. La última copa de vino fue servida y la vieja y el marinero ya eran un poco más amigos.

25
La esmeralda

El Gran Bazar de Cian era el más espectacular del reino Índigo y probablemente, el más grande entre los Zurem Ur Mellur. Un hervidero estridente de colores, aromas, sabores y sonidos de todo tipo. Artistas callejeros se paseaban haciendo andar encantadores dromedarios de papel más altos que ellos mismos, iluminados desde adentro por artificios. Centenares de faroles confeccionados con brillantes cristales tintados de formas finísimas surcaban las callejuelas de lado a lado. Alumbraban los rostros de vendedores mientras discutían sobre pilas de especias, mujeres que acariciaban con dedos curiosos todo tipo de géneros o vendedoras que ofrecían sus esencias aromáticas.

En vez de descansar adecuadamente, Jalil Grisplata, el mayor orfebre, decidió buscar pistas de sus atacantes, lo que lo obligaba a salir por ahí y estirar las piernas. Sabiéndose una persona reconocible, procuró actuar de forma discreta, pero ir a por un vino de Valle del Cantor en particular lo forzó a abandonar el palacio de Zura Azrag, y, en honor a la verdad, el día ameritaba buscar distracciones. Camuflado debajo de su capa pasaba bastante desapercibido. Precisaba pasar por su antiguo taller en busca de algunos objetos que podrían resultarle útiles, por lo que debajo de la gastada tela ocultaba un par de artimañas.

En aquella ala del mercado abundaban las tabernas, así como los puestos de comidas o pequeñas carretas con anafes y braseros que ofrecían comidas simples, pero no por ello poco apetecibles. Bailarines y acróbatas amenizaban las cenas callejeras. Era imposible no hallar un lugar donde pasar una noche entera riendo, comiendo y bebiendo. Pero ya no era fácil abocarse al buen vivir, no con el inconformismo reinante por esos días. El rumor de revueltas en las minas de oro, la escasez de recursos, los potenciales insurgentes… no era un buen momento, esa noche menos que menos.

Su búsqueda lo llevó a una pequeña bodega, conocida por proveer de vinos a las grandes familias: los Zafir, los Oroluna, y ciertamente, al amo de platos del Salón Azul. Dar con el maestro de vinos del lugar no fue difícil. Su reputación de orfebre le precedía donde fuera, lo que en este caso le resultó de ayuda. Conseguir una tinaja del vino que

bebiera la noche anterior no fue ni la mitad de lo complejo que le resultaba conservar una mujer a su lado, y hacerlo sin levantar sospechas en el interior del palacio tenía un valor agregado.

Tinaja en mano, el orfebre caminó hacia uno de los humildes puestos. Sabía que allí podía conseguir la mejor carne de cordero braseada, servida en un pan blanco tan esponjoso y aromático que costaba creer que fuera real. La generosamente curvilínea mujer del puesto le entregó su ración, guiñándole el ojo. El hombre reconocía en esa mujer un mérito, la buscaría a donde fuera y le daría lo que sea con tal de comer lo que sus manos cocinaran. Se sentó a un lado, mirando desde cierta distancia a los artistas callejeros. La procesión de dromedarios luminosos llegó hasta esa calleja. Eso era lo que jamás encontraría en el palacio: la mundana alegría de los habitantes de su pueblo.

Ese era el vino que había bebido la noche anterior, pero en la paleta de sabores le faltaban elementos. No encontraba ese dejo metálico que no era cobre, ni era plomo… mercurio, tal vez. Tampoco hallaba esa base amarga, ese intenso aroma herbal, disimulado en el dulzor de un fruto desecado, con cierta nota ácida quizás. Se figuraba unas cuantas alternativas al complemento de sabor que le faltaba a su vino, el del preparado que usaron para atontarlo. No estaba muy lejos del callejón de los boticarios. En general, eran bastante respetables, pero en ese callejón se podía hallar más de una rata.

La caravana de artistas callejeros se montó en una trifulca. Uno, particularmente pequeño, ataviado con ropas opulentas remedaba al monarca. Rimaba disparatadas órdenes a sus plebeyos, mientras era acorralado por atacantes joviales y acrobáticos. Sus propios sirvientes terminaban poniendo al monarca en lo alto de su camello, mientras la iluminada estructura del animal lo envolvía y se convertía en una jaula. Se debatió unos minutos allí, justo donde estaba, pero no le pareció sabio confrontar a los artistas callejeros, no en su hogar. No podía distraerse de su objetivo.

Pensaba factible dar con rastros de la mujer si averiguaba qué usó para sedarlo. Desafortunadamente, en el palacio, ya no había restos del vino servido justo la noche anterior, lo que motivó sus sospechas. Confiaba en lo que sus sentidos le decían, estaba encaminado. Solo era cuestión de destrabar los engranajes, quitar la telaraña que los empastaban y ver quién estaba tejiéndola. Se proponía la tarea de dar con una esmeralda en un bazar. Una esmeralda de seda más peligrosa de lo que vaticinaba el vaivén de sus caderas. Los ingredientes que sospechaba encajaban como causantes de los síntomas que sintió su cuerpo, incluso los sueños vívidos. Por lo que allí estaba, parado frente a la botica en la que sabía que podría encontrar hierba de los

zapateros, mercurio soluble y arándanos matalobo.

Golpeó la puerta y, por supuesto, nadie salió de adentro; las ratas huyen con el ruido. Una de las ventajas de ser el mayor orfebre era estar autorizado al uso de llaves maestras. Una de sus invenciones más populares, la que le valió el ingreso a la Cofradía de los Alquimistas. Esa llave tenía la cualidad de adaptar la forma de sus paletas a todo tipo de cerraduras. El cerrojo cedió y entró al sitio.

Estaba a oscuras, la luz de la calle parecía estar a cientos de kilómetros. Debajo de su capa, llevaba más de un truco, y aquella era una escena propicia para probar una versión más compacta de su linterna de magnesio. La intensa luz blanca se generaba por una combustión en el interior de una esfera de vidrio con asidera.

–Rolo, no te escondas, ambos sabemos que vives en esta covacha… –avanzó en la botica, dejando atrás su mostrador. Hacía crujir el piso de madera con cada paso.

Caminaba en el pequeño cuartucho con camastro. Una ventana abierta de par en par dejaba ver un estrecho pasillo hacia el otro lado, no había viento.

–Vamos, Rolo, eres el único que importa arándanos matalobo de los fiordos Púrpura… –el orfebre se metió en la modesta cocina de la vivienda.

Al otro lado de una mesita de madera, al lado de una silla volcada sobre el suelo, yacía el cuerpo del boticario. Tenía las manos atadas a los tobillos por detrás de la espalda y una pañoleta ajustada manteniendo su boca abierta. Por los costados de la mordaza, saliva espesa y negra manchaba el rostro. La piel moreteada en la garganta, surcada por venas más oscuras, daba muy mala espina. Con mucho cuidado, el orfebre soltó la pañoleta. El cuerpo estaba tibio. El cuello y los brazos aún se movían. No deberían de haber pasado más de dos horas desde el deceso. Al remover la mordaza, observó más atentamente con su linterna. La saliva estaba mezclada con restos de un fruto oscuro desecado. Eran arándanos matalobo.

Alguien venía tirando de ese hilo antes que él. Le sacaban la chance de hablar con ese hombre, pero no le quitaban la posibilidad de recabar información. No era momento de conjeturar, sino de seguir rastros. Sus habilidades en la manipulación del oro podrían serle de gran ayuda. Uno de sus artilugios favoritos era su reloj de Orena.

La divisa lo dotaba de la habilidad de ver todo lo que sucedía en un sitio dado en un periodo de tiempo. No podía ir mucho más atrás de las cuatro a cinco horas. Tomó el reloj con su mano libre, lo apoyó sobre la mesa con el lado lleno de oro finamente molido hacia abajo. Lentamente, el polvo revoloteaba y ascendía grano a grano hacia la

ampolla libre. La cubierta superior del reloj se abrió y dejó salir una estela áurea en el aire. Una nube dorada flotaba en la pequeña cocina, se depositaba lentamente sobre todas las superficies, incluido el cuerpo del boticario.

De un momento a otro, una silueta sutil compuesta por el oro en polvo se suspendió. Era la imagen del boticario que se movía en el suelo, luchando por liberarse. La silueta se superpuso al cuerpo sin vida, y mostraba con crudeza su agonía en orden inverso. La figura perdía la mordaza sacudiendo la cabeza, era forzado a abrir la boca retenido contra el suelo. Se incorporaba con sus manos rejuntadas violentamente a sus tobillos, a la vez que parecían separase. El boticario luchaba por mantenerse en pie, luchaba contra otra persona, pero la esencia de esa persona no podía ser captada por el encantamiento de las arenas de oro. La silla volvía a su sitio, lo mismo que un candil en el suelo mientras la lucha se apartaba de la cocina y volvía hacia el dormitorio. El boticario miraba hacia la ventana, mientras su silueta se desconfiguraba. La nube dorada se volvía a conformar, suspendiéndose. Fue todo lo que pudo observar por ese método.

Era cuanto necesitaba para comprobar sus sospechas. Alguien trataba de cubrir sus huellas. Contabilizar un muerto en esta seguidilla de hechos lo dejó intranquilo. Pensaba que el veneno utilizado bien podría haberlo matado.

La nube suspendida se replegaba. Mientras se redirigía hacia el reloj sobre la mesa en volutas, notó que una persona lo observaba desde el marco de la ventana. La esbelta silueta desprovista de ornamentos podía llegar a engañarlo con facilidad, pero el perfume arrastrado por la brisa era inconfundible. Se volvía a topar con la mirada de la esmeralda.

26
Llamador

–Ese, soldado, ha sido solo tu primer edicto –le dijo Daro del Vado–. Y has causado un revuelo tremendo… De más está decir que me parece un disparate, pero no puedo ir contra tantas voluntades juntas –aclaró.

La noche caía sobre todos en el edificio de la Alcaldía, mientras se dispersaban los hombres y mujeres dispuestos a pelear luego de haber presentado armas. El hartazgo se apoderaba del soldado tras tener que exponer al magister más obstinado de todos que su rol en esta batalla era el de guiar a las fuerzas que pudieran reunir contra un enemigo desconocido.

–No quiero ser tomado por impertinente, estoy tratando de descifrar qué lugar ocupo en todo esto… no es mala intención, ni trato de saltar ningún escalón jerárquico. Considero necesario un reordenamiento militar. Tenemos que devolver el golpe cuanto antes –Lobro Arrayán, el portador del cetro defendió su postura.

Su corazón albergaba la esperanza de recuperar a Zura Adem Inna y deshacerse de todo ese peso impuesto sobre sus hombros de un día para el otro. La ofensiva se perpetraría tras la reorganización de las entidades militares y la reagrupación del ejército de los Adem Grulll. La realidad detrás del eufemismo era que necesitaban aunar la mayor cantidad posible de guerreros, caballos y armas sin prorrogar demasiado el tiempo para una contraofensiva a un oponente seguramente mejor preparado que ellos. El pensamiento del comandante Pinoverde era el de atacar cuanto antes fuera viable, y contar aún con cierto factor sorpresa.

–¿Lo consideras tú o tu titiritero? –el magister del Vado se retiró, su batalla estaba perdida.

Por más que tratara de clavarle un aguijón, el soldado bien sabía que Daro del Vado se retiraba a lamerse las heridas. Mantuvo la cabeza en alto hasta que lo perdió de vista. Se dirigió al interior del edificio. Tenía muy en claro que ese era ahora su lugar. Los guardias ya no lo vigilaban, lo protegían. Dejaba de ser solo un soldado, retenía además la responsabilidad de dar continuidad al legado del reino Escarlata. Caía en cuenta de cuán orgulloso era al reconocer que, por más agobiante que fuera la carga, prefería romperse entero antes de

mostrarse derrotado.

Del corredor al patio, sentía la brisa acariciándole el rostro. El abedul arrullaba con el sonido de su copa al viento. Su naturaleza indecisa no le jugaba una buena pasada. El tiempo aceleraba en su contra y debía prepararse para luchar contra un enemigo sabidamente poderoso. La única persona que podía llegar a ofrecerle algún tipo de ayuda muy posiblemente lo consideraba un descerebrado, pero en este caso en particular no había caso. Sabía, por experiencia propia y ajena, que tragarse el orgullo podría ahorrarle errores muy costosos. Buscaría al Hierofante a primera hora de la mañana siguiente. O probablemente esa misma noche, considerando que el sol apenas había caído a sus espaldas.

El sumo sacerdote de Ganna Adem conocía en profundidad los misterios de las llamas. Muy posiblemente, su presencia en el día del solsticio hubiera hecho una enorme diferencia. Le resultaba un poco decepcionante enterarse que el máximo representante de la Mano Roja andaba por el reino buscando setas mientras el Palacio Real era atacado por una esfinge. En todo caso, no estaba en posición de cuestionar a una persona por todo lo demás sabia y altruista, y ciertamente, se convencía de que lo ayudaría. Inesperadamente, el sumo sacerdote se plantó junto al resto de los hombres que presentaban sus armas al servicio de la Corona.

–Me llamaste, Lobro Arrayán –el Hierofante de Ganna Adem salió al patio de la alcaldía.

El muchacho trastabilló en su sitio, estaba convencido de haber pensado en voz alta. No sabía que él seguía en la alcaldía.

–Su excelencia –atinó a decir.

El sumo sacerdote lo miraba extrañado. El hombre de los guantes carmesí tenía un aspecto muy particular, alto y estilizado con brazos largos rematados en manos de dedos finos. La piel oscura, los ojos café, la nariz ancha, la boca de labios carnosos fruncida en una mueca pensante.

–Tienes un corazón llamador, aunque todavía no ha aprendido a hablar… –no terminaba de entender a qué se refería, Lobro pensó que lo estaba evaluando– ¿Cómo puedo ayudarte soldado? –agregó el Hierofante con su profunda voz.

Su pregunta lo tomó desprevenido. Si bien necesitaba ayuda, no tenía en claro qué pedir, por lo que decidió sincerarse.

–Instruyéndome, tengo muchas preguntas y sé muy poco… –dijo al final.

–Vas bien encaminado si reconoces cuán poco sabes. El error que comenten muchos es asumir en vez de averiguar –la respuesta lo

alivió.

El joven se quedó callado un momento. Separó sus labios y los volvió a juntar.

–Yo… tengo miedo. Tengo miedo de que volvamos a fallar. No es la primera vez que me enfrento a esta clase de fuerzas… pero defenderme de una esfinge que me cayó del cielo sin dudas no será lo mismo que ir a sacarla de su guarida –planteó el joven.

–Hay textos de referencia a los que podemos acudir. Pero, posiblemente, quien los haya escrito nunca haya visto una esfinge en toda su vida. Por supuesto, también algún tapiz… pero de nuevo, ¿quién de ellos podría hablarnos de cómo se ven sus ojos o cómo se oye su voz? –le respondió el Hierofante. El hombre lo miraba con severidad, le recordaba vagamente al ceño que ponía su padre cuando lo regañaba–. No subestimes lo que aprendiste de tu enfrentamiento previo. ¿Qué has visto hacer a la bestia? –continuó.

–Ha desgarrado metal como si fuera seda… se ha regenerado en una forma más poderosa tras cantar un ensalmo, también la he visto conjurar fuego. Dos veces de hecho… es aparentemente su ataque más fuerte o al menos eso espero… Si pudiese ser más destructiva, pueblo mayor estaría perdido.

–Veo, si bien la bestia vuela, es un hijo del fuego. Algo podremos hacer para protegernos, pero no mucho para extinguirlo… Verás, enfrentar fuego contra fuego puede ser bastante destructivo. Es probable que nuestra reina lo haya previsto. Tratar de disminuir los daños colaterales de una batalla en el corazón de una ciudad, contra un enemigo al que aparentemente subestimó, la pudo dejar en su situación actual.

El soldado recordaba chispazos de ese ocaso. La interpretación del Hierofante parecía ser bastante precisa. En un momento dado, tuvo la impresión de que la reina esperó a que la plaza se vaciara para emplear su arma.

–Posiblemente esté en lo cierto, excelencia. No creo que nuestra reina hubiese podido prever que la esfinge fuera capaz de semejante capacidad destructiva… y ciertamente, la he visto adoptar una actitud prudente. No desplegó sus habilidades hasta que el último civil se retiró.

–Pues, así visto, podría incluso asumir que la reina te dejó ese cetro intencionalmente, muchacho. Aunque asumir no siempre es sabio –respondió a media sonrisa.

Lobro pensó que el hombre estaba bromeando. Pero imaginar lo que podría suceder con el reino si el cetro desaparecía pudo ser una de las preocupaciones de la reina Escarlata. En todo caso, asumir no era

de sabios.

–El cetro es más que un símbolo, excelencia. La luz de Zura Dum, la he visto con mis ojos, y casi me deja ciego –dijo.

–La Era de los Mitos es nuestro pasado. No es un cuento de hadas y ñibruks. Ve a verme al templo de Ganna Adem uno de estos días. Hay dos o tres cosas que debes conocer antes de enfrentarte a los descendientes del Corazón Negro –el sumo sacerdote lo invitó–. La gracia nos une –fue su despedida.

La elegante figura del Hierofante se alejó. El soldado miraba hacia el cielo teniendo muy en claro que su primer edicto no lo dejaría dormir en paz por varias noches.

27
La pálida luna

Lazada se reincorporaba lentamente. Usar su don a esa escala le resultaba cansador. Hebra seguía sentada contra la pared de esa recamara, conmocionada por lo que había visto. El cuerpo yermo del vigía que fue su hostigador durante ciclos yacía en el piso. La anciana se aproximó a ella con un andar fatigoso, extendió su mano, ofreciendo ayuda para ponerse de pie. La joven la tomó sin pensar mucho en cuánto podía hacerle.

–*Cuanto más se resisten, más costoso resulta. Y un cuerpo de hombre suele resistirse a morir con mucha fuerza* –explicó.

–Se lo merecía, merecía sufrir más… –articuló Hebra.

–*Y tú también, no sabes lo que está en juego aquí, no tienes derecho a traerme este problema… ¿por qué no gritaste?*

La pregunta la hallaba desencajada, recaía en esta idea de que el silencio le ofrecía protección.

–Porque callada soy más fuerte –respondió titubeando.

–*¿Eso crees?* –la mujer la miraba con el ceño fruncido.

La angustia le armaba un nudo en la garganta.

–Creo… creo que si empezara a hablar ya no podría parar. Creo que, si dijera todo lo que he visto, nadie me creería –su garganta desataba el nudo de a poco–. Creo que sigo estando a salvo en silencio, porque siento que hablar no cambiará nada… Creo que ser dueña de mi silencio me protege de ser esclava de mis palabras –tragó saliva amarga.

–*Y yo creo que estás equivocada… creo que nos pondrás a todos en peligro… pero también creo que cuando entiendas que eres dueña de tus palabras, no serás esclava de nadie…*

Tras asesinar a Ojo Morado, los hechos las condujeron a una proximidad inesperada. Hebra constataba con cierto alivio que algunos de los pescadores seguían con vida en el barco. No porque los Amos de Redes no trataran de matarlos, sino porque fueron disuadidos por su líder para dejar de intentarlo. Permanecían cautivos en la isla. La muchacha resolvía finalmente el interrogante respecto de Timonel. Su cuerpo se pudría al sol, atado a un mástil en el puerto, a la vista de

su tripulación, como un testimonio de lo que les esperaba si trataban de huir. Las amarras que retenían el barco eran inviolables. Los esclavistas se relamían con la idea de tomar la nave y amedrentar a los miserables de la península. No había en sus mentes mayor espacio para plantearse qué hacían allí sus huéspedes.

Luego de casi una semana en la Cuenca del Pirata, la hilandera retornaría a la Península Negra, lo haría junto a Lazada. La anciana disponía de algunos hombres para completar la tripulación de pescadores. Había mostrado sus verdaderas intenciones a Hebra. Eventualmente, sería ayudada. La vieja hilandera pretendía reinsertarla en el rectorado para que reanudara sus actividades tras una semana de inexplicable ausencia, sumada a la desaparición de su vigía. La coartada debía de ser impecable o la represalia sería funesta.

Lazada era la lugarteniente de la Cuenca del Pirata y un monstruo, de eso no tenía mayores dudas, pero lo que vislumbró en los siguientes días en esa isla fue que esa mujer tuvo un pasado. Un pasado de idealismo, de lucha y de objetivos truncos. Supo directamente de la vieja hilandera que, junto a otras pocas mujeres con criterio, soñaban con mejorar un régimen en el que día a día los ciudadanos eran menos persona y más herramienta. Se permitió poner las cosas en perspectiva. Asimismo, la mujer estaba sorprendida de la cantidad de palabras que podía usar esa muchacha. Hebra le reveló que a pesar de haber podido hablar muy poco, se enfocó durante todos esos ciclos en aprender aquellas palabras que solo llegó a conocer a través de la confección de nudos y patrones de tejidos.

En una época no tan lejana, esa vieja camada de hilanderas podía hablar. Esas mujeres, que veían de primera mano cuanto sucedía dentro de una Península Negra aislada y asediada, divulgaban información a las cabezas de cada uno de los gremios. Habían constituido una endeble red de contactos entre esclavos, una red como las magras estrellas de una noche negra. Lazada, como la pálida luna, les prometía que podían cambiar los hechos y hacerse fuertes. Sin embargo, ante sus ojos, un rector nuevo llegó al poder. Un rector, menos escrupuloso aún que su predecesor, lo desplazó dispuesto a negociar con los esclavistas y los desertores que los asediaban y limitaban su acceso a recursos. De un ciclo a otro, sin reparos, ganaron fuerza. Cada gremio valía lo que llegaba a producir. Cada esclavo comía cuanto su trabajo justificara. Su tiempo de vida dejó de contarse en años y pasó a medirse en ciclos de producción de un solsticio de invierno al otro. Tras establecer una alianza, la maquinaria de adquisición de mano de obra esclava se montaba a otro nivel. Para cuando la endeble red trató de revelarse, era tarde.

En una fatídica mañana gris, como tantas cuantas hubo en Norte

del Peñón, la constelación era descubierta. Una a una, las magras estrellas fueron decapitadas, y la pálida luna y sus colegas hilanderas fueron sometidas al silencio. Así ganaron todas las hilanderas la mutilación de sus cuerdas vocales. Así, el silencio era impuesto como castigo ejemplar, como perpetuo mecanismo de control, como realidad inalterable.

Separada del resto de sus compañeras, Lazada fue enviada a la Cuenca del Pirata, para observar de cerca las actividades de los Amos de Redes, informar al rector y rendir mes a mes pruebas de su lealtad. Su don la acompañó durante toda su vida, pero fue muy poco cuanto pudo hacer con él, hasta que en soledad y en silencio, se vio obligada a potenciarlo. Tratando de defenderse de un ataque como ese del que previno a la joven Hebra, Lazada identificó el nuevo alcance de sus habilidades. Poco a poco granjeó el temor de los Amos de Redes; el respeto, jamás.

Le contó a Hebra que las redadas se realizaban en sitios antes inalcanzables, y se podía vender a los esclavos con más facilidad a sus nuevos amos. Le confió que la mayoría provenía del reino Púrpura. Sus rudimentarias armas apenas les servían para protegerse. El destino final eran minas de metales preciosos en el continente, según terminó revelándole, en el reino Índigo. Traficaban esclavos y mediante aquel macabro sistema de reclusión, doblegaban sus voluntades, al punto en que esos desdichados preferían morir trabajando en minas a vivir encadenados a muros comiendo las heces de otros, olvidados de su libertad.

–Créeme, las cosas eran peor para estos pobres desdichados antes de que yo llegase a este sitio. Me las ingenio para darles agua, y he disuadido a algunos guardias para que les entreguen alimentos –se excusó.

–¿Cómo es que nadie los frena? –preguntó la muchacha.

–¿No te quedó en claro, niña? Les es útil que las manos que se manchen no sean las suyas. Nadie los frena porque los necesitan –el desencanto era el pan de esa mujer.

Hebra siempre sospechó que esa era la realidad al otro lado del mar de Sonne.

–Pero entonces, ¿qué me dices de la pulsera de Nodriza? –se negaba a dejar el tema.

–¿Quién sabe? No creía que pudiera quedar una hilandera con voz… No podría ser tan ingenua de considerar que persistan las magras estrellas, y te lo dice la pálida luna –explicó torciendo la sonrisa.

El tiempo para reencontrarse con sus ideales se les iba de las manos. Se podían pasar semanas tratando de deducir las intenciones de la vieja mente de Nodriza. Lo cierto era que ya no estaban solas,

aunque poco fuera lo que pudieran hacer. Liberaron las amarras del navío pesquero, sin ninguna certeza de lo que las aguardaba en la Península Negra. La tripulación zarpó convencida de que los Amos de Redes habían decidido cooperar con ellos tras intensas negociaciones. Agradecían demasiado continuar con vida como para plantearse los métodos utilizados por la muda hilandera para disuadir a los perversos esclavistas.

Entre los hombres, Hebra ya no podía hablar, por lo que siguió preguntando con gestos.

–"¿Cómo podremos convencer al rector?" –la vieja se le acercó y la tocó discretamente.

–Las mentiras más convincentes son las que tienen una base de verdad… y las que se dicen sin tratar de convencer a nadie –planteó.

–"¿Y si no nos cree?" –insistió.

–Te matará… en todo caso, yo no pierdo nada –el mar las impregnaba del perfume de su sal.

–"Así que por eso me ayudas… soy de bajo riesgo" –la muchacha parecía decepcionada.

–Todavía no te estoy ayudando… aún eres de bajo riesgo. Cuando valgas la pena, te ayudaré de veras –explicó desviando la mirada hacia la costa.

Hebra pensaba en lo que Lazada compartía con ella, trataba de hacerse a la idea de cómo confrontar a un tirano y salir ilesa.

28
El edicto

El edicto proclamaba que todo aquel capaz de sostener una espada, un escudo o un arco era invitado a pelear por el honor de Adem y su reina. Muchos habían presentado sus armas el mismo día de la sesión extraordinaria en el magisterio, pero la sorpresa que Baradur Pinoverde se llevaba era ver, a lo largo de esos días, a toda clase de persona dispuesta a anotarse para formar parte de las filas que buscarían restituir a Zura Adem Inna en su trono.

El comandante en jefe sabía que pasaría a ser el legítimo líder de las tropas, pero no se le pasaba por alto que los magistrados interpretaban que estaría tratando de hacer una escalada de poder. No iba a desperdiciar su tiempo buscando la simpatía de una cúpula de aristócratas, desentendidos de la realidad.

Pinoverde prefería pensar en cómo instalar a la creciente cantidad de forasteros que se enlistaba a la lucha. Las barracas de la alcaldía no daban abasto, por lo que se decidió montar un campamento en el patio interno, lo suficientemente grande como para alojar una numerosa cantidad de tiendas. En el peor de los casos, la amplia explanada desolada de la plaza principal podría servir para el mismo propósito.

Se veía en la obligación moral de prohibir a los ancianos que se anotasen para el combate. Muchos de ellos habían perdido sus familias a causa de la tos granate o los incendios. Muchos de ellos necesitaban dar un rostro a un enemigo que era una sombra intangible. Tal era el caso de Gasso Tejo, un hombre de cuna noble, desbancado tras la tragedia y al cuidado de su única nieta.

El comandante en jefe debía reunir la mayor cantidad de ciudadanos para la pelea. Pero muy a su pesar, cedía ese lugar al joven portador del cetro, ese carismático muchacho salido de la nada, que pasaba a ser vitoreado en la magistratura, luego de desfilar bajo miradas escépticas. Su lugar, en cambio, debía estar por encima de eso, reorganizando las jerarquías de la milicia, incluso haciendo buenas migas entre los magistrados y los nobles. La guerra era para muchos un negocio solvente, pero en el reino Escarlata, sacar ventaja de los conflictos era una inmoralidad duramente condenada. El poderoso ejército Rojo tenía la finalidad de proteger, servir al pueblo

y ser instrumento de paz, por paradójico que fuera.

Se fiaba del edicto. Esa era su nueva herramienta para tomar por las riendas al corcel que eran los Adem Grull. Lobro Arrayán debía convertirse en su lugarteniente y su respaldo, por más desagrado que les generase a Daro del Vado y a un puñado de magísteres sin noción del campo de batalla. Y si el muchacho llegaba más cerca aún del trono, se alegraría sobremanera de ver cómo esos magistrados se tragaban su orgullo.

29
Engranajes y telarañas

Los ojos lo seguían mirando. Tenía miedo de hacer cualquier movimiento en falso y ver a su esmeralda fugarse con elegancia por la ventana como suelen hacer los gatos.

–No huyas… –le pidió en una súplica.

–Tú no hiciste esto… –dijo en voz alta desde la ventana, más para sí que para el hombre que tenía delante.

–Arándanos matalobo, mercurio soluble y hierba de los zapateros… ¿Todo eso junto para envenenarme? –preguntó Jalil Grisplata.

–Todo eso junto para no matarte, para que la poción sea sedativa, alucinógena incluso, pero no letal –la voz aterciopelada tenía un tono grave, pero suave. Acariciaba como el césped que se pisa descalzo.

El orfebre se sacó la mascarilla, linterna en mano. Pretendía verse relajado, invitando a confiar. La esmeralda apoyó un pie en el suelo y luego, el otro. Etérea, sin hacer crujir el piso de madera.

–Ustedes, los de los palacios, siempre convencidos de que los pobres les vamos a robar todo… los vamos a matar a todos –se irguió en toda su altura.

Su silueta era difícil de adivinar, llevaba el cabello oculto bajo un hiyab color verde. Sus enormes ojos rasgados, enmarcados por pestañas curvadas, estaban apenas delineados. Allí bajo la mezquina luz de la linterna con esa corta túnica y pantalón holgado, poco podía verse de su curvilínea figura. Los ojos de Jalil leían su fisionomía con más detenimiento, sus hombros eran más anchos que sus caderas, su estatura era mayor que la de cualquier mujer que conociera.

–Quizás no piensen en matarnos a todos, tal vez quieran matar a uno o dos… o solo al monarca, ¿no? –el orfebre siguió el planteo.

–Quizás lo que quieran matar sea a un estilo de vida… quizás ya no quieran morir de hambre en las calles, pagar tributos tan altos –la respuesta le sonó ofensiva.

–No veo a gente morir de hambre en las calles de Cian –le espetó él.

–Entonces, no ves las calles de Cian… ¿Sabes quién mató a este

boticario? –la pregunta parecía retórica, pero no lo era.

–No, no lo sé… Pensaba que lo habías hecho tú. Pero ya no me parece tan lógico –continuó.

Desvió la mirada hacia el cadáver del boticario tendido en el piso con los arándanos matalobo saliendo por su boca.

–Con lo que no digo que seas inocente… el vino… mi cincel… el cilindro adulterado envuelto en tu vestido. ¿Qué papel juegas en esto? –él hablaba sinceramente, y esperaba sinceridad en la respuesta.

Su mirada se paseaba por la habitación, también contemplaba al boticario; sus manos agarrotadas, la piel pálida.

–No hay un papel… no uno fijo al menos. Puedo ser una hermosa mujer en un vestido color esmeralda, puedo ocultarme bajo un hiyab y podré hacer cualquier trabajo que se necesite para sobrevivir –la respuesta no lo sorprendió.

Imaginaba algo así, pero no podía aceptar sin objeciones que la mujer que tenía delante fuese una mercenaria despiadada.

–¿Para quién trabajas entonces? –trataría de hacer lo posible para exonerarla, no podía ver un villano en ella, no quería hacerlo.

–¿Conoces tú la cara de todos aquellos que te encargan una tarea? –respondió con una pregunta– Eres ingenuo Jalil Grisplata, y ese es un gusto que no puede darse una persona en tu posición –desvió una fugaz mirada hacia la ventana.

–Espera… trabaja para mí, puedo pagarte mejor que muchos –el orfebre quemaba sus últimas naves.

–Hay cosas que valen más que el dinero… pregúntaselo si no, aquí, a nuestro amigo Rolo. No puedo trabajar para ti. No, si quiero seguir respirando –la esmeralda negó con la cabeza y se encaramó nuevamente en la ventana con un movimiento ágil.

–¡No te vayas! ¿Qué está sucediendo? –nada cuadraba en la mente del veterano.

Las telarañas estaban desperdigadas mucho más allá del palacio de Zura Azrag. Alguien tejía intrigas más complejas de lo que imaginaba en principio. Una trama se armaba en paralelo en el mundo extramuros. ¿Y si se estaba equivocando?

–Espera, por favor. ¿Quién está detrás de esto? ¿Ethrus Zafir está organizando a los inconformistas? –el orfebre aventuraba una teoría.

La esmeralda blanqueaba los ojos verdes, ya sin paciencia.

–No lo ves, ¿no es así, orfebre? Las cosas deben cambiar, lo viejo debe perecer. Si no aprendes el cambio, también perecerás –su esmeralda saltó hacia el pasillo con gracia felina.

El corrió detrás de ella, pidiéndole que lo espere. La veía saltar

rebotando de un muro al otro del estrecho pasillo.

En un desafío a sus rodillas, imitó la seguidilla de movimientos. Torpemente, trepó hasta el borde de un techo. Levantó la vista. La vio alejarse saltando y corriendo de un techo a otro, camuflada en el hervidero que era la ciudad más populosa de su reino.

Tenía que regresar al palacio con todo eso en su cabeza, con el cuerpo del boticario tibio en una cocina y todas sus preguntas sin respuesta. El bazar le susurraba que había manos manchadas con sangre en algún lugar, como siempre sucedía, pero que esta vez eso podía ser de vital importancia. Tenía que encontrar al responsable de esa locura o, eventualmente, la sangre que correría sería la de su monarca.

Ethrus seguía paseándose entre sus pensamientos. Su vieja rivalidad había perdido los tintes de la caballerosidad hacía tiempo, pero la hostilidad franca de la corte marcial elevaba la vara. No le bastaba ser el edecán. Tenía que verlo lejos del niño. No podía dejar de pensar en que quizás el muy bastardo estuviera planeando desplazarlo del palacio, que fuera él quien tejía la telaraña que trababa los engranajes. Se regañaba nuevamente. No podía permitir que todo se redujera a su vieja enemistad. Ninguno de los dos querría ver al niño muerto, no con todo lo que él significaba para ambos.

Jalil Grisplata tenía en mente ir a por el asesino de Rolo. No porque aquella rata mereciera justicia, sino para poder acallar esas preguntas. Dar con la persona que lo había envenenado no sirvió de mucho. Hasta allí lo llevaba el rastro de los arándanos matalobo. Apelaba a su memoria, pero no mucho podría serle útil de esa maraña de recuerdos de la noche del solsticio. Se mareaba entre la tristeza por su vieja pupila, satisfacción por el reconocimiento del monarca, hartazgo por Ethrus y sus patrañas. Perfume de mujer, sabor de vino, opulencia y miseria, todo junto.

30
Huye y olvida

El agradable tacto de las yemas de sus dedos le recorría la garganta. Zura Adem Inna se convencía de que ese era el mejor lugar en el que podía llegar a estar. El perfume de la piel marmórea del hombre a su lado le recordaba a la fragancia de un leño recién talado. A eso y al perfume de los azahares.

Emergía de ese río negro de seda que era el lecho del rey Azabache, sonreía tras alejarse de su mano. Se encontraba a sí misma vestida solo por las gotas de sudor que le resbalaban, pisando el frío suelo de esa estancia. Bajo la planta de sus pies una sustancia viscosa cedía con el peso de su cuerpo. Miraba sus pies y los veía hundirse en barro. Gritaba pidiendo ayuda. Afirmaba sus pies en ese suelo lodoso. Buscaba con la vista la cama y al hombre en ella. Se encontraba observando un sarcófago de piedra, con la pesada tapa hecha pedazos alrededor de su base. En el centro de ese ruinoso mausoleo descansaba su amante, vuelto un cadáver en estado de descomposición tal que apenas lo reconocía.

–Inna, ¿qué sucede? –parecía que la mandíbula se desprendería del cráneo de un segundo al otro.

La reina Escarlata, sobresaltada, bajaba la vista y cerraba los ojos. Retrocedió un paso, volteando una mesa con un canasto de frutos. El sonido del metal tañía sobre el piso. Devolvió la mirada. Allí estaba su rey, como lo había conocido: níveo, desnudo sobre las sábanas de seda negra, como si hubiera sido tallado de un trozo de mármol por el escultor citrino más virtuoso.

–Inna, ¿estás bien? –Zureij Kelij Odur la miraba con ojos de cordero, pero ella veía al lobo negro debajo.

Muy lentamente los ornamentos cambiaban de estanterías en su mente. Percibía la secuencia de acciones que la llevaron a esa alcoba de forma desorganizada. Se sentía expuesta ante la mirada de ese hombre frío como la piedra que quería robarle su calor.

–Estoy bien, mi rey –mintió gentilmente.

Paseaba la vista por la habitación. ¿Acaso se había imaginado todo? Había llegado hasta allí luego de atravesar el espejo… luego de ver al rey Azabache acercase a ella desde otro plano.

Él se incorporaba también. Mientras Inna rebuscaba entre sus prendas, Odur salía perezosamente de la cama. Ella se vestía lentamente, al compás de sus atribulaciones. Se enfundaba en sus enaguas repasando el lugar en busca de su capa escarlata.

Odur se acercó a ella, le acariciaba el pelo mientras se calzaba sus botas una tras la otra. El sentimiento de rechazo empezaba a embargarla al percibir su mano.

Divisó su capa escarlata hecha una pila de tela con su corsé encima a unos cuantos pasos de distancia. Bastante más cerca de ella, la mesa en el suelo ocultaba una daga entre las frutas volcadas. Se incorporó sin dirigirle la mirada al sensual hombre que la buscaba desde los gestos.

–¿En qué piensas? –le preguntó Odur.

Inna rebuscaba en su mente una tontería.

–En mi capa –respondió sin mayor énfasis. Sonreía, pero solo con la boca. Tenía la mirada igual de fría que el corazón–. Las Altas Tejedoras me la regalaron… cuenta la historia de mi linaje –respondió mientras sus pensamientos fraguaban.

–¿Tu… linaje? –preguntó él, ahora con el recelo que destellaba en los ojos color carbón de leña.

Inna recogió su corsé y lo acomodaba contra su torso, recorriendo el delicado bordado con los dedos. Sentía cierto mareo, se debatía entre alejarse de ese hombre o dejarse amparar por sus brazos de vibrantes músculos.

–Mi madre, y su madre detrás de ella… y así hasta llegar a Zura Adem Alanna –enumeró Inna.

Le ofreció la espalda, invitándolo a ajustar los lazos de su corsé. Repasar los rostros de sus antecesoras la ayudaba a afianzar sus pensamientos. Seguía contemplando el exquisito género y la intrincada trama del brocado.

–Las penurias de los hijos de la Mano Roja antes de encontrar la forma de liberarse de la opresión del Corazón Negro. Las alianzas y guerras y nuevas alianzas con los hijos de Rama Verde… las ofrendas de paz y el entendimiento del pueblo del sabio Índigo –divagaba nuevamente mientras sopesaba sus opciones.

–Ya veo, qué valiosa ha de ser para ti tan espléndida capa… –respondió mientras tiraba de los amarres de la prenda.

–Fue un regalo de mi pueblo… justo el día en que te vi por primera vez –Inna enmudeció.

–Ya veo… –le respondió en un susurro.

El rey Azabache finalizó su nudo y liberó a la mujer. La reina

tomó la prenda y se envolvió en ella. Replegaba el género en torno a su cuerpo como si flotase. La caída de la tela era hipnótica. Su estampa, la gracia con la que se movía, la entereza con la que afrontaba la situación. Esa mujer sin más armas que su nombre y su linaje se preparaba para confrontarlo, casi sentía pena por ella.

–Me recuerdas… –se lamentaba el hombre desnudo.

Un amplio movimiento de su brazo y un sutil gesto de su mano hacían desaparecer su desnudez. Sobre su cuerpo, se materializaba una túnica negra. El mensajero del solsticio se mostraba nuevamente a ojos de la reina Escarlata.

–Eras tú. Siempre fuiste tú… el heraldo Negro, el rey Azabache. ¿Qalb Kelij? –puso en su lugar la pieza que faltaba; el desencanto fue atroz.

–Tranquila, reina mía… –trató de apaciguarla, sus manos le pedían calma.

–¿Quién eres? ¿Qué es todo esto? –vagamente recordaba a una bestia negra con descomunales alas.

–Soy Zureij Kelij Odur, descendiente del Corazón Negro –tomó una mano de la mujer y la apoyó sobre su propio pecho.

Su delicada mano posaba sobre la tersa piel del pecho, subiendo y bajando con su respiración.

–El rey lleva muerto siglos… ¿qué eres? –necesitaba develar todo de esa amenaza con rostro ingenuo.

Necesitaba huir de él, besarlo o golpearlo con todas sus fuerzas. Pero temía a lo que el robusto hombre pudiera hacerle, estaba aterrada.

–Soy esto que sientes –él le sostuvo la mirada. Trató de convencerla de su inocencia.

Ella lo vio tal y como era, y el precio de ver era elevadísimo. Ya no podría volver a engañarse. Fugazmente, el rey Azabache enseñó su rostro verdadero, el de un hombre que llevaba doscientos años sin vida, negándose a morir. La visión se esfumaba tan rápido como un relámpago.

–Me debilito, reina mía… te necesito para escapar de la muerte –le imploraba ayuda.

–No voy a mover un dedo si eso ayuda a prolongar tu vida… nada de lo que me ofrezcas va a convencerme de lo contrario –sentenció.

–De nada me sirve que rehúyas de mí, lo que necesito de ti debe ser entregado por voluntad propia –sus ojos se fijaron en ella. Estaba al borde de la cólera.

–No pienso ayudarte… déjame salir de esta pesadilla –exigió sin

necesidad de levantar la voz.

–Inna, soy tu rey, te entregué cuanto tengo. Te rescaté de tu soledad –le espetó una acusación muy cierta.

Inna, la reina Escarlata, la soberana de todo un pueblo, noche tras noche dormía sola en un palacio descomunal. Ese hombre mostró una arrogancia que ella no le conocía y le dio un cachetazo en el rostro deslizando que la hizo mujer.

–Eres el causante de todo esto… tú me… me das asco, siento asco de mí misma –le ardían los ojos, pero lo último que le mostraría a ese hombre serían sus lágrimas.

–Es una pena que tu estadía se vea estropeada por sentimientos como estos… de culpa y remordimiento –se hizo a un lado.

–Dime cómo salir de aquí –sus ojos ardidos exigían una respuesta. Caminó en dirección opuesta a Odur.

–Deberás saber, Inna del reino Escarlata, que esta fortaleza nació como una prisión. Es, en efecto, inexpugnable –el rey apostilló lo obvio.

Inna se movió tan rápido como pudo. Tomó de entre las frutas en el piso la daga que acompañó su caída.

–¡Dímelo! –sostenía la daga en alto, amenazándolo.

El hombre ante ella levantó las manos en señal de rendición.

–No necesitas amenazarme en mi casa –replicó con su tono compungido.

Caminó hacia ella de tal manera que la punta de la daga se posó en su pecho. Inna afirmó el puñal en su mano.

–Dime cómo salir –ella clavó la punta de la daga en su piel. Lo miraba desafiante.

Él también la desafiaba con la mirada. Avanzó un paso más, mientras la hoja penetraba centímetro a centímetro en la carne. No había sangre. Inna soltó el puñal como si estuviera maldito, mirando al condenado rey Azabache con más repugnancia que miedo.

–No hay una salida, pero puedes aventurarte… huye y olvida, reina mía. Volverás a mí cuando sea lo único que recuerdes –él se quitó el puñal del pecho. Con un gesto teatral de su mano, la invitó a retirase.

Tomó su capa y cruzó la alcoba. Golpeaba el piso con sus botas en cada furioso paso.

La reina se alejaba mientras Odur permanecía estacado en el piso.

–Qué curiosas criaturas resultan ser reyes y reinas… muy fácil se distraen con lo que hay entre sus piernas –la voz de clavicordio de la

esfinge quemaba en los oídos de Odur.

–Siempre tan impertinente… –no giró para ver a esa condenada bestia que llevaba siglos atormentándolo con sus rimas estúpidas y sus acertijos indescifrables.

–Tomaría más seriamente la tarea designada, de mal gusto es jugar con tan deliciosa carnada –la esfinge lo reprendió como si tuviera alguna autoridad sobre él.

–Pudo ver a través de mi sortilegio… diviértete con ella si tanto te gusta. Doblegarla llevará un buen tiempo –el rey Azabache dio por sentado su fracaso. Tuvo su oportunidad y la dejó ir.

La bestia pasó delante de él para seguir los pasos de la reina. Su leonina marcha vaticinaba la danza entre cazador y presa.

31
El templo de Ganna Adem

Las motas de polvo danzaban suspendidas en el aire. El descomunal ventanal del templo de Ganna Adem permanecía indemne tras el ataque de la Esfinge de Kurum Ur Kali. Los rayos del sol se filtraban a través de los cristales tintados, salpicando la nave central de tonos bermellón, rojo, magenta y amarillo. Era gracioso ver cómo las motas desaparecían a la vista y reaparecían bajo un haz de luz diferente. Así se sentía ella en ese momento. Así sentía que iban todos los habitantes del Pueblo Mayor: alejados de la luz conocida, hundidos en la oscuridad, y con algo de suerte, resurgidos hacia una nueva luz.

Ava Roble permanecía en el templo de Ganna Adem esa mañana, tratando de hacer las paces con su espiritualidad. Concebir la memoria colectiva del pueblo de Adem, resguardar su legado cultural, contar en hebras y números cuanto allí sucedía la orientaba hacia la vida con un enfoque más pragmático. Su terrenidad a veces se constituía en un sesgo para su vida espiritual. Pero en esos tiempos de angustiosa incertidumbre, necesitaba reencontrarse con su fe, con la esperanza de emerger desde la sombra a un nuevo haz de luz.

Seguía asombrada de que el imponente vitral de las ventanas permaneciera en su sitio. La gran mayoría de los edificios de la vieja ciudad habían sufrido algún tipo de daño: muros agrietados, puertas desencajadas o mínimamente cristales rotos. La hermosa confección del vitral mostraba a Ganna Adem, la figura encendía la llama de las pasiones en sus manos.

–Es impresionante que esté sano, ¿no? –la voz de Lobro Arrayán la tomó por sorpresa.

–Es un milagro, si me lo preguntas a mí… –respondió– pero yo no soy el Hierofante, soldado –Ava no podía disimular su sonrisa.

El soldado devenido a portador del cetro tomó asiento al lado de ella y contempló la fascinante obra.

–Hablando de Hierofante, ¿lo has visto?, debía explicarme algo… –Lobro se veía contrariado.

–Debería andar por aquí, los feligreses salieron hace más o menos una hora. Son días movilizantes para todos los ciudadanos. Muchos de los que vienen del interior del reino se alojan en el templo –explicó la

tejedora.

–No entiendo por qué… hay bastante espacio en el campamento del Ejército Rojo –dijo él.

–No todos vienen al Pueblo Mayor a pelear… –aclaró ella.

–No nos vendría mal que así fuera –replicó el muchacho.

El rictus aliviado del joven se ensombreció, parecía que recordaba por qué estaba allí ante el vitral. La presencia de la tejedora ya no resultaba indulto suficiente a su culpabilidad.

–Lo sé, lo siento. Muchas personas han perdido todo en este año nefasto –se disculpó el joven.

La mujer asintió y aceptó la disculpa con una media sonrisa.

–Mira, parece que allí esta nuestro guía espiritual –dijo ella exhibiendo una sonrisa radiante de dientes perlados.

El joven se incorporó. Ava lo seguía con la vista. El soldado caminaba hacia el sumo sacerdote mientras él salía, a la vez, a su encuentro.

–La gracia nos une, y por suerte nos encuentra juntos. Tejedora Ava, ¡qué afortunada casualidad verte aquí! –saludó el Hierofante.

–¿Qué decir? Nada es casual por estos días –respondió ella.

–Efectivamente… estás en lo cierto.

El soldado se sintió respaldado por la presencia de la Alta Tejedora. Aunque no sabía qué clase de información el Hierofante fuese a confiarle, supo que la presencia de la mujer allí jugaba a su favor.

–Lobro Arrayán, sin dudas tienes un don para encontrar compañías –el cumplido no era para el soldado, pero aun así, él sonrió festejando a Ava.

–Nos ha quedado una conversación pendiente, y veo que la presencia de una Alta Tejedora es bienvenida –dijo el soldado al sacerdote.

–Así es, y con suerte tendrá material para un telar nuevo –respondió.

–No me veo en condiciones de ejecutar un telar describiendo estrategia militar –atinó a decir ella, esperando orientarse en la conversación.

–Difícilmente hablemos de eso, señorita Ava –aventuró el soldado.

–Te sorprenderías de los usos que puedes darles a los conocimientos de nuestros mitos, joven soldado. explicó el Hierofante–. El mito es la forma en la que se colecciona nuestra historia… –precisó.

–Nada de cuentos de hadas y ñibruks, ¿no? –bromeó el joven.

–Nada más lejos –dijo el sumo sacerdote con su profunda voz.

Ava miraba al altísimo y moreno hombre que representaba a la Mano Roja, algo en él transmitía paz.

–Tiempo después de ordenar las cosas en la tierra, los Zigra Mellur caminaron sobre ella, para gloria del Ojo Blanco y absoluto rencor para el Corazón Negro. Y se vio como entre ellos hubo unión y desunión, mentiras y traiciones, así como redención y, eventualmente, paz –el Hierofante se interrumpió.

Les señaló un vitral detrás del altar de la nave central, en el que se observaba la figura de Ganna Adem mientras prendía un fuego para un pequeño grupo de personas.

–En esos tiempos de caos, de cada uno de los Zigras nacieron mujeres y hombres… así como hubo además nacidos del Corazón Negro. Y las guerras entre las deidades fueron también guerras entre los nacidos, nosotros, los humanos. Podría estar con ustedes días y contarles en detalle cómo escarlatas y verdes combatieron en el principio de los tiempos partiendo en dos al continente y cómo de su alianza ulterior nació el estrecho del Abrazo. O cómo los Templos del Corazón Naranja fueron sumergidos por la envidia del Corazón Negro, para convertir a los sobrevivientes en los nómades pardos. Basta con decir que Ganna Adem, la Mano Roja que enciende la llama de las pasiones, fue la que con más énfasis defendió a sus hermanos de Qalb Kelij el Corazón Negro. Seguramente, también sabrán cómo por siglos, en represalia, tiranos del reino Azabache ejercieron dominio sobre nuestros ancestros –pausó nuevamente su relato, miraba a la tejedora.

–Lo he visto en los tapices más antiguos. El tapiz de los Seis Hermanos, por ejemplo, relata cómo Ganna Adem arengaba a los otros Zigras a que se unieran contra Qalb Kelij para que no se dejaran robar sus dones –resumió Ava.

–“La gracia nos une”, dijo a sus hermanos, y vieron que todos provenían de la misma luz, y así ahuyentaron a la Sombra –agregó Lobro–. Mi madre me contaba esa historia cuando era niño.

–Mujer sabia tu madre, si podía meter alguna idea en esa cabeza dura que tienes –se mofaba el sacerdote.

–En esencia, de eso quiero hablarles… La fuerza de Ganna Adem está en hacer de sus hijos un instrumento de luz. Somos el fuego de la pasión, y lo que arde en nuestro corazón son anhelos divinos que nacieron en el mismo momento en que el mundo fue creado. Podemos catalizar la luz del Ojo Blanco con más facilidad que el resto de nuestros hermanos –explicó señalando con su guante carmesí el vitral del altar central.

En él se veía la silueta de un gran ojo como motivo central de un rosetón armado en cristales. Los rayos de la luz del Ojo Blanco caían sobre Ganna Adem, y ella, a su vez, hacía fuego para sus hijos.

–Por eso el reino Azabache nos sometió durante tantos años; por eso, creo, han raptado a nuestra reina. Así como lo hizo Zura Adem Alanna, la reina Inna catalizó la luz… lo hizo delante de ti muchacho. Y no pretendo que sepas cómo hacerlo, por supuesto que no. Adem necesita ahora algo que solo ustedes pueden lograr… –les dijo a ambos.

Lobro no podía ni remotamente imaginar qué podría estar fuera del alcance de un hombre que hablaba con tanta sabiduría. Ava también miraba con extrañeza.

–Déjame razonarlo… –dijo Ava– Todos provenimos de la Luz del Ojo Blanco, pero los hijos del Corazón Negro buscan anular nuestra capacidad de volver a ella… ¿Por qué?

–¡Exacto! –el sumo sacerdote hizo una pausa– La respuesta es bastante compleja, brillante tejedora.

–En el principio, sin conocer la extensión de su poder, Xonnu Dum decidió descansar… Reposó sobre un reparo y proyectó su sombra. Así nació Qalb Kelij, el Corazón Negro. Una sombra en búsqueda de su razón de ser fuera de todo sistema de lógica y pensamiento. El conflicto que genera en nuestras almas la sombra de la materialidad que no nos deja abrazar la luz que somos. Esa lucha interminable, la no aceptación, es lo que define al primer Zigra… es el conflicto que nos acompaña desde nuestro nacimiento. Así se establece la dualidad que une y separa al creador y al creado.

–Eso es, con menos detalles, lo que cuentan los tapices de las Crónicas del Origen… –Ava caía en cuenta de cuán estudiado era el Hierofante para llegar a explicarle esos misterios.

–Te diré algo que no encontrarás en ningún tapiz. Contra la contundencia de lo objetivo, no puede existir ningún artificio. De ese duelo entre ellos, de ese gran conflicto nace el mundo en que vivimos, como un tercer elemento sobre el que la sombra trató de hallar el significado de su existencia. El capricho de lo que se quiere ser contra la realidad de lo que se es. Y ese mundo que nacía debía volverse más completo para que la sombra llegara a comprenderse. Así el Ojo Blanco buscó un cristal de roca, posó su luz sobre él y dio nacimiento a seis almas de colores, los Zigra Mellur.

–Claro… ese era el orden natural de las cosas. ¿Cómo puede el Corazón Negro no considerar propio un mundo que fue creado para que él mismo se comprenda? –la pregunta de Ava hizo asentir al sumo sacerdote.

–Desde el principio del mundo, los Zigra Mellur supieron conectarse con su creador sin ese tremendo conflicto en el punto de partida. Llenaron el mundo de su gracia, que era la gracia de su hacedor. Y con un profundo celo por este hecho, Qalb Kelij no pudo sino tratar de apropiarse de ellos, de dividirlos, de corromperlos… El Corazón Negro buscará incansablemente su razón de ser… nunca a través de su propio camino, sino adueñándose de otros… así comenzó todo. Así terminó ahogando a Qalb Krina, el más ingenuo, y culpando a Junna Bada. Los hermanos sostuvieron tremendas batallas hasta encontrar al verdadero culpable. Los Hijos de los Zigras, a su vez, combatieron entre ellos, y los Hijos del Corazón Negro pudieron dominarlos con más facilidad.

–¿Y cómo esto nos afecta aquí y ahora? –el soldado apenas podía seguir la conversación.

Ava reía sin disimulo.

–¡Las Crónicas del Origen son nuestros tapices más sagrados! –dijo ella– ¡El Hierofante nos está explicando misterios existenciales, soldado! ¡No todo en la vida es espadas y fuegos cruzados! –la tejedora encontraba divertido lo poco permeable que parecía el muchacho a la historia antigua.

–Tienes razón, Lobro Arrayán, estoy tal vez demasiado metafísico. Las Crónicas del Origen, de forma mucho más resumida, cuentan cómo Xonnu Dum castigó a Qalb Kelij y lo encerró en la Fortaleza del Olvido. Una maldición nacida del dolor. La vergüenza y la impotencia del creador dieron origen a Kurum Ur Kali. Se dice que es un laberinto del que nadie puede salir… en el que uno se pierde y, paso a paso, es abandonado por su cordura –el sacerdote se detuvo.

–Nuestra reina no puede estar allí… no puedo siquiera pensar en qué es de ella, ¿hace cuánto? ¿Un mes entero? –Lobro ardió de furia repentinamente.

–Kurum Ur Kali representa las fuerzas del olvido, todo aquello que el Ojo Blanco ya no quiso ver en su primer hijo. Pero lo que no supo es que ese lugar potenció la fuerza del odio, del rencor y la ira del Corazón Negro, así como su sed de miedo ajeno y venganza. Lo hizo esencialmente más poderoso que a cualquiera de los Zigra…

–Pero no más poderoso que los seis hermanos juntos… –recordó el soldado.

–¡Mujer sabia tu madre! –el Hierofante volvía a reír.

–Sigo sin dilucidar qué es lo que necesita Adem de nosotros –inquirió el joven.

–Que repitan cuanto han hecho ante todos en el magisterio… que enciendan nuevamente la llama de la pasión en el corazón de sus

habitantes. Solo que esta vez, deben hacerlo desde un lugar más consciente. Hay mucho en juego –el sacerdote saludó con un gesto a un pequeño grupo de congregados. Los sacerdotes lo necesitaban para establecer a los feligreses que llegaban hasta allí.

–Ya lo creo… –respondió Lobro.

–Te he dicho que simplificar el alcance de invocar su fuerza era peligroso, y creo que ahora entre todo cuanto te he confiado te das cuenta del porqué. Si se desata una nueva guerra entre los Zigras, alcanzará a todos sus hijos, y es precisamente lo que necesitan los hijos de Qalb Kelij para volver a extender su dominio –de nuevo era solicitado por los sacerdotes del templo.

–Su presencia está en disputa excelencia –la tejedora lo excusó.

–La gracia nos une, y Adem los necesita –el Hierofante se retiró.

Lobro Arrayán seguía con la vista al estilizado hombre que caminaba hacia la parte trasera del templo. Se volvía a concentrar en cuánto pesaba sobre sus hombros, y su rostro lo reflejaba con bastante claridad.

–Cargas con mucho, portador del cetro… es importante que sepas que no estás solo en esto –la mujer apoyó su mano sobre la suya.

Él la miraba perplejo, quería creerle, de verdad que sí. Quería creer que alguien más que él tenía la obligación de resguardar la continuidad de la corona del reino Escarlata. Quería creer que podía apoyar su mano sobre la de ella sin ninguna preocupación más que evitar que sus manos resulten frías al tacto. Que podía mirar a esa mujer de rostro ovalado y labios finos hermosamente perfilados, y soñar despierto en besarla sin miedo. Pero no podía.

–Gracias Ava, eres una mujer excepcional –atinó a decirle.

Ella lo miraba con su media sonrisa y la vista fija en los ojos cansinos, pensando en todo cuanto podía decirle, y no.

32
El instrumento

Lerón del Sándalo miraba su mesa de trabajo llena de aserrín y polvillo. El perfume de la madera inundaba todo el taller. No supo qué madera era la del mástil del instrumento hasta que comenzó a trabajarla. Por azar o por destino, la caja y el mástil eran de madera de sándalo. No imaginaba cómo era posible que una madera tan endeble resistiera tanta tensión, no tenía recuerdo de haber visto maderas con un aspecto tan añejo. Sencillamente, no tenía sentido. El sándalo que perfuma hasta la hoja del hacha que lo tala, tan gentil, tan entregado, tenía la mala costumbre de perecer antes de tiempo. Sin embrago allí estaba, un instrumento ajado, sí, pero funcional.

Confiaba ciegamente en que el trabajo de enmienda sobre la caja restauraría su resonancia, y un mínimo trabajo de tallado sobre los trastes le permitiría marcar las notas con nitidez. Solo faltaba prensar la madera para enderezar el mástil luego de humedecerlo con vapor. Una prensa de calor le permitía acelerar el proceso. Mantener sus manos activas y su mente ocupada lo distraía de la inminente batalla. Pero sus ojos se iban una y otra vez hacia el mazo que descansaba al lado de su mesa de trabajo.

Runna Alabastro le había dejado una tarea que removía todos sus recuerdos. Su pasado en la casa de la familia Sauco, un padre incapaz de alimentarlo, una infancia amarga, marcada por la lucha.

Preparar la prensa le generaba una brecha de tiempo para que el pensamiento se cuele hacia esos lugares tan bien delimitados. Pensaba en la familia que lo patrocinó desde muy temprana edad. Gente sin malas intenciones, pero desligada de sus verdaderas necesidades, gente que se preguntaba muy poco cómo gano esa habilidad para trabajar la madera o de qué manera aprendió a tocar instrumentos de cuerda tan pequeño. Gente con muy poca capacidad de interpretación del lugar del que venía, o con franco desinterés, pero muy orientada a explotar sus habilidades. ¿Serían todas las familias así? Se preguntaba si todos los Sauco compartirían ese desinterés. Sería que todas las mujeres de la familia Alabastro tendrían esa piel tan tersa, esa presencia imponente. Finalmente, un pensamiento más ameno se asomó. Depositó el instrumento en el interior del mecanismo.

El aroma de la madera lo llenaba todo. Debía esperar a que la

prensa hiciera su trabajo. El cansancio no acudía a él. Pasada la medianoche, su taller tenía el mal hábito de cambiar de tamaño, fuera hacerse enorme y sentirse vacío o hacerse asfixiantemente pequeño. En esa noche de incertidumbre sintió que su taller se volvía un inmenso desván ajeno, lleno de cachivaches inútiles, con una o dos cosas de su interés. Pensó en el instrumento en la prensa. Pensó en su propio instrumento. Y sin más, fue a buscarlo en ese rincón del taller en el que guardaba recuerdos que dolían. Trepó por una escalerilla al entrepiso del taller que hacía las veces de su dormitorio. En algún momento le dijeron que aquello era una variante del laúd, le llamaban guitarra. El sándalo perfumaba hasta su catre.

En la casa de los Sauco se lo llamaba *suceso*: un niño de poco más de 8 años que podía ejecutar el instrumento con maestría, el fruto fresco del Bosque Viejo, el que llevaba las melodías en las manos. Sus mecenas se consternaron cuando decidió dejar de tocar para ellos y dedicarse con mayor empeño a las tareas del oficio de carpintero. De una u otra forma no terminaba de definir sus sentimientos hacia ellos. Los Sauco le habían puesto un plato de comida en la mesa, lo habían educado con menos o más, lo sacaron de la calle, pero ninguno de ellos lo había puesto en valor por lo que era, nadie jamás le había preguntado por qué lloraba luego de soltar su instrumento. No podía sentir afecto ni orgullo por el escudo de una familia que colectaba talentos, exigía pleitesía y comerciaba con lealtades sin reparar en las consecuencias.

Se alejó de su instrumento por demasiado tiempo. Con dedos endurecidos por el trabajo y palmas nudosas, Lerón tocaba las cuerdas. Armaba acordes, jugaba con escalas. No llegaba a hilvanar una melodía, algo se interponía en medio. Era esa ira, esa vieja sensación, esa pequeña opresión en el pecho que se hacía más grande desde su visita al pantano. Quería quemar la casa de los Sauco y dejar de una vez por todas de sentirse en deuda con ellos. La semilla germinaba, se hacía un brote de tallo negro que él podía imaginar, y desplazaba su corazón a un costado.

Dejó de lado su propio instrumento y se recostó nuevamente. Su espalda se sentía tensa, más contracturada y rígida que de costumbre. Tumbado de lado como estaba se palpaba la parte trasera del hombro derecho, se sorprendió con la sensación de una rugosidad característica. Se sentó en la cama sobresaltado y se quitó la camisa. No se explicaba cómo podía ser que su espalda comenzara a volverse como la corteza de un árbol.

33
El rectorado

Nada más bajar del barco, la península la recibió con desconfianza. Atravesaron la ciudadela de Norte del Peñón hasta llegar a su vieja plaza seca bajo la atenta mirada de un grupo de vigías. Levantaban el murmullo de cuanto grupo de esclavos que los viese pasar. El edificio del rectorado se alzaba ante ellas. Las enormes columnas grises de la fachada tendrían unos treinta pies de alto por seis pies de diámetro y describían una galería con un corredor hacia la entrada que les generaba una sensación creciente de pequeñez a cada paso que daban para ingresar al recinto. Hebra se sorprendió de ver vigías apostados en cada uno de los pilares. Algunos no la miraban; otros, la mayoría, lo hacían con desprecio.

Las dos mujeres avanzaban con los Amos de Redes alrededor de ellas. La comitiva presentaba una formación defensiva en torno a su líder. Se percibía una cierta hostilidad desde que habían desembarcado. Lazada llevaba sus espesas rastas grises recogidas, daba el aspecto de una caníbal aseada y prolija, dispuesta a matar si no se la oyese. Hebra caminaba a su lado, sin más que su túnica de algodón gris, con un cinturón trenzado de cuerdas negras.

La piel blanca pálida de la joven volvía más notorias sus ojeras, el contraste parecía encender sus ojos celestes. El cansancio iba grabado en su rostro de armoniosas facciones. El ondulado cabello castaño recogido dejaba al descubierto su esbelto cuello y sus hombros caídos en un gesto derrotado. Lazada apoyaba una mano sobre ella, en un ademán que bien podría pasar por una sujeción forzada.

–Si tu plan es parecer derrotada, vas muy bien –le hizo llegar sus palabras para envalentonarla.

Hebra no había captado el sutil sarcasmo, estaba decidida a apuntalar su discurso con ese rictus compungido. No podía permitir que su lealtad al régimen fuera cuestionada, respiró profundo y continuó caminando.

El edificio era antiguo en verdad. No existían registros fiables de su fecha de construcción, pero se decía que llevaba en pie más de mil ciclos, y sus cimientos se habían levantado con argamasa de piedra y huesos de los rivales del primer rey Azabache. Un corredor interno amplio y elevado las guiaba al recinto central, del otro lado de una

puerta de doble hoja de pesada madera recubierta en cuero tachonado. El enorme salón de forma redonda se desplegaba ante los ojos de una incrédula Hebra. Era la primera vez que ingresaba hasta allí. Las columnas que sostenían el techo describían nichos entre una y otra, cada uno adornado con una estatua diferente, pero todas ellas de rodillas. El de la posición central estaba ocupado por una estatua de mayor tamaño que las demás.

–*Son los Zigra Mellur, cada uno representado en una posición de sumisión. Y el del centro es Qalb Kelij, el Corazón Negro* –explicó.

La luz era tragada por un enorme agujero en el techo prolijamente circunscripto en forma de ojo. La estancia quedaba adecuadamente iluminada, pero un juego de sombras velaba los muros. De entre las penumbras, se acercó un hombre caminando, unos metros detrás emergió otro y luego un tercero. La piel clara del primero parecía azotada por el sol; los ojos verdes estaban inyectados en sangre. Llevaba el cabello gris y corto, prolijamente peinado. Vestía atuendos de tela gris cubiertos por una túnica negra plisada. El supremo rector emergió desde las sombras del recinto. No eran necesarias las presentaciones, obviamente nadie tendría en cuenta a una hilandera para ello. Se infería que lo custodiaban el primer vigía y, a su vez, otro guardaespaldas.

–La gracia se posee –las saludó, extendiendo una mano que cerraba en un puño para luego acercarla al pecho.

Ambas mujeres replicaron el gesto.

El rector las observaba con un gesto difícil de interpretar. Hebra no pudo sostenerle la mirada, se distrajo contemplando el suelo de mármol del recinto.

–Lazada, qué inusual situación… ayúdame a dilucidar. ¿Cómo una hilandera desaparece durante una semana y retorna a tu lado sin su vigía?

Uno de los Amos de Redes se ubicó delante de la anciana y extendió un brazo. La mujer lo tomó, mientras el gesto del hombre se enrarecía.

–Supremo rector, toda situación en la que me acerco a este recinto, me acerca al Corazón Negro, por eso estoy agradecida –quien hablaba era Lazada, solo que lo hacía a través de la voz del Amo de Redes.

El don de Lazada no era un secreto para el rector, quien evidentemente no se arriesgaba a dejar que la mujer lo toque de forma directa.

–Por circunstancias que desconozco, un vigía perpetró un intento de robo de esclavos de nuestra tierra, entre ellos, una hilandera,

además de un navío pesquero –explicó Lazada mediante el esclavista.

–¿Cómo fue eso posible? –la historia no resultó ni remotamente factible a oídos del rector.

–La hilandera en cuestión fue inducida mediante mentiras a agrupar una partida de esclavos pescadores a fin de solicitar ayuda a los Amos de Redes. El pretexto utilizado era evitar una hambruna debido a las bajas sufridas en el gremio de los Pescadores de la península. El vigía, en confabulación con un líder gremial, proporcionó datos estadísticos imprecisos a esta esclava. La hilandera, ingenuamente y sin supervisión, debido a la reciente muerte de la Nodriza, coaccionó el hecho. El vigía se había hecho de una nave y su tripulación, podría traicionarlos o venderlos una vez en tierra –la coartada era revelada.

–Suena verosímil. ¿Qué delató la mentira? –indagó el rector.

–El mismo vigía. No pudo sostener el engaño ante la tripulación y trató de entregarlos en la Cuenca del Pirata. Quiso en principio vendérmelos a mí a cambio de salvo conducto por el mar de Sonne –explicó la vieja.

–Llamativo… ¿qué puedes aclarar hilandera? –preguntó a Hebra directamente.

La joven levantó la vista, vació su mente y acompasó la respiración. Rogaba que no se notara cuán nerviosa estaba.

–"Se me explicó que una hambruna podría producirse debido a la insuficiente cantidad de pescadores" –señó.

–"Vi necesario aumentar el número de pescadores y, por sugerencia del vigía, buscar ayuda del segundo gremio autorizado a navegar… los Amos de Redes".

–No te confundas, hilandera, los pescadores son el segundo gremio autorizado –el rector la corrigió.

La mujer asintió y continuó.

–"Zarpamos a la Cuenca del Pirata… eso pensábamos. Pero el curso del navío estaba fijo hacia otro rumbo. Los hombres decían que el curso estaba equivocado. Tras una discusión, comenzaron a pelear. El vigía con otro más arrojaron a dos pescadores por la borda". –Hebra comenzaba a exaltarse.

–"Luego de eso fijaron rumbo a la Cuenca. Sospechaban que la nave podía ser abordada si no contábamos con el visto bueno de los Amos de Redes para navegar por sus aguas" –se pausó y trató de controlar su respiración.

–"Llegamos esa misma tarde. Fuimos emboscados en el muelle. Esta mujer y sus hombres asesinaron a la mitad de los pescadores allí

mismo; al resto, nos dejaron vivos para torturarnos". –mantenía sus manos en movimiento, haciendo señas más complejas de lo que estaba acostumbrada a hacer. Pensaba que, si pudiera hablar, se ahorraría todo ese montaje.

–"Estuvimos allí días… los fueron matando de a uno, cortándolos parte por parte. El vigía confesó su plan justo después de perder un pie, luego fue ajusticiado por intento de deserción" –la mujer no levantaba la vista.

–Y dices, hilandera, que estuviste cautiva por los Amos de Redes durante una semana…

–Y yo ratifico su relato –agregó Lazada.

–Muy bien, entonces… ¡vigías! –el rector llamó a sus esbirros.

Desde las sombras, en aquel punto de donde habían emergido el rector y su custodio, dos vigías se aproximaban arrastrando a una de mujer. La penumbra no hacía fácil identificarla. Era Tres Dedos.

La tercera esclava hilandera era dispuesta frente a Hebra, doblegada y sobre sus rodillas. Su rostro pálido trataba desesperadamente de expresarse. El resoplido del aire a través de su laringe era todo cuanto se oía en el cavernoso recinto.

–Esta esclava afirma que tu huésped planificó una huida en busca de los Amos de Redes. Lo curioso del caso es que nos asegura que su compañera decidió por propia iniciativa apoderarse de una nave y su tripulación sin previa validación… –el rector fingía estar contrariado por el predicamento.

Los desesperados ojos de Tres Dedos trataron de enfocar la vista en su colega. Liberó a duras penas un brazo y exhibió su muñón, ya no tenía dedos en la mano. Hebra se aproximó a ella, acarició su rostro por un breve instante antes de que los custodios la apartasen. Lazada contemplaba todo sin mover un músculo del rostro.

–¿Confío entonces en ti Lazada? –el hombre apeló a su lugarteniente.

–*Cuanto hemos expuesto es la verdad* –la voz monocorde del esclavista emitió una sentencia.

El supremo rector del régimen esbozó una discreta sonrisa.

–Mátenla –dijo finalmente.

Uno de los vigías desenvainó su espada. En un solo movimiento fluido recorrió la garganta de Tres Dedos de lado a lado y volvió a envainar. La mujer se desangraba emitiendo un gutural quejido, tratando de liberar sus hombros de quienes la sujetaban. Hebra permaneció callada, mirando absorta la sangre que dibujaba una aureola en el piso. Cayó de rodillas y miró a su compañera fallecer.

–Pueden retirarse, esclavas. La esclava hilandera retornará a las barracas de su gremio. Lazada, la Cuenca del Pirata te aguarda. Retiren a esa de aquí… La gracia se posee –el rector las despidió.

Los esclavistas levantaron a Hebra del piso y la retiraron. Lazada se dio media vuelta acompañando a la comitiva. Los ecos de sus pasos retumbaban en un recinto lleno de crueldad y almas robadas. Los vigías se llevaron el cuerpo de Tres Dedos y dibujaron una estela brillosa sobre el suelo del recinto con su sangre.

–Vigilen de cerca a la hilandera joven –mandó a sus custodios.

34
El campamento

En el patio del edificio de la Alcaldía, en torno al solitario abedul, se disponían una veintena de carpas. Aún no clareaba. En el brasero de metal algo picado, ardía una fogata, la luz entre las ramas desnudas proyectaba un juego de sombras. Hombres y mujeres buscaban el calor del fogón. Lobro Arrayán los observaba desde la ventana de su habitación. Se desprendía de la cama dejando atrás esa pesadilla recurrente, una en la que la esfinge reaparecía sobre los soldados y cantaba su verso de muerte y fuego. Se obligaba a concentrar su esfuerzo en la preparación de los nuevos soldados.

En breve, debía iniciar las instrucciones en técnicas de combate cuerpo a cuerpo. Le resultaba agobiante pensar en alistar para la pelea a personas con poca o nula experiencia, pero los voluntarios que se ofrecían y presentaban sus armas lo hacían con la profunda convicción de defender su pueblo y no desistirían de la idea de estar en el campo de batalla. Los ciudadanos de Adem no solo buscaban recuperar a su reina, peleaban también para defender su estilo de vida.

Se hizo a la idea del compromiso de su improvisada tropa allí reunida, en torno al fuego, bebiendo algo caliente tan temprano en la madrugada. Fue en busca de su comandante.

Baradur Pinoverde lo esperaba junto con otros de sus oficiales. Tenía en la mano un grueso volumen. Rara vez se tenía la oportunidad de observar un libro de cerca. El veterano veía a Lobro con sus ojos fijos en el peculiar objeto.

–Es el Bestiario de Tebeth… una rareza. Existen pocos ejemplares –le comentó.

–Imagino –respondió el joven.

El portador del cetro sabía por concepto general que los libros no eran algo frecuente de ver fuera de las grandes bibliotecas del reino Índigo o el reino Verde. Sin embargo, lo sorprendió que el comandante fuera capaz de leer.

–Son una forma muy práctica de condensar información sin ocupar tanto espacio… y vaya que guarda información útil. Señaló el comandante.

–¿Sabes leer, soldado? –agregó.

–A duras penas… –recordaba vagamente las lecciones de su infancia.

–¿Qué es lo que cuenta? –Lobro ardía de curiosidad.

–No es un relato muchacho, es un compendio de informes acerca de bestias del continente y sus hábitos. Algunas tan comunes como los lebreles del prado o las zorras del desierto rojo… y otras tan excepcionales como las esfinges, las mantícoras o los ñibruks –se explayó Pinoverde.

La sucesión de bestias se dibujaba como un abanico en su frondosa imaginación. No podía vincular criaturas como los minúsculos ñibruks dentro de la misma categoría de la infame esfinge que viera tan de cerca varias semanas atrás.

–¿Podemos saber qué clase de criaturas habitan el pantano de Thrin-Nar Ur Kali? –aventuró Lobro.

–Podríamos, por hábito, deducir qué tipo de creaturas encontrar allí –la pregunta no tomó desprevenido al comandante–. Por supuesto que nada de lo que podamos obtener de un libro será más fehaciente que los datos recabados por algún informante que explore el terreno de primera mano –corroboró el veterano.

Lobro Arrayán jugueteaba con la idea de espiar de una buena vez qué había en ese pantano.

–Tengo esa idea merodeando en la cabeza… lo haría de buen grado, pero necesitaría un guía, ¿conoces a alguien en condiciones para la tarea? –aventuró el soldado.

–Tengo a alguien en mente –el comandante pensaba en cierto carpintero que se adentró en el pantano en busca de madera de cedro azul–. Te aconsejo que, luego de armar a tu tropa, busques a Lerón del Sándalo. Hoy me nombrarán general, y no tendré ningún problema en autorizar tu misión a primera hora de mañana –Baradur Pinoverde procuraba preparar de la mejor manera posible a su aliado.

–Eso, solo si puedo fiarme de que estos granjeros sepan usar las armas que presentaron –dijo Lobro con una preocupación muy auténtica.

–Lo que tus hombres no sepan hacer al día de hoy, difícilmente lo aprendan… –Pinoverde lo apedreó con una gran verdad.

La conversación con su comandante no se prolongó mucho más, por lo que estuvo delante de sus tropas muy temprano en la mañana.

El amplio patio estaba abarrotado. El número de ciudadanos dispuestos a pelear superaba sus expectativas, aunque mucho temía que no fuesen suficientes guerreros. El hecho de desconocer qué tipo de creaturas defenderían la fortaleza, en caso de que existiera defensor

alguno más allá de la temible esfinge, lo dejaba a la deriva.

Decidió que compartiría con las tropas diversas estrategias para plantar un muro de escudos. Era lo que en principio debían dominar para montar luego cualquier intento de falange. Pensar y avanzar sobre estrategias más específicas sería una pérdida de tiempo, y salvo que los atacase un titán del mar, conocer los principios de cerramiento de filas era de vital importancia. La milicia de buen grado participaba del entrenamiento. Los soldados formados reforzaban los conceptos que Lobro explicaba y corregían a los civiles. Les enseñaban a tomar sus escudos o cómo sostenerse firmes.

La mañana se le escurrió entre los dedos. Todo el grupo estaba verdaderamente entusiasmado. Si bien no veía guerreros excelsos, no estaba disconforme con el nivel que mantenían esas mujeres y hombres dispuestos a pelear por el honor del reino Escarlata y Zura Adem Inna.

Sin perder mucho tiempo en un descanso, continuaron durante toda la tarde. El entusiasmo era palpable en los soldados, pero sobre todo entre los pobladores que, sin blasones de las grandes familias, ponían cuanto tenían a disposición. No mucho más que horquetas y guadañas, además de sus invaluables vidas. Entre los asistentes se destacaban algunos. Lobro retenía unos pocos nombres con dificultad. Un hombre bastante corpulento captó su atención. Él y sus dos hijos escuchaban atentamente y atendían a toda instrucción. Recordaba que el apellido de esos hombres era Sauce. Uno de ellos, el mayor de los hijos, le pareció particularmente llamativo. Quizás la fuerza de su mirada o sus brazos robustos. Su nombre era Errel, si no estaba confundido. Así era, Rul era el hermano menor y Dromo, el padre. Se sorprendía del tesón con el que una pintora enviada por los Sauco se plantaba al lado de un soldado que corregía su postura. Le generaba admiración ver hombres y mujeres simples abandonar sus vidas cotidianas en esa hora de necesidad y adoptar el oficio de la batalla con la misma determinación.

De verdad esperaba no defraudarlos, de verdad pensaba que luchar al lado de ellos podría dejarlo en tablas con su consciencia. Precisaba lavar la culpa de ser el único sobreviviente al solsticio. Confiaba en que, en un campo de batalla, podría recuperar para ellos el reino de Adem, tal como lo conocían, sin enfermedades, ni incendios o hambrunas. Esperaba que con la reina de nuevo en el trono, ninguno de ellos tuviera que tocar una espada nunca más en su vida.

35
Al segundo día

La noche le resultó aún más tortuosa de lo que esperaba. Los trozos de corteza se desprendían de su carne haciendo un esfuerzo considerable, y dejaban un sangrado molesto y persistente, aunque no fuera cuantioso. Allí, donde su piel daba paso a la corteza, sentía un dolor urente. Lo raro del caso, si existiera algo más raro que el caso en sí mismo, era que con el pasar de las horas la sangre espesa como sabia comenzaba a endurecerse y se aglutinaba en costras con intenso aroma a resina.

Lerón del Sándalo pasó el día entero encerrado en el taller, aterrado de presentarse en el campamento del edificio de la Alcaldía con inexplicables heridas que bien podrían valerle el exilio del pueblo si algún brillante magistrado en ciencias del curar fuese a rotular esa inexplicable dolencia con el nombre de lepra. No podía exhibirse en ese estado. No, sin entregar su trabajo a Runna Alabastro. No era una opción. Para su ventaja, el frío comenzaba a instalarse por esos días, por lo que podía cubrirse con un manto a modo de capa, sin dejar a la vista el improvisado vendaje. La artimaña le bastó para conseguir algo de comida. Se distrajo el resto de ese día laqueando cuidadosamente la madera como último paso de la tarea encomendada.

Para el segundo día, ya comenzaba a acostumbrarse al dolor. Pasó una noche de sueño fragmentado entre punzadas en todo el dorso. Tenía la sensación de que el área afectada se expandía. No se había vuelto a retirar el vendaje. La sangre había secado y se había adherido a los trapos con los que armara su apósito improvisado. Removerlo resultaría tan torturador como trabajoso. Esperaba que su empleadora cayera de un minuto a otro esa mañana. La rigidez en toda su espalada era menos incómoda que pensar en la situación de exponerse a una mujer inteligente que le resultaba fascinante. Quería saber por qué se sentía tan vulnerable a los ojos de una desconocida.

Buscó nuevamente la guitarra antigua de Runna. Reconciliarse con esa palabra lo dejaba un paso más cerca de sentirse un humano y no un trozo de leño con corteza y todo. Trató de recordar la posición de los acordes, sin permitir que la rabia que sentía por esos momentos entorpeciera su ejercicio.

Por más que buscara, no terminaba de conectarlos. Tomó la

guitarra de Runna. Una pulida final serviría para que ofreciera aún mejor cara. Modestia aparte, reconocía que su trabajo era impecable. Con el instrumento entre las manos, la imagen mental de los acordes se completaba con mayor nitidez. Visualizaba por fin la seguidilla de posiciones como un *continuum*; la melodía lo visitaba fugazmente.

Miró alrededor en su taller, no encontraba los lienzos con los que la mujer había envuelto el instrumento. Haciendo uso de su rebelde memoria, volvía a los hechos. En su desesperación del día anterior, los había utilizado para armar su vendaje.

Se sintió desnudo, adolorido y desnudo.

Oyó los resonantes golpes secos en la puerta del taller. La vehemencia de esa mujer no dejaba de sorprenderlo.

–¡Carpintero! Al fin atiendes, pensé que habías huido con mi instrumento –Runna Alabastro saludó con cara de alivio.

–Dos días te pedí, y aquí estamos, dos días después –respondió invitándola a pasar.

La trotamundos ingresó al taller. Percibía los aromas de madera de sándalo y resina. El carpintero subió a un entrepiso y desapareció de su vista.

El instrumento la esperaba en una de las mesas de trabajo, reluciente. La madera recién pulida parecía viva. Sencillamente, no podía creer lo que veía.

–¡Por todos los Zigras! –exclamó con la admiración más sincera. Se alegró de que el desconocido carpintero no viera cómo le brillaban los ojos.

–¡Recuerda no encordarla hasta dentro de quince días! –gritó él desde su alcoba.

Lerón del Sándalo revolvía entre sus pertenencias. Su viejo instrumento estaba a un costado del catre. Lo hizo caer al retirar el estuche que tenía debajo. El característico resonar de madera y cuerdas vibró en todo el taller. Bajó la escalerilla a trompicones, la espalda le recordaba con puñaladas nada cordiales que fuera más cuidadoso al moverse.

–Tengo una atención de la casa para ti –dijo exhibiendo los dientes a medio camino entre una sonrisa y un quejido de dolor.

Runna observaba la funda que el tosco carpintero le extendía en su enorme mano.

–Tienes un instrumento también –miraba la funda totalmente sorprendida. El sonido que le llegó del entrepiso no pasó desapercibido.

–Mi vieja guitarra… –dijo él, paladeando esta vez su nombre.

–¿Sabes tocar? –preguntó ella con cara de severa inquisidora.

–Sí, toco… tocaba muy bien –reformuló sobre la marcha.

–Tócame algo… –el pedido sonaba a mandato, una pasiva orden, con una acuciante necesidad velada.

Lerón retrocedió un paso.

–Hablamos de música, ¿no? –dijo dando la media vuelta.

–Bueno, hablas como músico al menos –respondió ella mientras él volvía al entrepiso.

Cuidadosamente, bajó las escaleras, llevando su guitarra con la espalda rígida. Tomó asiento en un taburete delante de la hermosa e imponente mujer. Ella lo miraba con más curiosidad de la que tuvo nunca.

Lerón jugaba con los acordes, ablandando sus manos. Repasaba la afinación en las clavijas. Se aclaraba la garganta.

–¿Cantarás también? –preguntó perpleja.

Él negó con un gesto, mientras sonreía sin mostrar los dientes.

Las notas se desprendían de las cuerdas con una dulzura que no parecía caber en ningún lugar de ese tosco ser. Pero Lerón del Sándalo tocaba la guitarra con cada fibra de su alma. Una melodía con aroma a polen y dulzor de pétalos acariciaba los oídos de Runna Alabastro. Un durazno en flor los estaba amparando con su sombra y cada capullo se abría entre una nota y otra. No faltaban pájaros, no faltaba brisa tibia ni sol de verano. Ni duraznos pintados con colores nuevos ni jugosos besos de fruta madura. Todo estaba allí entre esos arpegios. Y llegó el otoño, y arrastró las hojas, y los tonos ocres pintaron el aire, y sin más que promesas de amores eternos, avanzaba su melodía sin versos, plantando el aplomo que resiste el invierno. La estrofa se redoblaba y todo lo adornaba con miel, canela y un sol más dorado que cualquier moneda e incluso más caro.

Con todo el dolor que le traía pensar en la melodía del otoño, no quería desterrarla de su memoria ni de su corazón. Regalársela a Runna Alabastro era lo más sincero que podía hacer para disculparse de estropear sus mantos.

–Eso fue hermoso, Lerón, hermoso –la mujer no salía de su asombro.

Sintiéndose profundamente agradecido por haberse encontrado con esa parte de su infancia, con el amor que sentía por la música, miró de nuevo a la mujer que tenía enfrente.

–Gracias, tú también eres hermosa –era todo cuanto podía articular, y lo más verdadero que podía decir.

La mujer se acercó dos pasos, y sin la más mínima vergüenza,

ajusticiando toda oportunidad perdida en el pasado, le plantó un beso al carpintero. De esos con sabor a robado, de esos que de impertinentes no tienen nada, pero juegan a serlo. Porque ese beso les pertenecía más que ningún otro tesoro o título o tierra que pudieran llegar a conquistar, pero a la vez sentían que de un minuto a otro se lo podrían arrebatar.

Otro golpe en la puerta. Dos sombras bloqueaban la entrada al taller. Lerón del Sándalo levantó la vista; dos soldados venían a quitarle su beso.

36
Consigna a consideración

Los había visto besarse. No fue que no lo hubiese notado, no fue que no le importara, ni siquiera que no los haya mirado con buenos ojos o apreciado. Ver a dos personas besarse en momentos como aquel le resultaba profundamente conmovedor. Pero de todas maneras, tenía que golpear la puerta, no por crueldad, no por capricho, sino por deber.

Lobro Arrayán con Baradur Pinoverde a su izquierda seguía con la vista fija en la pareja importunada. Sabía que buscaban a un conocido carpintero, precedido por su reputación de pendenciero, pero aun así, respetable trabajador, vinculado con la casa de Regis Sauco.

El hombre que buscaban dejó de lado un instrumento musical y lo depositó en el suelo junto a un taburete.

–¿Qué quieren? –el voluminoso hombre se acercó a ellos con cara de pocos amigos.

–Lerón del Sándalo. Sus servicios son requeridos por la milicia de Adem –el portador del cetro respondió sin dejarse amedrentar.

El carpintero pasó de él y miró directamente hacia su nuevo comandante en jefe.

–Lo conozco, usted… Buenos días, coronel –Lerón del Sándalo ablandó el gesto.

–Buenos días, carpintero. Debo corregirte, soy ahora el comandante en jefe de los Adem Grull –Pinoverde aclaró su rango sin ningún rastro de altanería, pero sí con orgullo.

–Felicitaciones –murmuró Lerón–. ¿En qué puedo servir a las fuerzas de los Adem Grull, siendo que ya he presentado mi mazo de guerra? –la milicia en la puerta siempre le generaba desconfianza.

“Milicia en el umbral, noticias para mal”, recordó.

–Sabemos que has traspasado los límites del pantano de Thrin-Nar Ur Kali en más de una oportunidad, según comentan los guardias de frontera. Tal vez no estés al tanto de que he omitido aclarar este detalle al magister Daro del Vado durante la mesa de tríada celebrada días atrás… –Pinoverde dejó una insinuación suspendida entre ellos.

El carpintero reprimió un gesto de ira.

–Precisamos de alguien avezado para ejecutar un reconocimiento y la identificación de eventuales hostiles en el pantano… –Lobro Arrayán tomó el viento de cola. La insinuación del comandante ubicaba al hombre en situación de desventaja.

–La situación de su multa será revisada si decide cooperar. Dejamos esta consigna a consideración suya, Lerón del Sándalo. De aceptarla, partirá hoy mismo al pantano, acompañado por una escolta –Baradur Pinoverde hacía parecer a la coacción la más gentil de las tareas.

Lobro miró de reojo a la mujer en el taller, visiblemente interesada en cada palabra de lo dicho, pero abocada al más hermético silencio. La mujer colocó un instrumento musical dentro de su funda.

Le llamaba la atención su mirada indescifrable. Su considerable altura y ese pelo castaño rojizo que caía sobre hombros anchos le daban la pauta de que era una forastera. No podía precisar de dónde, pero definitivamente no era de Adem.

–¿De dónde es tu acompañante, carpintero? –preguntó al fin el joven soldado.

–Eso no es asunto tuyo, soldado –Lerón del Sándalo reafirmó su postura.

No podía retacear nada a la milicia, pero no pensaba ofrecer información sobre Runna, sin saber si ello implicaba ponerla en riesgo.

La mujer miró a Lerón con cierta dulzura y endureciendo el gesto, desvió la mirada hacia Lobro Arrayán.

–Soy Runna Alabastro, citrina de cuna –una gentil reverencia acompañó su presentación.

–Sepa, señorita, que el reino de Adem se encuentra bajo ataque de un enemigo desconocido. Encontramos de mayor utilidad toda ayuda militar que podamos adquirir. No será visto como un potencial enemigo cualquier extranjero que desee acompañarnos en batalla –el comandante en jefe dejó ver su habilidad para los mensajes entre líneas.

–Batalla que con honor pelearía, pero ¿hasta dónde puedo acompañarlos con poco más que este instrumento? –la astucia brilló en los ojos de esa vivaz mujer.

Runna Alabastro se abrió paso hacia la salida del taller.

–Estimado carpintero, una vez que constate tus destrezas como lutier, retornaré para pagar por tus servicios –la mujer repitió su gentil reverencia y se retiró caminando por la calle bajo la perpleja mirada

de Lerón del Sándalo.

–Carpintero, aún esperamos su consideración a nuestra consigna – Lobro Arrayán se plantó con firmeza delante del hombre que hacía ademán de seguir a la mujer citrina.

37
La danza de la cacería

Inna del reino Escarlata corría y el eco de sus botas aguijoneando el suelo llenaba las estancias. La Fortaleza del Olvido se abría delante de ella como el auténtico laberinto que era. La esfinge de Kurum Ur Kali iba detrás con implacable determinación.

–Vamos, alteza real, le ruego que no me decepcione, desde millas podría oír el eco de sus tacones –desde el pasillo, a sus espaldas, le llegaba la voz de su perseguidor.

La esfinge la seguía a velocidad sostenida manteniendo una distancia prudencial. La danza de la cacería era un placer poco frecuente. No quería estropearlo todo con el ímpetu de sus bajos instintos. Debía ceñirse a los tempos de la danza, y desoír a sus deseos. No arrebataría nada a su presa antes de tiempo.

La mujer desesperada escapaba en una seguidilla de salas palaciegas, ya no estaba a salvo en ese lugar, si es que alguna vez lo estuvo. Terminó topándose con la esfinge en uno de los salones cercanos a la alcoba del rey Azabache, tras quedar atrozmente desencantada del hombre que a fin de cuentas era el responsable de todo su dolor. Reconocía en los ojos de la bestia el brillo macabro de sus intenciones homicidas, lo había visto de sobra en el ocaso del solsticio. Poco le quedaba por hacer, más que huir entre la alrevesada sucesión de salones y corredores.

Con cierta claridad, se explicaba cómo había ido a parar allí. Recordó con todo detalle a su perseguidor. Recordaba la más poderosa explosión que alguna vez hubiera visto. La barrera de luz que emitió su cetro mientras ella levantaba la mano con la intención de protegerse. El soldado exhausto sostenido por su escudo, apenas vivo. Aturdida como estaba, ella pensó que su valioso cetro corría riesgo de ser robado y decidió esconderlo bajo el escudo del muchacho desmayado. El cetro era de vital importancia. Era el legado del reino Escarlata ser el puente de la luz divina; ella, en cambio, era prescindible. Podría nacer una nueva reina, pero su pueblo no podía ser desprovisto de la última reliquia de la Era de los Mitos.

–Gira hacia la izquierda de tanto en vez. ¡Corremos en círculos! ¿Acaso no lo ves? –la bestia se burlaba, apareciendo justo delante de ella.

Inna palidecía. Trastabilló al retroceder. Cayó de espaldas y giró a gatas hacia su izquierda, obedeciendo por inercia a la feroz creatura que la apabullaba de miedo.

Irrumpió en un salón diferente del resto. Contemplaba una fuente de agua en el centro, tan distinta a todas cuantas conocía que por un segundo perdió la noción de su realidad. Una sirena de grafito movía sus brazos delicadamente y mientras su canto brotaba de la boca tallada, las aguas danzaban a su alrededor. El canto la envolvía, hasta que caía en cuenta de dónde se hallaba. Ella era Inna del reino Escarlata y había sido raptada tras una masacre desencadenada por la esfinge que ahora la acorralaba.

La pesada respiración de la bestia se escuchaba a centímetros de distancia. Decidió que no correría.

–Qué propicio lugar que has elegido para descansar. La música calma a las bestias. Nadie lo puede negar –pasaba por al lado de ella rozándola con su ala, acariciando su brazo y luego su cabeza, casi jugueteando.

La reina sintió que el corazón se le escapaba por la boca.

–¿Por qué? ¿Por qué haces todo esto? –creía que iba a colapsar, que iba a desmoronarse en ese preciso momento.

–Todavía no sucede nada de aquello cuanto temes llegar a ver. Si tu mente se llenará de olvido, inútil es conocer el porqué –paladeaba la desesperación de su presa.

El cinismo de esa creatura la sacaba de quicio. Tragó saliva. Repasó la sala procurando algún resquicio por donde huir.

–¿Y tú qué sabes acerca de mis miedos? –recordó que había tratado de seguir un juego de rimas sin éxito.

–Poco se escapa a mi saber, soy un amo y hacedor de acertijos. Conozco de ti miedo y placer, y hasta el destino de todos tus hijos –la bestia floreaba versos ante su víctima.

–He leído acerca de ti, una bestia tan sabia como un Zigra… –se propuso ganar tiempo hasta que finalmente la envistiera. No podría sobrevivir a un zarpazo de ese descomunal monstruo.

–¿Quién eres además de la mascota de un muerto vivo? –recordó que esa bestia era particularmente orgullosa.

–Audaz movimiento tuyo apelar a mi vanidad, por vida tengo lo que otros mueren, esa es mi verdad –respondió.

Su críptico planteo le zumbaba en los oídos. No veía delante de ella más que la fuente. La esfinge la escrutaba con su mirada maliciosa.

–Si ante tus ojos no ves lo que lo que buscas, tal vez en tu mente

lo puedas hallar… Te advierto igualmente, si arrojas la piedra, tu cordura en fuga no podrás frenar –la bestia exhaló pesadamente.

Inna no se detuvo a pensar. El canto de la sirena en el centro de la fuente la guió sin palabras, trepó al borde y se zambulló en ella.

Un pozo sin fondo a la vista se la tragaba. Se hundía en agua oscura y helada, mientras la luz de la superficie se hacía un manchón cada vez más borroso sobre su cabeza. El aire en su pecho era una carga de la que necesitaba liberarse. Exhaló una bocanada y siguió hundiéndose detrás de una corona de burbujas. Su último aliento la abandonaba justo al momento en el que apoyó un pie.

Se venció de rodillas al suelo, mientras su cuerpo ganaba peso. Lo negro ya no era agua. Una oscuridad abrumadora la ceñía. Se volvió a poner de pie, abrió con duda los ojos. Un sinfín de espejos le replicaban luz. Se aferró a su capa, temblando de frío. Lo blanco le desnudaba la mente. La capa le contaba la historia de su linaje, mientras sentía que sus recuerdos manaban por una herida que no iba a poder cerrar jamás. Su propia imagen la enfrentó, desgreñada, agitada, con la mirada desorbitada. Desde todos los rincones de esa jaula de espejos, un cardenal asustado le devolvía la mirada. Lloró. Lloró como la primera vez que se sintió sola, y con más congoja, con más rabia todavía.

Necesitaba gritar, gritar todo su odio, liberarse de la culpa que sentía por romper con la sucesión de herederos. Gritar que estaba arrepentida por dejar ir al Hierofante y no valorar su advertencia. Pero sobre todo, gritar que era una idiota por dejarse engañar por un adefesio, por dejarse tocar, por beber tan estúpidamente un vial de veneno como si fuera un bálsamo.

Gritaba a todo pulmón. La jaula se hacía añicos, entre jirones de tela roja y plumas negras. El piso de piedra pulida apareció debajo de sus pies. Supo exactamente dónde estaba. Avanzó tambaleante. Sus piernas se sentían tan temblorosas como su cordura. La piedra de tonos verde intenso con vetas blancas era la misma que la había recibido al despertar en ese sitio tras su rapto. Giró sobre sus talones y se reencontró con el marco de piedra labrada que ya no sostenía nada. Había deshecho el espejo en esquirlas.

Un rugido le hacía vibrar el pecho. Sobresaltada, buscó a la bestia en la sala apenas iluminada.

–Mis sinceras felicitaciones, te aplaudiría si pudiera. Que una mujer logre vivir tanto es excepción y no, regla –la esfinge parecía sincera.

–Eso leí sobre ti. Una esfinge puede llevar a una persona hacia su locura. Pensaba que eras una bestia de naturaleza divina… pero eres

otro más de sus conjuros.

–Un conjuro no podría diezmar a cientos de una vez, lacerar cuerpos, romper sus huesos, ¡hacerlos arder! Soy sangre y magia, enigma y fuego, todo a la vez. Soy alma negra y carne muerta vuelta a nacer –la esfinge abría sus alas.

El resplandor fantasmal que iluminaba la estancia se hacía más intenso. La negrura espesa sobre ellos se disipaba lentamente. La planta circular del cuerpo central de la torre cobraba forma ante ella. La luz descendía desde espejos dispuestos en una compleja armazón, secuestrada desde altísimos tragaluces. El sol de la mañana iluminaba el cielo fuera de esa inexpugnable fortificación; los haces parecían llegar desde otro plano.

Más allá de ellos dos, una puerta con un marco de piedra similar al del espejo llamó su mirada.

–Huye, reina, si es lo que quieres, nada haré por detenerte… el olvido hacia el que te adentras será más cruel que la muerte –la esfinge la eximía de su danza.

La dejaba partir, sabedora de su victoria al final de cuentas. Los retorcidos pasajes de la edificación la conducirían, paso a paso, a la pérdida total de su cordura. Inna se alejó en silencio, aferraba su capa escarlata con una secreta sensación de triunfo. Cuán equivocada estaba.

38
El puerto de la sirena Mora

Llevaba ya unas semanas sin verla, hecho que le llamaba la atención debido a que, hasta donde sabía, el resto de los nómades pardos seguía dando vueltas por Grüm Sollum, la isla de los Citrinos. Ahí estaba, sentado en las tablas de un muelle en el puerto de la Sirena Mora, en algún punto entre la melancolía y el desgano, juntando impulso para abandonar ese sitio.

Lo cierto era que, muy a su pesar, Cernú Bajamar admitía que extrañaba a la vieja y sus delirantes anécdotas, su profunda espiritualidad. Le costaba bastante aceptar cuán sensible se estaba volviendo al contacto con esas personas añosas, a la profunda nostalgia con la que veían ese mundo en que no les quedaba mucho más por ver o por hacer, a la capacidad de escucha, a la certeza del consejo y, sobre todo, a la avidez por transmitir el brillo de sus mejores épocas.

Lo mismo le pasaba con respecto al viejo pendenciero de su abuelo, un hombre que había vivido en su ley, sin lastimar a nadie más que a sí mismo, y quien, sin proponérselo le implantaba esta obsesión por recuperar su viejo barco. Las semanas más intensas de pesca acababan de quedar atrás. El titán del mar, Frugo, resolvió comportarse a su favor y devolverlo a tierra firme con una sustanciosa ganancia. Sus arcas se engrosaban lo suficiente como para recuperar el navío que su bendito abuelo había perdido apostando. La prudencia le susurraba al oído que aguardara: no era un buen aliciente conservar deudas con los muertos, pero… ¿acaso le debía él algo a su abuelo?

El puerto de la Sirena Mora era uno de los más activos de toda la isla, solo detrás del puerto de Alcambar, la gran ciudad tallada en la piedra de los acantilados bañados por el mar de Frugo. A esa altura del año, la algarabía de las festividades del solsticio dejaba paso al frenético comercio de frutos de mar, especias y minerales de todo tipo. Los pardos estaban allí para esa ocasión en especial, para esas febriles semanas de actividad. Echaba en falta a su nueva amiga, y una sombra de preocupación lo movía a buscarla.

Le sorprendió cruzarse con dos de los músicos con los que viajaba la anciana. Al preguntar por ella, recibió una respuesta bastante imprecisa: la mujer que se había incorporado a la runfla de artistas

callejeros en ese último viaje los había dejado hacía, al menos, un par de semanas. Los hombres que casi se habían criado juntos, así como el resto de los tripulantes de ese barco de pardos, no sabían mucho de ella. Vagamente recordaban cómo la anciana se había sumado a la tripulación poco antes de zarpar desde el puerto de Bosque Nuevo, al sur del Reino Verde. Los hombres le confiaron que era poco habitual que un nómade de edad tan avanzada siguiera en las andanzas, lo usual era que se instalasen en los templos del archipiélago Naranja. Con más dudas que antes, Cernú Bajamar se despidió de ellos.

Una mujer de avanzada edad andaba peregrinando entre artistas callejeros. Repartía vino y adivinanzas a los desprevenidos pescadores. El marinero se imaginaba que, para esa vieja de alma libre, la perspectiva de encontrar el final de sus días entre aquel rejunte de islitas y templos en medio del mar de los Insolentes, como solía llamarse al mar de Shagrú, era lo más alejado a sus usos y costumbres. ¿Sería, tal vez, una trotamundos como su abuelo?

Los días siguieron pasando. Una renovada comitiva se reunía en la barca de Pala Coral. Nuevamente, Cernú se sentía invitado a zarpar, y sus pensamientos empezaban a ovillarse. Quizás ya estaba pasando demasiado tiempo en un mismo sitio. Mientras estaba cautivo de una puesta de sol color magenta sobre el muelle, un canturreo lo distrajo.

La vieja Carmina tarareaba una de sus muchas de melodías mientras caminaba hacia él, haciendo ondear sus faldas dejando las piernas al aire.

–¡Cuánta osadía! ¡Con qué indecencia muestra sus pantorrillas! –dijo Cernú mientras se levantaba de las tablas.

–¡Quién no perdería la decencia al ver un mozo tan guapo! –afirmó la mujer, mientras ensayaba una reverencia ante el marinero.

Cernú tomó entre las suyas sus manos frágiles, que estaban un poco frías. La miró a los ojos color nube de tormenta. Se alegraba profundamente de encontrarla entera. La mujer lo observó con ternura.

–¡Cualquiera diría que me has extrañado, muchacho!

–Y a ti ¿qué te parece? –no quería apostillar lo obvio. Tampoco sabía cómo abordar la intriga que ella le representaba, quizás no era el momento.

–Es agradable oír eso… ¿Cómo te han tratado los titanes del mar? –la vieja ardía de curiosidad.

–Mejor de lo que esperaba. Hasta hubiera podido recuperar el barco de mi abuelo. Siento que puedo comenzar a enmendar algunas viejas injusticias –dijo Cernú mientras la miraba con una especie de sonrisa triunfal.

Carmina lo examinó como solía hacer con los amuletos que encontraba en los puestos del puerto.

–¿Qué? ¿Qué he dicho? –le preguntó el marinero.

–¿Conoces la leyenda de la sirena Mora, la que da nombre a este puerto? –le interrogó la anciana. La mujer se imaginaba las tribulaciones en la mente del joven, sus fábulas podrían aportar al muchacho una nueva perspectiva.

–Esto extrañaba de ti, ya… lo admito. No, Carmina, no la conozco, o la he olvidado.

Cernú se aprontó para oírla.

–Se dice que una sirena, a la que se conocía como Mora, recorría los mares del sur buscando saldar una deuda, una de esas que dejan el desengaño y las deslealtades. Abreviaré para ti la parte cantada. Se volvió de piedra por acumular deseos de justicia que el tiempo convirtió en anhelo de venganza, luego en rencor y, al fin, solo en dolor. Quienes oían su canto se encontraban de forma muy directa frente a ese tipo de situaciones: la inminente cercanía a una decisión crítica, la espada sedienta de sangre buscando herir, así sea a quien la empuñe. Cuídate, Cernú, del canto de la sirena Mora –advirtió Carmina al final.

–Carmina, no es que vaya por ahí buscando venganza por mi abuelo y sus apuestas. Es un asunto que ya he definido.

–Lo sé, mi bravo marinero, esa decisión ya está tomada. Hablo de otras decisiones que deberás tomar. Has arreglado bien tu red de pesca, ¿no es verdad? –la mujer volvió a usar ese modo arduamente inteligible.

–Creo que sí. Esa aguja tuya me vino muy bien. Nunca me animé a preguntarte cómo supiste que era precisamente eso lo que buscaba aquel día en la plaza, cuando te oí cantar por primera vez –Cernú creyó que este comentario era la forma más cercana de resolver su intriga.

La mujer arqueó las cejas, totalmente sorprendida.

–Eso no lo sabía. No sabía que realmente necesitabas arreglar tus redes. Sí supe y sí sé que necesitarás estar preparado para los tiempos que vienen. Cernú Bajamar, eres tremendamente noble, y aún no sabes cuán fuerte eres. Pero deberás aprenderlo muy pronto. Esta isla tan lejana para todos dejará de ser un lugar seguro. Todo nuestro mundo dejará de serlo. Precisarás más que redes bien armadas –mientras así hablaba, la transparente mirada de la mujer se ensombreció.

El sol bajaba más en el horizonte. El crepúsculo teñía al mar de tonos morados, magenta y naranja brillante, con algún destello aquí y allá. Carmina y Cernú contemplaban los barcos amarrados en los

muelles cercanos, y los de mayor tamaño anclados ente los diques del puerto, a lo lejos.

–Ese de allá es el barco que perteneció a mi abuelo. Mañana la tripulación parte al reino Escarlata –dijo el marinero mientras señalaba un navío a vela amarrado a unas cuantas yardas de distancia. La máscara de proa tenía una sirena de madera oscura, y él le encontraba un vago parecido con la vieja Künne.

–He sabido que una sombra se arrastra por los campos de los escarlatas –deslizó Carmina.

–También lo he oído. Será un viaje peligroso… para Pala Coral y su gente. He decidido comprar otro navío, uno nuevo. Comenzaré a partir de esta semana a trabajar con él –los ojos del marinero brillaron.

–Es la decisión correcta, muchacho –celebró la vieja.

–Es el que está allí –señaló hacia un navío de unos doce metros de eslora que se mecía acompasadamente con las olas, unas sesenta yardas más allá en el muelle.

–Por supuesto que armar una nueva tripulación me llevará tiempo y dinero, pero mientras tenga mis redes en condiciones, siempre podré pescar –dijo mientras rodeaba los hombros de la anciana. Carmina se dejaba abrazar.

–Con eso bastará, por el momento.

Los últimos rayos del sol les advertían que había pasado otra tarde.

Grabado extraído del Bestiario de Tebeth.

39
Otros ojos

Jalil Grisplata despertó. Muy en contra de su voluntad, amanecía. Salió de la cama a sabiendas de que un enemigo acechaba. No podía permitirse más descanso que el estrictamente necesario para continuar en movimiento.

Su encuentro con la esmeralda le había dejado en claro que alguien con mucha más habilidad que la de él armaba un entramado de mayor complejidad. No podía hacer mucho más por deshacerse de las telarañas. Hubiera podido perseguir a esa criatura grácil, tratar de retenerla incluso por la fuerza, pero nada obtendría de esa mujer a menos que ella se lo entregara de buen grado. Jalil sabía elegir sus peleas, y esa estaba perdida de antemano. Sospechaba que podría hacer más por su monarca si trataba de identificar a cualquier enemigo dentro del palacio.

Las reuniones del Sínodo se celebraban a primera hora, por lo que aún estaba a tiempo de unirse a los sinodales que día a día sesionaban en torno al monarca para decidir el curso de las acciones comerciales, militares y civiles del reino Índigo. El desafío era ingresar a la sala del Sínodo sin estar citado a la reunión y exponer cuanto sospechaba sin dar voz de alarma o, al menos, sin parecer un desquiciado adepto a las conspiraciones.

Perfeccionó una elocuente presentación de su teoría mientras apresuraba el paso hacia el ala este del palacio, en la que pormenorizaba los hechos que le resultaban relevantes. Siguió el repaso mental sin reparar en los espléndidos detalles de los corredores, hasta que se topó con la puerta de la Cámara de los sinodales. No había guardias flanqueando la entrada como era de esperarse. Los Azrag Gallur no estaban en su puesto. Decidió entrar de todas maneras. Se sorprendió al toparse cara a cara con Jos Betayerro.

–Mayor orfebre, ¡qué sorpresa! –el rostro inexpresivo del jefe de armas lo recibió en la sala.

Desde sus asientos, el jefe de industria, el de comercio y la jefa de sanadores miraron atentamente a Jos Betayerro. Quedaban unos cuantos lugares vacíos, incluido el de la cabecera.

–Lo es, estimado Jos –el orfebre asimilaba lentamente la situación.

–¿Ha finalizado la reunión del consejo en el día de hoy?

–Aún no ha comenzado –dio media vuelta con parsimonia y comenzó a caminar hacia la silla ubicada en la cabecera de la mesa.

–¿A qué se debe la demora, si puedo preguntar? –la situación no dejaba de parecerle irregular.

–El monarca se encuentra… indispuesto –el jefe de armas lo miró con gesto imperturbable.

–¿Dónde está el edecán del monarca? –el orfebre sentía una punzada de desconfianza. –¿Acaso no debería estar aquí? ¿Está asistiendo al Zureij Azrag? –no notó cuán atropelladamente empezaba a hablar.

–Tal parece que el edecán no se encuentra en el palacio –dijo Jos Betayerro mientras pasaba la mano sobre el apoyabrazos de la silla del monarca.

De manera resuelta, tomó asiento en la silla ubicada en la cabecera y apoyó los codos sobre la mesa. Fijó la vista en los ojos del mayor orfebre y entrelazó los dedos. Cuatro pares de ojos lo escrutaron con la misma hostilidad solapada.

–Me temo que en el día de hoy no habrá sesión del Sínodo. Me encantaría conversar sobre esto detalladamente contigo, Jalil –la mirada del jefe de armas se enfriaba, al igual que la atmósfera que los rodeaba.

El aire se volvió denso. El orfebre se acercó a la punta de la mesa, enfrentando a Betayerro.

–Siempre has sido tan leal al niño monarca y su familia… a su madre, en particular. ¿Acaso tú fuiste su…? No viene al caso… es esa invaluable lealtad lo que aprecio de ti.

Jos Betayerro comenzó a tomar una actitud muy distinta de la que Jalil Grisplata estaba acostumbrado a ver: el hombre, por demás moderado, parecía estar perdiendo sus modales.

–No comprendo, Jos… tú no… jamás me preguntaste acerca de… no puedo creerlo –el orfebre no salía de su asombro.

–¿Qué no comprendes? ¿Que ya no hable como un servil funcionario, acostumbrado a las cartas que le tocaron por no ser de una familia noble? ¿No puedes creer que quiera otra baraja? –las intenciones del jefe de armas quedaban claras.

–No concibo cómo das la espalda a las enseñanzas de Hakim Azrag: aceptar nuestro lugar en lo creado, trascender a través de la contemplación –respondió Jalil al fin.

–¿De qué enseñanza me hablas? Me cansé de contemplar el vacío tratando de encontrar propósito. Resulta, Jalil, que ya no quiero

aceptar el lugar que me tocó. La gracia no se contempla… La gracia se posee –la mirada de Betayerro estaba más sombría que nunca.

–¿Dónde está el monarca? –el orfebre pasó de la decepción a la rabia.

–Cierto, el niño monarca. Otra ridiculez absoluta. El destino del reino en manos de un niño de doce años. Posiblemente esté en la sala del trono. Posiblemente siga vivo –respondió Jos con su tono monocorde.

Parecía que no hablaba de una persona, de un muchacho, apenas. Ni a él ni a los insurrectos les iba a importar mancharse las manos con sangre de un niño si ese era el precio que debían pagar por terminar con la monarquía.

–Eres un cínico… no necesitan matarlo –la rabia quemaba al orfebre por dentro.

–Por supuesto que sí, es necesario. Una nueva doctrina debe nacer, un dogma que ya ganó lugar entre los mineros en el valle del Sabio. El viejo dogma debe morir y el monarca es el último símbolo que queda de él.

–Ethrus Zafir… ¿qué hiciste con él?

–¿Yo? Nada… –replicó. La jefa de sanadores dejó escapar una risita sofocada.

–Apresúrate, Jalil. Tal vez quede algo de tu monarca en sus estancias. Tu lealtad no cambiará, pero el orden de las cosas sí, lo hará ineludiblemente –pronunció Jos como una proclama, no un desafío.

El orfebre retrocedió. Tenía que buscar al Zureij Azrag, tenía que protegerlo.

–Esto no ha terminado.

–Estas en lo cierto, Jalil Grisplata, esto recién comienza. Finalmente, ha comenzado –dijo Betayerro, inmutable.

El mayor orfebre se retiró de esa sala, abatido. Entre la rabia y la amargura corrió hacia la sala del trono. No podía darle espacio a la desesperación, no debía dejar que nada turbara su mente en ese momento crítico. Debía alcanzar al monarca. No tenía tiempo para buscar ninguna de sus creaciones para protegerse. Por más útiles que le resultaran, no tenía tiempo para perder.

Jalil corría a todo lo que daban sus piernas. El clima del palacio cambiaba a medida que se acercaba a los pasillos del ala norte. Se cruzó con algunas de las siervas que apuraban el paso en dirección contraria. Una reyerta ocurría a pasos de distancia. Oyó el familiar sonido del metal, ese que produce el cruce de armas. Gritos de dolor, gritos de batalla; el palacio se convertía en un campo de guerra.

Entró a trompicones al salón Azul, esquivando a algunos siervos rezagados. Los habitantes de Cian se apiñaban en su centro y libraban un feroz combate. En medio, se hallaban los Azrag Gallur. El orfebre demoró un instante en esclarecer qué sucedía. Un reducido grupo de soldados bloqueaba la entrada a las estancias del monarca. Otros soldados, como ellos, respaldados por civiles armados con cimitarras y ballestas, los acorralaban mientras trataban de abrirse paso hacia la sala del trono. Los sobrepasaban ampliamente en número.

Las puertas doradas, el único acceso hacia las dependencias del monarca, comenzaron a separarse a espaldas de los defensores. El movimiento se forzaba desde adentro. La melodía del mecanismo de apertura se acoplaba al choque de espadas, y los saltos de la música daban a entender cuánto se lo estaba exigiendo para que las puertas cedieran más rápido. El orfebre no daba crédito a sus ojos: sus cangrejos se apiñaban al otro lado de las puertas, obligándolas a ceder bajo su peso.

Como una vibrante masa de metal dorado, sus creaturas se montaban unas sobre otras, formando un amasijo intrincado que vencía las puertas centímetro a centímetro. Uno de los autómatas se deslizó por un hueco, una pata a la vez. Apenas la brecha fue suficientemente amplia, su cuerpo pesado cayó dando giros sobre los soldados leales al reino que resistían en la entrada. El abultado grupo de autómatas desordenaba la fila de los defensores. Los cangrejos acortaron la distancia entre ellos y los insurrectos que ganaban el salón Azul. Un crujido sordo marcó el último compás de la melodía de los portones dorados. Habían quedado doblegados ante el avance de los autómatas. Si Jalil no intervenía, la masa dorada aplastaría a todos los soldados.

–¡*Albuhush aldieva, kuf*! –gritó Jalil a todo pulmón.

Los autómatas se frenaron. El orfebre suspiró aliviado al ver que preservaban la función de voz. Nuevamente habían adulterado a sus creaturas: no se sorprendía, pero no se lo esperaba. Al oírlo, los hombres más cercanos a él voltearon.

Jalil sopesó sus opciones. No podría sumarse al combate si quería ayudar al monarca, pero la gresca se interponía en su camino. Uno de los civiles rebeldes se abalanzó sobre él y le lanzó un espadazo. El orfebre bloqueó el golpe y, dándole un tremendo codazo en el rostro, lo desestabilizó. Lo desarmó justo antes de que el cuerpo inconsciente de su enemigo tocara el piso. Se vio envuelto en la gresca. Otro de los hombres le apuntó con una ballesta, a un palmo de distancia. El chasquido de la ballesta anunció el disparo. Llegó a moverse lo suficientemente rápido como para salvar su torso. En respuesta, blandió un espadazo, pero una de las flechas mordió la carne de su

brazo. Su espada quedó retenida en la herida que había abierto en el hombro de su atacante. Liberó sus manos y tomó la ballesta mientras acertaba una patada en la ingle del hombre ya fuera de combate, y lo desarmó en el acto. La saeta remanente le serviría.

Apuntó, ignorando el dolor en su brazo izquierdo. Su capacidad de concentración estaba siendo puesta a prueba: buscaba la manivela del candelabro central del salón Azul. Se sorprendió de verlo a tiro. Enfocó su atención en la saeta montada en el arma, sabía conjurar, podría hacerlo si dejaba de escuchar los gritos a su alrededor. Un centelleante fulgor despedazó el mecanismo que sostenía el artefacto de iluminación: su disparo dio en el blanco. La manivela comenzó a girar descontroladamente y el monumental candelabro se precipitó sobre el gentío. La distracción que generó le permitió avanzar hacia las puertas doradas. Jalil se lanzó a la carrera, abriéndose paso entre todos. Uno de los Azrag Gallur lo reconoció y le abrió camino. Trepó por sobre los cangrejos detenidos que bloqueaban el portal y atravesó la entrada a las estancias del monarca.

No se oía a nadie. Jalil temía lo peor. Avanzó mientras veía uno a uno a los siervos que formaban el séquito en el piso, muertos. Los reconocía. Atravesó las esterillas que separaban la sala del trono. La sangre en las cortinas daba testimonio de lo ocurrido. Los guardianes dorados se plantaban delante del trono, custodiando al monarca. Zureij Azrag Edriel sostenía en una mano el cilindro de llamas verdes y, en la mano enfundada en una férula de oro, una daga. No parecía un niño. Había presenciado la muerte como nunca antes. Llevaba, ahora, otros ojos.

–¡Jalil Grisplata! ¿Qué has hecho con mi edecán? –la acusación que profirió cortó el aire.

Los cuatro gorilas de oro macizo estaban activados: sus lomos, crispados; sus brazos, desplegando una serie de cuchillas hacia los lados. Uno de ellos solo tenía una mano; permanecía más cerca del monarca.

–Créame, majestad, lo extraño tanto como usted –dijo Jalil, quien pocas veces fue tan sincero.

Avanzó entre los intimidantes artefactos de combate. El niño levantó la mirada y captó con total certeza que el orfebre estaba de su lado. El alivio cruzó sus ojos, se reencontraba con un aliado.

–No tenga miedo, monarca Edriel. Todavía me quedan algunos trucos –afirmó el orfebre, mientras apoyaba su mano sobre el hombro del muchacho.

40
Hojas secas

Las hojas secas rodaban por las callejas en el gremio de las Curtidoras. El otoño pisaba con aplomo en la Península Negra. Tras la falta de Tres Dedos, Hebra estaba cada vez más ocupada. Las semanas avanzaban y el solsticio estaba cada vez más cerca.

Otra muerte más pesaba sobre sus hombros. Habían pasado ya unas cinco semanas desde que había visto a su compañera desangrarse sin que pudiera hacer nada para evitarlo. La fría mirada del supremo rector la dejaba tan impresionada como la impasividad con la que Lazada se desentendía del tema. Una sentencia se dictaba contra una mujer que encerraba una tremenda valentía. Había perdido dos dedos en su juventud plantando cara a su vigía. Hebra sospechaba que los tres restantes habían sido amputados en circunstancias igualmente horribles. En su cabeza, cobraba fuerza la idea de que su compañera había sido torturada para obtener información sobre su paradero. Peor aún: si Tres Dedos había creído que ella había sido raptada, podría incluso haberse enfrentado nuevamente a los vigías. Hebra se sentía responsable de ese desenlace. No tenía cómo estar segura de qué había sucedido. La verdad se iba a la pira, con su amiga. La culpa, en cambio, no se iría a ningún lugar.

Frente a la puerta del taller de las Curtidoras, el vapor de los químicos invadió su nariz, como si no hubiese bastado con la visita al vecino gremio del Matadero. Hebra rogaba no tener que pasar allí más tiempo del estrictamente necesario. Se encontraban en el punto más al norte de la península, justo debajo de las tierras Yermas, la extensa planicie de amarillos pastizales en la que se alimentaba al ganado. Llegar hasta allí la obligaba a montar a lomo de yegua. Podía jurar que esos animales vivían mejor que sus cuidadores, los esclavos del establo.

Las cosas eran ahora algo distintas en el gremio de las Hilanderas. Con dos mujeres menos, las tareas se redistribuyeron de tal manera que los gremios que estaban bajo seguimiento de Tres Dedos pasaron a estar a cargo de sus compañeras, y las tareas de Nodriza le fueron delegadas en su totalidad. Hebra tuvo que ocuparse de la mayoría de los gremios, a ojos vista, como represalia o como sanción disciplinaria. Contrapunto asumió en cambio otros aspectos del rol de Nodriza,

hecho que parecía lo más adecuado a sabiendas de la fragilidad de Puntada, la más vieja. El rol de coordinadora demandaría demasiado de la añosa mujer. Hebra no dejaba de sentir que sus compañeras la observaban y le dejaban bien en claro su parecer respecto de la ejecución de Tres Dedos. A las hostilidades del día a día se sumaba un nuevo vigía, bastante más desagradable que Ojo Morado y, posiblemente, más peligroso. Un tipo callado, de mirada indescifrable, devotamente dedicado a observarla en cada detalle. Lo recordaba muy bien: era el que seguía de cerca al supremo rector y a su primer vigía.

El silente escrutinio de su acompañante se hacía palpable mientras Hebra esperaba que las curtidoras se dignasen a abrirle las puertas del condenado taller. Le quedaba bastante en claro que seguía bajo sospecha. El rectorado se le había revelado como lo que era: un símbolo del control sobre la península, un gran árbol negro regado con sangre de esclavos.

La puerta del taller se abrió. Una mujer con la nariz parcialmente amputada la miró desde el otro lado. Las marcas en la cara mostraban la repugnante erosión que le generaban los químicos usados en la curtiembre. Hebra debía hacer el relevo de los insumos y el recuento de la producción, además de censar a las integrantes del gremio. Pasó al taller, de ventanas recortadas en el muro. Aunque el aire entraba, el olor penetrante no salía. Buscó un sitio al lado de las ventanas para sentarse a hacer sus registros. El vigía no la siguió al interior del taller. La esclava expuso sus demandas:

–Precisaremos más sales de mercurio, lo mismo que arsénico. Precisamos, además, sales de iodo. Hay en el taller un total de veintisiete esclavas en actividad, pero el gremio está constituido por treinta y una curtidoras. Han ingresado cuatro mujeres y el número de raciones no ha aumentado.

–"¿Cuántas están enfermas?" –preguntó Hebra con gestos.

–Dos mujeres empezaron a desvariar desde que terminó el verano. Una está en cama, ya ni hablar puede. Otras dos siguen con tos, están febriles –respondió con cara de pocos amigos.

–"El número total de esclavas activas sobre esclavas vivas no justifica un aumento en la ración, todavía. Pero veré qué puedo hacer" –respondió la hilandera.

–Sabía que responderías eso. Qué poco te importa que estemos cagadas de hambre –la mujer se levantó con la cólera contenida. Dio media vuelta hacia la puerta del taller y la abrió de par en par.

–¡Vamos! ¡Vete, que no quieres estar aquí ni un minuto más, y no vas a hacer nada por nosotras! ¡Sal de aquí! –resoplaba al hablar, los huecos de la nariz parecían ensancharse cuando exhalaba.

–“Cierra la puerta. Aún debo terminar” –Hebra la miró, trató de no reaccionar ante su enojo–. “Llamarás la atención del vigía. Nos pondrás en peligro” –recordó a Lazada al ver que usaba sus palabras vueltas señas.

La mujer entró en razones, trataba de mantenerse bajo control. Entornó la puerta y bajó la vista. Afuera, el vigía les daba la espalda.

Con una velocidad asombrosa, Hebra confeccionaba en su telar las cifras reportadas. Poniéndose de pie fijó la vista en la mujer desfigurada, repasó los rostros de las otras. Cada una en su estación de trabajo curtía los cueros, los golpeaba, los sumergía en bateas llenas de un líquido oscuro y maloliente o extendía las piezas en enormes bastidores. Ninguna mujer estaba ilesa. Incluso, las cuatro recién llegadas mostraban algún signo de erosión en los ojos, la boca o la nariz.

–“Veré qué puedo hacer” –señó, mientras apoyó la mano en el hombro de la mujer con gesto de derrota.

Salió de nuevo a la calle. El vigía la esperaba; su mirada era hermética. Hebra caminó hacia su siguiente destino observando las arboledas, de ramas medio desnudas. Los pasos del hombre, unos metros atrás, iban al compás de los suyos. La joven hacía el ejercicio de imaginar que caminaba sola. Le gustaba esa época del ciclo en la que iba de un sitio a otro sin calor ni frío. Seguía dándole vueltas al poema de la pulsera, aunque se cuidaba de no pensar en esa clase de cosas. Tras haber conocido a Lazada, no sabía qué tipo de habilidades tendrían otros lugartenientes del rector o sus vigías más veteranos. La verdad era que comenzaba a echar en falta a la anciana, más allá de lo compleja que le resultaba. Aquella era la primera vez en su vida que era defendida de un ataque.

Imaginarse con un poder como el suyo le daba una esperanza ridícula, pero le ayudaba a sobrellevar la amargura de la pérdida de Tres Dedos. Se imaginaba a sí misma ajusticiando a los vigías quienes, a las claras, disfrutaban del sometimiento de los esclavos. Imaginaba que de alguna forma podía devolverles el golpe, que era capaz de defenderse con el mismo grado de violencia que ellos podían ejercer. Sin culpa, sin remordimiento. Conocer el pasado de lucha de los esclavos de la península también le generaba cierta ilusión. El poema de la pulsera hacía referencia a magras estrellas, esclavos que, como la curtidora, plantaban cara, pedían trato digno. Se preguntó cómo sería vivir en un reino sin esclavos. Crecer con historias de una reina escarlata que luchaba contra el rey Azabache le otorgaba esta habilidad plástica de modelar su realidad, de refugiarse en el mundo de sus propios ideales.

Se permitió pensar, ahora, que valía la pena desglosar el poema de

la pulsera, aunque más no fuera para alimentar esa habilidad que le evitaba hundirse en un pozo. Allí iba otra vez, pensando en lo que no debía. Imaginaba que las hojas secas se desprendían de los árboles para que el viento las arrastrase. Ser libres era todo cuanto les quedaba por hacer una vez que estaban en el aire.

41
Cuatro árboles

El magister más obstinado de Adem, Daro del Vado, miraba perplejo a Ava Roble. Seguía torturándose con la idea de que su pueblo iba a la guerra porque él no había podido intervenir antes en aquella sesión extraordinaria, y al blando de Samael Nogal le faltó coraje para interrumpir la impertinencia de Lobro Arrayán.

El alma se le cayó a los pies cuando le abrió la puerta a la tejedora joven. No podía creer que tuviera la audacia de presentarse en el magisterio sin anunciarse previamente. Sospechaba que esa mujer compartía un grado de complicidad con el portador del cetro y con quien movía sus hilos, el ahora comandante en jefe de los Adem Grull, Baradur Pinoverde.

–Buenos días, magister del Vado. Busco al magister Nogal. ¿Podría…? –Ava Roble no terminó de formular su petición?

–Me sorprende ingratamente verte por aquí, tejedora –cortó su pregunta en seco.

–No es usted a quien busco –contestó ella, asumiendo una postura defensiva.

–Lo sé, buscas algo mucho más sustancioso, tú y el idiota útil de Arrayán –arremetió del Vado.

–Puede creer lo que quiera. Pero ni Lobro Arrayán ni yo estamos urdiendo intrigas, ni usted tiene la autoridad para impedir que el pueblo de Adem vaya a pelear para recuperar a nuestra reina –la tejedora no iba a recoger el guante.

–Me cuesta creerlo, Ava Roble. ¿Cómo puedes desligarte de la inminente búsqueda de una sucesora? –el magister no iba a ceder.

–¿A qué se refiere, magister del Vado? –a la tejedora no le gustaba hacia dónde conducía la conversación.

–Eres de una de las cuatro familias de los árboles del Bosque Primo: los Tejo, los Sauco, los Cedro y los Roble. Pienso que ni siquiera era casual tu presencia en las audiencias de la mesa de tríada –del Vado le sostuvo la mirada.

–Su insinuación es ofensiva –ella no le iba a dar el gusto, pero su semblante se resquebrajaba.

–No es una insinuación. Espero equivocarme, pero cuando nuestras tropas vuelvan diezmadas y las familias nobles profundicen su crisis, estarás en la fila de pretendientes al trono ¿No es así? –la pregunta fue una lanza que alcanzó a la mujer.

–Usted es un imbécil. ¿Dónde está el magister Nogal? –lo había conseguido: la había quebrado.

–Camino a una reunión. No es asunto tuyo, otra tejedora está al tanto –el hombre hizo ademán de cerrar la puerta.

–Todo cuanto sucede en Adem es asunto de las tejedoras, magister… de todas las tejedoras –dijo, y se dio media vuelta.

Del Vado la vio alejarse furiosa, y admitía que lo disfrutaba. Podía entrever la intención de esa mujer, tan sedienta de poder como cualquier persona cercana a la corte, en particular una con un apellido noble. Los magísteres, encargados de administrar las leyes y aconsejar a la reina, no podían aspirar al privilegio de la corona por su condición de hombres. El linaje de Zura Adem fluctuaba entre las cuatro familias de Bosque Primo, el antiguo emplazamiento que fundaron los hijos de la Mano Roja y Rama Verde: ocho clanes, cuatro de los hijos de Adem y cuatro de los hijos de Bada, cuyo origen se atribuía a las primeras canciones.

Si de él dependiera, del Vado restituiría el linaje sin recaer en las rancias familias aristocráticas, con sus aires anticuados de feudales, tan desacostumbrados a tocar una herramienta, tan lejos de las responsabilidades sobre las que se fundaban sus privilegios. Pero no podía adelantarse de semejante manera a los hechos, no con una guerra en ciernes. Por desventurado que fuera su resultado, en realidad los magísteres de Adem no perdían nada. Vaticinar calamidades no le traería ningún beneficio tampoco, más allá de encolumnar tras de sí a quienes no estuviesen conformes con las decisiones tomadas. Samael Nogal se acercó a la puerta del despacho.

–Te oí discutir, ¿está todo bien, estimado Daro?

–Así es, viejo amigo. Sabes lo inoportuno que me resulta que interrumpan nuestros debates –del Vado minimizó el exabrupto.

–¿Has tenido noticias de alguna de nuestras diligencias? –preguntó Nogal.

–Aún las espero. He perdido contacto con el emisario destinado al reino Púrpura, lo mismo que con el del reino Índigo. El emisario del reino Verde no tendrá audiencia hasta acabado el invierno, cosa que no me agrada y tampoco comprendo, dado que recibieron el mensaje que fue entregado de forma urgente –deslizó del Vado, casi sin interés.

–Debemos prepararnos para el peor de los escenarios, Daro. Si no es posible recurrir a un concilio, reunir a las viejas familias, llamar a

la unión de todos los pueblos, no tendremos chances de superar esto solos –el apesadumbrado magister temía por las consecuencias de la batalla venidera.

–¿Es realmente necesario? ¿Crees, Samael, que las viejas familias puedan aportarnos ideas nuevas? –la pregunta era puramente retórica– No esperemos frutos frescos de cuatro árboles decadentes.

El magister tenía una idea bastante clara de qué hacer una vez que el polvo se asentase en el campo de batalla.

42
Casualidades

Se sentía una tonta, una niña que manchaba con barro su vestido nuevo. Daro del Vado le daba poco menos que un portazo en la cara y le impedía comunicarse con Sameal Nogal, el único magister a quien confiaría su hallazgo. Una casualidad la ponía en posesión de un hallazgo de incalculable valor, allí mismo en la casa de las tejedoras pero, de momento, el impertinente de del Vado la dejaba sin opciones.

Ava Roble salió del edificio del magisterio. La plaza la recibió con una brisa fría que le alborotaba la estola color bermellón. Ninguna de sus colegas le había comentado que tuviera una reunión con el magister. Era muy claro que del Vado trataba de sacársela de encima. Comenzaba a detestarlo. Odiaba la idea de que la vincularan con el portador de cetro de esa manera, como si tratasen de engañar a alguien, como si fuesen dos conspiradores. Ese estirado no sabía nada de ella, no sabía nada de su familia.

No tenía miedo de enfrentarse a nadie, pero tampoco pensaba hacerlo, no aún, al menos. Pero si ese hombre ya le generaba antipatía, ahora acababa de darle mayores motivos para ser cauta. La desazón generalizada en que se sumía Adem se instalaba en el seno mismo de la casa de las Altas Tejedoras. La organización que las nucleaba atravesaba sus peores días. Tejedoras de todo el reino elevaban tapices con estadísticas ruinosas: aquel era, sin dudas, el peor año del que constara registro, y eso era decir; constaban registros de casi todos los años de Adem. Se había visto hambre, se habían visto incendios, se había visto enfermedad, pero nunca todo a la vez, nunca a esa escala.

Las mujeres buscaban en sus registros cualquier dato que les sirviera de asidero para llevar al pueblo a una salida airosa entre todo ese desastre. Toparse con ese tapiz viejo y raído oculto en un desván de la casa de las Tejedoras en aquel momento de desesperanza no tenía, en realidad, nada de casual; era como una brisa fresca, como la que le volvía a desacomodar la estola. Por suerte llevaba su trenza bien armada. Desenredar su cabello al final del día sería demasiado trabajoso.

Ava se sentó en la plaza. Tenía que ser paciente. Todo cuanto necesitaba hacer era esperar al momento oportuno. Quizá Lobro

Arrayán podría ayudarla, pero a la luz de las acusaciones del petulante magister, la información en manos equivocadas podría perder propósito. Baradur Pinoverde no le despertaba más confianza que del Vado. Cualquier persona que se aprovechase de una situación crítica para acopiar poder debía ser vigilada de cerca, aunque mal no fuera por el magister más obstinado de todos.

–Ava Roble, tu estola llegará volando al Adem Thrin o tu trenza se congelará en el aire, no sé qué sucederá primero –la profunda voz del Hierofante le sacudió el frío.

–¡Excelencia! –sobresaltada y risueña a la vez, lo saludó con bastante alivio.

–¿Qué estás esperando en medio de esta plaza que no puedas esperar con una taza de té en el templo? –el hombre más cercano a la Mano Roja le ofrecía una alternativa con la que no contaba.

–Posiblemente lo esperaba a usted –la tejedora constató que no existían las casualidades.

43
El guía

–¡Tú eres el malnacido! ¡Lacra! –vociferaba Lerón del Sándalo mientras cuatro hombres lo retenían.

–Fuiste con tres hombres. ¡Tres! ¿Dónde están? –contestó Lobro Arrayán desde el suelo, limpiándose la sangre de le nariz.

Baradur Pinoverde y otros tres soldados apenas contenían al descomunal hombre. El carpintero resopló:

–¡Ve y búscalos tú! O quédate aquí jugando al soldadito. Me da lo mismo.

–Cálmate, carpintero, o te calmarán en el calabozo –el comandante en jefe de los Adem Grull impuso su autoridad levantando apenas la voz.

–Ya se los he dicho, no sé qué nos atacó. Ese lugar es muy desconcertante, la niebla apenas deja ver. Ya nada es como lo recuerdo desde que la torre se levantó –el hombre perdía la paciencia, pero no mentía.

–Es bastante simple, Lerón del Sándalo. O los atacó una bestia enorme tan veloz que no llegaste a ver y no puedes recordar, o te cargaste a los hombres en el maldito pantano… porque estás chiflado –el portador del cetro se levantó del suelo. Le dolía más el orgullo que la cara.

El aire se cortaba con cuchillo. Baradur Pinoverde le soltó el brazo. No llegaba a ver la armadura del hombre, dado que estaba cubierta por la capa. Tenía bastante sentido que hubiera sido el único que volvió con vida de la expedición si, después de todo, era el mejor equipado.

Pinoverde no salía de su asombro:

–Has presentado armas en representación de la casa de los Sauco. Eres fuerte, carpintero, de eso no hay dudas. Pero explícanos cómo sobreviviste al ataque de un artrópodo.

–No sé de qué aserrines hablas, comandante. No sé qué diantres es un artrópodo, sí sé que en ese condenado pantano habitaban arañas. Lo que nos atacó no estaba solo, y las arañas difícilmente se andan en grupo –Lerón aún trataba de responderse ese interrogante. Podía

afirmar que las bestias del pantano no eran arañas, pero desconocía qué tipo de creaturas eran sus atacantes.

–Es una criatura no muy distinta de una araña, de mayor tamaño, pero sin veneno, y sí atacan en grupo… ¿Viene al caso? –Lobro sentía que hablaba de más.

El portador del cetro entró en razones. No hacía mucho tiempo era él quien estaba en lugar del carpintero, respondiendo preguntas imposibles, rearmando una situación ilógica para sus interrogadores. Respiró profundo.

–Te estoy hablando como un cretino, Lerón del Sándalo. Pero necesitamos que nos expliques con precisión qué fue lo que mató al resto de los hombres. En pocos días, todo lo que queda de Adem entrará a ese mismo pantano para buscar a nuestra reina –era todo lo franco que podía con un hombre que quedaba en desventaja delante de la autoridad.

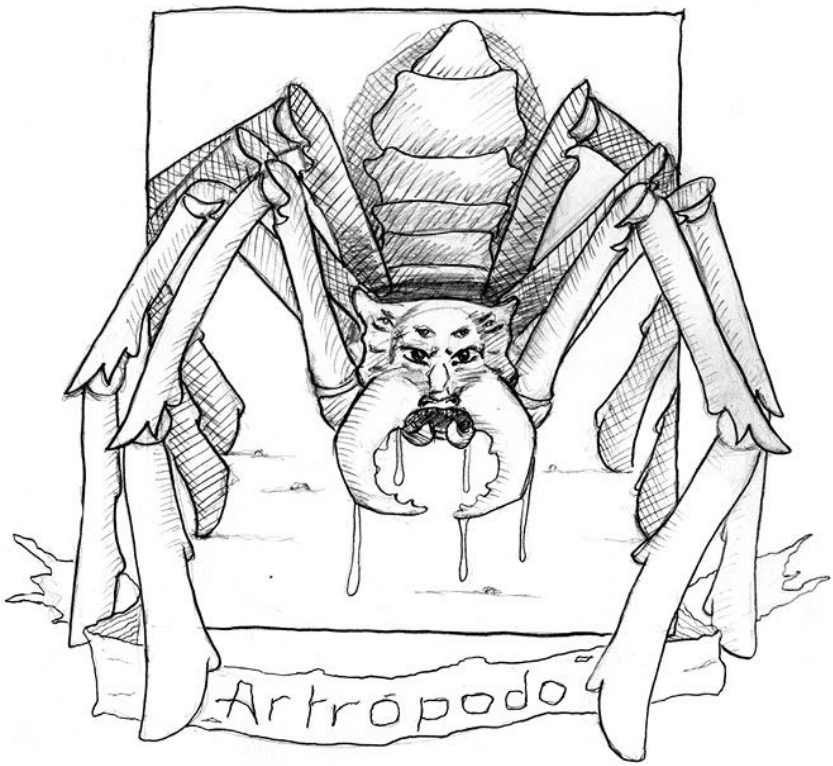
–Y se taparán hasta el cuello con mierda.

El carpintero se alejó un paso de los hombres que lo rodeaban. Se retiró con cautela la capa que lo tapaba. Su deformada espalda quedó expuesta, las costras rebasaban los límites del vendaje, se amalgamaban con él. La corteza que crecía sobre su piel comenzaba a extenderse por el brazo derecho y por el cuello. Los hombres de alrededor se alejaron. Oyó los murmullos, vio los ojos desorbitados.

–Cada vez que he entrado a ese pantano he salido menos hombre y más bestia. Los va a tapar la mierda, soldadito. Hagan lo que hagan. Esto va más allá de ti, o de usted, comandante.

Los soldados no terminaban de asimilar lo que estaban viendo.

–Muchacho, no tienes buen aspecto… no deberías estar aquí –Baradur Pinoverde no encontraba palabras para describir el grotesco aspecto del carpintero. No se le venía a la cabeza condición alguna que pudiera explicar aquello, pero ningún hombre podía tener esas lesiones y seguir caminando, a menos que estuviera maldito.



Grabado extraído del Bestiario de Tebeth.

44
Los guardianes dorados del monarca

Los hombres apiñados en el salón Azul se contaban de a cientos. La gresca escalaba niveles, una auténtica revuelta tomaba el palacio Índigo. El niño monarca era el símbolo de un orden social que costaba demasiado caro al pueblo. Una gesta que nacía en las minas encontraba apoyo en algunos aristócratas hartos del mandato Hakim Azrag. Jos Betayerro tomó ventaja del caos que generaban los disconformes y se revelaba como el hábil predador que tejía la red de telarañas. Hasta allí lo habían llevado sus insurrectos, él se había encargado de organizarlos. Ya nadie quería contemplar el vacío y obtener vacío como respuesta. Ya nadie quería resignarse a vivir con migajas mientras los alquimistas derrochaban oro para fabricarle escarbadientes al niño que jugaba con la suerte de los desposeídos.

La turba furiosa se colaba entre los cangrejos autómatas y traspasaba las puertas del recinto. Una buena parte de los Azrag Gallur la acompañaba. El jefe de armas los arengaba desde lejos, sin mancharse las manos. Pisoteaban los cadáveres del séquito del monarca. La gracia ya no se contemplaba. La gracia se poseía, se arrebataba de manos muertas, si era necesario.

El recinto del monarca los recibía: cuatro figuras de oro ocupaban el centro de la estancia rodeada de balcones. Quienquiera que los hubiera visto antes sabría que eran los guardianes del Zureij Azrag, pero los gorilas se veían sensiblemente diferentes. Sus proporciones eran enteramente humanas. Las placas doradas estaban reorganizadas de tal manera que parecía que cuatro armaduras montadas de pie plantaban cara a los invasores. Una modesta formación fuertemente armada, sí, pero claramente en desventaja por su número.

Cuatro máscaras devolvieron la mirada a más de un centenar de insurrectos. Cuatro expresiones diferentes, una más intimidante que la otra, se presentaban impávidas. Con un grito uniforme, adoptaron posición de lucha. Jos Betayerro se abrió paso entre la turba. Le intrigaba saber qué detenía a sus hombres. El jefe de armas daba una orden solapada:

–¿Están esperando que los ataquen en primer lugar?

Los insurrectos se lanzaron contra las cuatro figuras. Dos de los guardianes dorados tomaron la delantera, moviéndose a una velocidad

extraordinaria. La comitiva que los atacaba en la vanguardia trataba de abordarlos, pero con movimientos de mecánica eficacia rechazaban los espadazos y contraatacaban con una precisión imposible. Llegaron a vislumbrar destellos metálicos aquí y allá. Si esas figuras estaban tripuladas o no, era un misterio. El jefe de armas perdió la compostura:

–¡Busquen al niño! Destruyan a estos monigotes.

Esos autómatas deberían estar desactivados o peleando para él. La escuadra cerraba la formación, los dos delanteros desplegaron sus brazos, sacudiéndolos con aplomo, de tal manera que de las palmas de sus manos descendieron hojas metálicas. Los dos de atrás se aproximaron, uno tenía un pequeño cilindro entre sus manos. Parecía que trataba de desarmar un juego de ingenio, pero rápidamente lo arrojó por encima de la cabeza de todos, en dirección a la puerta de ingreso. Lejos de amedrentarse, los insurrectos se abalanzaron sobre los autómatas.

Jos Betayerro reconoció el arma arrojadiza. Le pareció imposible, pero tenía mucho sentido que Jalil Grisplata hubiera alcanzado al muchacho antes que él y que estuviera usando a sus autómatas como lo que en realidad eran, la última barrera de defensa del niño monarca. Evidentemente, dos de esos autómatas eran, en realidad, el mayor orfebre y el niño. Lo que cayó entre las filas de los insurrectos era un cilindro maestro. Al golpear el piso se fragmentó. La reacción fue instantánea.

–¡Fuego! –gritaron los hombres detrás de él.

El alborotado griterío anunciaba el horror. Un remolino de chispas y llamas verdes se alzaba en medio de la turba y prendió fuego a sus ropas tan repentinamente que la naturaleza mágica del arma quedó en evidencia.

–Azrag Gallur, pongan fin a esta fantochada ¡La gracia se posee! –el jefe de armas estaba mucho más allá de la moral.

45
Dónde iba, no lo sabía

Los pies marchaban, ella los seguía. Eran corceles briosos, eran liebres huyendo de lobos, eran alas de águila, eran llamas, eran nómades de ropajes pardos, eran martillos templando metales. Sus pies eran todos los niños que se esconden debajo de una cama cuando el miedo reteje sombras. Iban solos, y ella se limitaba a seguirlos.

Zura Adem Inna corría desesperadamente entre los pasadizos de la Fortaleza del Olvido. No sabía hacia dónde iba, tampoco de dónde venía. Sabía que no podía quedarse quieta, sabía que la muerte podía volverse carne y la carne nueva, ni muerta ni viva, quería castigar a sus hijos, a todos los hijos de los Zigra Mellur.

Había una vez un cetro, y el cetro irradiaba luz, y la luz la podía defender. Pero se la dejó a los más débiles. Había una vez un soldado, pero el soldado estaba desmayado, y solo si la gracia le sonriera se acordaría de ella. Había una vez un orfebre y armaba máquinas hermosas y era sabio de verdad y le enseñaba que la sombra sobre el camino la hace uno mismo. Había una vez un carpintero que lloraba como un niño atrapado dentro de un árbol, porque el amor no golpeaba a su puerta. Había una vez un rey color azabache, y había esclavos en su tierra, y de la tierra negra venían raíces que tosían sangre y que brotaban en el desierto Rojo.

Inna corría. Corría porque no podía dejar de hacerlo, porque la muerte tenía alas y prefería revolotear alrededor suyo y reírse a carcajadas de su inmunda suerte. Corría porque el llanto de su pueblo la perseguía y, escaleras arriba o escaleras abajo, correr es lo mejor que se puede hacer si, al final de cuentas, no es posible acercarse a secarle las lágrimas.

A dónde iba, no lo sabía. De dónde venía, no lo recordaba. Un maleficio con la forma de una vieja bestia mítica armaba rimas con voz de clavicordio, y le recordaba cosas que se le olvidaban a los segundos. Le quedaba, sí, el gusto de cenizas en la boca. La sed. El hambre y la sed.

Pasillos anchos como una caverna daban paso a pasajes angostos. Ángulos cerrados, giros del destino. Estalagmitas hechas de sus lágrimas. Tortura, olvido y tortura de nuevo. Volvía en sí, se iba del mundo. Cada vez tenía menos fuerza.

El piso de roca desnuda recibía cada uno de sus tropiezos. Una esfinge que deambulaba atrás de ella se hacía la indiferente, pero moría de ganas de alcanzarla. El piso dejaba de ser piedra impiadosa. Las hojarascas se le colaban entre las botas descosidas.

Zura Adem Inna se abría paso hacia un agujero disimulado entre tanta hiedra. Se hundía en hojas negras. Abrazaba una capa roja que no sabía de quién era. La capa escarlata, la habían hecho unas mujeres para ella.

A dónde iba, no lo sabía, y ya no tenía fuerzas para seguir. De dónde venía, no lo recordaba, y apenas diferenciaba si estaba despierta o si soñaba.

46
Bruma

El crepúsculo entintaba el cielo frío, y un manto púrpura se extendía sobre la Península Negra. A esa hora en la que todos los esclavos apuraban sus tareas, Hebra también entraba en la vorágine. No necesitaba que nadie le recordara sus asuntos pendientes, pero debía terminar su balance global y presentar ante el supremo rector un informe detallado de la actividad de los gremios que administraba para dentro de cuatro semanas.

Las asperezas en el gremio de las Hilanderas continuaban, y era evidente la necesidad de nueva mano de obra. Aunque sería un palo en la rueda incorporar aprendices a esa altura del ciclo porque sería impracticable transmitir el oficio a las recién llegadas y, a su vez, terminar los balances. Recordar el asunto le generaba una creciente angustia. Todavía no se había designado quién de ellas ayudaría a la calladora en el procedimiento empleado para cortar las cuerdas vocales de las aspirantes a hilanderas. Hebra volvía a Norte del Peñón a lomo de yegua, debía llegar al rectorado para finalizar sus tapices. Su vigía estaba bastante cerca, había llegado a oír el mote con el que lo llamaban sus colegas: le decían el Hosco. No obstante, le generaba más curiosidad saber cómo llamaban al animal que la transportaba.

Tras dejar su montura en la caballeriza, entró en el ala del rectorado que hacía las veces de barraca y taller del gremio. Sus colegas estaban esperándola, detuvieron todas sus gesticulaciones al verla ingresar al estar.

–"¿Dónde estabas? Se nos acaba el tiempo y aún necesitamos tus balances. No voy a quedar mal parada ante el rector por tu culpa" –demandó Contrapunto con mirada acuciante.

–"No es mi culpa estar a cargo de más gremios que el resto de ustedes. Tú asignaste los roles" –le respondió Hebra con serenidad. No les diría nada acerca de cómo consiguió raciones adicionales para las Curtidoras.

La dirigente puso los ojos en blanco. El nuevo custodio entró a la estancia. Por disposición del primer vigía, debía permanecer observando al grupo por tiempo indeterminado.

–"Pero hay otras cosas que sí son culpa tuya" –deslizó Doble

Nudo.

–“Extraño a Tres Dedos tanto como ustedes… ¿No ven que todas perdimos?” –contestó Hebra.

Algunas miraban de reojo al vigía. Claramente, su presencia limitaba el diálogo entre las mujeres.

–“Tú eres la que no ve, eres la que nunca vio. Eras la protegida de Nodriza y ahora aquí estas, sin reconocer que su estupidez era peligrosa… Y te das el lujo de ser igual de estúpida” –sostuvo Contrapunto mientras miraba a Hebra y señaba con énfasis. La dirigente zanjó la discusión:

–“Trabajen en sus telares. Fin de la charla”.

Hebra no iba a replicar, tomaba asiento delante del bastidor de su telar. Pensaba que Contrapunto tenía motivos para pensar de esa forma. Lo dicho por la mujer tenía cierta lógica: a la luz de los hechos, los esclavos no iban a dejar de estar sometidos al régimen. No lo harían sin apoyo, sin contar con respaldo para el enorme riesgo que deberían tomar.

Al observar los telares, Hebra concluyó que las bajas en la producción global de cada gremio obedecían a factores externos: a hambrunas que llevaban a enfermedades, como la bendita tos granate, a pérdidas de insumos y de tiempo en los procesos de producción que conducían a enlentecer la actividad de otros gremios. Sus compañeras enajenadas se enfocaban solo en los tapices que tenían por delante, en las seguidillas de nudos y los diversos tonos de gris. Vistos desde lejos daban una idea de cómo las tareas de los esclavos perdían dimensión en una monótona trama repetida.

Repensaba los motivos de las bajas de productividad, los causantes de la ineficiencia. A esto se sumaba la inexplicable desaparición de más de la mitad de los bienes producidos. Todo intento de mejora, todo reclamo caía en saco roto a la hora de elevar al rectorado las causas de la ineficacia. El rol de quien inspeccionaba los telares era presentar un balance global que explicara detalladamente la capacidad de trabajo y el potencial productivo de los esclavos, que se contraponía a la ineficiencia con la que eran administrados. El problema no era un mal relevo de datos estadísticos sino la falta de respuesta a demandas puntuales y generales. Al régimen no le interesaba que sus esclavos trabajasen mejor, sino que lo hicieran sin levantar la cabeza y sin enterarse de qué ocurría en el gremio de al lado. El objetivo era mantenerlos atados a la ignorancia, sumisos y sometidos, sin conocer el verdadero alcance de sus brazos o la verdadera velocidad de sus piernas, sin pararse a razonar cuán innecesaria era esa estructura de control en torno a ellos. Hebra estaba convencida de que Nodriza conocía en detalle el potencial de los

esclavos y su real fuerza. No era estúpida. Estaba tan sometida como el resto a vivir bajo el yugo de un rector dispuesto a matar a quien cuestionara su autoridad. Ella y toda su camada fueron castigadas con el silencio impuesto solo porque representaban una amenaza.

Hebra se preguntaba por qué no había decidido simplemente matarlas, qué podía llevarlo a mantener algo tan peligroso. Y la respuesta se dibujaba vagamente en su cabeza mientras tejía su telar: ellas eran un ejemplo de lo que le sucedía a los que hablaban pero, también, un ejemplo de los beneficios que traía acatar las órdenes. Además, eran una fuente de información tan sensible como lo eran sus tapices. Las esclavas hilanderas constituían un elemento tan necesario para infundir respeto al régimen como la fuerza de los vigías y tan necesario como el miedo para alimentar al Corazón Negro. Todo cuanto quedaba de la doctrina de Qalb Kelij era el rector. Él y su rectorado no eran más que remanentes del culto. El Corazón Negro latía por el miedo que infundía en sus sometidos y el poder que otorgaba a sus amos. Las mantenía vivas y en la primera línea de su vigilancia porque se sabía capaz de someterlas y, a su vez, de usar sus hilos grises para bajar línea a los demás esclavos.

Todo ese poder resultaba de su silencio. Muy lentamente Hebra llegó a dimensionarlo. Todo ese poder se rompería si hablaba a los gritos, si verdaderamente lograba que la oyeran. El silencio ya no podía ser su refugio.

El vigía levantó la vista. La observó con aplomo, los ojos entornados. Consciente del gesto, Hebra bajó la mirada y continuó moviendo los dedos, confeccionando su tejido. Trató de desviar sus pensamientos hacia otra cosa. ¿Cómo podía hacer Lazada para no sentir miedo ante esos enormes hombres con espadas? Vio cómo el vigía se acercaba discretamente a ella, con la cabeza ladeada. Hebra pensó en otra cosa, pensó en las hojas secas arrastradas por el viento. Pensó en las Curtidoras y el olor acre del taller. Pensó en la puerta abierta, en los hoyos resoplantes de su nariz parcialmente amputada. Ponía cualquier pensamiento en su mente. El hombre se acercó aún más. Pensó en los muros grises del taller, en el tenue dibujo que pasaba inadvertido a primera vista pero, en el recuerdo, aparecía claro: una gastada forma de cinco puntas, una magra estrella en un muro junto a una puerta.

Lo entendía tarde, pero lo entendía al fin. Ese vigía entraba en su mente y observaba sus pensamientos. El hombre la miraba fijo. Levantó apenas el labio superior, dejando a la vista unos dientes extrañamente blancos. Caminó hacia ella.

Hebra se puso de pie.

–“Tú eres la que no ve” –señó con desesperación con la mirada

clavada en la de Contrapunto–“Somos más fuertes que ellos. La Nodriza lo sabía. Está delante de tus ojos, ¡y no lo ves!”.

El vigía la tomó de los brazos, la cargó sobre uno de sus hombros y se alejaba del resto. Sus compañeras entraron en pánico. Hebra vio que se paraban mientras Contrapunto las retenía.

–“Tú no ves que nosotras solo perdemos” –respondió la responsable de las hilanderas, con los ojos brillosos, estacada al piso, entre la ira y el miedo.

Una bruma obnubiló su mente, una repentina pesadez le bajó los párpados. Su cuerpo estaba suspendido en andas, a hombros del vigía más peligroso del régimen.

47
Retirada

Zuereij Azrag Edriel no se iba a dejar dominar por el miedo. No iba a permitir que una emoción tan básica lo alejara de la enseñanza de Hakim Azrag, no en una hora tan crítica. El monarca recordaba el mito en el que el Zigra más sabio de todos se dejaba secuestrar por las moles de las montañas para robarles el tesoro de los metales.

Se vio a sí mismo como el sabio Índigo: rodeado de enemigos, en una situación de inferioridad, pero apuntando a un bien mayor a pesar de la circunstancia adversa. Podía ceder su trono, pero no cedería su autoridad. Por más condicionado que se viera, no podía ser desplazado. Él representaba un linaje divino, su pueblo lo necesitaba.

El mayor orfebre le había entregado un cilindro con llamas perennes con alma de plata. Sabía que eso le daría tiempo para idear algún plan de ataque. Cubierto como estaba por una coraza dorada, se sentía seguro. Al protegerlo, el manco guardián dorado cumplía su finalidad. Jalil Grisplata había diseñado un prodigio. Sus autómatas no solo podían dar pelea sino, además, montarse sobre su cuerpo y proveerle arma y armadura. Centenares de civiles rebeldes irrumpían en su palacio. Aquella era la primera vez que el monarca veía a tantas personas congregadas provenientes de fuera de los muros entre los que creció. El mayor de los golpes, más allá de la muerte de todos y cada uno de los integrantes de su séquito, era una sublevación a semejante escala.

El niño monarca quería utilizar su decepción, convertirla de alguna manera en ira, no quería quedarse anclado en el salón del Trono. El orfebre tomó su cilindro, lo activó y lo arrojó contra los insurrectos. Entre la turba congregada, en el centro de su morada se alzaron llamas verdes en un remolino incontenible. El niño sentía que los atacantes merecían cualquier calamidad que cayera sobre sus cabezas. Miró al hombre que estaba a su lado. En sus armaduras se veían casi iguales, aunque la suya tenía más espacio para los mecanismos internos. Desconocía si el orfebre tenía algún plan. La formación de los Azrag Gallur se cerraba sobre ellos mientras Jos Betayerro ordenaba a sus hombres iniciar el ataque. Todo ocurría a una velocidad alterada, al ritmo de su corazón que palpitaba con fuerza y martilleaba su garganta y sus sienes.

Los autómatas que estaban en la delantera desplegaron sus armas. Las llamas crecieron delante de sus ojos. Un torbellino de fuego se elevó hacia el techo mientras los sublevados ardían. Unos cuantos se lanzaron al ataque, pero la contra ofensiva de los guardianes era implacable. Los Azrag Gallur se abrían paso entre la turba. Solo ellos podrían resistir los embates.

Cada autómata peleaba contra dos soldados a la vez. El caótico espectáculo tenía absorto al monarca. Jalil Grisplata lo tomó del brazo. El niño no llegaba a ver qué hacía, pero sentía que el orfebre manipulaba la parte trasera de su armadura. Gritó desconcertado:

–¿Qué haces, Jalil?

De un segundo a otro, la coraza que lo protegía comenzó a vibrar. Su cuerpo giró sobre sí mismo. Se vio sacudido por la armadura que se movía por sí sola y que lo hacía correr a toda velocidad hacia los balcones. Llegó al borde y saltó. Reptó por las balaustradas hacia los muros exteriores. Hundió su mano contra la mampostería y, abriendo un surco en la pared, refrenó su descenso.

Gritó. Vociferó todos los improperios que conocía. Apenas tocó el suelo escarpado de la montaña, continuó corriendo en dirección al valle del Sabio. El autómata seguiría su curso programado. El niño monarca se retiraba del combate en contra de su voluntad.

48
El tapiz raído

La tejedora tomó la taza entre sus dos manos. El Hierofante de Ganna Adem apenas podía disimular su asombro.

–Es necesario examinarlo en detalle, pero lo explica de forma bastante clara. Usa el nombre de Kurum Ur Kali, no el de Torre Negra o Fortaleza del Olvido. Es la denominación antigua. Lo sabía, pero no tenía evidencia –le decía ella enfáticamente

–No hablamos de una falsificación, ¿verdad? ¿Es real? –inquirió el sacerdote.

–Excelencia, es un tapiz auténtico. Probablemente, uno de los más antiguos que tenemos, producido entre la baja Edad del Mito y la Guerra de los Seis Hermanos –el período de tiempo del que hablaba abarcaba unos quinientos años–. Desarrolla el origen de la Torre y la Bestia del Olvido, habla de los brujos disidentes y de los magos arcanos. Pero, sobre todo, habla de cómo hacerles frente.

–¿Y me dices que lo tienen en la casa de las tejedoras? ¿Estuvo allí todo este tiempo?

–Eso no lo sé. Muchos de los tapices llegan a nosotras de manos de viajeros. Algunos son heredados, otros son confeccionados por nuestras hermanas en todo el reino. Existe un registro, pero es inexacto. Los tapices sencillamente ocupan demasiado espacio, se los mueve continuamente. Este es uno de los motivos por el que pensamos llevar un inventario más práctico –explicó la mujer.

El sacerdote estaba sorprendido.

–¿No han tomado precauciones con uno tan antiguo?

–Yo no diría tanto. Estaba preservado entre láminas de cáñamo y, a su vez, guardado en un cofre. Lo raro es que haya pasado inadvertido tanto tiempo. Grana, nuestra directora, no recordaba nada acerca de él –observó con gravedad.

–¿Grana Olmos? ¿Aún vive? – preguntó extrañado.

–Pues sí –Ava daba por natural un hecho vital: el sol salía por el este y Grana Olmos había nacido vieja.

El Hierofante de Adem apenas podía creerlo.

–Ya debe haber pasado de los cien años.

–Ciento siete –remarcó la mujer.

El Hierofante largó una sonora carcajada. Su risa dorada contagió a la tejedora.

–Necesitaba reír. Esto… pensar en una guerra… es difícil. Lo único que podemos hacer para ayudar es rebuscar entre nuestros viejos baúles. Apenas podemos aportar algo en esta época de tanto caos –Ava volvió a su tono lóbrego.

–Aportan mucho, Ava. El tapiz habla de Magos Arcanos, posiblemente pueda obtener algo de utilidad… Los Brujos disidentes fueron una temible amenaza para Zurem Ur Mellur en el pasado, la magia arcana permitió hacerles frente seguramente eso es lo que expliquen… ¿será que pueda ver ese tapiz?– la mujer esperaba que el sacerdote hiciera esa pregunta.

–Nuestra directora estará encantada de recibirlo, Excelencia. El tapiz no puede abandonar el edificio de nuestra casa.

Ava Roble no lo sabía, pero el Hierofante de Ganna Adem necesitaba de ese antiguo tapiz para dar sentido a toda su investigación. No tenían tiempo por perder.

49
Repliega y resguarda

Le ardían los ojos, no estaba del todo despierta. Se había dormido llorando. Hebra no podía creer su propia ingenuidad, su nivel de negligencia. Ahora se fallaba a sí misma. Esta vez, al menos, su error no recaería sobre nadie más. Miraba al resplandor que se colaba por debajo de la rendija de la puerta. Se encontraba recluida en los conocidos calabozos del rectorado, bastante cerca de sus compañeras. Solo le habían servido agua tres veces, por lo que asumía que llevaba allí tres días. El hambre ya se había vuelto una sensación constante. Comenzaba a acostumbrarse.

Si no pensaba, las cosas eran más fáciles de sobrellevar. Si no cargaba su mente con las imágenes de Tres Dedos dando sus últimas bocanadas, arrodillada frente a ella; si mantenía lejos de su cabeza a los pescadores colgados, sacudiendo sus cuerpos en espasmos, orinándose, pateando al aire; si imaginaba hojas secas en vez de la pila de costureras muertas por la tos granate en ese ciclo, en definitiva, si su mente no se volvía su enemiga, podía llevar el encierro con cierta entereza.

Debía enfocarse en eso, replegarse, resguardarse. Si llegase a salir de allí, ya nada la mantendría callada. Pero ese no era el momento de revelarse. No estaría bien. No permitiría que las últimas personas que la oyesen hablar fuesen los vigías. De nuevo, caía en la trampa. No debía pensar en eso. No debía revelar su secreto. En esas instancias, su voz era lo único que poseía. Si el vigía que espiaba su mente la resguardaba desde el otro lado, ya le habría dado lo que necesitaba. No iba a perder. No le iba a regalar su voz a nadie. Repetía mentalmente el poema de la pulsera como un mantra, un rezo. Solo eso la aliviaba. Ni siquiera una habilidad como la de Lazada era de alguna utilidad en un calabozo tan minúsculo como aquel.

Recordó la sangre a borbotones saliendo de una herida en el cuello de su amiga. Porque, en definitiva, era su amiga. Había conseguido que su amiga muriera desangrada, degollada como ganado. Se le daba muy bien generar sufrimiento, incluso a las curtidoras, quienes tenían que vérselas cara a cara con el hambre. A lo mejor no estaba mal que ella estuviera allí, conociendo al hambre tan bien. A lo mejor se lo merecía, y todo. Se rompía de nuevo, más

temprano que el día anterior, y comenzó a llorar. Esta vez, sin silencios. Esta vez, con sollozos. Esta vez, lloraba por todos. Lloraba por los pescadores que habían muerto por seguirla, sin saber que no iba a calmarles el hambre. Lloraba por la Nodriza que había muerto sin ver a nadie libre. Lloraba por su amiga muerta sin motivo. Lloraba por la niña con la boca tapada por una mano mugrienta que fue. Lloraba por todas las niñas que pasaron algo peor que ella, y morían en el intento de llegar a ser Hilandera. Morían esclavas y sin opciones, morían sin nombre. Lloraba con ganas de gritar.

Era consciente de que, por primera vez, se permitía llorar. Dejaba que las lágrimas fueran río, imaginaba que el río llegaba al mar. El mar la acercaba a lugares menos lúgubres, se llevaba recuerdos tristes, se llevaba la culpa. El mar la había acercado hasta Lazada y, para bien o para mal, ya no podía verse de la misma manera. Ganaba consciencia de lo indigna que era su vida hasta ese momento, a pesar de los privilegios con los que contaba. Lazada le contaba acerca de los horrores vividos en carne propia. Le hablaba de lo caro que les había salido aspirar a otra realidad. Le mostraba la valía de las hilanderas.

–"Existe un entramado" –le confió en sus días en la Cuenca del Pirata– "un entramado que une a la Península de los condenados con los libres del continente. Un entramado que enreda a los nacidos de los Fiordos Púrpura y los entrelaza con los Mineros del Reino Índigo".

El recuerdo la asaltaba en ese momento de claridad en una celda oscura. –"La trama del telar está por encima de todos, abrazándolos sin que lo sepan" –le decía. –"Son secretos a voces, que pocos valientes se atreven a escuchar, y aún menos son capaces de repetir".

Ahora que no podía ver nada más se daba cuenta, lo veía claro. La mujer le infundía valor desde su memoria. Le palpitaba el corazón a otro ritmo, con una nueva cadencia. Allí donde estaba, estaba en paz. Ahora veía. Sentía una luz que provenía desde adentro, de un lugar muy lejano. Era un completo misterio. Intuía que una parte de esa luz era suya, pero una gran parte era prestada. Era la luz de vidas apagadas en ese sitio, la del valor de los que renunciaban a esa vida de miserias y sucumbían en los calabozos. O, quizás, era una luz que provenía mucho más allá de ellos. Ahora su corazón estaba tranquilo. El llanto le había arrastrado la pena, y la paz le aclaraba la mente. Así se quedaba: respirando sola, llena de su propia luz.

La puerta del calabozo se abrió delante de ella, en el momento oportuno. La luz de las antorchas que venía desde afuera no era ni la décima parte de lo intensa que era la que vislumbraba dentro de ella. No importaba qué viniera más adelante, ya no tenía miedo. Aun así, no hablaría. Todavía no era la hora de hacerlo.

Su vigía se asomó por el hueco de la puerta. La miró con

extrañeza.

–Sigues viva –entró con cautela.

El hombre siguió mirándola fijo. Hebra sintió un calor en las sienes. Era la misma sensación que se tiene luego de haber estado varias horas al sol. El vigía desvió la mirada hacia afuera. El calor cesaba.

–¡Rata! ¡Bloquea la puerta! –Hebra demoró en discernir que le hablaba a otro de los vigías. Sus apodos le sonaban chocantes.

El Hosco se retiró mirándola de reojo.

50
Consejo de Guerra

El soldado cavilaba a metros del Hierofante de Ganna Adem, pensando con mucho aplomo cuál sería su siguiente paso. Baradur Pinoverde lo había instruido bien. La estrategia que el comandante planteaba preveía una serie de alternativas ante las posibles contingencias. Sin mayor conocimiento sobre el campo de batalla que el aportado por Lerón del Sándalo, debían confiar en él.

El carpintero resultó útil a la hora de explorar el pantano, la verdad sea dicha, aunque no se convencía de la fidelidad del relato: el hombre parecía exagerar respecto de ciertos detalles como el tamaño de las creaturas que describía. Se lo veía notoriamente alterado, tal vez por el miedo a aquello que viera en Thrin-Nar ur Kali. Una revisión al Bestiario de Tebeth le brindaba una idea de qué clase de monstruos podrían defender el territorio en torno a la Torre Negra. Esto, sumado a los datos del terreno le permitía urdir un abanico de planteos de defensa y contraataque. Ciertamente no tenía miedo pero, aun así, su corazón albergaba dudas.

–Es bastante simple, muchacho. La idea es subdividir el pelotón en escuadras, cerrar un frente y armar dos flancos de infantería, respaldar la retaguarda con caballería y, a su vez, mantener los arqueros como un volante –Pinoverde redondeaba su idea.

Sentado en la esquina opuesta de la mesa, Lobro escuchaba algo distraído. El libro del bestiario atrapaba su mirada.

–Lo sigo, comandante. Comparto su idea. De hecho, hemos trabajado en formaciones defensivas en todos estos días.

–Te he visto hacerlo. No tenía muchas esperanzas, pero la mayoría de esos campesinos entraron aquí sin saber sostener un escudo y, ahora, pueden armar falanges muy bien cerradas.

–Y nuestros arqueros son impresionantes. No me imaginaba que fuesen tan hábiles. Pero sigo intranquilo.

–¿Y qué es, Lobro Arrayan, lo que te inquieta? –la pregunta del Hierofante lo afectaba más allá de lo evidente.

–No sé por dónde empezar, Excelencia… –hizo una mueca que se volvió risa sardónica, el portador del cetro se hundía en el silencio.

–Empieza por lo menos difícil, por lo que sientas más a mano– la

voz profunda del Hierofante lo alcanzaba otra vez.

Lobro miró de reojo nuevamente hacia el bestiario.

–Estos monstruos… esas bestias en el pantano. Apenas podemos hacernos una idea de qué son, apenas dimensionamos lo que está sucediendo en el Reino desde hace poco más de un año –soltó el soldado con pesadumbre.

–Nos hemos hecho una idea que se vuelve más aproximada con cada detalle que sumamos. Podríamos pensar que son fauna del pantano, sería lo lógico. Pero sin poner las cosas en contexto, joven soldado, entraríamos en el error y el juego de la conjetura –dijo el sacerdote.

–Explíquese, excelencia –pidió el comandante en jefe.

–Hace poco más de un año, un heraldo vaticinó los males que cayeron sobre nuestras tierras. Le advertí a la reina que solo los magos más poderosos, los arcanos, son capaces de viajar en el viento. Ella no quiso creerlo. Una vieja leyenda no podía volver a amedrentarnos de esa manera, pero luego vimos que sí era posible. Un brote de tos granate, la enfermedad de la Península Negra, arrebató vidas en una pequeña aldea cercana al desierto Rojo. Sin que se supiera mucho, los habitantes acudieron a la aldea más cercana buscando ayuda, y allí comenzaron a enfermarse más personas. Por esos días, también cerca del desierto Rojo, un grupo de reses murió, tenían extrañas mutilaciones. Los aldeanos lo reportaron, las tejedoras también. Y el horror apenas comenzó –explicó.

–He leído cierto libro, hace un buen tiempo ya. Magos arcanos y brujos disidentes, elementalistas tan poderosos que podían viajar en el viento, hacer llegar sus palabras a la distancia, dominar los pensamientos y las voluntades de sus enemigos; eran los avatares de guerra del corazón Negro, sus hijos. En tiempos de Resistencia, en los albores de la Era de los Mitos, ellos doblegaban a los hombres libres del continente –el comandante hacía gala de sus conocimientos de historia antigua.

–No es necesario volver tanto más allá en el tiempo –comentó el sumo sacerdote– Basta con recordar Zureij Kelij Odur, el último Nigromante del que exista registro, derrotado por nuestra primera reina.

–Oh… sí, que lo es –Pinoverde trataba de dar contexto a la amenaza que enfrentarían–. No me iré más allá, pero en la época de la Guerra de los Seis Hermanos, una fortaleza nació del desencanto del creador para olvidar el crimen de su hijo, mejor dicho, para olvidar el dolor. Esclarecer nuestra historia nos acerca a dilucidar nuestro presente. No se puede saber hacia dónde se va si no se sabe de dónde

se viene. El real significado de la creación de la Torre Negra del pantano, la Fortaleza del Olvido representa una faceta de nuestra historia muy difícil de apreciar.

–Está en lo cierto comandante. Hace poco, esta brillante tejedora, Ava Roble, acudió a mí con un hallazgo. Un tapiz antiguo, confeccionado aproximadamente en la época de la guerra de los seis hermanos, cuando nuestro reino no se conformaba aún. Explicaba el origen de la fuerza de estos temibles magos arcanos y de cómo ese mismo poder podía ser coartado través del poder de la Mano Roja.

–Perdón, pero ¿cómo se relaciona esto con las creaturas del pantano? –Lobro no llegaba a captar a qué apuntaban sus superiores.

–Verás soldado, desde ese lugar tan oscuro que es la Fortaleza del Olvido, una ciencia nueva dio origen a una doctrina oculta basada en la habilidad de generar nuevas entidades a partir de la materia muerta. Así nació la Bestia del Olvido. Es curioso cómo nuestros telares reflejan estas cosas, el secretismo con el que estos conocimientos son resguardados. Más curioso aún es cómo todo lo que nace a oscuras, termina por salir a la luz –dijo el Hierofante con una sonrisa apagada.

–Un mago arcano con esa habilidad… un nigromante es algo que no se ha visto en más de doscientos años –Baradur Pinoverde estaba visiblemente alterado.

–Lo sé, pero tengo pruebas suficientes como para establecer de forma irrefutable que lo que acurre en Adem, cada incendio, cada cosecha echada a perder, cada animal muerto, cada enfermo… todo es obra de Nigromancia –zanjaba el sacerdote.

–¿Y qué cambia para nosotros conocer esto? ¿Qué va a pasar con los hombres que entren a ese pantano si lo que hay allí puede dejarlos como al carpintero? –preguntó el portador del cetro.

–No estoy tan seguro de que pueda ser así, Lobro Arrayán. El carpintero sufre una condición bastante más específica… él es un verdino. Lo que lucha por emerger fuera de su corazón se está volviendo tangible. Posiblemente esté maldito, pero no creo que la condición sea contagiosa, ni mucho menos – contestó.

–¿Qué quieres decir con que es un verdino? –el joven no conocía el término.

–Muchacho, si alguna vez observas un tapiz de la guerra contra los del reino Verde verás muy claramente qué es un verdino y cuánto estrago pueden causar –Pinoverde recordaba.

–Todo cambia sabiendo que podemos usar nuestra llama. La nigromancia es una fuerza muy poderosa, pero tenemos por condición innata una forma de defendernos de la oscuridad. Tu estrategia es

acertada, joven soldado, el resto queda en manos de nuestra madre. Confía en ti y en la llama que podrás despertar en nuestro pueblo –el Hierofante insistía.

–Y conociendo el origen de la Fortaleza, ¿de qué manera vamos a abrir una brecha en sus muros? ¿Lo dejaremos también en manos de nuestra madre?

Lobro no completaba el escenario de la batalla. Cómo acceder a la fortificación le resultaba una incógnita.

–Si no hay una entrada visible, la abriremos. No voy a mentirte, muchacho. Toda leyenda que se cuenta habla de una edificación inexpugnable –el gesto del comandante en jefe se endureció–. Tenemos armas de asedio de sobra. Antes o después, la Fortaleza caerá –confió.

–Aun así, el movimiento de apertura no debería basarse en nuestra capacidad física de ataque –intervino el sumo sacerdote.

–¿Puedo saber por qué, Excelencia? –Pinoverde no contemplaba otra opción que el uso del más contundente poderío militar.

–Porque, tradicionalmente, fortificaciones tan antiguas como Kurum Ur Kali están provistas de barreras contra los ataques de armas ordinarias. Sospecho de sobra que esta no será la excepción.

–¿Entonces, piensa iniciar atacando con magia? –preguntó el joven.

–Magia elemental –dijo serenamente el sacerdote.

Lobro Arrayán se hacía ahora una idea más cabal acerca de la secuencia de ataque. Pero sus preocupaciones iban todavía más lejos.

–¿Qué otra cosa te inquieta, portador del cetro? –el sacerdote volvía a leerlo con su claridad providencial.

–Precisamente eso: el peso del cetro de Zura Adem. Necesitamos a nuestra reina de vuelta –dijo al fin Lobro.

–Ciertamente, así es. Y eso va más allá del cetro en tus manos. Lo que tenga que suceder sucederá –replicó el Hierofante.

–Eso es, muchacho. En el peor de los casos, deberás casarte con la hija guapa de algún gordinflas ricachón. Puedes darme el cetro a mí, si tanto te molesta –el comandante en jefe largó su risa socarrona.

Las horas más difíciles de Adem estaban a la vuelta de la esquina.

51
El señuelo

Jalil Grisplata se enfrentaba a centenares de insurrectos. Jos Betayerro ejecutaba el movimiento final de una jugada maestra. Él resultaba ser quien tejía las telarañas desde un rincón del palacio. El orfebre, por su parte, lidiaba con el hecho de quedar atrás. Si su estrategia no fallaba, el monarca tenía chances de sobrevivir. Solo restaba continuar enfocando la atención de los rebeldes sobre él. Sería un señuelo por el tiempo que pudiera.

–Azrag Gallur, aplástenlos de una buena vez –el jefe de armas había usado sus influencias sobre la guardia de élite.

Indudablemente, llevaba mucho tiempo gestando esta revuelta.

Las opciones se evaporaron delante de sus ojos. No iba a poder hacer mucho más que huir de ese lugar. Siguiendo hacia un balcón distinto del que usó el monarca, abandonó la sala del Trono corriendo a toda prisa. Unos cuantos hombres seguían sus pasos hacia la amplia balconada que daba al lejano valle del Sabio.

Aunque debía desviar la atención de sus perseguidores, su vía de escape solo podían ser los muros externos del palacio. Lo tenía claro, era la misma que había programado para el autómata que valía de armadura para su monarca. Su creación debía transportar de manera segura al joven Edriel hacia un refugio en el Valle del Sabio. Corrió hacia las balaustradas. La inercia y la mínima pendiente vertical le permitieron dar unos cuantos pasos sobre el muro. Contaba con eso, y con lo endeble de la mampostería, de la que pudo aferrarse con facilidad valiéndose de su guante metálico. Esperaba que el joven se las hubiera apañado para descender sin ofrecer resistencia al movimiento que le impondría su armadura. Unas cuantas saetas de ballestas se clavaron a centímetros de él.

Apenas tocó el suelo emprendió rumbo hacia uno de los laterales del palacio. En este punto el itinerario programado para su Monarca divergía del suyo. Él sería un señuelo, dispuesto a distraer a los atacantes, mientras el autómata de Edriel tomaba su propio rumbo. Confiaba en su creación, sabía que su autómata tendría energía suficiente para tamaña huida. El emplazamiento del monumental edificio le permitía acceder a las callejuelas del casco histórico de la ciudad de Cian. Para su sorpresa, los alrededores del palacio estaban

repletos de gente.

No podía pasar desapercibido de ninguna manera mientras siguiera enfundado en su autómata. Rezaba por no tener que tomar vidas para concretar su escape, aunque lo haría si fuese necesario. Corrió entre la multitud abriéndose paso a fuerza de codazos y envestidas. Se dirigió a la callejuela más cercana. Torció el rumbo hacia las que se hacían pasillos. Sabía que lo seguirían, y no dejó de correr hasta que estuviera menos rodeado de personas.

Se enfrentó ante uno de los escenarios más temidos: tenía que volver a entrar en contacto con el niño monarca a como diera lugar, su supervivencia era crucial. Su último intento implicaba desprenderse de una de sus mejores armas, pero debía hacerlo. Calmó su mente y pronunció el pedido.

–*Tahar na* –la armadura se desarmó alrededor suyo, liberándolo.

Se quedó con uno de los brazos del autómata. De algo le serviría. Manipulando unos controles en su espalda, la estructura volvió a cerrarse. Perecía que Jalil estuviera metido ahí aún, excepto por el brazo faltante.

–*Yarub har* –le ordenó que escapara.

El autómata corrió hacia otra callejuela, mientras él trataba de abrirse paso sobre los apiñados techos de la ciudad vieja. Desde lo alto, vio a su autómata. Debía apresurarse y llegar a su taller. Con mucha suerte, los insurrectos no lo habrían tomado.

52
El capitán de su barco

Cernú Bajamar perdía la vista en la línea del horizonte. El mar de Frugo susurraba su nombre en la brisa y lo distraía por un momento de su tarea. Enmendaba su red, como en centenares de ocasiones, pero esta vez con la aguja de hueso que le dejara Carmina.

Su amiga se despidió de él antes de zarpar.

–Es muy poca la diferencia entre un telar y tu vieja red, joven marinero –le soltó la mujer mientras caminaban por la playa llena de piedras y conchillas.

–Ah, ¿sí? –devolvió el pescador, sin mucha idea de a qué se refería.

–Pues sí. Tu red cuenta una historia, una de lucha y de trabajo incansable. De personajes más o menos hábiles, más o menos cautos, de ganancia y de pérdida. Ya ves, en definitiva, eres casi como un tejedor, armas tu tapiz –dijo al final.

–Puesto así, tienes un buen punto –respondió el muchacho– ¿Y qué me dices de los peces? ¿Querrán visitar mi tapiz?

La mujer soltó una risa franca.

–Claro que lo visitarán, y te llenarás los bolsillos. Pero ten en mente que los peces harán lo que quieran por más bonita que esté tu red –le respondió la vieja. Tenía esa sonrisa enigmática que él asociaba a sus mensajes cifrados.

Ese día en alta mar, su red no estaba nada bonita. Un pez navajero quedó enganchado en ella. Las ganancias del día fueron uno de los animales del mar más difíciles de preparar en una cocina que había matado con su arpón, y un agujero en su red, por el pasaban dos personas de la mano.

Las cosas ya no eran como antes. Ahora era el capitán de su propio barco, y su vieja amiga partía también con los nómades pardos. Seguía sin adivinar qué buscaba esa alma vieja, vagando por el mundo tan libre como el viento. Quizás ella tejía su propia red. Quizás las personas que entraban y salían de ella terminaban por algún motivo conectadas así fuera entre los hilos de plata de la memoria de una anciana.

La tripulación en la cubierta era el recordatorio de las palabras de Carmina. Su primer oficial, por ejemplo, una muchacha llamada Greta Jaspe, empecinada en mostrar su valía; o su peón más fuerte, Rufiel Sotovento, otro que como él ya no estaba conforme con Pala Coral. En su red había nuevos personajes, todos con sus luchas a cuestas, o con renovados intereses sumándose a su aventura. Hasta dónde sabía, la anciana también planeaba seguir su viaje. No iba a preguntarle qué pensaba hacer en los fiordos Púrpuras, por más curiosidad que le despertara. Su derrotero era el suyo. Los nómades viajarían en otra dirección, eso no parecía ser una complicación para la mujer.

Tenía la fe ciega de que podría desenlazar las partes enmarañadas de su red y volver a unir los puntos rotos. Su raleado tapiz crecía cada vez más. Confiaba en que los titanes del mar no le dieran la espalda; la prudencia lo llamaba a evitar las bravas aguas del mar de Shagrú, Frugo, siempre generoso, lo acompañaría otra vez. Cernú tenía un corazón capaz de escuchar al mar. Pero no había garantías de que de un día a otro su entramado no se tiñera de infortunio.

53
Todas las tejedoras

El Pueblo Mayor salía de la cama con la primera luz del alba. Todo aquel que no fuera capaz de cargar con un escudo y una espada se quedaría cuidando de sus enfermos o calmando a los niños. Los que no peleaban en el pantano llevarían a cabo otra lucha, una contra el miedo y la desesperanza. Todas las tejedoras que se encontraban en la ciudadela se apostaban a un lado y al otro de la calle principal.

Las tropas en formación pasarían por allí, a través de la salida sur, la más directa hacia el río de Adem Thrin. Ava Roble sabía que, a diferencia de los escuderos de su familia, muchos de los combatientes no poseían ningún blasón, ninguna insignia que levantar. Fue idea de todas las tejedoras ofrendarles sus propios estandartes, fueran carmín, escarlata, grana o arrebolados. Algunos llegaban a tener blasones más o menos elaborados, otros más improvisados, pero, a las claras, armados con las estolas color bermellón.

Las tejedoras entregaban un estandarte a cada que uno que podían. Cada tono de rojo, por distinto que fuera del otro, se enarbolaba con el mismo sentir, y eran diferentes, sí, pero eran hermanos. Dromo Sauce recibió un estandarte con el árbol alusivo a su nombre, sus hijos Errel y Rul lo acompañaron avanzando en la calle principal. Ava sostenía un espléndido banderín con un blasón bordado por ella: un arrayán dibujaba dos semicírculos con sus raíces y su copa. Esperaba con paciencia ver al soldado y entregarle su regalo, por humilde que fuera, con la ilusión de verlo volver.

El portador del cetro avanzaba entre sus hombres, montado a lomos de una yegua con un brilloso pelaje tostado. Vio de lejos a la tejedora, con sus soñadores ojos y su sonrisa de labios finos. No contaba con llevar un estandarte, pero allí lo tenía, con el blasón en alusión a su apellido.

Se sentía ennoblecido por el trabajo de aquella mujer.

Las filas avanzaban y abandonaban Pueblo Mayor, algunos para siempre.

54
Thrin-Nar Ur Kali

Habían cruzado el río de Adem Thrin. Lobro Arrayán andaba a lomo de caballo. Los Adem Grull formaban una sólida formación que cabalgaba detrás de él. Una marea roja de banderines ondeaba a la altura de su vista. La infantería reunida superaba los mil seiscientos enlistados, más los arqueros y la caballería. Totalizaba un ejército de dos mil quinientos hombres y mujeres. Una caravana de tres catapultas era arrastrada por bueyes y hombres de a pie. Marchaban con tesón y temple de guerreros, pese a que no todos lo fueran. Con más o menos convicción, el ejército rojo así conformado se dirigía hacia la Fortaleza del Olvido.

–Sigo pensando en lo que me contaste de los hijos del Qalb Kelij –le soltó Lobro al Hierofante, quien cabalgaba a metro de él.

–Te he dicho mucho, portador del cetro –respondió sin saber a qué se refería el muchacho.

–Puedo esperar que de las entrañas de ese sitio salga cualquier cosa. El poder de la Mano Roja deberá hacerse presente si queremos recuperar a nuestra reina. Vamos a tener que pelear con todo cuanto podamos hacer.

–Y más que eso, muchacho, tenlo por seguro –la respuesta del Hierofante no lo convencía.

Esperaba de ese sabio hombre algo un poco más específico. No quería que la duda agrietara la coraza que trataba de formar en torno a su corazón. Sabía muy bien que la duda era tierra fértil para el miedo.

–Me sigues mirando sin tener idea de qué pueda ser el poder de la Mano Roja, joven soldado. Te daré una pista. Los hijos del Corazón Negro tienen una serie de habilidades, principalmente orientadas a quebrantar la voluntad de otra persona, a meterse en su mente, a doblegar su voluntad. Se alimentan del miedo y la ira y, al final, le quitan a quien tengan por delante la capacidad de elegir libremente. Para ellos, la gracia se posee.

–Y a nosotros, la gracia nos une –creía comenzar a seguir el hilo de pensamiento del sumo sacerdote.

–A los hijos de Ganna Adem nos acompaña una llama interior

difícil de dimensionar, difícil de canalizar, pero muy poderosa. Es algo que todos poseemos. Es un don que, en última instancia, nos lleva a romper cualquier cadena. Ten fe en tu estrategia, soldado. No tengas miedo. No dudes de nuestra llama ni de nuestro poder –explicó.

Lentamente, la duda se disipaba. La coraza fraguaba. Su corazón entraba en ese estado imperturbable que le era familiar.

–Espero que la fe en la llama me ayude a frenar a la esfinge –replicó el muchacho con una sonrisa sombría.

–De la esfinge me encargaré yo, Baradur y tú ocúpense de cualquier otra cosa que salga de la torre. Ten fe en tu estrategia –el Hierofante reclamaba su revancha.

Ingresaban ya a los límites del pantano. La depresión del terreno era bastante marcada, o quizá el terreno sacara su forma de la impresión que generaba la espesa bruma organizada en bancos: como un manto informe, se desplegaba onduladamente. La luz de la mañana perdía fuerza por la niebla o por la avidez de la edificación, dispuesta a tragarse incluso los rayos del sol.

El suelo fangoso entorpecía el avance de la tropa, pero marchaba de todas formas. Atravesaba hondonadas y bajaba las suaves colinas. Algunos árboles yermos seguían en su sitio. La niebla decantada en el suelo dificultaba ver qué estaban pisando, sus pies tropezaban paso a paso con el pedregullo del fango, con trozos de troncos y agua estancada. Hasta donde los ojos dejaban ver, poco menos de media milla los separaba de la Fortaleza del Olvido.

–¡Antorchas! –la orden de Baradur Pinoverde reverberó en el vacío.

El fulgor estaba parcialmente ahogado, pero las luces que prendieron, una a una, mejoraron sensiblemente la visión.

Ese instante en el que un guerrero se para ante el campo de batalla no tiene comparación con nada más. No hay lugar para el temor, no hay lugar para las tribulaciones. Tambalear puede significar caer. Caer puede significar morir. No existe margen para el error. No hay manera de vincularse con el enemigo que no sea a través del lenguaje del dominio.

La idea surcaba la mente de Lobro Arrayán y le hacía cuestionarse hasta dónde el influjo del pantano no se estaba apoderando de él como lo había hecho del carpintero. El hombre había insistido en pelear junto a la infantería. Lobro esperaba que no hubiera sido una mala idea permitirle incorporarse a la batalla, pero el Hierofante había aseverado que respondía por él. El fornido hombre se colaba entre las filas de guerreros. A Lobro le resultó un tanto desconcertante encontrarlo con la cabeza escondida bajo una capucha; avanzaba con

el mazo de guerra sobre el hombro derecho. Se acercó lo suficiente como para formular la pregunta que asaltó de golpe al hombre.

–¿A qué altura recuerdas haberte cruzado con las arañas, Lerón? – Lobro necesitaba constatar detalles del relato del explorador.

–No dije que fueran arañas. No muy lejos de aquí –gruñó el carpintero en respuesta.

La sensación de opresión que generaba la niebla llevaba al sentimiento de temor perpetuo y silente.

–Las arañas de este pantano se mueven en yuntas, nunca he sabido de más de dos juntas… Salvo que se trate de un nido. Y créeme que un nido de arañas no se forma en unas semanas –Lerón parecía irritado.

Lobro no descartaba la posibilidad de una escaramuza o una emboscada de un segundo a otro. Permanecía en alerta.

–Avancen con cautela. Estamos en territorio del enemigo, territorio habitado –el portador del cetro dio voz de alarma.

El pelotón ralentizó la marcha. El silencio solo fue interrumpido por el sonido de los pasos: dos mil quinientas almas avanzaban tan sigilosamente como podían, pero de ninguna manera pasaban desapercibidas por el pantano.

Un sonido entre cascabeleo y siseo les llegó desde el manto de niebla. Acortaban la distancia que los separaba de la Torre Negra.

–¡Adem Grull! ¡Formen! –Baradur Pinoverde dio la orden.

Los escudos resonaron al ser golpeados. El Ejército Rojo se plantó a una distancia prudente de la edificación. De acuerdo con la estrategia, el cuerpo de infantería se dividiría en tres pelotones orientados al este, noreste y sureste del torreón. Detrás de las líneas de infantería formaban dos líneas de arqueros. Detrás del pelotón central, la caballería. Triangulando entre los flancos y la retaguarda, las catapultas. La intención era cerrarse en pinza sobre cualquier hostil que defendiera la fortificación.

–¡Somos los Hijos de Ganna Adem! En el pecho tenemos una llama que no se encoje con el miedo, que no tiembla en la batalla, que alumbra hasta en lo más oscuro –Lobro gritaba a todo pulmón, acercándose al centro de la formación con su montura.

–¡Nuestra reina lo sabe! Cuenta con nosotros. Sabe que hasta el último que quede en pie va a pelear. Y el rey Azabache también lo sabe. ¡Y créanme! Es él quien debe tener miedo –miró a los ojos a los más cercanos, percibió con cierta claridad cómo esos centenares de guerreros permanecían aún en un estado de vacilación y duda, tratando de no perderse en la niebla.

El Hierofante avanzaba sobre las líneas de los arqueros. Miraba a Lobro Arrayán entre los banderines color escarlata.

–Finalmente estamos ante la antigua Fortaleza del Olvido. Ha llegado el día de demostrarle al rey Azabache que con el pueblo de Adem no se juega. Ha llegado el momento de devolver a nuestra reina su trono. Hoy, cuando decapitemos a la esfinge, nuestros soldados muertos van a encontrar paz. ¡Hoy todos somos Adem Grull! –el portador del cetro comenzaba a encenderles el corazón. La Mano Roja se hizo presente. Un halo de llamas envolvió la espada del soldado. Los hombres más cercanos no salían del asombro.

–¡Por Nuestra reina! ¡Por nuestro futuro! ¡Por Adem! ¡Ha llegado el momento de pelear! –el eco de su voz resonó en el pantano. Lobro Arrayán sostenía su espada ígnea en alto.

El suelo tembló por el estruendo de mujeres y hombres gritando y golpeando sus escudos. Baradur Pinoverde cabalgó hacia el Hierofante. Era el momento de hacer el movimiento de apertura.

–¡Arqueros! ¡Tensen! –la voz del comandante en jefe se hizo eco en centenares de arqueros dispuestos en las filas más lejanas de cada pelotón. Cada arco se tensó con un movimiento fluido. El Hierofante repetía entre labios un susurro. El encantamiento se acoplaba a la tensión de las cuerdas.

–No hay tiro largo si hay fe en la mano… no hay tiro largo si hay fe en la mano… –el mantra salía a borbotones de sus labios.

–¡Suelten! –Pinoverde dio la orden y una bandada de flechas fueron lanzadas. Silbaron en pleno vuelo y, cuando alcanzaron lo alto de la parábola como la espuma que corona una ola en el mar, cada una de las flechas se encendió en llamas rojas. El objetivo era la torre misma y, aunque fuera un tiro largo, la mano de Ganna Adem estaba del lado de sus hijos. Flecha a flecha, la ola de fuego se clavó en los negrísimos muros y los peñones laterales. La llama de Ganna Adem golpeaba a la puerta de la estancia del Corazón Negro.

El tiempo pareció frenarse por un instante. Las llamas salpicaron la fachada de la edificación. De repente, un resoplido surgió desde el torreón hacia el pantano, como una profunda exhalación, un vaho que barrió la niebla del pantano como toda respuesta. El aire corrompido corrió entre las tropas del Ejército Rojo haciendo ondear descontroladamente los banderines y las capas. Los guerreros se plantaron con firmeza en el suelo.

La extensión del pantano aparecía a la vista sin el velo de niebla. Sin nada que los ocultara, los hijos del Corazón negro se dejaban ver. A unas veinte yardas de distancia aguardaban en formación, sobre monstruosas monturas con forma de artrópodos. A primera vista, los

jinetes parecían hombres, pero sus rostros con enormes ojos facetados revelaban su naturaleza inhumana. Algunos tenían bestiales quijadas partidas; otros, dos pares de brazos; algunos llevaban lanzas; otros, una espada en cada mano libre. Ninguno iba desarmado.

Los hijos de Qalb Kelij se habían encarnado gracias al pantano que perecía a sus pies. Eran almas corrompidas a tal punto que pudieron hacerlo a expensas de la materia orgánica en decadencia. Formaban una horda despiadada tan ávida de sumisión y sangre como la misma torre. El más prominente de ellos apuntaba a los Adem Grull con una de sus dos espadas, mientras aferraba las riendas de su abominable montura con un segundo par de brazos.

–*¡Lij tul aljmie!* –la voz llegó a toda la horda.

No era necesario conocer Lagha Mellur para interpretar la amenaza. La execrable horda se lanzó al ataque contra el pelotón central.

–¡Escudos! –las primeras filas del pelotón armaron un muro. Los defensores de la torre se avalanzaron sobre el muro de escudos. Los Adem Grull apenas resistieron el violento choque de la horda. La fuerza de las bestias era superior a la de los hombres. Desde sus monturas, los hijos de Qalb Kelij horadaban el frente de la infantería con certeras estocadas de sus lanzas. Lobro Arrayán se abría paso para combatir en la primera línea con su espada de fuego. Las bestias montadas acribillaban con sus armas a los hombres que sostenían el improvisado muro. Si se generaba una brecha en él, el resto de la escuadra sucumbiría en minutos.

Los dos pelotones restantes se cerraban sobre la formación enemiga. Hacia los laterales, la horda se defendía eficientemente sobre bestias que, con su anatomía tan particular, bloqueaban el acceso a sus jinetes. Eran monstruos de ocho robustas patas, que llegaban a los dos metros de altura. La cara inferior de sus tórax y el abdomen parecían cubiertos por placas sólidas. Todo intento de acertar un golpe de espada era bloqueado, eludido o interceptado por las mandíbulas.

Lerón del Sándalo avanzaba con el pelotón sureste. Sostenía su pesado mazo con ambas manos. Dio un salto por encima de la primera línea de su pelotón y blandió con violencia su arma contra el monstruo más cercano. El golpe impactó de lleno sobre una de las articulaciones de la pata, deformándola. Le pareció lógico atacar otra de las patas. Así lo hizo y la bestia torció el cuerpo, exponiendo al jinete. Volvió a la carga con otro tremendo golpe. El jinete trató en

vano de frenar con su lanza el mazo, que le aplastó el cráneo. No se reconocía poseedor de semejante fuerza. Se dejó invadir por esa embriagante sensación de poder.

–¡Arqueros! ¡Cubran a las tropas ¡Tensen! –Baradur Pinoverde ordenó el ataque.

El susurro del Hierofante se hacía un cántico a viva voz. Las puntas de cada flecha se encendían en llamas mientras cada arquero sentía el fuego en el pecho. La victoria podía acompañarlos ese día. No debían perder la fe.

–¡Suelten! –centenares de flechas en llamas volaron contra la horda.

Las llamas rojas impactaron en la formación enemiga. A las heridas provocadas por las flechas se sumaba el daño del fuego, llama viva sobre la carne. Pero los hijos del Corazón Negro no detuvieron su avance. Algunas bajas no podían de ninguna manera condicionar al resto de la tropa ni refrenar la ofensiva.

La horda arremetió con una furia redoblada. La línea de escudos comenzó a ceder a medida que los hombres perecían por espadas o por lanzas. Lobro Arrayán se ubicó por detrás. El quiebre de la defensa era inminente. Para cuando el primer jinete rompió entre los escudos, el portador del cetro lo interceptó. La espada en llamas cortó el torso del atacante con un movimiento limpio. La montura, a su vez, tomó con sus fauces a la yegua de Lobro por el cuello. Lobro acompañó la caída forzada enterrando su espada en la cabeza del monstruo de ocho patas. Se liberó y se puso en pie apenas pudo. Su animal había quedado gravemente herido. Quedó en medio de su infantería. Más jinetes se colaban por la brecha en la línea de defensa. Se arrepintió de dudar de la palabra del carpintero que le había advertido de las abominaciones en el pantano.

55
Nigromancia

Estaba suspendida. Un sopor acompañaba su respiración. Inhalaba aire húmedo y aroma de hojarasca, exhalaba su angustia de a poco. Se hallaba envuelta por su andrajosa capa escarlata y el hierbajo renegrido que crecía en esos pasadizos.

"¿Puedes decirme qué es un Nigromante, Inna?" Jalil Grisplata le preguntó muy seriamente mientras sostenía en la mano una manzana irracionalmente lustrosa. ¿Qué hacía en ese lugar su antiguo tutor?

Era un recuerdo, de eso podía estar segura. Lo sabía con certeza, pues su palacio no estaba impregnado por ese olor a humedad tan profundo, a tierra negra. Recordaba a su tutor con mucho esfuerzo, su cara apenas le resultaba diferenciable de su enmarañado cabello rubio entrecano.

–Es un arcano, un mago capaz de utilizar, doblegar y moldear la materia de lo muerto para convertirla en materia reanimada y engendrar servidores o esbirros, genéricamente hablando, no muertos –repitió para no olvidar. Descifraba la naturaleza de su captor: el rey que aparentemente solo podía permanecer con vida dentro de la Fortaleza del Olvido era, de hecho, un nigromante.

Jalil la miró con esa media sonrisa torcida, característica suya, salpicada de satisfacción. La imagen de su maestro era un bálsamo, pero nada más que eso; una ensoñación, una imagen mental que su caótica consciencia elaboraba para obligarla a seguir despierta.

"Bastante exacto. Podría ampliar tu definición y recordarte que es la clase de mago más poderoso al que una sola persona pueda enfrentarse. Seguramente no sobrevivirías si te enfrentaras a duelo con uno. Así que agradezcamos a tu tatarabuela que haya eliminado al último conocido".

El ensueño se evaporaba. El denso manto de hojas de hiedra negra que la cubría apenas dejaba pasar la penumbra. Inna se sentía enredada. Se imaginaba a sí misma como una crisálida confeccionada por su capa y las hierbas rastreras que la abrazaban. Aprendió del orfebre algo esencial: el basamento de la doctrina de Hakim Asrag, la contemplación.

Huía de la esfinge completamente inerme, sin mayores esperanzas

que las de prolongar su vida escondida entre aquellos pasajes, reencontrando uno a uno los recuerdos de su pasado antes de que la abandonaran para siempre. Contemplar esa desafortunada seguidilla de hechos la forzaba a buscar alternativas, eso le enseñaba la doctrina: contemplar los hechos y las cosas, objetivar su naturaleza, nombrar su esencia y trascender hacia la gracia.

Un estruendo lejano la sacó de su ensimismamiento. Allí donde estaba, en esa especie de madriguera que daba a la boca de un pasillo ligeramente más iluminado, sopesaba el peligro que corría. Su perseguidor era una bestia de la más negra estirpe. La idea volvía a su mente: la nigromancia en su forma más depurada podía generar creaturas tan complejas como ese monstruo con capacidad de retórica a la altura de los Zigras más agudos.

Inna tomó consciencia de la cercanía de su enemigo. Oyó cómo algo reptaba hacia ella. La única manera de vencer a una esfinge era resolviendo su acertijo. Había leído eso en el Bestiario de Tebeth. Pero, ¿de qué manera lo haría si el depredador que la acechaba ni siquiera se lo había planteado? La esfinge era implacable, por supuesto que no revelaría su mayor debilidad para otorgar la ventaja absoluta a una mujer incapaz de confrontarla. ¿Por qué ceder semejante cuota de poder?

Sin embargo, un punto vulnerable había sido expuesto en el ocaso del solsticio. La luz de Xonnu Dum podría dañarla; incluso, aniquilarla como a cualquier no muerto. El escollo radicaba en que ya no podría volver a invocar la luz, no sin su cetro.

El ruido se hizo más cercano. Oyó la fricción del pedregullo flojo bajo las pesadas patas. Percibió incluso la sibilante respiración que llegaba desde el pasillo. Otro estruendo. El suelo vibró. Parecía que la fortaleza era sacudida desde afuera. Una sombra se proyectó en la boca de la madriguera. Se le escapó un leonino resoplido.

–Ocúltate bien y no salgas, mi ya consumada rata. Volveré con menos hambre, olvidadiza Escarlata –la voz de la esfinge dejó su promesa de muerte haciendo eco en los pasajes.

El estrepitoso galope de la bestia se alejó por el pasillo. Inna se contrajo de miedo, sintió cómo su cuerpo se achicaba. Quiso gritar con toda su fuerza. El monstruo se alejaba apresuradamente. No lo podía creer. No quería aceptar que sus días terminasen allí. No iba a hacerlo, no iba a ceder a esa idea. Se desprendió de la maraña de hiedras, arrancó a manojos las que estaban alrededor de su cuerpo. Liberó su capa desenganchando el género de entre las ramas. Comenzó a pensar en lo andrajosa que se vería la prenda más fina que vistió en su vida. Si la bestia se alejaba tomaría su riesgo. Lo único peor que morir intentando era morir esperando. Salió de ese pasaje oscuro al pasillo

ligeramente más amplio que tenía por delante.

Otra vez la ventosidad filosa le envistió el cuerpo. Los confusos llantos volvían a llenar el aire, como antes de caer a la madriguera. Apuró el paso. Comenzó a correr desesperada. Entre sus botas malogradas seguían colándose pedregullos que le hincaban la piel. Cada paso era doloroso, pero detenerse no era una opción. Aminoraba la marcha, pero continuaba. Avanzó en contra del viento, a sabiendas de que el viento es libre. Y se repetía que encontraría la libertad si descubría desde donde él soplara.

Continuó como se lo permitían sus piernas enclenques. Se sentía ridícula y humillada. Otrora espléndida, allí iba, arrastrando los pies paso a paso, siguiendo ese túnel que de pronto subía en una pendiente impensada. Continuaba ahora a gatas para poder avanzar, puesto que el suelo se tornaba más escarpado, más empinado aún. Vislumbró el final más allá de la ladera: el pasaje se ensanchaba de forma totalmente incongruente. Trepaba por el borde de esa ladera por la que estaba escalando, tan torpe como un caballo en un lodazal.

Estaba desconcertada. Los llantos ya no se oían más, el viento había cesado. Ante ella se extendía una vasta planicie en la que el suelo de roca desnuda abría paso a briznas de césped alto aquí y allá. La hiedra negra de los pasillos crecía allí también, solo que sus hojas se pintaban con tonalidades de verde, caprichosas flores silvestres de color violeta brotaban entre la maraña de hierbajos. Sus ojos no podían creer lo que veían. No recordaba haber visto un cedro azul como el que desplegaba su galana copa ante ella. El descomunal árbol le recordaba vagamente al del patio del edificio de la alcaldía de Adem, que, en comparación, era un minúsculo retoño. Levantó la vista más allá de la tupida copa, pero no encontraba cielo abierto sino un dosel de nubes negras. ¿Era real todo eso? El cansancio en sus pies lo era; cómo podría no serlo el resto, se dijo. Así y todo, por primera vez en lo que le parecieron años, en ese claro se reencontró con la paz.

Tras ese momento de calma, avizoró los muros que la rodeaban. Seguía encerrada, pero nada de lo que encontró en el claro pudo darle más alegría que lo que acababa de hallar. Era irregular, parecía estar bastante lejos, allí, recortada en el muro. La luz que se colaba por ella dejaba toda incertidumbre detrás. Era una ventana.

56
El fuego de Adem

El tumultuoso frente de batalla comenzaba a retroceder. La incesante ofensiva de los execrables los llevaba a replantear su estrategia. La falange debía volver a cerrar su línea, incluso, a costa de dejar hombres más allá de la defensa. Lobro Arrayán, con su espada ígnea en mano, se encontraba rodeado de enemigos. Los desafiantes artrópodos no dejaban ver si las llamas les generaban algún temor.

Allí estaba el portador del cetro, entre la fila dispersa de hombres. La falange se cerraba detrás de él. Avanzó sobre uno de los jinetes, evadió el ataque de la montura y le hundió la espada en el tórax. Liberó su espada y, desde abajo, giró sobre sus pies y cortó las patas de lado izquierdo. El jinete trató de alcanzarlo con su lanza, pero Lobro eludía los ataques. Le ardía el pecho y le quemaban las manos, pero no sentía dolor. El jinete quedó por encima suyo con el torso suspendido. El blanco era visible. Con un movimiento circular, su hoja en llamas lo atravesó de lado a lado.

Vio a sus soldados unos metros más allá. Uno de mediana edad sucumbía bajo las patas de un artrópodo; la bestia le arrancó la cabeza de cuajo con su quijada. Otro más joven corría vociferando en su dirección. No llegó a oír con claridad qué gritaba, pero reconoció el rostro desfigurado por la ira. Rul Sauce, el hermano más joven, se abalanzó sobre la abominación. La crudeza de lo ocurrido lo alteraba: habían decapitado brutalmente a su veterano padre. La fila cerrada por detrás los había expuesto de forma directa a los defensores de Kurum Ur Kali. Lobro buscó acercarse al Sauce Joven. Debía aunar a todos los soldados que pudiera y volver detrás de los escudos.

Una nueva oleada de flechas en llamas cayó por delante, entre las filas enemigas. El portador del cetro ganó unos metros avanzando en resbaladilla sobre una pendiente del terreno. Se coló nuevamente bajo las patas del artrópodo y se abrió espacio al lado del cuerpo sin vida de Dromo Sauce. Mientras su aprendiz abatía al jinete, él mutiló la montura. Rul remató al monstruo. Su mirada seguía ausente mientras repetía los golpes de espada.

–¡Mírame! –le gritó Lobro– ¡No te pierdas en la ira! ¡Tu padre no te enseñó eso! ¡Piensa en él! –sacudió con vehemencia al muchacho.

Las llamas mantenían a raya a la mayoría de las bestias, que

permanecían a la expectativa, con cierto titubeo.

–¡Domínate! No es ira… –le golpeaba el pecho con la mano– Es el amor que le tenías lo que duele.

Rul volvió en sí. Vio a Lobro de pie delante de él.

–¡Pelea por él! –el portador del cetro encausó a su aprendiz.

Sauce Joven levantó la mirada. La horda seguía delante de ellos, reorganizando su ofensiva. El muchacho afirmó la espada con las dos manos. Lobro lo vio encarar hacia las filas enemigas. Corrió como un toro. Un halo de llamas rojas brotó de su hoja ancha. Era un digno hijo de Ganna Adem, peleando por una causa justa a ojos de su madre.

Lobro trató de hacerse oír levantando la voz.

–¡Cierren filas! –sus soldados apenas lo escuchaban. Abrirse paso entre los monstruos sería imposible.

Los pocos que permanecían en pie vieron al joven Sauce y redoblaron su esfuerzo. El combate era desigual desde el primer minuto, pero no se dejarían vencer. Lobro no daba crédito a sus ojos: algunos de los guerreros dispersos levantaban sus armas vueltas antorchas. La Mano Roja los empoderaba, no los dejaría sucumbir.

Varias yardas detrás, el Hierofante ponía a prueba su ingenio. Conjurar a tan gran escala le exigía llevar su consciencia a niveles inusitados. Sentía el aire alrededor suyo, el humo cargado de olor a azufre. Trató de abstraerse de los gritos, pero no podía dejar de pensar en los guerreros que morían en el frente de batalla. El calor del fuego en la línea delantera le llegaba como una brisa, pero en su pecho era un huracán. La gallardía de su pueblo latía en él también. Los misterios que estudiara a lo largo de su vida, las antiguas enseñanzas de la Congregación de la Mano Roja, su vocación de servicio, todo se cristalizaba en esa hora decisiva. Allí, en ese minuto, en ese instante crucial de su vida lo entendía. Ese era el fuego de Adem. Las construcciones de sus hechizos se elevaron a un nivel que, hasta ese momento, le era ajeno. Las palabras se reconfiguraban en símbolos, los símbolos se hacían sustancia. La significación del hechizo se reconstruía, constituía un andamiaje que ensamblaba conjuros más potentes, cuyos apéndices le permitieron escalar a un nuevo grado de sabiduría. Entendía la pelea de un padre por su hijo y la del hijo por su padre. Reconocía la lucha de una hermana por la otra. Estaba mucho más cerca del entendimiento de la pasión como motor, como fuerza elemental, como fuente de luz.

Se abrió paso, susurrando al aire encantamientos que ardían a su alrededor. La llama que enciende todas las pasiones imbuía su cuerpo, y nadie podía permanecer cerca de él, de tanto calor que emanaba. El pelotón central se disipaba y le marcaba un sendero hacia el frente de batalla.

Lerón del Sándalo se encontró con su nuevo cuerpo. No quería sentirse un animal despiadado, pero no le sentaba mal el papel. A sus espaldas, la línea de soldados seguía su avance desde cierta distancia. Jara Crespón lo observaba atónita. La brutal potencia de sus brazos le ofrecía una franca ventaja sobre la horda enemiga. Su piel encostrada era más rígida que cualquier armadura. Golpe tras golpe, su arma causaba bajas entre los defensores de la torre. El crujido ominoso de huesos rotos, si es que esas bestias poseían huesos, se volvía una melodía distinta, matizada de tonos oscuros. Esos execrables eran la escoria de la que necesitaba limpiarse. Su mazo era su nuevo instrumento, y la matanza que desataba, una sinfonía de redención.

Llegó a ver de reojo cómo el pelotón central se iluminaba aquí y allá con espadas que parecían antorchas. La fila del frente avanzaba con firmeza sobre el enemigo. Distraído por un segundo, uno de los jinetes le hundió un hacha en el brazo derecho. La corteza frenó el golpe. Lerón apenas se inmutó. En respuesta, blandió el mazo, golpeando con tanta fuerza que le horadó el pecho. La fila detrás de él avanzó algunos metros. Sintió las miradas de sus compañeros, entre la aprensión y el miedo.

–¡Eso es, carpintero! ¡Te ves más feo que un dolor de muelas, pero sigue la pelea y nosotros te seguiremos! –le gritó La pintora por sobre el bullicio.

No era necesario que nadie le dijera cuán fiero era su aspecto. Sentía que desde que había pisado el pantano, cada vez era mayor la superficie de su cuerpo cubierta por la costra leñosa. El pelotón que lo seguía lo arengaba, y eso le traía cierta paz. Por más que lo viera como un estorbo, sabía que estaba en sus manos mantenerlos a salvo.

Baradur Pinoverde vio al Hierofante alejarse hacia el frente de batalla. El frente del noroeste era un revoltijo del que los jinetes se apoderaban lentamente. Ordenó a los arqueros que una nueva oleada de flechas se concentrara sobre ellos. Pero eso apenas ayudó. Debía

enfocar más poder de ataque y solo podría hacerlo si hacía avanzar a la caballería, pero lo que sucedía sobre la línea de ataque lo retenía.

El sumo sacerdote de Ganna Adem dejaba atrás la línea de los escuderos. Caminaba entre los hombres que sostenían espadas hechas de fuego. Ya no estaban en lucha directa contra los jinetes. La horda se concentraba sobre el frente del flanco noreste. Un encantamiento brotó de su boca como un río de lava que apenas llegaba a dominar. Las manos acompañaron el grito gutural y el espasmo de sus arcadas. El magma brotaba de su boca. Levantó la vista y lo dirigió sobre las abominaciones. Una oleada incandescente se volcó sobre todos. El alcance del hechizo era tan amplio como devastador. Poco le faltó para prender fuego a sus propios hombres.

Las bestias retrocedieron. Por primera vez desde que comenzaba la batalla, tomaron una actitud defensiva. Se replegaron un una formación más cerrada y uniforme. El más prominente dio una orden. El mensaje en su lengua era irreproducible. Pero todos lo repetían al unísono.

El Hierofante no se dejaba amedrentar por el despliegue. Pronunció un nuevo encantamiento. Se plantó con firmeza en el campo de batalla. Movió sus manos impulsando sus palabras, como si se tratasen de un objeto palpable. El sortilegio se dibujó como un filamento al rojo vivo. Un pájaro de fuego salió del ovillo de palabras que se suspendieron en el aire, desplegó sus alas y se precipitó hacia la fortificación como un ariete.

La Fortaleza del Olvido tembló ante los ojos atónitos de los habitantes de Adem. El grito de victoria les crespaba la piel. Baradur Pinoverde, sabedor de infortunios, maldecía a los que festejaban antes de tiempo.

La horda se replegó aún más. Su grito de guerra torturó los oídos de los más cercanos. La letanía corroyó el aire de a poco. Un hedor rastrero se volvió brumosa niebla suspendida al ras del suelo. El torreón resopló. Un bramido vaticinó su respuesta.

Los descomunales peñones que flotaban fuera de la edificación ya no se mantenían estáticos. Como saliendo de un letargo, se balanceaban en torno a la edificación. Lerón del Sándalo ya lo había visto antes. Eso sucedía en el pantano el día previo al solsticio. El carpintero rompió la fila, mazo en mano. Campo traviesa, corrió todo lo que daban sus potentes piernas hacia los jinetes. Lanzó su mazo sobre ellos. No necesitaba más que sus manos para despedazarlos.

Tenía que disipar cualquier intento de rearmar filas de esas abominaciones. De algo estaba seguro: vencer a la horda oscura no podría ser tan sencillo como quebrantar la línea enemiga con sus manos desnudas, la Torre Negra comenzaba a defenderse.

El viento se levantó nuevamente. El sumo sacerdote recibió la respuesta que esperaba. Los peñones giraron en torno a la fortificación.

–¡Vamos, bestia! ¡Es hora de que dejes de esconderte! –su voz se hizo atronadora y retumbó en el vacío.

Desde lo más alto de la edificación, una silueta negra caía en picada. Ninguno de los soldados llegó a identificarla hasta que fue demasiado tarde. Una creatura colosal aplastaba bajo el contundente peso de su cuerpo a buena parte del pelotón central. Las terroríficas alas se desplegaban en toda su envergadura. Con sus fauces lanzaba un hombre al vuelo, mientras de un zarpazo laceraba a otros dos. Aleteaba, se alejaba y devolvía a los pusilánimes su mirada más desdeñosa.

–¿Crees que me escondería de ti o de tus soldados? Por semejante altanería estáis todos condenados –la esfinge de Kurum Ur Kali respondió al desafío del Hierofante. Su voz metálica atemorizaba a los soldados.

La Bestia del Olvido, estaba lista para saciar su sed de sangre. No veía la hora de regurgitar los cadáveres de sus víctimas sobre Zura Adem Inna.

57
El taller del orfebre

Se sentía como un ladrón entrando a su propio taller por el techo, pero no podía ingresar por la puerta principal. Le resultó sencillo romper los cristales del tragaluz con el guante dorado que conservaba de su armadura. Las calles estaban atestadas de insurrectos que festejaban la caída de la monarquía.

Las consignas que cantaban hablaban del final de la doctrina de la contemplación. Al fin llegaba la hora de poseer la gracia. La nefasta enseñanza de Qalb Kelij se diseminaba entre los habitantes del reino Índigo.

Dio un rápido vistazo por su taller. No parecía haber nadie adentro. Podría reponerse, aunque fuera brevemente. El gran galpón de tres plantas tenía un salón principal subdividido en un área de forjas al fondo, con sus crisoles y mesas de trabajo, y un amplio espacio adelante, ocupado por una antigua creación suya, ya en desuso y rodeada de andamios. Repasó con su mirada el sitio en el que forjó milagros y formó a decenas de jóvenes alquimistas. No tenía tiempo para perder. Debía llegar al valle del Sabio, al punto seguro programado como rumbo para el autómata. Se hizo de una ballesta, una cimitarra y alguna de sus invenciones.

Pensó que su mejor opción era tomar un vehículo rápido. Todo cuanto pudiera cargar le sería de utilidad. Un autómata con forma de caballo esperaba con sus alforjas abiertas.

–Miren nada más quién se ha dignado a volver a su taller –el orfebre no reconoció la voz.

Se dio vuelta, y reconoció a uno de los integrantes de la Cofradía de los Alquimistas. Lo recordó del banquete del solsticio, un obeso con bigote color cobre.

–Te conozco. ¿Qué haces aquí? –preguntó Jalil, más intrigado que sobresaltado.

–Busco al orfebre más reconocido de todo el reino. Nuestra revolución necesita de tus servicios. –el hombre tenía fama de usar ramas poco ortodoxas de la alquimia.

–Eres Majid Oroluna. Has tomado clases en este taller, y ahora te cuelas aquí para pedirme que traicione todo aquello que los

alquimistas representamos –Jalil hizo un gran esfuerzo por contener su ira.

–Aquello que representas tú, tal vez. La Cofradía de los Alquimistas tiene una misión más elevada para esta sociedad –disintió el corpulento hombre.

–Definitivamente, estás loco –se acercó un par de pasos a su autómata.

–No, claro que no lo estoy. Tú lo estas si te niegas a aceptar tal oferta. Como sospecharás, nuestro amo no acepta las negativas –el alquimista sostenía una mirada penetrante.

Jalil se encontraba en un aprieto. No le sobraba ni un minuto, y este monigote venía a enredarlo todo. No podía detenerse a pensar, pero estimó que Jos Betayerro tenía una red de influencias más amplia de lo que sospechaba.

–No quisiera saber qué les ha ofrecido Betayerro para inclinarlos a su nueva doctrina. ¿Te has puesto a pensar en todo lo que significa darle la espalda a Hakim Azrag?

–No seas necio, Grisplata. Piensa en todo el poder que estará a tu alcance una vez que te deshagas de esos sesgos morales inventados. ¿Acaso no recuerdas cuán espléndido fue este taller? ¿Cómo dejaste que decayera tanto en pos de proteger a un monarca bastardo? –la pregunta llegó a Jalil como una patada en los dientes.

–Te estás pasando de la raya. No voy a formar parte del delirio de Betayerro. Retírate de mi taller –la hostilidad en su voz era palpable.

–Lamento que no estés dispuesto a unirte a nosotros por voluntad propia. Pero, para serte franco, siempre supe que esa no era una opción –Majid desenfundó con parsimonia un arma de diseño.

–¿Y qué piensas hacer? ¿Llevarme por la fuerza?

–Precisamente –el corpulento hombre le apuntaba con un arma de mano similar a un arpón arrojadizo.

–Quiero verte intentarlo –aquel era el peor momento para que un infeliz le tocara los cojones.

El alquimista lanzó su arpón a una velocidad asombrosa, una cadena de metal seguía a la cola del arma. Jalil torció el cuerpo justo a tiempo. El arma se clavó con una fuerza tremenda en una de las alforjas de su autómata. La cadena de hierro se tensó a su derecha. El orfebre se la vio muy fácil, a pesar de que hacía tiempo no usaba la onomástica, podría aclarar algo en la confusa cabeza de su descarriado rival. Tomaba la cadena y la tensaba aún más.

–Seguramente en este taller has aprendido que Hakim Azrag objetivó la naturaleza de las cosas, y el verdadero nombre de las cosas

a través de la contemplación –afirmó Jalil con los ojos fijos en los de su adversario.

Despegó los labios y pronunció un nombre. Tensó con más fuerza la cadena y la enrolló en su antebrazo. El hierro se doblegaba a la voluntad del orfebre y potenciaba su fuerza. Continuó enrollando la cadena y arrastró el pesado cuerpo de Majid hacia él. Por más resistencia que Majid Oroluna opusiera, el arma estaba en su contra.

–¿Quieres que me acerque? –el alquimista se lanzó contra Jalil y, sin darle tiempo a nada, le asestó un certero puñetazo.

El orfebre sintió su labio cortado. Aprovechó la imprudente distancia a su favor y rodeó a Majid con su propia cadena. Tiró el otro extremo para recuperar el arpón. La rabia contenida le nublaba el juicio.

El alquimista luchaba en vano contra la tensión de la cadena. Jalil lo tenía aprisionado, pero contaba aún con una mano libre. Tanteó el rostro de su enemigo. Estaban luchando cuerpo a cuerpo, y llegó a hundir uno de sus dedos en la cuenca del ojo del orfebre. Un dolor lacerante le atravesó el pecho. Desvió la mirada y vio que se trataba de su propio arpón. La presión de la cadena le quitaba el aire, pero él concentraba toda la fuerza que podía en el ojo de su enemigo, hundiéndolo contra su cuenca.

Un dolor insoportable obligó a Jalil a aflojar la cadena. Sintió que su ojo estallaba dentro de su órbita. Sin dejar ir al corpulento hombre, se reafirmó sobre sus pies. La cadena se aflojaba en torno a su presa, pero la retomaba y volvía a oprimir. Esta vez, la enredó alrededor de su cuello.

El sonido del portón principal del taller lo distrajo por un segundo.

–No pensarás que vine hasta aquí solo –espetó el alquimista.

El orfebre ardía de rabia. Ajustó las cadenas con una potencia descomunal, La Onomástica le permitía estrangular al alquimista sin más fuerza que la de su voluntad. Ya no había espacio para negociar.

–E… Eres el… pasado… –exhaló.

Jalil Grisplata retiró el arpón del costado solo para rematar a Majid Oroluna. Perforó de nuevo su torso sobre el hombro izquierdo, abriéndose camino hacia el corazón.

–Pues tú ya no eres el futuro –sentenció el orfebre.

Pensó fugazmente en el niño monarca. El tiempo se escapaba de sus manos y no creía estar en condiciones de llegar a tiempo al valle del Sabio. El alquimista no mentía. El estrepitoso tumulto en la entrada de su taller lo dejaba en claro.

58
Contrafuego

La Esfinge de Kurum Ur Kali se desplazaba a una velocidad que no condecía con su volumen. Desgarraba con sus fauces y laceraba con sus garras. Cortaba con sus alas y aplastaba debajo de sus patas. Pero, más allá del daño físico que podía generar, semejante fuerza desatada enfrentaba a los hijos de Adem con una realidad elemental: eran solo hombres y mujeres tratando dar pelea contra una criatura de la Era de los Mitos. Habían hecho retroceder a los execrables gracias al sumo sacerdote y a la bestial fuerza del carpintero maldito, pero la fugaz ventaja se desvanecía.

El Hierofante rediseñó su encantamiento. Esta vez, invocó a una bandada de pájaros que emergieron de sus palabras aovilladas en aire. Las aves incandescentes dibujaron estelas en el aire mientras impactaban a toda velocidad contra el lomo de la bestia.

–¡¿Quién de entre ustedes se considera mi rival?! –la esfinge miró hacia el Hierofante– ¿Crees que con petardos domarás a un chacal? –los ojos de la bestia ardían encolerizados.

Se dirigió en estampida hacia el sacerdote haciendo temblar el suelo del pantano y aplastando a quienes no huían de sus pisadas. Qué endebles eran los cuerpos de los hijos de Adem.

En un rincón del campo de batalla, el hombre templó su mente y quemó hasta la última brizna de miedo. Por fin la vida le daba la chance de enmendar su falta. Jamás sabría qué hubiera sido de la reina de Adem si él hubiera estado presente el día del solsticio. Lo que sí sabía era que en este día no se guardaría nada. Atacaría a la Bestia del Olvido con todo su poder.

Volvió a conjurar, obligado a hacerlo a una velocidad que le quitaba elocuencia. Su mente se proyectó a un plano superior mientras su cuerpo lo urgía a atacar. La bestia corría hacia él con ávida ferocidad. De su boca borboteaba un chorro de magma incontenible. Le resultó imposible controlarlo con mayor precisión. Un error al conjurar, hacerlo desprolijamente, podía llevarlo a morir bajo su propio hechizo.

El magma alcanzó a la esfinge. El calor intolerable la obligó a abrir las alas para refrenar su avance. Saltó por encima de su atacante

para evitar ser incinerada. Un mago elementalista apenas podía tener capacidad de manipular las llamas. Le sorprendió que el magma brotara de un hechicero. Aun así, haría falta más que eso para derrotarla. Sopló una bola de fuego hacia el insolente que la confrontaba. Las llamas calcinaron al hombre. Notó cuánto más fuerte era su llamarada de odio.

Al encontrarse más cerca de la fortaleza que el resto del ejército, Lerón del Sándalo cayó en cuenta del peligro que corría. Los peñones giraban en torno a la edificación. Tenía la impresión de que las enormes masas de piedra se alineaban hacia los lados. Sopesó el calibre de sus brazos. Ahora, el derecho estaba más voluminoso y largo que el izquierdo. La piel rígida de su espalda se prolongaba más allá de los muslos, hacia los laterales de sus piernas y tomaba sus pies. No asimilaba qué sucedía con su cuerpo. Pero lo que en su pecho comenzó como un pequeño brote de una semilla, lo transformó poco a poco en un árbol robusto. En el campo de batalla podía desatar toda esa rabia primitiva, ese deseo oscuro de ver a otros claudicar bajo sus puños. Dio rienda suelta a sus instintos más bajos y, ni por un segundo, se preguntó hasta dónde podía llegar. La matanza lo mantenía distraído, su melodía de muerte lo embelesaba y lo envolvía.

Tenía que detenerse. Tenía que recordárselo. Los peñones, la Torre Negra, el pantano. Ese lugar era mucho más peligroso de lo que el ejército de idiotas sabía. Podía tragarlos a todos. Podía engullir la esencia de cualquier persona, hacerle perder aquello que la volvía humana. Y precisamente eso era lo que estaba haciendo con él: le quitaba poco a poco su humanidad.

La neblina manaba de la fortaleza y se propagaba de forma subrepticia entre las líneas del ejército. Nadie se percataba de su avance.

Baradur Pinoverde reaccionó ante lo acuciante de la situación. Delante de él la primera línea de ataque se desarmaba en torno a la Esfinge de Kurum Ur Kali. El humo se levantaba en el campo de batalla y todo perdía nitidez. La caballería debía avanzar, él se los ordenó.

Los hombres a su alrededor le devolvían miradas desencajadas. Pinoverde galopaba en semicírculo, los miraba fijo. Simplemente no le

cabía en la cabeza: sus hombres no acataban la orden. Insistió nuevamente. Algunos retrocedían, otros le plantaban cara. ¿Le estaban preguntando algo? ¿Lo estaban cuestionando?

En tanto la neblina se levantaba desde el suelo, sus hombres desaparecían entre la bruma. Solo atinó a arremeter con su caballo y levantar la espada. Figuras de aspecto grotesco devolvieron el ataque. Se vio acorralado. Su visión se hacía cada vez más estrecha. Debía abrirse paso a fuerza de espadazos. Se limitó a mantener la rienda firme y a asestar cuantos golpes pudo. Tenía que salir vivo de esa situación a como diera lugar. No entendía por qué sus hombres no peleaban a su lado. No entendía cómo la neblina se los tragaba.

Lobro Arrayán reagrupó a su infantería.

–¡Adem Grull! ¡En formación! –el portador del cetro estaba desorientado.

La esfinge desordenaba las filas. Los jinetes del pantano se mantenían en formación cerrada al pie de la edificación. Para sumar desconcierto, desde la retaguardia perdió de vista a la caballería: solo podía oír los gritos del combate. Las catapultas quedaban del otro lado del campo de batalla. Sin las armas de asedio, el objetivo final de abrir una brecha en el torreón le pareció inalcanzable.

El portador del cetro reordenó sus filas mientras veía que la bestia se enfrentaba con el Hierofante. El sumo sacerdote parecía totalmente ajeno al mundo que lo rodeaba. Sus brazos proyectaban lenguas de fuego que obligaban a la esfinge a retroceder. La bestia se elevó. En el aire, su postura cambió. Tal como ocurría en la pesadilla que tenía en forma recurrente, el corazón del soldado martillaba entre sus costillas. La Bestia del Olvido inició su canto. Debía poner a todos a salvo. Era el momento de ordenar una retirada inmediata.

Lerón del Sándalo cumplió con su cometido. El acorde final de su melodía de redención coincidió con la muerte del último monstruo. Detrás de sí, unos cuántos hombres remataban a los moribundos. Le llegó la voz de Lobro Arrayán ordenando la retirada.

–¡Retrocedan! ¡Todos atrás! –el carpintero percibió el terror en la voz del soldado.

Perdía la paciencia con facilidad ante esos hombres tan débiles,

cansados con tan poco. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no empujarlos hacia atrás. Notó su propia ira. Llenó sus pulmones de aire al finalizar el ataque. Se irguió en toda su altura, había ganado no menos de medio metro. Su contextura se había modificado sustancialmente: ahora sus piernas parecían las de un carnero; su brazo derecho, desproporcionalmente largo, le permitía balancearse. No se explicaba por qué el brazo izquierdo no se había modificado. En la mano donde se había clavado la astilla en su taller percibía un ardor que poco tenía de usual.

Sentía ramificaciones en torno a su cráneo, su cabeza más pesada. Cualquiera con conocimiento en bestias podría establecer la relación entre un verdino y un fauno. Lerón, que nada sabía del Bestiario de Tebeth, se sentía a penas un poco menos abominable que la horda execrable que acababa de aniquilar.

–¡Corran! –gritó a los soldados.

Percibió el movimiento de los peñones suspendidos en el aire. Las masas de roca sobre los laterales de la torre se alineaban sobre el campo de batalla. Nada bueno podría ocurrir a continuación.

–¡¿Qué hacen mirándome?! ¡Corran! –les gritó nuevamente.

Con los pies en el campo de batalla y la mente a la altura de los Zigras, el Hierofante se acercaba a Ganna Adem. En otro reino más allá de lo tangible, mucho más allá del alcance de las garras de la esfinge, el sumo sacerdote tomó la Mano Roja. Ganna Adem le susurraba al oído, y él la oía. No era como la imaginaba. No era el escenario idílico descripto en los tapices de antaño. Ella era de fuego, de un rojo vibrante, intensa como un volcán, dulce como un pétalo. Se acercaba y lo quemaba hasta el hueso, pero al sacerdote no le dolía. La Zigra le decía algo a él, solamente a él, no debía compartirlo con nadie. Debía usarlo contra el enemigo, que era también enemigo de ella.

El Hierofante miraba todo. No muy lejos, el portador del cetro corría, abría y cerraba la boca, sacudía los brazos. Los hombres y mujeres que seguían en pie huían hacia la retaguarda. Los veía apenas y se les antojaban inalcanzablemente lejanos. En realidad, solo tenía ojos para la esfinge y oídos para Mano Roja.

La colosal bestia cantaba su ensalmo. Mientras el color de su piel tornaba del negro intenso al cobre bruñido, su busto reluciente subía y bajaba al son de su respiración. La descomunal amenaza pendía del aire, haciendo que su voz de metal cobrase potencia mientras se

elevaba en vuelo. Con las garras imprimía movimiento al canto que se hacía luz espesa, se valía de ellas para sostener su contrahechizo Plegó lentamente las alas como una elegante orquídea que convierte nuevamente en capullo la flor que ya tenía abierta, y se volvió un pimpollo atroz de plumas azabache que se suspendía sobre el campo de guerra. Concentraba el poder que canalizaba con su canto, ganaba cada vez más fuerza. El Corazón Negro cantaba a través de ella, y así la empoderaba. Era vida que no era vida, era sombra, era olvido. Era la única fuerza que a fin de cuentas sí podría arrasar con todo.

ଔ ଌ

En el momento en que la bestia cerraba sus alas, un vívido déjà vu paralizó a Lobro Arrayán. Los peñones suspendidos sobre el campo de batalla cargaron el aire de estática. Un cimbronazo lo atravesó todo y, como si tratara de un deslave, las masas de roca sólida cayeron sobre los combatientes del pantano de Kurum Ur Kali. La Fortaleza del Olvido se defendía sin necesidad de ejército alguno.

El campo de batalla se redujo drásticamente, el suelo aún temblaba, las gigantes formaciones de roca bloquearon los flancos.

–¡Retirada! –gritó Lobro a todo pulmón, tratando de imponer su voz sobre el crujido de las rocas.

Los que aún estaban en condiciones se plegaron junto al portador del cetro. Los Hermanos Sauce formaron otro pequeño grupo que los seguía de cerca. La única posibilidad de escape era la retaguardia.

Se frenaron ante la neblina del contra frente. Las llamas en las espadas de los soldados menguaron. La lucha se desató sin piedad en la retaguardia entre la caballería y los hombres de a pie. Baradur Pinoverde era flanqueado por otros más que como él, los miraban con ojos vueltos azabache, sus duros rasgos ya no eran los de su comandante en jefe, sus aceros se cobraban las vidas de sus compañeros.

ଔ ଌ

La tierra temblaba. El carpintero trató de mantenerse a salvo. Sus nuevas piernas le permitieron correr a mayor velocidad. Por encima de si, la colosal Bestia del Olvido perpetraba un conjuro con su voz de clave mientras el Hierofante de Ganna Adem condensaba en torno a su cuerpo un complejísimo encantamiento. Aquella pelea estaba mucho más allá de sus fuerzas.

Le resultaba imposible avanzar. Perdió la paciencia. Volteó la vista y vio cómo la Esfinge de Kurum Ur Kali abría de súbito sus alas, y el sumo sacerdote sentenciaba el final. Hubo una explosión imponente y contrafuego en respuesta.

59
El mensajero

Ava Roble se reconciliaba con su fe: oraba pidiendo protección para su pueblo. En horas de necesidad, se volcaba sin reservas a buscar señales en lo alto. Miraba por la ventana de su alcoba, de pintorescos vidrios tintados recortados.

Pensar en lo que estaría ocurriendo en Thrin-Nar Ur Kali era demasiado para su mente. Se eludía imaginando que los combatientes regresaban, ansiaba ver de vuelta a uno entre todos ellos más que al resto.

–Ava, debes ir de inmediato al magisterio. Hay un gran revuelo –Ruca Arroyo, una de sus compañeras con más experiencia, interrumpió el hilo de sus plegarias.

–Iré sin demora, Ruca. ¿Te han dicho de qué se trata? –Ava temía lo peor.

–Ha vuelto uno de los mensajeros. Parece ser el enviado al Reino Índigo. Como si no tuviéramos ya suficiente –la mujer se retiró, con la amargura grabada en el rostro.

Ava se colgó su estola bermellón y se apresuró a salir a la calle. Un niño con ojos de gorrión la saludó sobre la acera de la vieja casona en la que vivían las Tejedoras. Sabía que ese pequeño era uno de los mensajeros de Samael Nogal.

Noticias del reino Índigo. En el momento en que más necesitaban la ayuda de sus alquimistas, no podía dejar de sentir cierto alivio pensado en una nueva alianza con ellos. Un entusiasmo que se le antojaba fuera de lugar la invadió mientras caminaba a paso ligero entre las calles de un pueblo casi desierto que le devolvía pocas miradas, todas ellas de desaliento.

Ingresó al magisterio de Adem por las puertas recién reparadas. No dejaba de resultarle extraño que nadie circulase por esos pasillos y salones. El lugar nunca había estado tan silencioso en un día laborable. Ava se figuró que las pocas personas destinadas a cumplir alguna tarea en ese día tan particular estarían como ella, abocadas a recibir a un mensajero del que no se había tenido noticias por semanas. Conocía bien la ubicación del despacho de los magísteres, subiendo nomás por la escalera de mármol, y a uno de los lados del

hall principal.

Golpeó la puerta. A su mente vino el recuerdo de cuando Daro del Vado la había echado de allí, días atrás. Se le escapó el nombre de la mujer que le abrió la puerta. Ingresó, de todos modos, y saludó al pasar. Cuatro personas rodeaban al mensajero, que estaba tendido sobre una improvisada litera. El hombre estaba exhausto, visiblemente perturbado.

El rostro sudoroso fijaba la mirada febril entre los presentes de forma errática.

–¡Ava! ¡Qué bueno que hayas podido llegar tan pronto! –Samael Nogal la saludó. Estaba en cuclillas, al lado del hombre recostado.

–¿Es él nuestro mensajero del reino Índigo? –Ava lo observó desconcertada.

–Confiaba en que tuvieses a bien orientar a este hombre, y por supuesto, elaborar un telar que contenga su relato.

Le tomó unos minutos tomar un bastidor y hacerse de una madeja de hilos. La tejedora se sentó a un costado de la litera del mensajero.

–Dinos, si tienes a bien, tu nombre completo y tu lugar de procedencia.

–Soy Taba del Valle. Nací aquí, en Pueblo Mayor.

Cora Laurel, la mujer que le abriera la puerta más temprano, ponía una compresa fría sobre la frente del hombre. Era una magistrada en las artes de sanar.

–Dinos qué mensaje del monarca Índigo traes.

–Ya no hay un monarca Índigo. Zureij Azrag Edriel ha desaparecido. El pueblo se ha sublevado.

Ava Roble miró al magister más viejo de Adem esperando un comentario que no iba a llegar. El aliado militar más poderoso de los Zurem Ur Mellur ya no podía ofrecer ayuda.

60
Bestias

Una luz intensa bañó todo. Sobrevino un silencio. Un absorbente mutismo se tragó el rumor de la batalla. El Hierofante se sumergía en la luz. Ganna Adem lo miraba y era bellísima. Mientras lo abrazaba seguía hablándole, le pedía que peleara por todos sus hijos. Lo llenaba de su calor, lo hacía sentir como un leño ardiendo. Abrió los ojos nuevamente en el pantano. La luz se desvanecía y él ascendía. Renacía luego de arder.

Acometió contra la Esfinge de Kurum Ur Kali con más potencia que nunca. Ya no la percibía como una bestia colosal, él mismo cobraba una nueva magnitud. Ya no eran manos las que levantaba contra su adversario, eran patas prominentes rematadas en filosas garras.

Lobro Arrayán no daba crédito a sus ojos. Dos fuerzas inconmensurables, una contra la otra, se confrontaban en el desfiladero en que se había convertido el pantano. Una explosión de luz consumía al sumo sacerdote, y daba lugar al nacimiento de una bestia de proporciones semejantes a las de la esfinge, pero radicalmente distinta. No había visto un animal semejante ni siquiera en las páginas del bestiario. Pero apenas pudo prestar atención a su encarnizado enfrentamiento. Delante de sí, la fuerza del enemigo se metía debajo de la piel de sus compañeros.

La caballería de los Adem Grull le cerraba el paso, y con inhumanos ojos de brea avanzaba sobre él y su infantería.

–¡Lobro! ¡Hay que pelear! ¡No van a dejarnos salir de aquí! –Errel Sauce le gritó entre la multitud venida a menos.

–¡Cierren filas! –gritó el joven soldado.

Los peñones no daban margen para disiparse hacia los lados o para eludir de alguna manera a la tropa montada que arremetía contra sus escudos a espadazos limpios.

–¡Avancen! –se oyó la orden de Lobro.

Mujeres y hombres peleaban contra sus vecinos, contra gente a la que habían visto crecer o de la que habían oído hablar a lo largo de sus vidas. Sangre de hermanos manchaba el acero propio. La llama de las armas se apagaba por completo. Todo se volvía más oscuro.

Entre los soldados, Lerón del Sándalo avanzaba. Ante sus ojos, alfeñiques que apenas sobrevivían se enfrentaban a otros alfeñiques montados a caballo. Vio con más detenimiento a quienes les cerraban el paso. Eso era lo que hacía la niebla del pantano, no había dudas al respecto. Los tres imbéciles que lo habían acompañado se mataron el uno al otro, o tal vez los jinetes los comieron. Llegado a este punto, solo se preocupaba por salir de esa locura, aunque para hacerlo fuera necesario aplastar a la caballería de Adem.

El carpintero se adelantó entre la infantería dando largas zancadas, tomó impulso paso a paso. Para él era muy sencillo saltar la línea enemiga, derribar a alguno de esos jinetes de un simple golpe, y seguir corriendo hasta salir de ese caos.

Pero no podía hacerlo. Peleaba contra los soldados montados a caballo, y pensaba que su conciencia no se mancharía por ese acto. Ayudar a los rezagados de la infantería, a los sobrevivientes con peor suerte en la historia de los rescates, no sería un crimen tan grave ante los ojos de ninguno de los Zigras. Pensaba que, a diferencia de él, esos hombres y mujeres sí tenían dónde volver.

Las garras de la esfinge apenas rasgaron el pelaje de su contrincante. El hombre que le hacía frente se transformó en un formidable adversario que lo empardaba en fuerza y velocidad. Tomó una cierta distancia y lo apreció mejor. El rostro felino conservaba aún los rasgos del Hierofante; con una espinosa melena y un fornido cuerpo de león su oponente se plantaba ante él con una estampa similar a la suya. La Bestia del Olvido sintió que un espejo surrealista le devolvía un reflejo burlón.

–Un remedo, eso es lo que eres. Compréndelo, mi fuerza no tiene rival ¡Qué cruel resultó ser tu madre al convertirte en tan desgraciado animal! –le espetó con su cínica sonrisa.

La esfinge abrió las alas negras en toda su envergadura. Su cuerpo broncíneo resplandeció.

El Hierofante de Ganna Adem imitó el gesto: levantó su larga cola terminada en un aguijón mientras desplegaba lentamente sus membranosas alas. Podía leer a su oponente, percibía impresiones más allá de lo que transmitía su lenguaje corporal.

–Estas muy equivocado. Y lo sabes. Puedo oler tu miedo, puedo ver qué piensas volar de aquí y salir de mi alcance antes de que adivine tu acertijo –no reconoció su propia voz, ahora mucho más profunda, cercana a un rugido.

El renacido sacerdote intuyó el miedo de su rival. Aquella era la gran debilidad de la esfinge. Pero, en el fondo, sabía que no podría develar el enigma.

–Vas por muy mal camino. ¡Ni siquiera lo intentes! Tu lengua va más allá de lo que sabe tu mente – respondió.

Cada una de las bestias intentaba penetrar en los pensamientos de su rival.

–Entonces, tendré que sacarte la respuesta de entre las entrañas – llegó a decir.

Galopó en dirección a la esfinge. Iba a arremeter contra ella justo antes de que la Bestia del Olvido emprendiera vuelo. Usó sus alas para perseguirla. Los dos colosos remontaron al cielo uno detrás del otro rompiendo el manto de neblina.

La esfinge dirigió una mirada iracunda hacia su perseguidor. No le gustaba llevar la delantera en una persecución. La danza de la cacería le era más cómoda si marcaba el ritmo del son. No le sería difícil revertir la situación dado que conocía el terreno a la perfección. Después de todo, estaban en su hogar. Distrajo al Hierofante disparándole un aro de fuego.

El sacerdote se movió pivoteando en el aire tan rápido como pudo para evadirlo, pero no logró hacerlo por completo. Comprobó que las llamas no lo herían: era un hijo del fuego. Se hizo a la idea de que solo la fuerza física podría llegar a desequilibrar la pelea. En su maniobra evasiva perdió de vista a la esfinge.

La bruma se arremolinaba aún debajo de él. Apenas se percató de que su enemigo se ocultaba en el manto de niebla, la colosal figura comenzó a ascender otra vez. Describió un movimiento en espiral mientras extendía las alas, con las garras dispuestas a aprisionarlo y las fauces abiertas para atacarlo. Lo sujetó con tremenda fuerza, lo suficientemente cerca del cuello como para tratar de morderlo. Pero la erizada melena de púas lo protegía. Descendieron así, encaramados uno sobre el otro. En ese cuerpo a cuerpo, la mejor arma del Hierofante era el aguijón de su cola.

Garras más filosas que las suyas rasgaron la piel de la esfinge. En

plena caída libre, la sujeción de su enemigo no le permitía abrir las alas. Repentinamente, percibió una punzada en el abdomen. Un calor más fuerte del que jamás sintió le quemaba las vísceras. No se esperaba esa artimaña. Antes de lo imaginado impactó contra el suelo. El peso de su enemigo la aprisionaba y no le dejaba respirar. Adivinaba el aguijón en su abdomen y el ardor ganaba su cuerpo por dentro. Todo se oscurecía a su alrededor. No tenía miedo, era amiga de la oscuridad.

Baradur Pinoverde combatía enajenado. En ese pantano ya nadie era humano, todos se habían convertido en bestias. Lo único que llegaba a ver era su espada entrando y saliendo de un torso, cercenando brazos y piernas, degollando a sus soldados, quienes no tuvieron mejor idea que sublevarse en su contra en plena batalla. Un humo negro que nada tenía que ver con la neblina envolvía todo cuanto lo rodeaba. Veía cada vez menos.

Lobro Arrayán se mantenía a cierta distancia del comandante en jefe. Una entidad ajena a sí mismo tomaba control de sus actos. Era el poder del Corazón Negro. Le costaba imaginarlo al oír al sumo sacerdote, pero en ese pantano todos los mitos cobraban forma y significado. Un verdino peleaba de su lado, y tras aniquilar a los execrables, con su ayuda mantenían a raya a la caballería de Adem. No era casual que los hombres que seguían lúcidos fueran aquellos que pudieron hacer arder sus armas. La gracia de Ganna Adem los protegía. Lobro solo deseaba que todos sus hombres hubieran estado bajo el influjo de la Mano Roja. El comportamiento del comandante en jefe se tornaba errático. Apenas se sostenía en pie, lanzando espadazos al aire. Los ojos renegridos como ópalos no enfocaban nada.

El portador del cetro tomó el arco de una de las mujeres. Levantó la flecha y tensó la cuerda. Pensaba en cuán necesario era un acto de piedad para ese hombre, y cuan doloroso sería para él ejecutarlo. Una llama roja ardió en la punta de la flecha. Soltó la cuerda y una lágrima. La saeta perforó el pecho de lado a lado, el hombre cayó al suelo de bruces. Giró sobre su espalda, miró al cielo. Los ojos de brea se desvanecían. Los ojos de Baradur Pinoverde se despedían de la vida con una disculpa grabada.

Unos metros delante de él, una brecha se abrió en la formación de los jinetes. Los soldados con ojos negros repetían la conducta del comandante fallecido. Algunos caían de sus monturas como sacos. Otros sencillamente desfallecían. Los que continuaban moviéndose en el suelo arrastraban sus cuerpos en dirección al campo de batalla.

Lobro lanzó una rápida mirada alrededor. Comprobó que la bruma se hacía menos densa. Volvió a mirar hacia la torre. Distinguió la silueta de la colosal bestia que era ahora el Hierofante en la explanada, erguido sobre el inerte cuerpo de la Esfinge de Kurum Ur Kali. Los sobrevivientes constataron que ya no había enemigos en pie, pero estaban muy lejos de considerarse vencedores. Sus armas de asedio habían sido destruidas, las hicieron añicos durante la trifulca ocurrida en la retaguardia.

El suelo volvió a temblar. Lerón del Sándalo percibió la estática en el aire, casi la misma que suele sentirse antes de una tormenta eléctrica. La vibración se sostenía y el recuerdo del miedo lo volvió a atenazar.

Los peñones que configuraban el desfiladero comenzaron a despegarse del suelo milímetro a milímetro. Un viento ominoso se levantó. Resoplaba en dirección a la edificación. El carpintero veía cómo todo volvía a repetirse. Sabía muy bien lo que la Torre Negra era capaz de hacer.

–¡Huyan! –gritó– ¡Salgan de aquí ya mismo!

El Hierofante sujetaba a la Bestia del Olvido. Allí donde su cola le había perforado el abdomen, un magma manaba de la herida. De a poco, su pesada garra liberó a su presa.

La esfinge tornó la mirada hacia su rival. La sonrisa sínica no se le borraba.

–Déjame recordarte una cosa, pusilánime Bestia Escarlata. Lo que Kurum Ur Kali recibe, de ninguna manera se escapa –recitó apagadamente.

Tosió sangre de una negrura tal que parecía alquitrán. El sumo sacerdote fijó la vista en la torre. La fuerza del viento continuaba creciendo. Las formaciones rocosas se alejaban cada vez más del suelo y se elevaban en torno a la fortificación.

Los que seguían en pie se alejaron del pantano desorganizadamente. La violenta ventolera les dificultaba el avance. En el campo de batalla, docenas de cuerpos comenzaron a rodar hacia el torreón en un desfile macabro. La Fortaleza del Olvido reclamaba su botín de guerra.

El sumo sacerdote de Ganna Adem quedó rezagado. Veía a mujeres y hombres abandonar el campo de batalla tan rápido como sus maltrechos cuerpos se los permitían. Sintió el fulgor de los truenos y su potente estruendo. Si quería recuperar a Inna tenía que llegar al interior de la fortificación. Remontó en vuelo. Sin armas de asedio debería buscar un espacio por dónde ingresar al torreón.

Eludió rocas que giraban en un vórtice desenfrenado en torno a la Torre Negra, mientras el Ejército Rojo huía apenas salvando la vida. Batió con fuerza sus alas, hasta acercarse a la edificación central. Clavó las garras paso a paso, escalando el muro renegrido. Trepaba tanto como podía, pero no había ninguna abertura a la vista. Rebuscó oteando la piedra oscura cargada de ese penetrante aroma a humedad. Continuó contra el violento viento que lo empujaba, se aferró con fuerza hundiendo más las garras. Un rayo lo alcanzó y cayó sin control hasta que pudo abrir las alas nuevamente.

Se frenó estrepitosamente en el suelo del pantano, muy cerca de donde yacía el cuerpo de la Esfinge de Kurum Ur Kali. Por algún motivo, el viento intempestivo no lograba arrastrar sus restos. Le llegó el sonido de una risa metálica. La bestia continuaba con vida.

–¿De qué valió derrotarme? Al final, estas aquí abajo –su voz sonó como una caja musical rota.

Con un movimiento impensadamente veloz plantó una de sus patas. Los huesos empujaron la carne, el cuerpo se enderezó y se alzó por partes. La herida del abdomen continuaba manando el magma incandescente mezclado con esa sangre que parecía alquitrán. Las alas, parcialmente desplumadas, se abrieron de a poco.

–Tu reina es aún mi carnada. Vuelvo a mi trabajo –la bestia aleteó, algo más recompuesta, y se alejó del suelo.

El viento la favorecía extrañamente. Una negra estela de polvo se proyectaba desde el torreón y armaba un manto que envolvía a la esfinge por completo. Tan repentinamente como apareció, la voluta de polvo y humo negro volvió a entrar en la fortaleza. El Hierofante se lanzó en picada detrás de ella, pero el muro era impenetrable.

61
La fuerza de un gólem

En contra de los fundamentos, mató a uno de los integrantes de la cofradía de los Alquimistas. En circunstancias ordinarias, lo que acababa de hacer le valdría la expulsión y, por supuesto, una ejecución ejemplar. En plena revuelta, en cambio, la represalia dependía de su habilidad para escapar.

–¡Entren y cierren la puerta! –gritó una potente voz desde el portón.

Si tuviera que adivinar, diría que podría ser Saluma Usme, o algún otro de los adeptos a la alquimia heterodoxa, como Majid Oroluna. Pensar que había toda una facción dentro la Cofradía, dispuesta a convertirse en un movimiento disidente lo inquietaba sobremanera.

–¡Jalil Grisplata! ¡No hagas esto más difícil! –reclamó una voz entre el barullo de los otros que irrumpían en su taller.

–Dime, Saluma, ¿cómo podría yo hacer que la toma de mi taller sea menos difícil?

El orfebre se ocultaba en el polvoriento andamiaje ubicado en el centro de su taller. Estaba construido en torno a una antigua arma en desuso, una suerte de gólem, una bestia mecánica tripulada. Su ocupante cumplía las funciones del cilindro maestro. Le palpitaba la cuenca vacía del ojo, trataba de mantener presionada la herida para cortar el sangrado.

Usme y sus hombres se encontraron con el cuerpo sin vida de Majid Oroluna.

–No subestimen al orfebre. Preparen un homúnculo con el cuerpo –indicó Usme.

Los alquimistas sacaron una serie de materiales de entre sus túnicas. Uno de ellos levantó un puñal en alto. Primero, desgarró las vestiduras del cadáver; luego, hizo un corte sobre su abdomen. Jalil, escondido, los observaba. Mientras, improvisaba un vendaje en su cabeza. Lo hacía de manera tan sigilosa como le era posible. Atónito, escuchó una plegaria apócrifa. Vio cómo ofrendaban sales y compuestos al cuerpo del difunto y dibujaban con ellos símbolos a su alrededor. Empleaban la onomástica y nombraban lo indecible mientras acuchillaban el torso dejándole una abertura atroz. Aquello

tenía cada vez menos de alquimia y cada vez más de nigromancia.

Jalil pensó que la ejecución del armatoste en el que se había escondido resultaba demasiado trabajosa. Activar al antiguo gólem no era una posibilidad, pero sí podría tomar alguna parte de él para un último intento desesperado.

Las puertas del taller volvieron a abrirse. En las calles tenía lugar una batalla campal. Sublevados y fieles a la monarquía peleaban en toda la ciudad de Cian.

–¡Saluma Usme! ¡Sal de donde te estés escondiendo, traidor! –Osma Alkaz gritó a viva voz.

Jalil tenía que ponerlo sobre aviso.

–¡Qué suerte la mía! Vine buscando al orfebre, Osma Alkaz, y me iré con él y con la cabeza de otro idealista.

–Tú no saldrás de aquí, Saluma –Jaffa Rupia dio un paso hacia Osma.

El estrépito que surgió de entre los andamios hizo que todos se dieran vuelta. Jalil Grisplata sostenía en alto una descomunal arma de tres piezas. Se trataba de un enorme brazo mecánico con un bestial puño metálico que mantenía acodado, apuntando hacia los insurgentes.

–¡Osma! ¡Jaffa! ¡No se anden con juegos! ¡Están armando un homúnculo! –el veterano se unió a los otros dos.

–Eso es una aberración, no imaginaba que llegarían tan lejos –Jaffa se encolerizó.

–Tal vez en este mundo aberrante ya no haya espacio para ti ni para la rancia estirpe de la familia Rupia. O, tal vez, los Oroluna nos sirvan mejor muertos y reanimados –Saluma adoptó un tono más sombrío.

–Nos han llevado a la ruina. Explotaron nuestros recursos y acabaron con las vetas de oro de nuestras montañas. ¿Y para qué? –replicó otro de los insurrectos– Para forjar armas en contra de los que no pensamos como ustedes –los ojos se le entintaban de un negro intenso.

Lo mismo le ocurría a otro de los hombres y, finalmente, también a Saluma Usme. El orfebre conocía de esa mirada: los ojos de ópalo. Como un relámpago, visualizó al hombre que emergía de la brea, el hombre de su sueño en el desierto Rojo. Los insurrectos que se plantaban delante de él estaban más allá de su capacidad de ayuda.

–Están bajo el influjo de una fuerza que no conocen –observó Jalil.

–No, orfebre, tú no la conoces. Pero ya te llegará –replicó uno de los insurrectos con tono tajante.

Saluma clavó sus manos en la tierra, trataba de abrir una grieta en el taller. El suelo tembló y desestabilizó a todos. Los insurrectos que lo flanqueaban se elevaron en el aire. Uno, espada en mano; el otro, desencadenando una lluvia de cuchillos arrojadizos.

El orfebre levantó la mano del gólem. Con el guante que llevaba puesto, le resultaba relativamente sencillo imprimir los movimientos de su propia mano al enorme objeto. Sus compañeros poseían sus propias maestrías.

Jaffa Rupia dio un paso adelante. A la distancia, con un ademán de su mano derecha desvió los cuchillos, mientras su mano izquierda emuló una estocada. Su arma arrastró al insurrecto que portaba un sable, Rupia lo conducía en dirección a su compañero, perforó a uno y le quitó el sable con vehemencia. Imponía su voluntad al acero de las armas enemigas. El arma giraba en el aire y retornaba contra el insurrecto, clavándose velozmente en su abdomen.

–No tendréis, acaso, aceros templados en las fraguas de la familia Rupia–les escupió Jaffa.

Osma Alkaz concentró su fuerza contra Saluma. Se plantó con firmeza en el suelo para disipar la vibración. Se arrodilló y golpeó el suelo con ambas manos. Las enterró hasta la altura de sus antebrazos. En el otro extremo, un par de manos de tierra tomaron a Saluma por brazos. El orfebre veía el jaleo por el rabillo de ojo. Aun estando a distancia, asestó al rebelde un puñetazo con un envión imparable.

A un lado de las fraguas del taller, la aberrante creación de los alquimistas se puso en pie. Su cuerpo desfigurado ostentaba una grotesca abertura que iba desde la base de la boca hasta el abdomen. Con el torso curvado hacia atrás la herida se asemejaba a unas fauces. Los arcos de las costillas sobresalían como si fuesen afilados dientes.

El homúnculo se movía por la necesidad más básica de todas: la de alimentarse. Con unos ojos que apenas podían distinguir lo que se movía de lo que no, miró al rededor en busca de algo que le permitiera saciar un hambre para la que jamás habría alimento suficiente. Solo tenía que estirar la mano y tomar a ese que se movía tan cerca de él y arrastrar ese cuerpo hacia sus abominables dientes, y así lo hizo.

–¿Por qué piensan que prohibimos esa clase de alquimia? ¡Imbéciles! –les gritó Osma desde el otro extremo.

La abominación devoraba a uno de los insurrectos. Trituró su cuerpo con las grotescas fauces del torso.

Jalil tomó un poste de los andamios y lo arrojó contra el homúnculo como si fuese una lanza. El grupo de insurrectos se dispersó. Así y todo, se organizaron para enfrentar a los defensores de

la doctrina. Saluma se encontraba en el piso, jadeando. Jaffa Rupia retomó el control sobre los cuchillos desperdigados en el suelo. Los organizó en círculo en torno a él.

–Tienen más acero para devolverme. ¿Acaso no saben que soy el herrero forjador de la Cofradía? –remataba a un moribundo con la espada que retiraba del cuerpo de otro. En ese estado de ira podía desatar una masacre.

–No necesito la fuerza de un gólem para aplastarlos de a uno. Me basta un solo brazo. ¡Miren lo que han hecho! ¿Hacia dónde va una revolución que no contempla consecuencias? –en vano, el orfebre trataba de hacerlos entrar en razón.

El monstruo se quitó el poste de un costado. Se incorporó y desplegó sus fauces en un gesto hórrido e intimidante. Jalil sentía que la cabeza se le partía en dos. Adolorido y con la vista borrosa les plantaba cara. No era momento de dejarse intimidar.

62
Agravio

–He sabido de boca de uno de mis hombres más confiables que, tal vez, tengas cierta habilidad. –no era la primera vez que veía al hombre que le hablaba. Lo recordaba perfectamente. Era el custodio personal del supremo rector, el primer vigía. Hebra mantenía la calma. Controlaba su respiración. No dejaba que la persona que tenía en frente perturbara su paz.

El hombre la examinaba de forma atenta, observándola como si estuviera en posición de hacer algo inesperado. Adivinaba lo terso de la piel bajo la suciedad, lo turgente de los pechos, lo suave de los labios. Podía verla más allá de lo superficial, así lo sentía Hebra. La intensa mirada del hombre iba mucho más lejos que su piel. Pero no podía definir de dónde venía esa certeza.

–Es sorprendente mujer, pero pareciera verdad. No lo llamaría una habilidad… no aún –se acercaba un poco a ella, olfateando el aire a su alrededor.

–Es más bien un secreto, una virtud desconocida –se explicaba–, en todo caso, algo digno de ser visto por el rector.

Se hallaban en un salón de paredes oscuras con ventanas altas en arco de medio punto. El aire se colaba por ellas limpiando el profundo aroma a incienso. La luz pálida y fría de la mañana danzaba entre las volutas de humo. Hebra se encontraba sentada en una silla, un lujo más allá de cualquier especulación.

El primer vigía dio media vuelta y se alejó. Su capa ondeó. Dos hombres estaban de custodia. La muchacha se preguntaba de qué virtud hablaba esa bestia que la observaba con lasciva curiosidad. Y no porque tuviera miedo. Ya no lo tenía, no desde su encuentro con la luz. Se lo preguntaba por lo desventajoso de la situación: podrían forzarla a revelar que poseía la capacidad de hablar. Mantener su voz en secreto le había costado demasiado caro como para usarla allí, en un lugar tan impregnado de sufrimiento, delante de personas que no apreciaban la vida de otros.

Un instante incalculable de tiempo transcurrió mientras cavilaba acerca de sus posibilidades. Pelear cuerpo a cuerpo contra esos hombres sería imposible. Una mujer sola no tenía chances contra

sujetos tan bien entrenados para la violencia, tan desprovistos de piedad. Debía mantener la mente clara, sin turbideces, sin nada que la distrajera de su objetivo principal: salir de allí y hablar con los esclavos, llegarles de alguna forma, convencerlos de su fuerza.

La puerta del salón se abrió. Vio al supremo rector ingresar seguido de su guardaespaldas. Se los imaginaba como dos cuervos, hambrientos de carroña, curiosos por ver qué podían sacar de ella para alimentarse, para alimentar al Corazón Negro.

–Esta es la esclava, la huésped de Lazada –dijo el primer vigía a su amo.

–La recuerdo. Te pedí que la vigiláramos de cerca –respondió.

–Y aquí estamos. Tras hacerlo, la encontramos a cargo de la mayoría de los gremios de la península, con más conocimiento respecto de los balances que cualquiera de sus compañeras, con más información que nadie acerca del flujo de insumos. Resulta que la encontramos en actitud sospechosa, sosteniendo charlas de cierta proximidad con algunas de las cabezas de los gremios. Discutía acaloradamente con su líder cuando el Hosco la pilló. Casi se lo sugirió a sus compañeras, casi les dijo cuán fuertes constató que eran… prácticamente la encontramos en la gestación de un golpe. Allí mismo el Hosco la retuvo en un calabozo, la aislamos y la hambreamos. Y para cuando la teníamos casi a punto de quebrarse, se hizo el milagro…

Los penetrantes ojos verdes del rector escrutaron a la joven esclava. Hebra permanecía en silencio. Oía la conversación que los hombres llevaban a cabo como si ella no estuviera presente.

–¿Por qué aguardaron tanto para comenzar a interrogarla? –quiso saber el rector.

–El hambre tiende a aflojarles la lengua a la mayoría de los esclavos. Pensamos que ocho días de hambre le vendrían bien. Además, ganábamos tiempo. Esperábamos un gesto que la delatara –respondió el escolta.

–¿Esperaban que se le aflojara la lengua a una hilandera muda? –la pregunta sonó como una bofetada.

–Ese es el punto, amo. Por un momento sospechamos que la mujer aún tenía voz. El asunto es que la habilidad de lectura del Hosco tiene sus limitaciones y, con lo sucedido en la celda, creemos entender por qué fue tan confuso seguirla –explicó el primer vigía.

–No dejas de decirme eso, como si fuese que la desgraciada pudiera adivinar el futuro o hacer algo útil –replicó el amo. –Por lo que a mí concierne, quizá tenga habilidad de bloqueo. ¿En qué nos afecta? En nada –desvió su mirada de nuevo hacia Hebra.

–Así es, esclava, en nada. Puedes pararte sobre un pedestal de barro y mirar al resto de los gusanos de esta condenada península desde arriba. Puedes ponerte a tejerles un hermoso telar contándoles de revoluciones viejas. Pero seguirías donde necesitamos que estés. Seguirías muy por debajo de nosotros haciendo lo que necesito que hagas: dejar un mensaje en claro, el único que importa. La Península Negra se debe a su rectorado. Ningún intento de golpe llevó a algún sitio a esos miserables. Por el contrario, los tapó de más y más mierda –mientras esto decía, el hombre le acariciaba la cara.

–Quizá sí nos resulte de utilidad, señor. Se aproxima el solsticio, ella podría aunar los telares y darnos el informe del balance global. Los esclavos verían en ella una obsecuente funcionaria del régimen. La mujer que pensaban que podría conducirlos a algo se revelaría como una más de las herramientas del rector –el custodio tenía un punto interesante. Hebra no podía creer cuanto oía.

Barajaban posibilidades sobre todos los habitantes de la península como si fuesen cuentas de un ábaco, como si todos juntos fuesen una única mente disminuida y manipulable. Si lo comentaban todo tan abiertamente delante de ella era porque, evidentemente, no la consideraban una amenaza. O tal vez, necesitaban de su complicidad.

–Ya lo creo. El efecto desmoralizador sería magnífico. Tanto más impactante que solo prenderle fuego en una hoguera. Bien pensado. Aun así, no debemos subestimar la capacidad de una mujer de guardar rencor –dejó deslizar el rector.

–Así que esto es lo que haremos –dijo el hombre dirigiéndose a Hebra. –Obtendremos de ti, esclava, una prueba de lealtad. Porque aún nos guardas secretos, ¿no es cierto? Pero no puedo exponerme a que mi nueva vocera sea vista con magulladuras. No, no, no. Eso sería terrible. ¿Continúa la calladora en el edificio? –preguntó.

–Así es, amo –asintió el primer vigía.

El supremo rector encabezó una procesión de la que ella también fue parte. Se dirigieron a un lugar que llamaban “la Bóveda”, un sector alejado del salón en que se hallaban, al que se accedía por unas galerías que daban a diversos patios internos, algunos con canteros, otros con fuentes bajas. Hebra se sorprendió de la extensión del rectorado. Le costaba poco imaginar el poderío que sostenían los sacerdotes de Qalb Kelij para costear y mantener aquellas instalaciones. Menos aún le costaba figurarse de dónde se obtenían las ganancias necesarias. Toda esa burda comodidad provenía del sufrimiento de los esclavos.

Los pasillos se angostaban a medida que avanzaban, con menos ventanas a la vista. El aire se enrarecía y ganaba un aroma que le resultaba vagamente familiar. Llegaron a la Bóveda, una serie de

cámaras con un piso húmedo, de olor penetrante. Las puertas internas que comunicaban las cámaras estaban prolijamente cerradas. Entre unas y otras, esclavos con túnicas de algodón impecables transportaban pequeños camastros. Finalmente, llegaron a una cámara con una luz incandescente muy intensa, en la que, de espaldas, una mujer alta los esperaba acondicionando sus utensilios. La piel se le puso de gallina. Ya había estado en ese sitio antes, mucho antes.

–Aquí, esclava, te ganarás mi indulgencia –dijo el rector.

Hizo un enorme esfuerzo por mantener la calma. Seguía sin dilucidar del todo qué hacían allí, pero nada bueno saldría de las cámaras de la bóveda. La mujer alta con la túnica impoluta se dio la vuelta. Hebra vio una mesada con instrumentos de trabajo y varios frascos de antisépticos. Tenía los ojos delineados con algún tipo de pigmento, la nariz y la boca cubiertos por una mascarilla. Los recuerdos cobraron nitidez: era la calladora.

–Mañana mismo es el Solsticio. Estamos cerca del nuevo ciclo, pero podemos permitirnos ganar algo de tiempo para engrosar filas, ¿no les parece? El solsticio verá a tu gremio renovado. Dinos, hilandera, ¿nos harás los honores? Ya se han intervenido ¿cuántas? ¿Ocho niñas? –el supremo rector planteaba una premisa que no le cuajaba.

–Traigan a alguna de las niñas que quedaron –ordenó al fin.

–El procedimiento no es tan complejo como antes. Hemos depurado la técnica, ya no accedemos a las cuerdas vocales cortando la garganta. Eso generaba demasiado sangrado, requería demasiados cuidados tras la intervención –explicó la calladora.

Las puertas accesorias a la cámara se abrieron. Los esclavos entraron en andas una niña atada de pies y manos, sobre una camilla.

–Ya no es necesario sedarlas. Mediante este preciso instrumental accedemos directo a las cuerdas vocales a través de la boca abierta. Es solo cuestión de sostenerlas y forzarles a la apertura –la perversa mujer continuó su explicación con el reluciente instrumental metálico entre las manos.

Aterrada, la niña en la camilla temblaba como una hoja. Los esclavos le soltaron las ligaduras.

–Tengo miedo, por favor… –la dulce voz de la niña estaba cargada de congoja.

Hebra sintió en la garganta un nudo y la presión de la voz que necesitaba abrirse paso. Trató de buscar luz dentro de sí misma. La necesitaba más que nunca.

La niña quedó depositada sobre la camilla de operaciones, pequeña y frágil como un pajarito. No tendría más de siete ciclos.

–Bienvenida al régimen, esclava. Sostén sus hombros. Pruébame tu lealtad –el rector le habló con una voz distorsionada, más negra que de costumbre, que hería los oídos.

Hebra accedió al pedido. La sostuvo con firmeza mientras la calladora se colocaba en la cabecera de la camilla. La mirada expectante del rector seguía todo atentamente.

–¡No, por favor! ¡No me lastimen! –La niña rompió en llanto, movía su cuerpo ofreciendo resistencia. Hebra se sorprendió de la fuerza con la que se oponía a ser sujetada.

La calladora forzaba la boca de la pequeña. Justo en el momento en que la siniestra mujer se reclinó sobre la camilla, Hebra tomó a la niña, la levantó en alto, giró sobre su propio cuerpo y empujó a la mujer. Depositó a la niña en el suelo tan rápido como pudo.

–¡Corre niña! ¡Corre! –le gritó Hebra a todo pulmón, se abalanzó sobre la mesada de trabajo y tomó uno de los frascos antisépticos. Lo lanzó con furia contra la luminaria incandescente. Las chispas y las llamas le dieron el tiempo apenas justo para tomar un delicado cuchillo con mango. Se apresuró detrás de la niña, que corría desesperadamente unos metros delante de ella.

El supremo rector las observaba entre las sombras, la esclava podía hablar. El primer vigía atinó a correr detrás de las fugitivas.

–¡Detente! ¡Déjalas huir! ¿Hasta dónde piensas que pueden llegar?

El rector cerró los ojos y comenzó a recitar un cántico. Su voz se hacía bitonal, aguda y grave a la vez. Abrió los ojos. El remanente de las llamas los hacía brillar y adoptar el aspecto de ópalos.

Hebra alcanzó a la niña.

–¡Es por aquí! ¡Dame la mano, niña! –la pequeña la seguía con los ojos bien abiertos. La mano de Hebra la conducía por las galerías. El cántico avanzaba desde los cavernosos pasillos. Todo lo largo de los corredores veían surgir de las sombras a vigías que, con ambas manos, mantenían sus espadas a la altura del pecho. Las hojas de las armas quedaban por delante de sus rostros. Todos replicaban el mismo cántico al unísono. No corrían detrás de ellas. Las seguían a cierta distancia, caminando, con los ojos vacíos y oscuros.

Las muchachas continuaron corriendo frenéticamente. Vuelta tras vuelta, finalmente salieron del laberinto y llegaron al recinto central que, otrora, fuera el templo de Qalb Kelij, con sus penumbras danzantes, con la luz que entraba por el tragaluz del techo en forma de ojo. La luz intensa, ajena a todo, rompía la tiniebla del templo y definía sus sombras. La enorme estatua apostada en el centro se imponía ante ellas como el anuncio de su inexorable arresto. Desde cada nicho del recinto continuaban saliendo vigías, todos alzando sus

espadas, todos recitando su oración apócrifa, todos con la vista ennegrecida.

Hebra se paró delante de la niña y apuntó con su cuchillo hacia los hombres. La formación abría espacio dando paso al rector.

–Hasta aquí llegas, esclava –sentenció con sus ojos renegridos. –Quise darte una oportunidad, aun sospechando que me guardabas secretos. Tendré que volver a mi plan original. Mañana arderás en la hoguera.

–Prefiero la hoguera a vivir en tu mentira –contestó la joven.

–¿Quieres eso? ¿Morir como una mártir? ¿Sabes qué creo que pasa por tu cabeza? Crees saber qué necesitan los condenados de esta península. Pues te diré algo: ni si quiera ellos saben lo que quieren. Deberían agradecerme haberles quitado el peso de decidir sobre sus propias vidas. Pero hagamos lo siguiente: dejemos que ellos decidan sobre la tuya. Ya que puedes hablar, convéncelos de que te elijan como su nueva rectora. ¿Qué te parece? –le preguntó al fin.

–Me parece justo. Y, ¿sabes qué? Pienso que estás tan convencido de que seguirán eligiendo tu yugo, que cuando los esclavos finalmente te decapiten, tu cabeza en una pica seguirá con cara de sorpresa… hasta que se pudra –Hebra ya no le tenía miedo.

–¡Brillante! ¡Vigías! ¡Lleven a la grandilocuente esclava a su calabozo! Tiene todo un discurso que preparar –arengó a sus hombres.

–Veamos quién se sorprende más mañana, esclava –sus ojos negros se volvieron verdes. Siguió con la vista a la mujer que llevaban sus esbirros. Hacía décadas que no se divertía tanto.

63
Retorno

Caía la noche sobre el Pueblo Mayor. Los últimos rayos del sol se retiraban con pereza de ese manto de terciopelo índigo que era el cielo invernal. Cualquiera hubiera dicho que trataban de acompañar a esos hombres y mujeres hasta las puertas de la ciudadela para asegurarse de que retornaban a casa.

Lobro Arrayán caminaba detrás de los hermanos Sauce. Rul servía de apoyo a Errel. Marchaban enmudecidos. Dromo había quedado en el pantano, como más de mil de sus guerreros. La vergüenza de la derrota no le permitía al Comandante mirar a nadie a los ojos. Era el responsable último de los cientos de muertes que Pueblo Mayor todavía no comenzaba a llorar. Fue su edicto el que mandó a mujeres y hombres de Adem a pelear al pantano, a buscar a la reina para quitarse de encima el peso del cetro. Había fallado. Les había fallado a todos.

–¡Han regresado! –gritó un centinela dando voz de aviso.

El murmullo recorrió la modesta muchedumbre que comenzó a reunirse en el pórtico del acceso sur. El regreso generaba ansias entre todos, pero poco menos de la mitad de los Adem Grull no iba a volver jamás.

Llegó a identificar a unos cuantos conocidos entre el gentío. Samael Nogal esperaba junto a Daro del Vado. Regis Sauco, con su firme estampa, estaba acompañado por su esposa y su hija mayor. Unos metros más atrás distinguió a Ava Roble.

Los habitantes del pueblo recibieron a la silenciosa columna de guerreros. Entre llantos, algunas mujeres, desesperadas, preguntaban por sus hijos. Los hijos buscaban a sus madres; los amantes, a sus amores. Algunos afortunados estallaban de alegría, pero muchos caían en la desesperanza, en la amargura de pensar que así como su reina, sus seres queridos pasaron a ser trofeos de la Fortaleza del Olvido.

Los magísteres tomaron a Lobro Arrayán y a unos cuantos escuderos. Se dirigieron a la alcaldía seguidos de cerca por las cabezas de las familias Roble, Sauco, Cedro y Tejo. Una atribulada discusión comenzó a gestarse. Ingresaron al salón que sirvió de escenario para las mesas de Tríada. Apenas cabían todos.

–Fuimos derrotados. No puedo decir que no hayamos peleado. Por un momento, sentí que estábamos cerca del triunfo. Hicimos cosas excepcionales. Luego, llegó la esfinge. Nuestro Hierofante la enfrentó con una bravura que no le conocía. Después, la mismísima torre comenzó a atacarnos. Y, de alguna manera, la Mano Roja hizo del Hierofante su arma… dejó de ser humano. Lo mismo que el carpintero. Resultó ser un verdino.

–Calma, muchacho. No se comprende nada de lo que dices –Samael Nogal cortó al portador del cetro.

–Nos derrotaron… nuestros hombres… la torre los trastornó a todos. Incluso a Baradur. Tuve que matarlo –los murmullos del salón pasaron a ser de franca consternación.

–¿Mataste al comandante en jefe de los Adem Grull? – con su pregunta, Daro del Vado levantó una acusación.

–No tuvo opción –intervino Jara Crespón–. Nos estaban cerrando el paso… el pantano entero se volvió en nuestra contra. Fue como si tratara de devorarnos. Sin Lerón del Sándalo no hubiéramos podido salir de esa pesadilla.

–¿Qué quieres decir con que les cerraban el paso? –indagó Regis Sauco.

–Comenzamos a batallar contra un ejército montado. Los soldados que defendían la Torre Negra parecían hechos de carroña, no eran humanos. Nuestra madre se hizo presente y nos bendijo con el regalo de sus llamas. Como dijo Arrayán, estábamos ganando. Pero la torre comenzó a actuar como por voluntad propia –las palabras de Jara Crespón describían los eventos del pantano.

–¿Y luego la mitad del ejército decidió traicionarlos? –preguntó del Vado con malicia.

–¡Muérdete la lengua, Daro del Vado! ¡No sabes lo que es tener que levantar la espada contra un amigo! Solo sabes de lamer botas y urdir intrigas –Lobro Arrayán estalló de rabia.

–Señor Arrayán, no consentiré agravios contra ningún magister de Adem. Señorita Crespón, continúe –Samael Nogal impuso su autoridad.

–Cuando llevábamos la ventaja en la ofensiva, la esfinge irrumpió en el campo de batalla. Luego, todo comenzó a salir mal. La mismísima torre nos atacó. Lanzó una formación de rocas que aplastaron a muchos de los hombres. El terreno de pelea se hizo más angosto y teníamos menos espacio para eludir a la esfinge. El Hierofante le hizo frente. La Gracia de Ganna Adem lo convirtió en una bestia que igualaba al monstruo en tamaño y fuerza. Le dio cuerpo de león, alas de murciélago y cola de escorpión. Lo volvió una

suerte de quimera que enfrentaba a la esfinge.

–Eso es difícil de creer, Jara Crespón –intervino Haro Roble.

–Cada palabra es cierta, mi señor –respondió el escudero con la heráldica de su familia.

–Eso es una mantícora. Aparece mencionada en el bes… No viene al caso. –intervino Lobro al recordar el libro de las bestias del comandante.

Daro del Vado puso los ojos en blanco. Lobro retomó el relato.

–Una neblina se coló entre las líneas de la caballería. Perdimos de vista a nuestros soldados. Para cuando quisimos emprender retirada, una gresca entre los miembros de la caballería y los arqueros cerraba la retaguardia. Destrozaron nuestras armas de asedio… y nos bloquearon la salida.

–Una fuerza ajena a ellos tomó su voluntad. Sus ojos, señores, no eran sus mismos ojos… Se habían vuelto tan negros… –especificó Crespón.

–¿Qué estás diciendo, Jara? –preguntó Regis Sauco.

–Lo que sea que los tomó los forzó a dar una lucha encarnizada, incluso entre ellos mismos, hasta que comenzaron a actuar de forma muy extraña. Algunos se sacudían en el suelo; otros se arrastraban hacia la torre –el semblante de Jara se oscureció.

–¿Y cómo pudieron derrotar a la caballería de Adem? –quiso saber Daro del Vado.

–El verdino… Lerón del Sándalo –respondió Lobro.

–Nuestro antiguo prodigio… ¿Ha regresado? –preguntó la cabeza de la familia de los Sauco.

–Lerón enfrentó con tremenda fuerza primero a los defensores de la torre, y luego a la caballería. Cuando comenzaron a sucumbir, puso en alerta a toda la tropa. La torre comenzó a atacar nuevamente. Los peñones de roca volvieron a flotar. Un viento arreció contra todos, y luego fueron rayos. El Hierofante se lanzó contra la torre tras derrotar a la esfinge –continuó Lobro.

–Oímos los truenos. ¿Dices que derrotó a la esfinge? –observó Nogal sobresaltado.

–No volvimos a ver al Hierofante luego de eso. Lerón venía detrás de nosotros. La torre se llevaba los cadáveres. El viento los arrastraba como si fueran hojas secas –Jara explicaba con la mayor claridad que le era posible.

–No pudimos recuperar a ninguno, ni siquiera un cuerpo sobre el que una familia pudiera llorar –agregó Lobro con amargura. Pensó en las viudas del solsticio y en las otras personas que no tendrían la

posibilidad de llevar flores a una tumba.

–Todos tratamos de correr colina arriba, mientras Lerón quedaba rezagado. Luego lo vi. Estaba de rodillas en el suelo, parecía que rezaba. El viento se levantó con más furia. De repente, de su espalda brotaron ramas, a falta de una palabra más precisa. Pero eso eran. Eran ramas de un árbol que crecía desde su cuerpo. Su frondosa copa refrenaba las ráfagas de viento. Todo se volvió oscuro. Lo último que llegué a ver fue que lo alcanzó un rayo –la voz de Jara se apagó.

–¿Dices que quedó allí? –preguntó Samael Nogal.

–Un verdino sacrificándose por el pueblo de Adem. ¿Quién lo diría? –observó Daro del Vado.

Una estampida proveniente del patio interrumpió la conversación. El suelo vibró. El sobresalto de los guerreros fue general.

–¡Jara, Errel! ¡Escolten a los magísteres! ¡Rul, ven conmigo! –el portador del cetro se crispaba nuevamente. Respiró profundo, exhaló y desenvainó su espada. Ante los ojos atónitos de los presentes, su hoja se envolvió en llamas rojas.

–¡Al Templo, ahora mismo! ¡Corran! –la orden no dio lugar a que ninguno de los presentes interpusiera objeciones.

Lobro salió de la sala seguido de cerca por Rul. Corrieron hacia el patio interno de la Alcaldía. Daro del Vado se adelantó a Samael Nogal; Haro Roble, su escudero y Regis Sauco se agolparon en la galería. Errel y Jara permanecieron entre ellos, con la guardia en alto. El portador del cetro los vio evacuar el edificio.

No bien salieron al patio, Lobro y Rul observaban qué había sucedido. Una colosal figura con cuerpo de león ocupaba buena parte del espacio. Inclinaba hacia ellos su enorme cabeza. Llevaba quemaduras visibles en el lomo. Las alas replegadas hacían que su cuerpo pareciera menos voluminoso. El Hierofante de Ganna Adem los saludaba con una reverencia.

64
La sombra entre el pueblo

Cinco de los ocho intrusos seguían en pie. Se habían metido en el taller del mayor orfebre del reino Índigo pensando que solo con gritos y alquimia heterodoxa podrían hacerse del control de la Cofradía de los Alquimistas. Jalil Grisplata no le quitaba los ojos de encima al homúnculo armado con el cadáver de Majid Oroluna. Jaffa Rupia apenas podía contener su rabia.

Los disidentes seguían con ojos ennegrecidos cuanto ocurría ante ellos. Saluma Usme se recobraba de a poco. Osma Alkaz se la tenía jurada. No daría pie a que un grupo de insolentes se levantara contra la doctrina de Hakim Azrag.

Un silbido cortó el aire y dos alas de metal se cerraron sobre el grupo de insurrectos. Jaffa los atacó con sus cuchillos, a la velocidad de un relámpago. Los hombres de los laterales de la formación cayeron de rodillas mientras sus cimitarras los abandonaban. Las hojas de acero volvían a levitar a su alrededor, configurando intimidantes figuras hacia los laterales. El Forjador de la Cofradía los confrontó desplegando alas vibrantes.

–Jaffa, no somos mejores que ellos si los matamos a expensas de nuestra maestría en la doctrina –Jalil trató de frenar a su compañero.

–Lo sé Jalil. Y créeme, no me importa –el forjador quedó tenso en su sitio.

El homúnculo ensayó un rápido movimiento de sus brazos. Trató, sin éxito, de tomar al insurrecto que tenía delante. El alquimista lo miró atónito, incapaz de huir hacia la salida del taller. La abominación medía el alcance de sus extremidades mientras abría sus fauces. Sus vísceras se desplegaban como grotescas lenguas que palpaban el suelo. En un segundo, las vísceras se proyectaron sobre el infeliz más cercano, lo envolvieron como si fuesen tentáculos. El insurrecto trató en vano de hacerle frente mientras el homúnculo se lanzaba sobre él con las fauces abiertas.

Saluma Usme se puso de pie. Solo eran ellos cuatro, dos gravemente heridos y el homúnculo a sus espaldas. Su única vía de escape estaba detrás del orfebre y sus aliados. En un movimiento desesperado elevó el suelo entre sus enemigos. Una cresta de roca

surcó el camino hacia el portón de acceso al taller. La madera se rompió con la presión del suelo que se elevaba. Saluma redobló el esfuerzo y levantó aún más el escarpado tabique. Dividió al grupo al tiempo que destruía el portón. Saltó sobre el borde de la cresta haciendo gala de agilidad.

–¡No irás a ningún lugar! –Osma Alkaz adivinó la intención del insurrecto.

Saluma corrió sobre el delgado borde en dirección a la salida.

Osma lo frenó en seco tomándolo por un tobillo. Tiró violentamente del hombre hacia atrás. El cabecilla de los insurrectos voló por los aires hacia la parte trasera del taller. Osma Alkaz ahora se proponía algo bien distinto. Con un movimiento de sus manos, firme y contundente, golpeó el piso que quedaba entre él y el grupo de hostiles. Concentró tanta fuerza que levantó un muro desde el suelo casi hasta el techo del taller.

Jalil observó cómo su aliado armó una división entre ellos y los insurrectos. Los cuatro alquimistas disidentes quedaban acorralados con el homúnculo.

–Eso los va a entretener un rato. Salgamos de aquí –Osma Alkaz los apremió a dejar el sitio.

El orfebre miró hacia la calle a través del portón destartalado. Del otro lado, en plena vía pública, la revuelta seguía.

–Debo dejar Cian cuanto antes –no era momento de dar explicaciones. Tampoco podía fiarse del todo. No compartiría la ubicación del monarca.

–¿Qué pasó en el palacio? –preguntó Jaffa.

Se prepararon para salir al medio de la reyerta. En sus años como integrante de la corte, jamás había visto semejante grado de caos, semejante encarnizamiento entre vecinos, semejante nivel de odio.

–Lo mismo que aquí. Los insurrectos tomaron el Salón del Trono. Jos Betayerro los lidera –explicó brevemente Jalil.

Se irritó. Con dificultad enfocó la mirada en los rostros con un solo ojo.

–¿Y el monarca? –preguntó Osma Alkaz.

–Debo ir por él –zanjó el orfebre sin dar detalles.

Los tres salieron a la calle. Ni siquiera era preciso que llevaran a cuestas el brazo de un gólem, o las cuchillas levitando en torno a Jaffa. Eran personas públicas, reconocibles entre cientos.

–¡Es el lameculo del monarca! –el orfebre oyó el grito que salió de la muchedumbre. La reyerta los absorbió. Estaban completamente rodeados.

Osma utilizó su habilidad para socavar el suelo. La maniobra tuvo éxito. El grupo que los rodeaba cayó varios metros hacia abajo entre los escombros del suelo recién removido. Al estar tan concentrado bajó la guardia. Ninguno de ellos anticipó la flecha.

Jalil Grisplata vio la sangre brotar a borbotones. La flecha se había clavado en la garganta de su aliado. Trató de tomar la delantera saltando más allá del área de escombros. Dio un giro en el aire ganando impulso con el brazo mecánico, que le sirvió de ariete para abrirse paso entre la muchedumbre.

Jaffa Rupia puso a girar todas las armas en torno a su cuerpo. Un círculo refulgente se dibujó a su alrededor en la medida en que las hojas de metal ganaban velocidad. El forjador avanzó paso a paso, mientras las cuchillas cortaban a todo aquel que se acercara. El hombre comenzó a llenarse de ira nuevamente.

–¡Mátenlo! –corearon los rebeldes que lo rodeaban.

El orfebre vio por el rabillo del ojo cómo Jaffa evadía cimitarras y sables que volaban en su dirección. Alejó a los rebeldes que trataban de sujetarlo. Usaba el brazo con destreza, pero apenas podía mantener a raya a los insurrectos, aplastándolos de a uno a la vez. La única salida posible era entre los tejados, pero no veía cómo podía volver a huir en altura.

El forjador continuaba evadiendo los ataques mientras avanzaba generando un baño de sangre bajo el filo de sus armas. Una flecha que provenía desde arriba lo rozó. A toda velocidad, disparó una de las cuchillas en dirección al atacante. Tan sobrepasado en número estaba, que no contaba con ninguna alternativa más allá de su despiadada estrategia.

Jalil se sacudía a uno de los hombres del brazo mientras otros lo tomaban por distintas partes: uno por la espalda, otro por uno de sus pies, otro más lo sujetaba por el cuello. Un rayo le partió la cabeza en dos. El dolor palpitante no lo dejaba pensar con claridad. No notaba mucho más que el aire entrando y saliendo de sus pulmones mientras la poblada lo envolvía golpeando a puños limpios todo su cuerpo.

El suelo se estremecía y caía bajo el peso de todos los que trataban de lincharlo. Llego a divisar que Jaffa Rupia trastabillaba: el suelo de roca se elevaba bajo uno de sus pies. Perdía el control de sus armas mientras Saluma Usme le lanzaba una roca de gran tamaño.

–¡Dejen vivo al orfebre! –oyó gritar a Saluma como a miles de kilómetros.

Derrotado y en el suelo, ante su único ojo una visión cobró forma entre el gentío; la visión de su sueño vívido lo asaltaba nuevamente. Una capa negra ondeaba, desgranándose en el viento. Una sombra

corroía al pueblo y le envenenaba el alma de odio, lo empujaba al límite de lo salvaje y le despertaba la más franca sed de sangre.

65
La congregación

El portador del cetro no sospechaba ni siquiera la mitad de las cosas que le contaba el Hierofante. Entendía cada vez menos de los designios de los Zigras y sus voluntades alrevesadas. Caminaba con paso apresurado junto a Rul hacia el Templo de Ganna Adem. La noche, como un manto negro satinado, disimulaba la sombra alada del Hierofante que los sobrevolaba.

La plaza principal los recibió con un séquito de curiosos. Nobles, magísteres y plebeyos, todos se agolpaban en la puerta del Templo. Lo último que habían sabido de ellos era que Lobro Arrayán se enfrentaba a una amenaza en el patio de la Alcaldía. Samael Nogal se sorprendió de verlos caminar tan serenamente.

Una silueta descomunal aterrizó en la plaza. El suelo tembló. Ninguno pudo evitar sentirlo. El pánico se adueñó de muchos. El magister Nogal apenas creía lo que estaba viendo.

–¡Abran paso a su excelencia, el Hierofante de Ganna Adem! –Lobro levantó la voz para hacerse oír por sobre el desbarajuste. Los escandalizados no se hicieron rogar.

–¡Es un monstruo! –gritó la esposa de Regis Sauco.

–¡Efectivamente, es él! ¡Miren su rostro! –aclaraba Daro del Vado entre el horror y la fascinación.

–¡Hagan silencio de una vez! –gritó irritado Haro Roble.

Samael Nogal miraba al guía espiritual del pueblo con ojos bondadosos.

–Este templo es su hogar, excelencia. La gracia nos une –lo invitó a avanzar con una inclinación.

La bestia que era ahora el Hierofante se abrió paso entre la muchedumbre. Caminaba pausadamente, con cadencia felina. Daba la impresión de que cojeaba levemente. Más de cerca, las marcas en el lomo parecían quemaduras. Sus alas plegadas le daban cierto aire regio, lo mismo que la intimidante cola rematada en un aguijón. Lobro sintió cierta aflicción por esa criatura que caminaba bajo el escrutinio impiadoso de algunos.

La puerta de doble hoja estaba abierta de par en par. A medida

que el sumo sacerdote se acercaba, la curiosidad de la gente crecía. Se agazapó para poder entrar. Tan pronto posó uno de sus pies en el Templo, su cuerpo comenzó a irradiar luz, su fisionomía se modificó nuevamente y volvió a caminar sobre dos piernas.

Ya no se vía como antes, pero nadie podía negar que aquel hombre con rasgos leoninos era el Hierofante de Ganna Adem. Avanzaba cojeando ligeramente. Su túnica rotosa daba testimonio de la lucha.

–La gracia nos une –saludó con la mano, como solía hacer al iniciar sus oficios.

El sacerdote avanzó y su congregación lo seguía. En esas horas de incertidumbre, tenía que hacerles saber lo que presenció en el pantano.

–No puedo comenzar a decirles cuán afortunado me siento de volver a estar con ustedes. Adem Grull, han peleado en nombre de nuestra reina y en el de cada ciudadano de nuestro pueblo –el Hierofante dirigió una mirada de complicidad hacia el sector del templo en el que se hallaban los hermanos Sauce y Jara Crespón.

–No voy a hablar de la sangre derramada. No porque no lamente haber perdido hermanos, sino porque no quiero que ese sea el recuerdo que os llevéis de aquí. Quiero que penséis en los que no volvieron con la mayor dicha que os sea posible. El dolor se irá, creedme, antes o después. Pero nunca los abandonará el amor compartido –continuó, mientras miraba al resto de los presentes. Era imposible pensar en una sola persona allí dentro que no hubiese perdido a un ser querido, fuera un familiar, un amigo o un vecino.

–Prefiero, en cambio, compartir con ustedes cuanto he oído de la voz de Ganna Adem, o cuanto he visto con mis propios ojos. Puedo explicarlo de forma menos extensa, o podría pedir a Grana Olmos que me envíe a sus tejedoras para armar un tremendo tapiz. Pero quiero decirles que desde que comenzó toda esta locura hace algo más de un año, hice lo que estuvo a mi alcance para descifrar qué sucedía en nuestro reino, por qué éramos castigados de esta manera, en qué habíamos fallado a las enseñanzas, cómo ofendimos a la madre, por qué nos alejaba de la luz. Y les diré que la tejedora Ava Roble y yo lo hemos discernido. Hemos encontrado respuestas a las preguntas de qué era la esfinge que nos asolaba, quién estaba detrás de nuestro mal, y cómo podíamos vencerlo. Pero, así y todo, aquí estamos, transitando este camino sin aprender lo esencial.

–Cuando el mal nos golpeó la puerta, cuando se instaló entre nosotros, lo hizo con un fin específico: lastimarnos, disminuirnos, acallarnos. Hemos aprendido a fuerza de lágrimas, sudor y sangre a sobrellevar ese embate. Hemos visto que, a pesar de que algunos de

nosotros hemos luchado con más fuerza o con mejores armas, la lucha no fue el camino. Un ciclo de violencia no puede encontrar su fin en un nuevo acto de violencia. Hemos dependido de la ayuda de el de al lado para salir adelante y hemos salido. Pero solo porque ninguno se rindió. Nadie permitió que otro más se abandonara. Solo así hemos sobrevivido, juntos.

La congregación escuchaba atenta, las palabras del Hierofante eran un alivio para los más apesadumbrados.

–No podría traducir del todo bien cuanto me ha confiado la madre. Sí puedo hablar de la misericordia en sus palabras. Me dotó de una enorme fuerza, sí. Pero, a su vez, me pidió que nunca dejara de ser compasivo. Traté de recuperar a nuestra reina –en sus recuerdos volvía a la Fortaleza del Olvido–. Traté con todas mis fuerzas. Pero hay tareas más allá de nosotros. Hay límites que no podemos ignorar. La Fortaleza del Olvido es, efectivamente, inexpugnable. Habrá tal vez una manera de romper sus muros, pero no ha sido este el momento de hacerlo. Lo intenté desesperadamente… Tal vez ese cometido no sea nuestra tarea –el Hierofante tomó algo de entre su túnica. Levantó la mano y exhibió un trozo de tela color escarlata.

Algunos la reconocieron de inmediato, a simple vista. Para los que estaban familiarizados resultó muy sencillo. Ava Roble no salía de su asombro. Era un estropeado retazo de la capa de la reina.

66
Desde la ventana

Zura Adem Inna se asomó por la ventana. Por primera vez desde su rapto, veía el exterior. La luz le quemaba los ojos a pesar de que solo le llegaba la resolana por detrás de un espeso manto brumoso. Una rápida mirada hacia abajo bastó para que la vertiginosa sensación de caer al vacío empujara su cuerpo nuevamente hacia el interior de la torre.

Se encontraba demasiado alto. Recuperó el aliento mientras apoyaba la espalda sobre el sólido muro. El piso de roca bajo sus pies volvió a temblar. Esta vez oyó que el rumor provenía desde afuera.

Volvió a asomarse por la alargada ventana para mirar con más detenimiento. Resistía la sensación que la embargaba. El suelo era una lejanísima ondulación tapizada por neblina. Veía destellos aquí y allá, mientras temía lo peor. Un repentino fulgor, como un relámpago, iluminó el terreno. Una batalla sucedía a millas de distancia, al pie de la Fortaleza del Olvido.

Ella lo sabía. Sabía que sus hijos no dejarían de pelear para recuperarla. Pero imaginaba que ahora estaban enfrentando a la esfinge. Rogaba que hubieran aprendido a usar el cetro. Ansiaba que el fulgor que veía no fuera otra cosa que la luz de Xonnu Dum canalizada para liberarla. Observó en silencio el lejano campo de guerra. Algunos destellos más. El tiempo se arrastraba mientras apretaba las piedras del marco con sus manos. Dos figuras monstruosas subían y bajaban, revoloteando entre la espesa niebla. No llegaba a distinguirlas con claridad, pero estaba casi segura de que una de ellas era la esfinge.

Vio que se perseguían entre la bruma, que se cazaban, se arrojaban ráfagas de fuego. Finalmente desaparecieron en el pantano. Oyó apenas un rumor, que se hacía cada vez más débil. Una batalla campal se desataba entre los hijos de su pueblo y la Fortaleza del Olvido. Ella solo podía ser testigo de todo desde aquella altura inalcanzable, ajena a todos y, a su vez, responsable de aquel infortunio.

Otra vez la edificación vibraba. Envuelta en su capa se estremecía de miedo y de rabia. La angustia no le permitía respirar ni pensar con claridad. El temblor persistía. Observó cómo una serie de peñones de

roca se elevaban desde el pantano y, lentamente, se alineaban en torno al torreón, girando en espiral, orbitando a su alrededor. Una fuerte estática cargaba el aire. Violentos rayos caían hacia la tierra. Otros se proyectaban sobre los negros muros. El truculento espectáculo la dejaba muda. Se alejó velozmente de la ventana.

Un caótico bullicio lo tomó todo. Así se mantuvo, durante horas. Nada de lo que pudiera ver desde allí le traería paz. Su alma atormentada no podía tolerar un solo golpe más. La torre estaba en alerta y no permitiría que nadie quebrara sus muros. La asaltó la idea de que lo más sencillo sería saltar por esa ventana y poner fin a la vorágine de destrucción y locura que había desatado desde el ocaso del solsticio.

Se reprendió inmediatamente por pensar así. Imaginó que su tutor la reprendería por tratarse de esa manera. No podía darse el lujo de sentir pena por sí misma, no podía ser tan necia de cargarse al hombro la responsabilidad de todo cuanto estaba sucediendo. Su papel era otro. Tenía que ocupar su lugar como reina de Adem. Tenía que hacer honor al valor de su pueblo. Sobrevino un silencio sepulcral. La Fortaleza del Olvido bajaba la guardia. Lo sentía de manera muy vaga pero cierta. Su deber era pelear, como pelearon todos ellos. Su mandato era mantener la paz de su espíritu y demostrar que no los olvidaba, así como ellos se negaban a dejarla en el olvido. El enemigo tendía una trampa que buscaba socavarla desde adentro y ella sola se colgaba el lazo al cuello pensando que su único fin era la muerte.

Si abandonaba este mundo, lo haría dejando una huella imborrable. Abrazó su capa, lo único que le quedaba de sus días de esplendor. Pensó que no tenía cómo enviar un mensaje a los hijos de Adem. Se asomó otra vez para contemplar el lugar en el que batallaban sus hijos. Rasgó la tela con tanto dolor como si se tratara de un pedazo de su piel.

–Te pido, viento, que lleves mis besos, que empujes mis sueños, que el trozo de tela que hoy te encomiendo llegue algún día a mi amado pueblo. Te pido, viento, que no se haga olvido todo esto que llevo en mi corazón. Que se vuelva plumas, alas y trino –sin más que desear, sopló el trozo de tela.

67
El pago

Runna Alabastro contaba las horas hasta que llegara este momento. Ya habían pasado exactamente quince días desde que el carpintero le devolviera su instrumento. Llevaba instalada en esa tapera de posada dos semanas completas. No había obtenido pista alguna del paradero del su lutier improvisado, solo alocadas versiones y datos contradictorios.

El instrumento de madera de sándalo descansaba sobre la mesa. Seguía tan maravillada por el trabajo de Lerón como el primer día. Cada vez que lo sacaba de su rústica funda, percibía la fragancia de la madera y el aroma a beso robado.

Con su aspecto líquido, impecables, sin la más mínima mancha de óxido, las relucientes cuerdas doradas la esperaban en su bolso. Pasarlas por el puente y atravesar todo el mástil hasta el sistema de clavijas fue lo más excitante que hacía en meses. Finalmente podría ejecutar un instrumento de la Era de los Mitos. Los reveces sufridos, el tiempo empleado en conseguirlo, todo valía la pena si lograba su cometido.

Alistó las seis cuerdas en su sitio. Ajustó la tensión de cada una para lograr la afinación adecuada. Tomó aire, se llenó los pulmones del aroma de la madera, y tiró de las cuerdas. El sonido la remitió al taller del carpintero. Era cálido y brilloso. Era ese sol de otoño que le prestaba Lerón del Sándalo, pero nada más.

El instrumento sonaba de manera hermosa, pero ella no sentía que esa fuera su finalidad. Estaba haciéndolo mal, o quizás no estaba adecuadamente reparado. Sus manos estaban en la posición correcta, repitió las notas que vio en el pergamino. No se explicaba cómo el resultado de la ejecución no se ajustaba ni en lo más mínimo a las descripciones clásicas de las narrativas de los trotamundos, los Grüm Tahldar.

Se sentía una tonta. Necesitaba ayuda de un hombre del que nadie tenía noticias desde la batalla del pantano. Se rehusaba a pensar que no hubiera sobrevivido, pero todos los relatos lo involucraban en un final más o menos heroico, o francamente disparatado.

Se negaba a creer a esos que decían que él era un verdino.

Suficiente estigma le pesaba por ser un huérfano de Zura Bada. Reconstruía algo del pasado de ese desconocido a través de las historias tergiversadas y los chismorreos que reunía aquí y allá, donde preguntara por el carpintero de Pueblo Mayor. En todo caso, la única manera de constatar lo que los supersticiosos habitantes le transmitían era, efectivamente, adentrarse en el pantano de Thrin-Nar Ur Kali.

68
El solsticio de invierno

Ya comenzaba a ver mejor los detalles en el muro del calabozo. Las horas en la oscuridad habían hecho que sus ojos se acostumbraran a apreciar cuanto la rodeaba aun con la más mínima luz. Así había sido toda su vida, se daba cuenta. Un sinfín de oscuridad iluminado aquí y allá, un cruel proceso de selección que la dejó como hilandera, como esclava con conocimiento, pero sin voz; como la testigo de los horrores de la Península Negra pero, también, como la que podía ver la fuerza de sus esclavos aun cuando nadie más lo hacía.

Ahora enfrentaría a la consecuencia de sus acciones, y eso era lo más parecido a la libertad que alguna vez hubiera experimentado en su desafortunada vida. Su optimismo impertinente la llevaba a ver el inminente enfrentamiento con el supremo rector como un triunfo, ya fuera que la ejecutaran o no.

Se enfocó de nuevo en la luz de su interior. Necesitaba volver a pedir prestada toda la luz que pudieran darle, todo el entendimiento posible. La puerta del calabozo se abrió. Nuevamente entraron a buscarla. La llevaron por los pasillos con mecánica eficiencia. Ella se sentía flotar. Su cuerpo iba ajeno a esta realidad.

La guiaron a una cámara en la que unas criadas desconocidas la recibieron, la desnudaron y la sumergieron en una tina. Fregaron su piel con esmero. No se figuraba por qué le colocaban una túnica impecable de algodón gris, con una extensa falda plisada y con delicados detalles en cuerda negra entretejidos, pero así sucedía. Era la primera vez en su vida que la vestían. Sin dejar de parlotear respecto de cuán hermoso era su cabello castaño, lo recogieron dentro de una prolija redecilla que sujetaron a la parte de atrás de su cabeza. Desconocía de dónde habían obtenido el carmín para sus labios, ni el delineador para sus ojos, pero la maquillaron resaltando la profundidad de su mirada con un dibujo intrincado. Cuando finalmente se paró delante de un espejo, la mujer que le devolvía la mirada no se parecía ni en lo más mínimo a ella. El balance global sería expuesto ante los habitantes de la península por alguna de sus compañeras. Sabía que no la preparaban para eso. Los vigías la escoltaron hacia la salida del edificio principal. En la fachada del rectorado aguardaba una escuadra de unos diez hombres. Ella avanzó

con la mirada hacia adelante y la frente en alto.

La enorme explanada los recibió llena de gente. Un espacio vacío los separaba de la multitud. En el centro, un poste de madera se erigía sobre una pira de grandes leños y paja. Los vigías levantaron sus espadas en señal de saludo a la mujer que ingresó a la explanada. Justo en frente de ella, del otro lado de la plaza, el hombre de los ojos verdes y el corazón negro vociferaba un discurso. Parecía que su voz estaba potenciada de alguna manera. Paradas a su lado estaban las otras hilanderas. Plegaban el telar que presentaba el balance global. Con seguridad, ya lo habían expuesto. Un grupo de nueve niñas se hallaba junto a las mujeres. Reconocía a una con claridad: era a la que había ayudado a escapar el día previo. La pequeña se tomaba de la falda de Contrapunto y se sobresaltó al verla. Hebra comenzó a hacerse una idea, en su cabeza componía la imagen del escenario montado. No ingresaba a la plaza como una esclava hilandera, sino como la opositora del rector.

–La gracia se posee. Pero, aun así, ¡Esta mujer piensa que se las puede arrebatar! Piensa que podemos ser engañados ¿por cuánto tiempo? ¿Veinte ciclos? ¿Y haciendo qué? Jugando con los recursos del régimen, retaceándoles migajas a ustedes. ¡Mírenla y mírenla bien! ¡Está convencida de que es la reina Escarlata, la Dama de Jade! Los dejo con la hilandera que cree que se puede burlar de todos –el rector la expuso ante los esclavos congregados.

El abucheo generalizado le dejaba bien en claro cuán receptivos podrían llegar a estar a sus palabras. Se sintió abrumada. No se imaginó de ninguna manera un escarnio como ese. No se sentía ni remotamente preparada para hablar ante todos ellos. Hebra dio un paso hacia adelante. La muchedumbre embravecida no iba a hacer silencio. Levantó sus manos, en una especie de gesto de rendición que imploraba silencio.

Desde la turba, alguien arrojó una piedra. Erró por mucho, pero dio la idea a otros esclavos. Más piedras volaron hacia ella, el abucheo se hizo ensordecedor. La multitud se movió con más ímpetu. Los vigías no se movieron un ápice para frenar la ofensiva.

–¡Déjenla hablar! –vociferó una mujer de rostro deformado. A su alrededor otras se hicieron eco. Eran las curtidoras.

–¡Que hable! –los pescadores golpearon el piso con sus arpones.

–¡Déjenla en paz! –gritó la pequeña niña rescatada desde su rincón junto a las hilanderas y a las niñas enmudecidas.

De a poco, la multitud pareció serenarse, o al menos ya no le arrojaron nada.

Hebra respiró profundo. Pensó en todo lo que la había llevado a

ese momento.

–No estoy aquí para burlarme de nadie. Burla es esto que hace usted, rector –Hebra se quitó la redecilla del cabello.

–Las mujeres que trabajan conmigo me conocen como Hebra, aunque ninguna haya podido nombrarme jamás. Soy una esclava, como todos ustedes. El único motivo por el cual puedo hablar es porque una esclava hilandera, llamada Nodriza, soñaba con que una de nosotras conservara su voz y engañó al régimen hace ciclos. "Mantente callada para seguir viva", me decía cada día. Y todos los días me mordía la lengua para no hablar, para no pedir piedad, para no llorar a los gritos, para no rogar por comida para alguno con más hambre que yo. Tuve que mantenerme callada para seguir viva. Pero el día en que la fiebre finalmente la mató, Nodriza me pidió que cantara para ella.

–¡Mentiras! –gritaron desde el gentío.

–¿Qué puede saber del hambre? –decía una de las costureras– ¡Si viven a la sombra del rector, comiendo dos veces al día! –la muchedumbre comenzaba a alterarse nuevamente.

–Sabe del hambre cuanto pueda inventar. Ella ha realizado a nuestras espaldas la administración de las raciones de alimentos. Lo hemos expuesto ante todos vosotros, esclavos de la península. Ella es quien realiza los balances de la mayoría de los gremios, sus telares son una mentira. Se produce suficiente para todos, nadie debería pasar hambre. Sin embargo, los hilos son movidos en otra dirección ¿Y quién mueve los hilos en esta isla? Quizá sea hora de extinguir el pasado en las llamas y dejar renacer a nuestro régimen de las cenizas –el rector desplegaba ante la turba un relato que la enardecía cada vez más.

Hebra recordó las palabras de Lazada: las mentiras más convincentes son las que tienen una base de verdad, las que se cuentan sin intención de convencer a nadie. El rector trataba por todos los medios de torcer el brazo de la multitud contra ella. Sabía muy bien que los esclavos estaban involucrados en alguna revuelta. El Corazón Negro se nutría de la ira y el miedo. El balance debía ser redondeado. Si los esclavos no tenían miedo al régimen, era necesario que sintieran ira. Y esa ira solo sería capitalizada si era adecuadamente canalizada. Eso les estaba ofreciendo, el muy desgraciado. Un objeto para descargar su ira. No sería una mártir, sería la copa de sangre que saciaría la sed de una turba furiosa.

–¿Y qué les dirá el ciclo entrante? Cuando de nuevo usted nos haya saqueado a todos y yo ya esté echa cenizas, ¿de quién será la culpa? Si lo único que importa es que el Corazón Negro sea alimentado de miedo y de ira, ¿qué puede importar que los esclavos

sufran? Si para usted y sus vigías no valemos nada, si cientos morimos de hambre pueden traer otros miles de las tierras lejanas. Porque eso es lo que hacen, nos quitan el pan de la boca para alimentar a los esclavos que venden al reino Índigo. Secuestran y torturan al reino Púrpura a costo del sacrificio de nuestra gente. Usted solo cuenta una versión de la historia, no la verdad completa.

La contradicción se palpaba en el murmullo generalizado de la muchedumbre, que comenzaba a agitarse y a abuchear. Esa turba de esclavos estaba cansada de las mentiras. Ninguno confiaba en el supremo rector, ninguno daba nada por ese régimen, pero los obligaban a entregarlo todo. Y, ahora, ninguno quería que le siguieran sacando el pan de la boca. Los vigías replegaban sus posiciones. El rector se mostraba sorprendido.

–¡Y la verdad es que su régimen subyuga, tortura, mata y viola más allá de esta península, todo para una estatua negra en medio de ese salón lleno de gritos! ¡Todo para mantenerse rodeado de criadas que lo acicalen! –Hebra hablaba en voz bien alta. Sus palabras les llegaban a todos los presentes. Pero no todos estaban dispuestos a seguir oyendo.

–Qalb Kelij en su recinto es más que una estatua. Representa un poder mayor que tú, esclava, o que cualquiera en esta tierra. Este régimen se extiende mucho más allá de esta península, no es un secreto. No es un secreto que vendamos esclavos, no es una revelación nada de lo que traes a esta plaza. Tampoco lo es que cada uno de ustedes esté cansado, pero de nada servirán los intentos de revuelta. Nunca han servido más que para derramar vuestra sangre sobre esta tierra, y vuestra sangre vale demasiado. Nos encontramos ante una oportunidad grandiosa, la de modificar nuestro futuro –la turba escuchaba con atención a su rector.

El semblante del amo cambió nuevamente. Elevó la vista enajenada y comenzó a orar. Un viento se levantó con su plegaria.

–Compartiré con vosotros una auténtica revelación: el Corazón Negro se manifestará ante nosotros, como en la Era de los Mitos, para guiarnos a nuestro futuro –miró a la multitud congregada con ojos de brea, apeló a ellos con voz de embrujo.

Una tormenta se gestó de la nada. Repentinamente, una formación de nubes cerró el firmamento ante todos los esclavos. Hebra no asimilaba lo que ocurría. El control de la situación quedaba totalmente ajeno a ella.

–Les revelaré, hijos de la península, que Qalb Kelij busca volver a caminar entre nosotros, busca ocupar nuevamente su trono. Ya no necesita de vosotros temor o ira, solo desea vuestra obediencia. No se dejen seducir por la voz de esta hilandera ni por las promesas de una

pálida luna o de magras estrellas –continuó, envolviendo a todos con su labia hechicera.

Hebra gritó:

–¡Entonces ahora somos los hijos de la península, ya no los esclavos! ¡Ahora seremos nosotros quienes sometamos a los demás! ¡El Corazón Negro solo puede ofrecernos ser víctimas o victimarios, jamás nos ofrecerá ser libres!

Los miles de esclavos de la Península Negra oían al supremo rector, algunos llenos de miedo, otros dudando. Ninguno podía escuchar ya a la hilandera con voz. Por nobles que fueran sus intenciones, no tenía cómo hacer frente al portavoz del Corazón Negro.

–Traigan a la hilandera ante mí. Es hora de que decidamos, hijos de la península.

Los vigías tomaron a la mujer por los hombros y la condujeron ante el rector.

–¡Llévenla a la hoguera! –gritó una de las costureras.

–¡Quémenla! –gritaron otras mujeres.

–¿Están seguros de que quieren verla arder? –la pregunta resonó en toda la plaza.

–¡Que arda! –repetían sin cesar los esclavos. Solo algunos permanecían callados. La niña rescatada cerró los ojos con fuerza apoyada en la falda de Contrapunto.

El supremo rector hacía un gesto a sus vigías. Los hombres llevaron a Hebra a lo alto de la pira para atarla al poste erguido en medio. La mujer había hecho cuanto pudo. No tenía sentido alguno que luchara contra esos hombres. Solo le quedaba rendirse a luz en su interior y mantener la frente en alto.

Le llamó la atención la facilidad con la que prendieron la paja y la hojarasca. Hebra nunca se imaginó que su vida iba a terminar así, se negaba a ello. Las llamas comenzaron a devorar los leños que la rodeaban, rozando la falda de su túnica. El viento avivó el fuego todavía más. Las llamas lamían su ropa, el calor le abrasaba la piel. Se encomendó a esa luz que volvía a acudir a ella en su hora más oscura.

El cielo de repente negro retumbó. La primera gota rozó la mejilla de la niña que aún se aferraba a Contrapunto. Caían gruesas gotas aisladas por aquí y allá. La mujer en la hoguera imaginó la luz en su interior y distrajo su mente del calor sofocante y del espeso humo. La lluvia ganó intensidad. Relámpagos y truenos resonaron en el ocaso del día del solsticio. La luz rompió en un cielo de penumbra y miedo.

Para cuando las llamas comenzaron a envolverla, el chaparrón

intenso dejó sus ropas empapadas. La pira se apagó poco a poco. Ella seguía imbuida por la luz que bañaba el cielo. Era la misma que le brotaba del alma.

Bajo la lluvia, los esclavos respiraron el olor de la tierra mojada mezclado con el humo, muchos sorprendidos de que la mujer en la hoguera no hubiera gritado ni una sola vez. El rugido del mar les llegaba desde atrás del rectorado. Para mayor confusión de los congregados en la plaza, el suelo temblaba. La lluvia calaba hasta los huesos. La mujer en la pira liberó sus manos.

–No quieres vivir en el régimen, y Qalb Kelij no te quiere muerta. Quizá su voluntad sea que estés libre –la sentencia del rector sorprendió a todos.

–¡Y aquí la tienen! ¡Otra revelación! El Corazón Negro no quiere que los hijos de la península carguen con más muertes sobre sus hombros, no más muertes de otros hijos de la península. ¡Que Qalb Kelij obtenga de nosotros la ira, y de todos los pueblos de Zurem ur Mellur, el miedo! –la voz se alzó por sobre todos los demás, por encima del viento y de los truenos.

Norte del Peñón vio el cielo tornarse negro de nubes. Hebra bajó de la pira apagada y vio cómo la lluvia dibujaba remolinos al ser arrastrada. El temblor continuaba.

–¡Acercaos, que aún queda más por ver! –el rector se abrió paso hacia una de las callejas aledañas al edificio principal.

Los vigías en formación lo siguieron de cerca, mientras la turba de esclavos se plegaba a una peregrinación improvisada. Más allá de los límites del edificio iluminado por los truenos y los relámpagos, en el mar se vio relucir una figura. Un pico de piedra emergió de entre las olas, se abría paso, y su silueta se recortaba contra el cielo. Los brazos de los titanes del mar lo devolvían a la superficie. El peñón negro que surgió de las aguas se desgranó parcialmente. El relieve de un asiento con un elaborado respaldo llamó la atención de los presentes. Un rayo golpeó con brutal contundencia la formación, iluminándolo todo. Tan repentinamente como se había iniciado, la lluvia se interrumpió. Las nubes abrieron un claro y dejaron a la vista un recorte del cielo estrellado.

–¡Observen, hijos de la península! ¡Contemplen cómo el titán Luma nos devuelve el trono del rey Azabache! –el régimen iniciaba una nueva era después de ese solsticio.

69
El esclavo orfebre

Todo lo que notaba el orfebre era un dolor palpitante y un vacío en la cuenca de su ojo. De a ratos, se entre dormía; de a ratos, se despertaba. El hilo de su consciencia se cortaba. La telaraña lo cubría todo. El espacio dentro de su cabeza se hacía más pequeño y los filamentos que lo enredaban no lo dejaban salir a la superficie. Abría los ojos, el hilo se reanudaba. De nuevo aparecía el dolor como un constante recordatorio: seguía vivo, lo habían atrapado. El monarca lo esperaba en el valle del Sabio. Necesitaba liberarse, no podía fallarle. El dolor terebrante lo encegueció de nuevo. Cayó otra vez entre telarañas.

Un enmarañado pasaje culminaba en otro, y ese, en otro más. Llegaba a una estancia enorme que le recordaba vagamente al salón Azul. El suelo se reclinaba hacia adelante y una avalancha de cangrejos dorados salía de la nada para sepultarlo vivo. Trataba desesperadamente de abrirse sitio entre los pesados armatostes de metal. Necesitaba respirar.

Una bocanada de aire lo sacó de esa pesadilla, de esa ensoñación sobre la que no tenía control. Una punzada lo frenó: no podía respirar tan profundo. Le dolía la cabeza, pero algo le dolía aún más. Prefería el dolor que le horadaba el cráneo al que le provocaba la certeza de haberle fallado al monarca y a su familia. No le importaba no saber dónde estaba ni hacia dónde lo llevaban. Medio despierto, medio ido, roto desde adentro hacia afuera, lo único que le importaba era la promesa sin cumplir. Siempre fue un estúpido sentimental. La peor parte era esa, la de no haber llegado al valle del Sabio, la de no haber asegurado el bienestar de Edriel.

Lo estaban transportando, de eso estaba seguro. Podía sentir el frío metálico en torno a sus muñecas y a sus tobillos, el duro y áspero piso y ese movimiento tan propio de un carruaje. Trató con fuerza de enfocarse en el metal que lo sujetaba, pero no podía hacerlo, no a oscuras, no sintiendo ese dolor constante y palpitante en la cabeza. Se movió como pudo. El brazo derecho le ardía desde el codo a los dedos. No imaginaba qué habían hecho para sacarle el guante de oro, pero a las claras fue algo brusco que incluyó alguna tenaza. Apenas podía mover la mano, posiblemente le hubieran roto algún hueso.

Era demasiado dolor para ignorarlo, suficientemente insoportable como para no permitirle dormir, pero no tan intenso como para desmayarlo. Estaba en ese limbo de la razón a medias, de la locura por dolor. Ni siquiera podía prestar atención a los sonidos a su alrededor.

Gritó. Pidió que lo sacaran de ese sitio. Su propia voz le llegó distorsionada, casi como un graznido. Articuló palabras que arduamente se llegaban a intelegir. Las horas se arrastraban al compás del carruaje, pero la suya era la única voz que oía. La cadencia del movimiento no parecía ser la del galope de caballos. Temió que el vehículo fuera automático. Lo sobrecogió la idea de que el bando rival tuviese a disposición esa tecnología.

Volvió a perderse en ese estado parecido al sueño. Sentía menos la cuenca vacía del ojo, pero más la punzada en el costado y el fuego en el brazo derecho. Telarañas que frenaban los engranajes, esta vez definitivamente, esta vez para tejer un orden a partir de la renuncia a la Doctrina del Sabio Índigo.

El carruaje se detuvo. Lo sobresaltaron las voces a su alrededor. Provenían de hombres que hablaban con un acento que se le escapaba.

–Trajeran al que buscaban… o lo que le resta –la dicción le dificultaba discernir cuanto decían.

Ya casi estaba acostumbrado a ser arrastrado por hombres que hablaban de él cómo si no estuviera presente, a ser tratado como un objeto, como una cosa que debía trasladarse de un sitio a otro. Se hubiera mentido a sí mismo si se hubiese dicho que era la primera vez que lo forzaban a andar por pasajes desconocidos. Pero aquella sí era la primera vez que se sentía tan miserable, tan desarraigado.

El dolor en el brazo solo empeoraba. Era seguro que tenía un hueso roto. Sentía cómo la hinchazón le dificultaba mover los dedos. No llegaba a ver el color de su piel entre tanta mugre, pero adivinaba cómo se oscurecía. La vista se le desenfocaba y se le volvía a ajustar, la penumbra no ayudaba. Su único ojo vio un túnel de roca que le recordaba vagamente a las minas del valle del Sabio.

Lo condujeron a una estancia un poco más amplia. Dos hombres hablaban entre ellos. Uno parecía estar dando un informe al que parecía el líder del grupo.

–De llegar, a más tardar llegan mañana pasado.

–La Cuenca del Pirata siempre hace lo que Lazada dice. Así manejaran siempre –era difícil interpretar si había desagrado en sus palabras.

El desdén parecía algo propio del lenguaje corporal de esos hombres. Se veían poco menos que salvajes. Uno de los hombres reparó en él. Lo examinó de arriba abajo. El orfebre no podía imaginar

qué aspecto ofrecía.

–Serás muy mayor orfebre, pero te ves mismo como la mierda –al hablar, el hombre mostró sus dientes gastados en punta.

–¡Llévenselo al pozo! Roto y tuerto, todavía tiene más cojones que ustedes todos –ordenó.

De golpe, todo se hizo negro. Un saco de tela le tapó la cabeza. Vuelta al lleva y trae, vuelta al juego de ser un paquete. Vuelta a la risa, a ser objeto de burla de imbéciles que no entendían nada. El juego continuaba.

Tiraron de la cadena que unía los grilletes de sus muñecas. El dolor lo puso de rodillas otra vez. Un murmullo de centenares de personas le llegó amortiguado por la capucha.

–¡Cállense, pedazos de carne con ojos! –gritó uno de sus escoltas a los de alrededor.

Le retiraron la capucha, y el hedor a orina y heces le dio un puñetazo en la nariz. Una luz oscilante de antorchas iluminaba el sitio, pero no llegaba a verlas. Elevó la vista. Todo era borroso. Le resultaba casi imposible estimar la profundidad real de la estancia. Calculó que estaba en una depresión. Efectivamente, un pozo dentro de un calabozo circular con al menos cuatro niveles. A pasos de distancia, el desagüe de los calabozos volcaba los excrementos de los esclavos que convivían apiñados en las gradas superiores. Ese rincón se reservaba para los apercibidos con alguna sanción disciplinaria.

–Mejor empezar a juntar hambre esclavo orfebre. Sino, no te va a gustar lo que te sirvan –la escolta se retiró por una escalerilla enclenque.

Se quedó atado en el pozo, con la consciencia más pesada que nunca y esperando que su monarca corriera con mejor suerte.

70
El valle del Sabio

La armadura seguía corriendo. Las piernas del niño monarca quemaban por dentro. Edriel ya se había cansado de llorar de rabia. El autómata lo conducía por el valle del Sabio. El paisaje pasaba de la aridez de la montaña al fecundo verde la vegetación del valle.

Se abría paso entre arbustos bajos y espinillos. Estaba bastante lejos de cualquier camino, no recordaba haber visto uno desde que dejara el palacio. Ya no veía muy claramente: algunas ramas se habían enganchado en el casco. Tan repentinamente como había comenzado a moverse, el autómata se detuvo. El niño estaba exhausto, el cuerpo le pesaba el doble. Por más que no fueran sus músculos los que movían al autómata, se sentía agotado.

Palpó la parte trasera de su cabeza buscando alguna hebilla, cualquier seguro o traba que le permitiera aflojar el casco. Poco podía distinguir con sus manos enfundadas en guantes de metal. Necesitaba deshacerse del peso agregado. Ya no quería ser protegido, no a un costo tan elevado. Luchaba contra la máscara que llevaba puesta.

–Quédese quieto, majestad. No habrá forma de remover la coraza si usted no se calma –alguien le hablaba, pero él no veía con claridad.

–¿Dónde estoy? ¿Quién eres? –el muchacho se inquietó aún más.

No asimilaba qué sucedía en sus brazos. La vibración volvió a estremecer toda la coraza, con más intensidad justo arriba de sus manos, una de las cuales se levantó sola. La sostuvo hacia adelante, en dirección a la voz desconocida.

–Uno de sus aliados. Respire, alteza –la voz no le sonaba ni remotamente familiar.

La mano en alto vibró con más intensidad.

–¡¿Quién eres?! –Edriel no se fiaba ni un ápice. La garganta le ardía del llanto y la rabia.

–Respire –solo oía esa voz. La percibía más cerca.

–¡No te muevas! ¡¿Quién eres?! –la amenaza se aproximaba. La mano se tensó más allá de su voluntad. Cerró el puño. La vibración se hizo más intensa. Apenas llegaba a ver el resplandor, pero sentía muy cerca el calor. Una violenta llamarada le impulsó hacia atrás la mano,

que seguía erguida porque así lo dictaba el autómata.

Sobrevino un silencio. No veía cómo su coraza concentraba armas tan complejas.

–¡Alteza! Tiene que controlar su armadura, o será al revés –no quería ser regañado por un extraño.

–¡Ya dime quién eres! ¡Estoy harto! Me dejaron solo, todos me dejaron solo –el niño monarca se desmoronaba dentro de su armadura. Era, después de todo título, un niño.

La armadura seguía en pie. Edriel no podía contener su llanto.

–La armadura solo lo dejará ir si no se siente amenazado –la voz ya no sonó demandante.

Zureij Azrag Edriel respiró profundamente. Impuso una cadencia nueva a sus sollozos. Volvió a pensar en el Sabio Índigo. Era posible zafarse de las moles de las montañas si las convencía de que era inofensivo. Sus captores, confiados, hablaban de las forjas y revelaban el principio de las aleaciones onomásticas. Al final, el secreto de los metales era suyo. Ya no tenía en claro si era el Sabio o alguna de las moles a punto de ser engañada, pero cedió su suerte al destino. Relajó sus músculos y acompasó su respiración.

–¿Conoce acaso la antigua lengua, el Lagha Mellur?

–*Aem* –aseveró.

–Pues entonces pídaselo, pídale que lo suelte.

–*Tahar na* –ordenó con firmeza.

La vibración en su espalda se intensificó. Se le sumó un traqueteo mientras sentía cómo la coraza se movía en bloques en torno a su cuerpo. El casco cedió y la máscara se elevó delante de su rostro. La luz y el aire le llegaron de pleno. Las placas del peto se abrieron, lo mismo las botas, una tras la otra, se soltaron desde el muslo hasta el pie. Su brazo izquierdo quedó liberado también, pero el derecho permaneció enfundado. La férula dorada siguió allí. Dio una bocanada triunfal. Al fin estaba libre de su arma. Cubierto de sudor, se alejó del autómata.

–Me impresionan sus conocimientos, joven monarca –la voz le llegó directo a los oídos, más clara que antes. Era aterciopelada y profunda.

Se irguió para ver el rostro de quien le hablaba. Tenía esa belleza genuina y fascinante tan propia de las fieras salvajes. Era como un felino, y el monarca no podía dejar de sentirse su presa. El hiyab verde esmeralda, la túnica ceñida y un holgado pantalón debajo. La figura esbelta y elegante podría tranquilamente pasar por la de una mujer, aunque no podría decir sin sombra de duda que se tratase de un

varón. La belleza de la persona que tenía delante no era propia de un género u otro.

–Me impresiona tu astucia, joven plebeyo –Edriel no salía de su asombro.

El ilusionista ensayó su más refinada reverencia.

–Bienvenido al valle del Sabio, monarca Índigo. Aquellos que defendemos las doctrinas de Hakim Azrag quizás debamos permanecer aliados en estas horas de turbulento caos –la pantera con ojos color esmeralda lo miraba desde abajo.

El muchacho vio el esfuerzo descomunal que estaba haciendo ese espíritu ferozmente libre para traslucir su sinceridad, para presentarse como su súbdito. Le creía. Necesitaba creerle, así fuera a un ilusionista.

71
Cuerdas viejas

El pantano se extendía delante de ella como un páramo de desesperanza. Era tan desolador como se lo imaginaba. Arremolinándose ante su avance, la neblina cuchicheaba, le pedía que retrocediera. Paso a paso, se convencía de que no hacia ningún bien al adentrarse en ese sitio de muerte.

No le parecía sensato ni sensible dejar su deuda sin pagar. A ella no le gustaba andarse por ahí con astillas en los pies. Más allá de cualquier reproche que pudiera hacerse a un moroso, es bien sabido en Grüm Sollum que no se deben guardar deudas con los muertos. Pero, ¿era ese el caso? Runna Alabastro necesitaba ver con sus propios ojos el cadáver de Lerón del Sándalo. Llorarlo, si fuera necesario, y seguir su viaje.

Llevaba a cuestas el instrumento encordado, también su espada. El terreno bajo sus pies comenzó a descender en una suave pendiente. A lo lejos, y entre la niebla, una imponente torre negra se alzaba y una serie de gigantescos peñones de piedra orbitaban a su alrededor. Sin duda alguna, aquella era la Fortaleza del Olvido.

De golpe, todas las advertencias fatalistas cobraron sentido. De golpe, se volvía posible pensar en una vida con una mente sin ningún recuerdo, y mirar en ese vacío la llenaba de vértigo. Caminaba hacia la Torre Negra y caía en cuenta de que no sabía qué estaba buscando allí. No le hallaba sentido. Con cada respiro, la desesperanza le insuflaba los pulmones. Buscaba un hombre. Buscaba un árbol. Buscaba un hombre que se había vuelto árbol.

Se abofeteó la cara para despabilarse. Se concentró en el Sándalo que buscaba y se le fijaba en la cabeza el aroma a sándalo de su guitarra. La pendiente en el suelo se hizo más pronunciada y allí se cruzó con un árbol que desentonaba por completo con todo lo que lo rodeaba. Estaba perdido en la niebla, colina abajo, con la copa fuera de la altura de su vista.

La mujer se acercó cuanto pudo. El nudoso y retorcido tronco no se parecía en nada a ningún árbol que recordara. Delante de sí, una figura casi humana estaba clavaba de rodillas en el suelo. Su brazo derecho, desproporcionadamente alargado, se enterraba por delante. Estaba aferrado a la colina, tan enraizado como si tratara de que nadie

pudiera arrancarlo. Las ramas que formaban la copa partían desde el torso. El rostro pálido, enmarcado por astas de madera, miraba hacia adelante, lívido. El brazo izquierdo caía como un péndulo. Lerón del Sándalo descansaba en el pantano, y formaba parte de él.

Runna Alabastro sintió que se le caía el alma a los pies, que se desvanecía, un gran pesar se apoderaba de ella. No podía creer que el hombre de mirada tierna y cejas toscas terminara allí, de esa manera. No sabía nada de verdinos, no sabía nada de maldiciones, no sabía nada de las ridículas supersticiones que rodeaban al hombre tan herido de soledad que conoció en una taberna mientras tomaba una cerveza. Sabía que no era justo para nadie cargar con tanto peso encima.

La mujer pensó que, tal vez, para ese lutier sería pago suficiente honrarlo con su trabajo. Tomó la guitarra y apeló a su memoria. Las notas la asaltaron de forma desordenada y se le mezclaron con las de su pergamino. Sus manos titubeaban, temblaban también un poco por el frío. Moviendo los dedos entró en calor, y siguiendo un acorde y otro la melodía la asaltó de nuevo. Las cuerdas doradas vibraron en sintonía con lo que sentía, en perfecta afinidad con su disculpa por no haber besado antes a ese hombre. En armonía con las flores de durazno del verano y las hojas ambarinas del otoño, una luz blanca, pura e intensa le brotó del pecho. Ella cerró los ojos y la luz fluyó a través de las cuerdas viejas. La tiniebla del pantano retrocedió de a poco. Vibraron en el aire las notas, y vibró también la corteza del árbol solo. El brazo péndulo se estiró para acariciarle el rostro.

Lerón del Sándalo enfocó los ojos en la mujer con la guitarra. Su mano acariciaba el rostro de Runna mientras la corteza que lo rodeaba se resquebrajó como si un sinfín de termitas la hubiesen corroído. El árbol seguía plantado en el pantano, pero él era libre. Por primera vez en su vida.

72
Zaaja

El joven monarca caminaba envuelto en ropas andrajosas. Fuera de su palacio, las calles estaban repletas de gente. El valle del Sabio no era la excepción. Su acompañante había previsto la situación: lo proveyó de las vestiduras que llevaba. Sin embargo, no había previsto que el muchacho llevaba el brazo derecho enfundado en una férula dorada. Sus huesos no sanarían de un día a otro. De ninguna manera podían permitirse andar por ahí con una posesión tan ostentosa a la vista, menos aún en ese día. Envolvieron el brazo en telas de la vestidura para pasar inadvertidos, y a su vez, lo colgaron de un cabestrillo improvisado con un trapo mugroso. Se adentraron en una ciudadela que el niño desconocía por completo. La revuelta no hacía más que comenzar en la ciudad de Cian. Pero, allí, la lealtad al monarca Índigo era mucho más cuestionable. La gesta apagaba su animosidad al conocerse que el palacio había caído. Aun así, los festejos de los insurgentes apenas comenzaban ante un Edriel que miraba todo perplejo.

–¿Cuándo comenzó el pueblo a odiarme de esta manera? –quiso saber.

–¿Por qué piensa que un pueblo que no lo conoce lo odia? –respondió su escolta.

Avanzaba asimilando todo lo que veía. La gente que pasaba junto a ellos apenas le dirigía la mirada. Con el rostro descubierto ante la plebe, se sentía desnudo y vulnerable.

–¡Zaaja! ¿Te está molestando ese pordiosero? –le gritó un hombre desde el otro lado de la calleja.

Un rubor que nada tenía que ver con la vergüenza subió por el rostro del muchacho.

–Es mi guardaespaldas, Solmo. No pretenderás que camine por ahí sola en tiempos como estos. –respondió con naturalidad el acompañante de Edriel.

–¿Zaaja? –preguntó el monarca por lo bajo.

–Así se llama la mujer que ellos deciden ver –respondió.

Fuera de ese brabucón, el resto de la gente lo hacía sentirse invisible caminando al lado de un felino con ojos de esmeralda. Estaba

muy desacostumbrado a que se acercaran tanto a él pero, así como venían, se alejaban sin prestarle mayor atención. Solo recibía una mirada desdeñosa, o indiferencia absoluta, o alguna mirada de desagrado.

–Ninguno de ellos me conoce –observó.

–Exactamente, ¿cómo podrían entonces odiarlo?

El gentío se dividía entre los que festejaban con algarabía y los que recogían sus tiendas o continuaban con sus actividades sin levantar la vista. Fueran unos u otros, nadie fijaba la vista en él.

–Es como si fuera invisible. ¿Es que no me ven? ¡Tengo un brazo roto, y solo ven que camino al lado tuyo! –todo cuanto sucedía le resultaba ilógico.

–Pues lo es. Todos los pobres lo son. Ellos ven lo que quieren ver, así como lo hacen con Zaaja.

–No puedo creerlo.

–No es cuestión de creer. Solo siga observando. Las personas eligen qué ver y qué no, perciben lo que están dispuestos a aceptar. Y lo demás, mejor ignorarlo –le explicó la esmeralda.

–Una persona pobre es una persona de todas maneras, solo que sin dinero

Zaaja se detuvo en el muchacho.

–¿Eso piensa, monarca? –preguntó con una sutil nota de ironía.

–Eso sé –enfatizó. –Eso nos enseña la doctrina: todos somos iguales a los ojos de Hakim Azrag. Incluso yo, a pesar de que tenga su sangre.

–Imagino que sabe también que una persona pobre no cuenta con un edecán, o con comida y techo todos los días. Incluso si tiene un hueso roto, no cuenta con quien la cuide. Además del dinero, claro, es mucho lo que les falta –continuó la esmeralda.

El monarca ponía los ojos en blanco.

–Puesto así, parece una simplificación. No me malentiendas. Digo que en esencia uno de esos tenderos, un vagabundo y yo, somos lo mismo ante la sabiduría elemental.

–Y yo digo que hay cuestiones más mundanas impuestas entre su pueblo y la contemplación de la doctrina: el hambre, la ignorancia, la desesperanza.

Continuaron caminando. Edriel decantaba lo oído.

–Por aquí… –indicó Zaaja.

Ingresaron a una calleja angosta. Nadie pasaba por allí. La esmeralda dio una serie de golpes a una puertita de madera, siguiendo

un ritmo particular. La puerta se abrió delante de ellos. No se veía a nadie del otro lado.

El monarca frenó en seco. La desconfianza se apoderó de su gesto con la transparencia propia de su corta edad.

–Monarca Edriel, confíe en mí. Es seguro –subrayó su plebeyo.

–No es justo que no sepa tu nombre. No puedes pretender que confíe en ti.

–Mi nombre no tiene importancia.

–Un nombre es de vital importancia. No me digas que no lo sabes –zanjó el muchacho.

–No lo sigo, alteza –se disculpó.

–Sí me sigues, y te estás burlando.

–Entonces, sígame la corriente –respondió con un mohín.

–En otra situación, me estaría riendo.

Zureij Azrag Edriel avanzó en la precaria estancia de muros de adobe y suelo de tierra apisonada. No terminaba de confiar en las buenas intenciones de su escolta. Pero estaba solo y desesperado.

–Avance al siguiente cuarto, alteza. Será mejor que estén a solas –Zaaja le señaló el camino.

El muchacho continuó caminando con extrañeza. Cruzó un marco sin puerta y se adentró en una habitación humildemente amoblada. Sentado en una silla, mirándolo con un brillo en los ojos cansados, Ethrus Safir le sonreía de oreja a oreja, con un labio partido.

73
Cardenales

A veces pasaban días. Otras veces, semanas. Desde lo más alto de la Fortaleza del Olvido, de tanto en tanto salían volando trozos de tela color escarlata. Eran memoria hecha hilo, hilo hecho tela, tela hecha relatos, relatos hechos recuerdo, recuerdo hecho capa, capa hecha girones, girones hechos plegaria. Eran cardenales rojos que volaban en el aire y que, con más o menos suerte, surcaban el cielo de Adem.

Eran retazos que caían cada tanto. Alguno, en un campo para que una niña lo recogiera entre espigas de trigo. Otro, más a la mano entre ramas de un olivo, para que una recolectora tuviera a bien desengancharlo. Otro, escondido sin más entre las greñas de una oveja, para la mirada atónita del pastor que la guiaba. Otro más, en un arroyo, quedaba para un labrador que esperaba calmar su sed de a sorbos.

Los cardenales volaban por aquí y por allá, solos y también en bandada. Un buen día uno de ellos llegaba a manos de una alta tejedora quien, con ojos de asombro, encontraba en el brocado su propio trabajo y, en su sobresalto, alertaba a todos. Nadie vio volver a la reina, pero su capa sí volvía.

Y un cardenal aquí y otro y allá aterrizaban. Y las manos que los juntaban se entrelazaban, rejuntaban los harapos y los llevaban de un sitio al otro.

Un cardenal llegó un día hasta las manos de un soldado, o quizás fue al revés. El soldado llegó al trozo de tela escarlata. Más dudas que certezas desbordaban de su alma. Se preguntaba por qué esos cardenales que volaban se hacían harapos en el suelo. Sabía que eran la capa de la reina hecha retazos. Zura Adem Inna pedía no ser olvidada. No titubeó y llevó el trozo de capa a las mujeres que, siendo memoria viva, sabrían cómo tratarla.

74
El mar de Sonne

Hebra contemplaba a todos desde el muelle. Los vigías la retenían junto con el resto de las hilanderas, incluida también la pequeña destinada al proceso de selección. Un nuevo orden iba a instalarse en la península. El régimen pretendía extender sus redes a todos los reinos. El contradictorio fenómeno ocurrido en la pira llevaba al supremo rector a una lectura tan tendenciosa como todo cuanto hacía.

–No soy yo quien lo decidirá. No seréis ustedes, hijos de la península. Que sean los titanes del mar, en todo caso. Que la esclava llamada Hebra reciba la opción que pide: la de ser libre. –declaró el rector ante los que aún peregrinaban tras el ocaso del día del solsticio.

–Cínico desgraciado. No hay forma de que llegue a ningún puerto en una canoa como esa. –respondió Hebra. La derrota endurecía sus facciones

–¿Había acaso forma de que una hoguera se apague antes de que ardas? Muy a mi pesar, no me compete matarte. No está a mi alcance hacerlo. Ahora puedo verlo –el rector al fin lo tenía claro.

Los vigías empujaron a la esclava hacia la canoa amarrada con la misma frialdad con la que ejecutaban cada orden.

–Es la voluntad de Qalb Kelij que vivas como una paria, que esta península te expulse. Que seas, al fin, testigo con voz de lo que aquí presenciaste y difundas su grandeza en otros reinos –el portavoz del Corazón Negro proclamó su sentencia.

El mar mecía la canoa arriba y abajo. Hebra afirmaba los remos sin mucha idea de cómo usarlos. Los vigías liberaron las amarras. Desde el muelle, las esclavas hilanderas vieron alejarse el bote lentamente, al pulso de las torpes remadas. La luna arrancaba destellos de plata al oleaje. Los vigías continuaron en formación. En un gesto difícil de interpretar, al que llamaban el Hosco golpeaba su peto metálico con la empuñadura de la espada. Lentamente, los otros hombres lo imitaron. Aquello no era un saludo, no era una despedida. Replicaban el gesto que usaban para amedrentar a un adversario en el campo de batalla. Declaraban enemiga a la hilandera paria.

El muelle se hizo algo más lejano. Llegaba a ver que aún varios esclavos la seguían con la mirada, algunos portaban antorchas. De un

segundo a otro, la niña que estaba al lado de Contrapunto comenzó a correr por el muelle. Ninguno de los vigías atinó a frenarla. El Hosco mantenía su espada en alto mientras los demás continuaban golpeando sus armaduras. La pequeña corría decidida. Ante la mirada incrédula de todos los presentes, saltó al agua. Por un breve instante desapareció bajo la superficie y volvió a emerger, braceando desesperadamente. A las claras, no sabía nadar.

–Miren nada más, Miren qué valiente se puede ser. ¡Qué atrevidos nos permite ser la ignorancia! ¡Vamos, niña! ¿Quieres ser libre también? –el supremo rector se burlaba desde la bahía.

–¿Alguno más quiere seguirla? –preguntó a los esclavos que estaban alrededor de él, desafiándolos con los brazos en alto.

La niña tiraba manotazos presa del pánico. Las olas subían y bajaban y le impedían asomar la cabeza, respirar o pedir ayuda. Hebra remaba en su dirección tan rápido como podía.

Los esclavos observaron a la niña. El murmullo dio lugar a gritos.

–¡Alguien ayúdela! –gritó una mujer. Las hilanderas mudas se acercaron hasta el final del muelle. Ninguno de los esclavos sabía nadar.

Hebra estaba a un palmo de distancia de la niña. No la alcanzaba con sus brazos, pero estiraba un remo hacia ella. Con uno de los manotazos se aferró del remo.

El rector escrutó a sus esclavos. Qalb Kelij lo hacía más fuerte que antes. Los ojos de brea miraron a los hijos de la península y los encontró débiles.

–¡Desháganse de esa vulnerabilidad que los envenena! ¡Los debilita! Ninguna de ellas pertenece a este Régimen. No hay lugar en Norte del Peñón para esto –el rector les infundía un sopor, un embelesamiento transitorio. Su voz de embrujo los compelía a justificarlo. Era verdad cuanto decía. No podían permitirse sentir pena por una niña que se ahogaba en el mar porque su tozudez la había llevado a saltar de un muelle.

La hilandera paria tiró del remo para guiar a la niña hacia la popa de la endeble canoa. Intuyó que, si trataba de levantarla desde uno de los laterales, la embarcación podría darse vuelta y arrojarla a ella también al agua. Tiró del cuerpo de la pequeña y la arrastró al interior de la canoa. Estaba fuera del agua, pero no a salvo. Ninguna de las dos lo estaba.

–Llévate eso de esta península, paria. ¡Desagradecida! Puede ser que tengas hambre cuando tu bote derive por el mar de Sonne –el rector las despidió con una risa convulsa.

75
Renuncia

–¿A qué te refieres exactamente, Lobro Arrayán? –la pregunta de Samael Nogal no era retórica. El magister más viejo exigía una respuesta específica a una pregunta clara.

–A que ya no puedo ocupar este lugar. El cetro de Adem es demasiado pesado para que yo lo lleve solo.

–De eso se trata precisamente, muchacho. No debes hacerlo solo. Se espera de ti que des una continuidad simbólica al linaje –Regis Sauco lo miró abriendo las manos con un gesto abarcador.

–Esa no es la función del cetro. Es el arma más poderosa que se conoce y aquí solo ha quedado como un adorno –Lobro insistía en un tópico que los demás parecían querer ignorar.

–No es tu función empuñar el cetro. Tu función es resguardarlo, así como a nuestro patrimonio –Samael Nogal aclaraba un punto elemental.

–¿Quién espera eso de mí? –preguntó– Hasta dónde se, los magistrados no me toleran. Daro del Vado el primero. Decepcioné a todo el reino al fracasar en el pantano – comenzó a tensar los hombros.

El aludido miró hacia Samael Nogal. Su desagrado era notorio.

–Los Adem Grull te necesitan como su líder. Nunca hubo tantas solicitudes de ingreso al ejército –Samael reparaba en una de sus virtudes: sin proponérselo era un líder carismático.

–Y nunca fue tan costoso mantenerlo –replicó. La conversación no estaba saliendo como esperaba, se iban de tema poco a poco.

–Necesitamos reordenarnos, eso es todo. Reagruparnos, combatir cada foco de incendio. No podremos apagar todo el fuego de una sola vez. Eso es imposible de hacer. Pero lo posible, lo que está a nuestro alcance, eso es nuestra tarea. Y la tuya es darnos una nueva reina a la que seguir –Regis Sauco impuso un tono conciliatorio.

–Y, casualmente, esa reina es su hija, señor Sauco – arremetió Lobro.

–Muchacho, sé racional. Piensa qué haría cualquier hombre en tu posición. ¿Qué haría Baradur Pinoverde? –el noble buscaba negociar.

Lobro acusó el golpe bajo. Entornando la mirada dijo:

–Lamentablemente, no hay manera de saberlo.

–Pues yo me figuro una idea bastante cercana. Cumpliría con su deber. Haría lo mejor para todo su pueblo –Sauco elevó la voz ligeramente.

–¿Y eso es coronar a su hija?

Sauco perdía la paciencia, su ancho cuello se enrojecía.

–Somos la familia más solvente. No necesitamos más que poner a trabajar a nuestros granjeros el doble o el triple, si fuera necesario.

–¿Por qué no el cuádruple, y los dejamos exánimes y sin más trigo que el necesario para tres panes por semana? –Lobro no daría el brazo a torcer– ¿A qué clase de reina debo entregarle el cetro?

–Muchacho, no conoces en profundidad las arcas. Todavía los telares del magister Agrónomo no se han completado este año.

–Sí se han realizado. Lo sé de muy buena fuente –si no le daban espacio a renunciar, dejaría en evidencia a quien fuera necesario–. Estamos atravesando severas necesidades. Ocultar esa información no es una buena idea –Lobro sentía la mirada de Ruca del Valle quemándole la nuca. La tejedora llevaba el registro del debate. Se figuraba cuál podía ser la fuente de información del portador del cetro.

–Y si me preguntan algo, siendo quien debe pronunciar los edictos, no quiero poner la cara por un manojo de déspotas que no están en contacto con la realidad.

–Es lo más sensato que has dicho en meses –Daro del Vado intervino por primera vez en la sesión.

–Creo que debemos pausar este debate. Por lo pronto, no se emitirá ningún edicto –Samael Nogal trataba de echar paños fríos.

–Esto no es un debate, Samael. Hace semanas que no tenemos debates en este salón. Solo escándalos, reportes a medias y cada vez peores noticias.

–En lo que a mí concierne, nuestros emisarios no han traído malas noticias –Nogal dio pie al magister, quien replicó:

–¿Bromeas? El emisario del Reino Purpura asesinado en Zura Bada. El emisario de Zura Bada burlado y retenido. El Reino Índigo, sumido en una revuelta que eliminó a las familias y al monarca y hostiga a los seguidores de Hakim Azrag. Los Citrinos solo enviaron una nave mercante, no tienen idea de lo que ocurre en el continente. Y los nómades pardos no han acudido a nuestro reino ni de casualidad. O son prudentes o ya no pueden sacarnos ventaja.

–Perdemos fuerza. Vamos tras los pasos del reino Índigo si no

hacemos algo –el portador del cetro echaba sal en la herida.

–Eso es ridículo. Nuestro pueblo respeta a las grandes familias. Deberían honrarlas por fomentar el trabajo, no rebelarse en nuestra contra –Sauco avanzaba hacia una confrontación y del Vado lo miraba con escepticismo. Lobro recogió el guante:

–Nuestro pueblo honra a la reina, y la reina ponía un freno a las familias.

–No he venido aquí a oír el desplante de un niñato. Tienes razón, del Vado. Esto no es un debate –el noble miró con desprecio al joven soldado.

–Resulta que este niñato es el portador del cetro, te guste o no –se envaró el muchacho.

–Hemos oído suficiente, señor Sauco. Lo concerniente al destino del cetro y su pasaje a la siguiente reina es exclusiva potestad del portador del cetro. Señor Arrayán, deberá contemplar que no tenemos tiempo que perder esperando su decisión. Esta sesión se cierra momentáneamente. Ruca, vuelve mañana, por favor. Todas las partes deberemos consensuar –el noble y el soldado se toparon con el límite de la paciencia de Samael Nogal.

Lobro Arrayán abandonó el edificio con una tremenda amargura. La primavera avanzaba hacia el reino y todos sus pobladores necesitaban motivos para festejarla. Una boda real con una austera ceremonia era lo mejor que podían proponer los magísteres, y nada de eso le resultaba mala idea si no fuera que era él quien debía casarse.

Los cardenales seguían llegando semana tras semana desde todos los rincones del reino. Y mientras en su cabeza la reina pedía a gritos no ser olvidada, la agenda de las familias nobles y del magisterio de Adem pasaba por ocupar el trono cuanto antes. Inclinado ante el imponente ventanal del Templo de la Mano Roja, Lobro esperaba que alguna idea le diera claridad o, al menos, algo de paz.

–Difíciles horas para andar en tus zapatos –una voz conocida lo sorprendió.

La radiante sonrisa de labios finos de Ava Roble lo iluminó de golpe.

–Ya lo creo. Hola, Ava –la saludó sonriendo con agobio.

–¿Otra sesión exitosa en el magisterio? –preguntó la tejedora.

–Éxito rotundo. Puede que te haya delatado sin querer. ¿Puedes creer que Sauco pretende ocultar tu balance agrónomo? –le dijo ofuscado.

–¡Sinvergüenza! ¡Con lo que me llevó hacerlo! Muchos trabajadores dependen de ese telar ¡qué descaro! –respondió

indignada.

–Y, para peor, insiste en desposarme con su hija… A ver, es una chica agradable. Pero parece que nadie está teniendo en cuenta que Zura Adem Inna sigue viva en la Fortaleza del Olvido –el soldado se ensombreció de nuevo.

–Tienes razón. Hoy me llegó un trozo de brocado tan hermoso… –Ava sonreía, pero se apagó al ver la tristeza en los ojos del muchacho.

–Ava, tú sabes más que yo de esto… dime que no estoy loco. Las tierras Claras… es allí donde los primeros hombres libres encontraron el conocimiento para forjar las armas de la Era de los Mitos, ¿no es así?

La tejedora pestañeó perpleja. No esperaba que le preguntasen eso, pero sí conocía los mitos en torno al cetro de la reina de Adem.

–A ver… Sí, ese es su origen según los mitos.

–Y los mitos son la forma en la que perdura nuestra historia, así lo dice el Hierofante –el soldado se enfrascaba pensando en algo que podía resultar improbable.

–Pero, Lobro, las Tierras Claras son un territorio a penas cartografiado. Lo único que puedo decirte es que el acceso más cercano se encuentra en Grüm Sollum, la Isla de los Citrinos. Hasta donde sé, el foro de Alcambar fija año tras año cuántas expediciones pueden partir hacia ese destino. Es extremadamente peligroso ir hacia allí.

–Lo imaginaba. ¿Qué tan difícil podría ser que los citrinos decidieran colaborar con nosotros?

–¡Qué preguntas haces! Es difícil. Digamos que los citrinos son un pueblo anárquico. El Foro de Alcambar solo sesiona durante tres semanas una vez al año. Pero si alguien puede hacerles un pedido en nombre del reino de Adem, ese eres tú, portador del cetro.

Con su comentario, la tejedora lo dejaba hecho una madeja, enredado sobre sí mismo, mascullando aún sobre su suerte.

–A veces quisiera perderme nadando en el Adem-Thrin, volverme pez y que nadie se acuerde de mí o del bendito cetro –fantaseó en voz alta.

La tejedora apoyó una mano encima de la suya. Le sonrió de nuevo. Casi podía palpar la congoja que habitaba en el pecho de ese joven soldado. Deseaba poder hacer más, pero, en ese momento, escuchar sus penas era la ayuda más valiosa que le podía brindar.

Ya habían pasado varias horas desde que despuntara el alba. Samael Nogal presidía la sesión. Para esa mañana habían dispuesto el salón del magisterio, puesto que el despacho quedaría chico. A los

magísteres se unirían Regis Sauco y su hija, Haro Roble y Ava, además del viejo Gasso Tejo y su nieta, Trueba Cedro, y sus hijas mellizas. Samael Nogal no dejaría pasar ese día sin que el joven portador del cetro escogiera a la sucesora al trono.

Ruca del Valle perdía la paciencia montando y desmontando sus hilos del bastidor. Lobro Arrayán llevaba ya más de hora y media de demora, algo tremendamente inusual en un soldado tan disciplinado.

–No vendrá –dejó deslizar Ava Roble, tan hermosamente ataviada que difícilmente se la podía reconocer.

76
Rosa de los vientos

Las dos se hallaban en ese bote. Hebra solo podía pensar en remar, y eso trataba de hacer. Fijaba un rumbo sin muchas certezas. A pesar de no hallarse muy lejos de la línea de la costa, regresar a la península no era una opción. Eso implicaría permanecer oculta, bajo una perpetua amenaza o peor aún, poniendo en riesgo a la niña que rescató o a cualquier esclavo que tratase de asistirlas.

El invierno acababa de comenzar, pero allí el frío se hacía sentir. El cuerpo de la pequeña niña se sacudía por los temblores, estaba empapada. Hebra rasgó la voluminosa falda de su túnica.

–Desvístete, pequeña. Te vas a morir de frío.

Su piel delicada palidecía y sus labios estaban morados. El contraste era visible bajo la luz mortecina de la luna. Con los dientes castañeteando, obedeció. Hebra cubrió el pequeño cuerpo con el faldón, bastante más seco.

Sabía qué podría llegar a sucederle a la niña, ya lo había visto antes, poco antes de salir de la Escuela de Oficios, antes de ganarse el nombre de Hebra. Ella y otro niño habían sido castigados y permanecieron una noche a la intemperie. A nadie le importó que la lluvia los asolara por la madrugada. Ella estuvo débil por días, el otro niño murió esa misma noche.

No podía pensar en eso, no debía. Tenía que enfocarse en no perder el rumbo, en mantener la línea de la costa visible y a su derecha. Solo con dificultad podía diferenciar la tierra firme más allá de la negrura de las aguas. Los brazos le comenzaron a arder, los dedos perdían fuerza. Por momentos, levantaba los remos y los dejaba dentro de la canoa. Hacía el esfuerzo de recordar las palabras de Timonel cuando le explicaba cómo utilizar el dibujo tallado en la madera.

Debía identificar al Ojo Blanco en el firmamento. Esa estrella, que algunas veces con su magro brillo persistía en el cielo diurno, por la noche era una de las que se reconocía con más facilidad. Ella era ahora su propia rosa de los vientos. Con la línea de la costa hacia la derecha, si sus ojos no la engañaban, la estrella que veía hacia adelante era su norte, el sur quedaba a sus espaldas, y la Cuenca del

Pirata ligeramente hacia la izquierda. No necesitaba más luz que la que le prestaba el cielo y la que le brillaba adentro. Las palabras de Nodriza anudadas en la pulsera resultaron ser la guía en su derrotero, pero no como la vieja esperaba, no como ella misma imaginaba, sino en el orden que su destino dispuso: con una magra estrella dibujada en un taller, con la pálida luna dispuesta a dar pelea aún, si les sonreía la suerte.

El cansancio trataba de cerrarle los párpados. Las manos tiraban de los remos y los metía otra vez en la canoa. La envolvía el sopor. No podía dormirse, se regañaba con furia. Volvía a sacar los remos fuera del bote, comenzaba a alejarse demasiado de la línea de la costa, no podía perderla de vista. El mar las hamacaba casi con gentileza. Las olas subían y bajaban y ellas continuaban avanzando. Hebra se convencía de que el titán Sonne no solo existía sino que, además, trataba de ayudarla. Sus brazos ardían, lo mismo que su pecho y su espalda. La niña ya no temblaba.

–¡Niña! –Hebra levantó la voz: –¡Niña, responde!

Con uno de sus pies, empujó el bulto envuelto en el faldón. El aire helado volvía visible su aliento, pero de la niña no se veía salir vapor alguno. La empujó con más fuerza. La pequeña se defendió.

–Vamos, niña, no es momento de dormir –por poca que fuera, Hebra necesitaba de toda la ayuda que le pudieran dar.

La pequeña levantó la cabeza. Miró a la mujer y a su alrededor. Era imposible adivinar si dimensionaba el enorme peligro que corrían. Sus ojos de sueño no daban señal de alarma alguna.

–¿Crees que puedas remar conmigo?

La pequeña asintió. Medio envuelta en el faldón, extendió sus manos hacia el remo que Hebra le ofrecía. Sus débiles brazos apenas parecían poder sostenerlo.

Entre ambas trataron de mantener el curso de la canoa. No era más fácil remar de esa manera, pero la hilandera se agotaba menos. La niña hacía cuanto podía. El bote viraba hacia un lado, frenaban y retomaban. Hebra no se iba a exasperar, trataba de instruir a la pequeña.

Se alentaban la una a la otra. Se necesitaban mutuamente. Si, por mínima que fuera, existía una oportunidad de salir vivas del mar, lo harían juntas. El ejercicio de coordinar las remadas les permitió avanzar más eficientemente sin que se desviaran.

Paraban a descansar cuando se agotaban. Se cercioraban de no perder de vista la línea de la costa, hacia la derecha. El alba comenzó a clarear con pereza, y las sorprendió desveladas. La niña ya no podía remar más. Hebra apenas podía sostener los remos. El titán Sonne

hacia el resto.

Lejos, hacia el noroeste, una isla parecía salir del mar. Debían seguir remando. La hilandera más temida del régimen aguardaba en la Cuenca del Pirata. Lazada acudió a ella durante su reclusión, mientras estaba en ese calabozo donde el tiempo ganó una velocidad muy diferente. Quizás, ahora, ayudar a una esclava paria y una niña exiliada resultaba un riesgo más interesante para ella.

Desde la costa de su dominio, la anciana de melena enmarañada de rastas grises se arrodillaba en la orilla del mar. Sus manos, sumergidas apenas bajo la superficie, permanecían visibles. Dos pulseras de hilos anudados flotaban como algas marinas en torno a sus huesudas muñecas. A pesar que el alba comenzaba a clarear el cielo, ninguna persona que viera esa escena podría imaginar lo que la mujer hacía. A simple vista, nadie podría adivinar el calor que irradiaban sus palmas. Ninguno de los amos de redes, por más que estuviera a un palmo de distancia, percibiría el impulso de la voluntad de esa mujer. Nadie entre los esclavos de la península, ni siquiera su supremo rector, sospechaba que una bruja disidente podía imponer su voluntad sobre la de un titán del mar.

Allí permanecía la lugarteniente de la Cuenca del Pirata, como lo hizo durante toda esa larga noche, hasta que una canoa se hizo visible entre el oleaje. Solo cuando la precaria embarcación estuvo a pocos metros, se permitió soltar finalmente la mano de Sonne. La muchacha que se presentó ante ella como Hebra, la protegida de su fiel amiga Nodriza, la miraba como pidiéndole perdón de antemano. Venía sentada con un brazo sobre una niña pequeña que, con suerte, tendría edad para estar en escuela de oficio. Dos mujeres libres del régimen llegaban en una canoa, cuando pensaba que la vida ya no podía ofrecerle ninguna sorpresa. Notó cuan exhaustas estaban. Ella también estaba agotada.

Les tendió la mano. La muchacha la tomó sin bacilar. Salían del mar a salvo. Lazada lo veía muy claro ahora: esa muchacha era la hebra suelta, la que, si usaba su fuerza, podía desentrañar la trama del telar.

77
La voz del mar

Cernú Bajamar tenía por costumbre ser aplicado y ceñirse muy estrechamente a sus cronogramas. El itinerario de esa travesía consistía en una redada de pesca por el mar de Frugo, evitando las tempestuosas aguas de Shagrú, para anclar finalmente en Alcambar y allí vender todo al mejor precio posible. No sería una mala idea participar del Foro al comienzo del año, si es que llegaban para el Solsticio de Verano.

El viento en alta mar era intenso, y el gris ominoso de las nubes no daba pie a las especulaciones. Una feroz tormenta se desataba más adelante. Conocía al mar, sabía de él, conocía al titán Frugo y sabía de la interminable lucha que sostenía contra Shagrú. Lo que no conocía, lo que nunca había oído, era esa voz. Una voz lo llamaba a gritos, le pedía ayuda. Con las manos apenas apoyadas sobre el timón podía sentir cómo el oleaje le hacía virar la proa.

–¡Ey! ¡Te estoy hablando, pecoso! Serás mi capitán, pero no creo que estés llevando buen curso –su primer oficial le hablaba con preocupación muy auténtica.

Greta Jaspe le clavaba una mirada refulgente, anclada entre la rabia y la incredulidad. Su corazón era llamado hacia el ojo de la tormenta. Era muy confuso. Sentía justo en el pecho y retumbando en los oídos un llamado de auxilio que nadie más oía.

El viento huracanado los había obligado a arriar las velas. Cernú Bajamar repasaba sus miradas de a uno. Los tripulantes de su navío pensaban que se había vuelto loco.

–Debemos avanzar. Sé que para cuando estemos cerca, la tormenta va a disiparse.

La última gran ola los obligó a alzar artimones. La nave se sacudía con vehemencia. La tripulación no lo comprendía. Cernú cambiaba el rumbo de la embarcación en medio de una tormenta más brava de lo que solían ver.

–¡Cernú! ¡¿Estás chiflado?! –Greta abría los ojos grandes como platos.

–No estoy esperando que me entiendan, estoy esperando que obedezcan –Cernú adquiría una firmeza que pocas veces se había visto

obligado a mostrar.

La tripulación estaba perpleja. Los hombres más fuertes permanecían en la cubierta, los más añosos estaban asegurando la carga en la bodega.

–Te vamos a seguir, pero más vale que si la cosa se pone fea, peguemos la vuelta –Rufiel Sotovento tomó el hombro a Greta y se dirigió hacia los remos.

–Comiencen a dar remadas de luengo, y van a ver cómo se acompasa la nave.

Dividió a los hombres en grupos. Sabía que tenía que seguir el curso que le marcaba Frugo. El titán del mar lo guiaba hacia la voz.

–¡Greta! ¡Ve y cala el timón de caja! ¡Trata de no salir volando por la borda! –Cernú se permitió bromear. Necesitaba infundir confianza en su tripulación. Un motín en su primera travesía sería algo imperdonable.

Eran horas de tensión máxima. Pero, a la medida en que se acoplaron al pulso de las olas, la nave se estabilizó. Mantenían la velocidad justa. El marinero tenía muchas tormentas sobre sus espaldas, pero aquella era la primera vez que las decisiones pasaban por él. Se le vino a la cabeza Pala Coral. El viejo capitán tenía por costumbre amenazar a todos los tripulantes cuando trabajaban bajo presión.

El viento amainaba, o al menos daba esa impresión. Millas más adelante el cielo mantenía un color intensamente gris. Esporádicamente, gruesos gotones les caían encima, pero la formación de nubes dejaba ver fragmentos de cielo azul.

A medida que pasaban los minutos, el clima daba la impresión de ponerse de su lado. El rictus abandonó el rostro de Cernú. El viento le decía que podía desplegar las velas, si se atrevía. Dio la orden a la tripulación. Los ánimos ya no estaban tensos. Con cautela, se aproximaron a una zona de nubes cerradas. El mar de Shagrú se presentaba inusitadamente calmo. La tormenta había cesado horas atrás. Evidentemente a ellos solo les había llegado la cola de lo que pudo haber sido un tremendo huracán. Lo curioso del caso era que Frugo lo llevaba hasta ese sitio. Ya no oía la voz, pero la sensación de que en ese punto en el medio del mar algo esperaba por él le embargaba el pecho.

– ¡Naufragio! –gritó Rufiel Sotovento.

Cernú volteó la cabeza. A estribor, el oleaje mecía los restos de una embarcación. Remaron en dirección a los pecios que flotaban a la deriva: un mástil mayor partido, tablones de casco, barriles. La máscara del navío con forma de sirena tallada en madera oscura era

inconfundible. No demoraron en distinguir los cuerpos. La nave que alguna vez fuera de su abuelo había perecido en una tormenta en el mar de Shagrú.

–Es la nave de Pala Coral –Greta Jaspe puso en palabras lo que ninguno quería asumir.

El capitán vio al fin qué quería decir aquél llamado de auxilio. Había llegado demasiado tarde.

–Recuperemos lo que podamos. Llevemos esos cuerpos para darles apropiada sepultura. –Cernú habló sin levantar la vista.

–Somos gente de mar. Esa es apropiada sepultura –le contestó Rufiel.

–Ve y dile eso a la viuda de Pala Coral, y sostenle la mirada –el capitán fue tajante en ese punto–. Usen mi red.

La tripulación se dio a la tarea de recuperar los restos del mar. Cernú retiró la red del agua. Había recogido un cuerpo junto con trozos de tablones y algún barril. La tripulación se abrió y dio sitio para desplegarla. El hombre que quedó tendido sobre la cubierta no le parecía familiar, sus ropas parecían de milicia. Su pelo renegrido y su barba prolijamente recortada le resultaban ajenas a la usanza de los isleños.

La voz volvía a él. La oía muy baja y muy cercano. Ya no en su pecho, ya no en su cabeza.

–A… yu… da… –el balbuceo se escapaba de la boca del náufrago.

Clavó sus ojos de un color entre almendra y miel en el rostro empalidecido del hombre que acababan de rescatar.

78
La bandera escarlata

“Milicia en el umbral, noticias para mal” solía decir el verdino Lerón del Sándalo. Lobro Arrayán, el capitán del ejército del continente, sopesaba el sobre que le entregaban en mano sus custodios. Pocos conocían la ubicación de su vivienda. La misiva llegaba desde Pueblo Mayor. La remitente era su entrañable amiga, Ava Roble.

–Capitán, la carta ha llegado esta mañana. El mensajero aguarda respuesta en nuestra base –los hombres se dirigían a él con reverencia. Sabían que podían acercarse a su cabaña solo en situaciones de emergencia, y se alejaron con la promesa de una pronta respuesta.

Abrió la carta y se encontró con noticias bastante menos desagradables de lo que temía. Aun así, su querida amiga lo ponía en una gran encrucijada. Ahora la duda que lo asaltaba era la de cómo comunicar el pedido a su pequeña familia.

–¿Debemos ir para el día de la reina? –le preguntó la pequeña Irenisi.

–No hija, eso es durante el solsticio de invierno. Ava nos invita a celebrar el solsticio de verano, el día de la Memoria y el comienzo de un año nuevo –le aclaró.

La inquietud tan temida sobrevolaba la modesta cabaña: el mundo externo llamaba a Irenesi Bajamar. Justo cuando más lo atribulaban los fantasmas del pasado. Justo cuando se había decidido a compartir su historia con la hija que la vida había dejado a su cuidado. Hacía largo tiempo que había tomado la decisión de no esconderse, pero proteger a Irenisi lo obligaba a ser cauteloso.

–Entonces… vamos a ir, ¿no? –¿cómo podría negarse al pedido de los ojos más irresistibles?

Ante los ojos de Irenesi, todos los cuentos de su padre dejaban de ser un rosario de palabras y tomaban cuerpo. Las calles de adoquines, los edificios con tejas de terracota, los banderines color rojo intenso surcando la calle de lado a lado, así hasta dónde sus ojos llegaban a ver. Habían dado todo un rodeo para poder ingresar desde el acceso sur al Pueblo Mayor.

–¿Por qué hay tantos banderines?

–Son para ti. ¿No quedan bonitos? Saben que esta es tu primera vez aquí. –le dijo sonriendo como pocas veces antes. Le chisporroteaban los ojos. La niña sentía que los suyos se cargaban de agua, y sabía que su papá bromeaba con ella, pero le hacía mucha ilusión estar allí. Avanzaban debajo de los banderines hacia la plaza principal.

–Papá Lobro, nunca me lo contaste. ¿Qué sucedió en el pueblo cuando se fue el portador del cetro?

La memoria de Lobro era a veces una creatura tramposa, con tendencia a revivir con mayor facilidad lo que hubiera querido que sucediera.

–¡Uh! ¡Un escándalo, sirenita! –respondió su padre siendo todo lo fiel a sus recuerdos que podía permitirse. Pero ellos lo llevaban incesantemente hacia el mar, al hombre de los ojos de un color entre almendra y miel.

–¿Qué es un escándalo? –Lobro tenía la costumbre de usar palabras que ella no comprendía.

–Puedo responderte en un sentido amplio y decirte que es un gran revuelo a causa de algo inesperado. Por aquellos días, cuatro mujeres plantadas en fila era un escándalo de proporciones mayores –resumió. Lobro Arrayan se permitía reír de aquello tantos años después.

–¿Se enojaron contigo en el pueblo porque no te querías casar? –preguntó la niña con gesto preocupado mientras caminaban.

Irenisi se imaginaba a las mujeres yendo a cazar mariposas. No casarse con un soldado no podía ser tan malo, después de todo.

–Podría decirse que sí. Me costó mucho trabajo recuperar la confianza de todos… en especial de Ava.

–Pero Ava Roble es tu amiga. ¡Ella no puede enojarse contigo!

–Sirenita, nuestros amigos más valiosos son los que no tienen miedo de enojarse con nosotros y decírnoslo de frente.

La niña pensaba en lo que decía su padre.

–Bueno, pero ya se desenojó, ¿verdad?

–Así es. Por eso nos ha invitado a festejar este día.

–¿Y qué estamos festejando, papá Lobro?

–Te contaré. Todo el pueblo necesitaba recuperarse, y muchos esperaban que hubiera una nueva reina –el soldado puso voz de cuento. Irenesi podía distinguir con claridad la voz de cuentos de la voz de siempre, ni hablar de la voz de regaño.

–Pero, a decir verdad, eran mucho más quienes seguían esperando a que Inna regresara desde la Torre Negra. Fuera para casarlo con una mujer noble o para liderar otra vez a los Adem Grull, necesitaban al

portador del cetro, y el sinvergüenza los había abandonado –dijo señalándose.

–¡Pero te fuiste a buscar ayuda! –dijo la niña.

–Pero ninguno de ellos lo sabía. Y, ciertamente, los cardenales seguían llegando. La angustia del pueblo crecía día a día. "La reina no se olvida de nosotros", decían. "Le estamos dando la espalda", recriminaban. "Debemos elegir a su sucesora, continuar su linaje ¡eso nos pide!", proclamaban algunos nobles. "¡Debemos pelear por ella hasta que quede nuestro último hombre en pie!", reclamaban los granjeros.

–¿Cómo podían estar seguros de que la reina quería eso? –preguntó Irenisi.

–Nadie podía saber con certeza qué quería decir la reina. En todo caso, interpretaban que ella no los olvidaba, y con mucha razón se afligían pensando en cómo devolverle el gesto.

–Pero… si decían cosas tan distintas, ¿no se peleaban entre ellos?

Lobro observó a su hija. Lo que a ojos de una niña quedaba tan claro fue una de las grandes amenazas para el Reino de Adem, y algo que su querida amiga notó con más claridad que los magísteres.

–Ava Roble me contó que, por esos días, una pila cada vez más alta de trozos del brocado color escarlata ganó lugar en la casa de las tejedoras. Los granjeros y los nobles comenzaban a enemistarse. Fue contradictorio, pues tan preocupados por saber qué quería la reina de ellos, poco a poco fueron haciendo eso que ella más temía.

–¡Ay, no! ¡Pelearon entre ellos! –adivinó la niña.

–La primavera se escabullía con todas sus promesas. El Hierofante y los soldados mantenían a duras penas la paz entre los nobles y los campesinos, los magistrados temían una escalada en las animosidades. Fue entonces cuando las tejedoras salieron de la nada con una idea.

–¿Qué hicieron? –Irenisi moría de curiosidad. Se imaginaba a Ava Roble con ojos enormes y una trenza larguísima. Creía que esa mujer tenía una solución para todo.

–Para el día del solsticio de verano, invitaron a todas las familias nobles, a todos los campesinos, a los mercaderes, a los sacerdotes, a los magísteres, a cada una de las tejedoras del reino, a los sastres y a las costureras –Lobro enumeraba con una emoción creciente.

–Ava y las costureras los incitaban a recordar a la reina, a pensar en un deseo bonito para ella, a recordar algún día en que Inna los hubiera visto, les hubiera hecho sentir su ayuda, su preocupación o su amor. No hubo espacio para las diferencias. Los hermanos se abrazaron. Hubo cierto verdino tocando un instrumento, hubo música,

baile y risas. Hubo costureras armando hilos rojos mientras contaban hazañas de la reina, y sastres recortando la más fina seda. Cosieron los paños contando sus historias, y entretejieron los trozos de la capa cantando sus canciones. La música, el baile y el canto conformaron un paño totalmente distinto. Y, para la última hora de la noche más corta de ese año, izaron con el alba una imponente bandera color escarlata.

Irenisi imaginaba todo como una verdadera fiesta. Nunca había ido a una pero aquello, sin duda, debía de haberlo sido. Lobro tomó de la mano a su hija. La calle doblaba abruptamente delante de ellos. Él sabía qué seguía a continuación. La niña no.

Frenaron delante de una casona alta. La fachada no era particularmente esplendorosa, pero un encanto innegable adornaba las ventanas de vidrios recortados y de distintos tintes. Sobre el marco de la puerta, un toldo de color bermellón les permitía resguardarse de los rayos del sol. Lobro dio tres sonoros golpes a la puerta con una aldaba de bronce. Un instante después, la puerta se abrió lentamente. Los ojos de Irenisi se pusieron grandes como platos cuando vio a la mujer con el cabello recogido en una larga trenza y una sonrisa cálida de labios finos que salió a recibirlos.

–¡Ava! –saludó efusivamente la niña.

–¡Cómo has crecido, Irenisi! –la tejedora se sobresaltó al ver a la niña. La última vez que habían estado juntas, apenas podía mantener su rechoncho cuerpecito en pie. Se puso de rodillas para abrazarla.

–Hola, Lobro. Tanto tiempo sin vernos.

–¡Vamos, mujer! ¿Para mí no hay abrazo? –el soldado extendió sus brazos sobre ellas.

Se dispusieron a caminar las pocas calles que los separaban de la plaza charlando ligeramente.

–Papá me contó de cuando armaron la bandera escar… lata –comentó Irenisi con cierta dificultad.

–¿Y te contó de las canciones que tocó el verdino?

–Y que todos cantaron mientras cosían…

–Algo muy especial ocurrió esa noche. Había magia en las cuerdas de esa guitarra, y esa magia, sin dudas, se entretejió en la bandera –Ava recordaba con claridad.

–¿Y qué ocurrió luego?

–Seguimos adelante, más unidos. No fue fácil, pero encontramos un modo.

Un giro en una esquina y allí estaban. Los tres se encontraron de golpe en la plaza principal del Pueblo Mayor. Los banderines se entreveraban con guirnaldas, rodeándola. En el centro, un tremendo

mástil rivalizaba en altura con la cúpula del edificio de la Magistratura. Allí en lo alto, bailando con el viento, la capa de la reina Escarlata los saludaba.

–Hubo paz entre todos –continuó Ava. –Nos hizo un pueblo unido recordar a la reina y a los que dejaron su vida luchando por recuperarla, por recuperar los días de prosperidad y de fraternidad. Seguiría habiendo batallas, seguiría habiendo caos e injusticias más allá de las fronteras del reino. Pero mientras recordaran a la reina, mientras mantuvieran vivo su legado, mientras la bandera hondeara al viento, ella siempre estaría con sus hijos.

–Es mágica… –Irenisi apenas podía creer lo que veía.

–¿Lo es? –preguntó Lobro. –Pues sí, es mágica. Desde ese día, ya no importó qué tan inexpugnable fuera la Fortaleza del Olvido, o que el trono siguiera vacío esperando a su reina. Todos eran hermanos al ver hondear la capa escarlata.

El soldado pensó en los días que Inna pasó en Kurum Ur Kali. Difícilmente podía imaginar qué había pasado por el corazón de esa mujer que retazo a retazo se quedaba sin su capa, sin su legado. Con qué ánimos habría liberado al fin el último de ellos. Pero si de algo estaba seguro en este mundo de los Zigras y sus caprichosos designios, era que la reina veía la bandera desde donde estuviera y pensaba con alivio que no la habían olvidado.

Acerca de los reinos

Cada heredero del creador Ojo Blanco o Xonnu Dum es poseedor de un nombre y un dogma. En sus dominios y bajo su tutelaje, viven y mueren mujeres y hombres. Son muchas las manos que tejen el entramado que conforma los reinos. Me permito presentar brevemente a algunos de los héroes y heroínas que andan por estas tierras de los Zigra Mellur, así como también a sus adversarios.

Zura Adem, el reino Escarlata

Dominio de Ganna Adem, también llamada *Mano Roja.*

Su dogma: *La gracia nos une.*

Regente: Zura Adem Inna o Inna del reino Escarlata. Última integrante del linaje de Zura Adem Alanna. Inna cae prisionera de las fuerzas del Corazón Negro. Mientras la bandera Escarlata ondea en el aire, nadie la olvida.

Capital: Pueblo Mayor. Se erigió como el bastión destinado a observar las tierras vedadas del pantano de Thrin-Nar Ur Khali.

Monarquía matriarcal, surgida luego de la Guerra de la Emancipación. El reino Escarlata deriva de cuatro de las ocho familias nobles del Bosque Primo (otrora, asentamiento de hijos de Ganna Adem y Junna Bada): los Sauco, los Cedro, los Tejo y los Roble, cuyos miembros alternan su linaje con el de la misma Zura Adem Alanna.

Pertenecen a este reino

El Hierofante de Ganna Adem: sumo sacerdote de la Congregación de la Mano Roja, abocado a la comprensión de los misterios de la Llama de la Pasión. Poco se sabe de su vida antes del ingreso a la orden. Su dominio de las llamas no tiene igual. Tras la Batalla del Pantano adquirió la forma de una mantícora y devino en la Bestia Escarlata.

Lobro Arrayán, el soldado: hijo de campesinos, nació en Pueblo Menor. Se formó como Adem Grull a temprana edad. Su búsqueda de la verdad acerca del cetro de Adem tras la Batalla del Pantano dio origen a los eventos relatados en *El Canto de la Hilandera*.

Lerón del Sándalo: oriundo de Bosque Viejo, capital del reino

Verde. Nacido bajo una luna de sangre, su madre murió al parir; su padre lo exilió de su reino y lo entregó a la familia Sauco para evitar que lo lapidaran. Creció con una habilidad manual y un don musical inusitados.

Ava Roble: heredera de la casa Roble, de oficio: tejedora. Su mente inquieta, su agudo intelecto y su capacidad como líder fueron claves para concebir la Reforma de Adem tras la desaparición de Zura Adem Inna, en una gesta que nació el primer día de la Memoria.

Samael Nogal: el magíster más viejo de Adem. Su sentido de la ética y su capacidad de consenso lo convirtieron en uno de los magistrados más recordados del reino Escarlata.

Daro del Vado: opositor de las familias nobles. Aportó a la Reforma su visión de equidad.

Baradur Pinoverde: comandante en jefe de los Adem Grull. Recordado con afecto por quienes recibieron sus consejos y enseñanzas.

Jara Crespón: remarcable pintora, protegida de la familia Sauco. Su participación en la Batalla del Pantano y en eventos posteriores le granjearon un lugar entre las personalidades más destacadas de la historia del reino Escarlata.

Errel Sauce: el mayor de los dos hermanos de esa familia, conocido como *Sauce grande*. Su habilidad con la espada le garantizó un lugar entre los Adem Grull.

Rul Sauce: el hermano menor, también llamado *Sauce joven*. Tras la Batalla del Pantano se acercó al estudio de las llamas.

Zura Azrag, el reino Índigo

El dominio de Hakim Azrag, también llamado *Sabio Índigo*.

Su dogma: *La gracia se contempla.*

Regente: Zureij Azrag Edriel, el monarca Índigo. Tras la trágica muerte de sus padres, se estableció como regente a los diez años. Su prodigiosa inteligencia lo convirtió en el acólito más joven en dominar la doctrina de la Contemplación.

Capital: Cian.

Monarquía polisinodal. En la antigüedad, sus poderosos alquimistas, avanzados en el arte de curar, la convirtieron en la máxima potencia militar. Su complejo sistema de industrias la volvió proclive a la inestabilidad social.

Pertenecen a este reino

Jalil Grisplata, el orfebre: procedente de la alta alcurnia, rebelde en su juventud, dio la espalda al mandato familiar y se acercó a la doctrina de la contemplación. Su remarcable habilidad para manipular el oro (es decir, para la auromancia) lo consagró como el primer orfebre en ocupar un cargo militar de altísimo rango. Docente nato, impartió sus conocimientos en diversas maestrías a varias generaciones. Incluso, tuteló a Zura Adem Inna.

Ethrus Zafir, edecán del monarca: el consejero más influyente del monarca, íntimamente relacionado con la familia real desde su juventud. Poderoso alquimista, uno de los miembros más notorios de la cofradía.

Jos Betayerro: jefe de Armas de Zura Azrag. Supo armar alianzas de manera subrepticia y se abrió camino hacia el trono entre las sombras del palacio.

Majid Oroluna: miembro de la Cofradía de los Alquimistas. Su uso de la alquimia heterodoxa lo acercó a la facción de los insurrectos.

Saluma Usme: cabecilla de los insurrectos. Su uso del elementalismo de la tierra lo vuelve un formidable luchador.

Jaffa Rupia: forjador de la Cofradía de los Alquimistas. Su maestría en la onomástica y su habilidad para la forja de metales lo consolidaron en uno de los puestos más respetables entre sus pares.

Osma Alkaz: su maestría en el elementalismo de la tierra le dio su reputación en la Cofradía de los Alquimistas. Falleció trágicamente durante la Revuelta de Cian.

Zaaja: enigmático personaje también conocido como *la esmeralda* o *el ilusionista*. Se convirtió en guía del monarca tras la Revuelta de Cian.

Grüm Sollum, la Isla de los Citrinos

Bastión de Ranne Grüm, también llamado *Alas Amarillas.*

Su dogma: *La gracia nos eleva.*

Regente: El foro de Alcambar. Este órgano nacido del fraternalismo es la insignia de las personas nacidas en esta isla.

Capital: Alcambar.

La Isla de los Citrinos es la nación cuyos regentes se integraron al pueblo hace ya tantas generaciones que la totalidad de sus habitantes afirman poseer sangre noble.

Pertenecen a este reino

Cernú Bajamar, el marinero: una vez convertido en el Capitán

Bajamar, el intrépido marinero se embarcó en la más audaz de las empresas, la de devolver los días de paz a los reinos libres.

Runna Alabastro, la trotamundos: como miembro de los Grüm Thaldar, su misión es encontrar la luz verdadera.

Carmina, la vieja parda: su edad es un misterio. Los nómades pardos que viajan con ella no la conocen y la mayoría considera que no tiene edad para continuar en viaje. Su vasto conocimiento de folklore e historia de los reinos no es casual.

Kelij Arsollum, la Península Negra

Bastión de Qalb Kelij, el Corazón Negro.

Su dogma: *La gracia se posee.*

Regente: el supremo rector, perverso líder del régimen, remanente del culto del Corazón Negro.

Capital: Norte del Peñón.

Emplazamiento ubicado al sur de las Tierras Yermas, antiguamente conocido como *Reino Azabache*, vio nacer a la mayor potencia militar de todos los tiempos: los Kelij Razhul quienes, guiados por los avatares del Corazón Negro, los magos arcanos y brujos disidentes, encontraron su final tras la guerra de la Emancipación. El reino devino en el Régimen de la Península Negra luego de la caída del último rey Azabache.

Pertenecen a este reino

Hebra: esclava emancipada. Conserva su voz gracias a la intervención de Nodriza, quien vio en ella una fuerza sin igual.

Nodriza: pertenece a la camada castigada con el mutismo tras la fallida revolución de las Magras Estrellas.

Lazada: pertenece a la camada castigada con el mutismo. Fue *Pálida Luna*, referente de las y los esclavos que buscaban desmantelar el régimen antes de su alianza con facciones esclavistas. La esclava más temida por el régimen; posee habilidades más allá del conocimiento del supremo rector.

Contrapunto: tras la muerte de Nodriza, asume como coordinadora de las esclavas hilanderas.

La niña rescatada: la primera niña liberada por Hebra del régimen.

Agradecimientos

A vos, que sostenés este libro; a vos va el primer “gracias”. A la luz de tus ojos, este mundo de los Zigra Mellur cobró vida nuevamente.

Agradezco desde el fondo de mi corazón a mi compañero de vida Cristian, mi marinero, el que me rescató del peor naufragio. Tu amor me sanó, me sana y me salva cada día; gracias por no dejar de tenerme paciencia.

Agradezco a Marcela Zangaro y a Elena Ibáñez, mis tejedoras en la “vida real”, por darle forma a la madeja que les llevé y conformar este hermoso tapiz que hoy puedo compartir con todas y todos ustedes.

Gracias a vos, Caro Tranier, por leer abnegadamente esta historia para darles vida a Inna y Hebra. Gracias por ponerle rostro a la tapa de mis sueños; lo que me lleva a agradecerles a Humberto Costa y a Nicole Laffite por brindar su ingenio y creatividad al servicio de esta aventura.

Sebastián Dávalos y Yanina Brenta, gracias por trabajar a deshoras por este sueño; gracias a Esteban Nishizaka por maquetar la versión digital de este libro. Gracias a todos en Editorial Dunken.

Gracias, mamá, por enseñarme el valor de los libros. Gracias, Lucas, por ser el “parapeto”. Gracias, Horacio, por escucharme. Gracias, María Celeste, por no rendirte jamás.

Gracias a Inna, Lobro, Hebra, Leron, Jalil y Ava: me ayudaron a poner al rey Azabache en su lugar.